SR. CAMERON

EL CEO ESCOCÉS

DE LOS AUTORES DE LA SERIE «LA TENTAZIONE»

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE



SR. CAMERON

EL CEO ESCOCÉS

DE LOS AUTORES DE LA SERIE «LA TENTAZIONE»

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

SR. CAMERON

EL CEO ESCOCÉS

DE LOS AUTORES DE LA SERIE «LA TENTAZIONE»

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Sr. Cameron. El CEO Escocés

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©noviembre, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Sr. Cameron. El CEO Escocés

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©noviembre, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo

Capítulo 1



William

Salía de mi ático, situado en una de las calles principales de Edimburgo, cuando me di cuenta de que la correa del reloj que llevaba en la muñeca no iba en consonancia con mi traje. Me volví de inmediato.

No puedo evitarlo, todo en mi vida debe ser impecable, tanto en mi outfit como en cuanto me rodea. No es que me obsesione mi imagen, aunque me gusta cuidarme. Y bastante. Soy de los que se machaca en el gimnasio. Le doy importancia a verme bien, no hay más.

Me cambié rápidamente de reloj y salí pitando. Consulté la hora y contaba con el tiempo justo. No es que me hubiese pasado el rato pensando en las musarañas antes de salir y por eso se me echase la hora encima, sino que ya envié varios e-mails mientras me tomaba el primer café de la mañana.

Vivía deprisa, tampoco lo podía evitar. No me molesta ese ritmo frenético, pues estoy acostumbrado a él. Luché mucho por alcanzar un puesto como ese al que logré escalar a base de esfuerzo, constancia y mucha, mucha dedicación.

Si quieres algo, tienes que ir por ello a muerte. Esa fue siempre la filosofía que me inculcaron mis padres y que seguí en la vida. Así, a mis cuarenta y tres años era el CEO de una de las empresas de telecomunicaciones más importantes de todo Escocia.

—Buenos días, William —me deseó Archie, el portero del lujoso bloque en el que vivía—. Ya tienes el coche en la puerta.

—Muchas gracias, Archie. Sé que el bueno de Logan ya debe llevar unos minutos esperándome.

—Qué control, no te equivocas.

Me trataba con mucha familiaridad, porque era un señor mayor a quien respetaba mucho. No por ser un hombre poderoso me había convertido en un tipo de esos sin escrúpulos que se creen más que nadie al que debían llamar Señor Cameron.

Yo solo ponía distancia con los imbéciles que piensan que son alguien por el simple hecho de vestir un buen traje de chaqueta o de estrenar coche cada año. Detestaba a la gente que se veía superior a los demás y más si les venía por herencia. A mí nadie me había regalado nada, aunque no me quejaba en absoluto de lo bien que me trataron mis padres.

Llegué al coche y me encontré con Logan.

—Buenos días, William. Corbata oscura, traje italiano, perfume con olor a sándalo… Huele a reunión de las importantes.

—Logan, te aseguro que a veces me das miedo. Creo que me conoces mejor que yo mismo.

—Son muchos años ya, William.

No solo se trataba de mi chófer. Ni mucho menos era así. Logan, de cuarenta y cinco, un mulato de ascendencia inglesa y africana a la vez por parte de sus padres, se había convertido también en mi mano derecha, en mi guardaespaldas y en mi mejor amigo.

Tenía fama de ser un hombre observador al que no se le escapaba ni una, me refiero a mí, pero si algo se me iba por alto, lo terminaba viendo él. Formábamos un gran equipo.

En ocasiones, le pedía que condujera por las calles de la ciudad solo con el objetivo de pensar en cómo cerrar algunos de los negocios que traía entre manos, los cuales terminaba comentando con él. Me gustaba escuchar sus puntos de vista. Se trataba de un tipo muy inteligente al que la vida no le dio la oportunidad de estudiar tanto como a mí, aunque no era menos avispado.

A Logan lo conocí un puñado de años atrás. Yo pertenecía a una familia de clase media, mi padre era abogado y mi madre llevaba la recepción de una clínica dental.

A los veinte, cuando estaba en la universidad, le oí hablar durante una cena de él. Comentaba con mi madre que un chico de un barrio humilde de la ciudad se había metido en un buen lío por seguir los consejos de un amigo que era una bala perdida.

Mi padre se implicaba mucho en sus casos. Logan solo tenía un par de años más que yo y sintió lástima por él. Le ayudó en todo lo posible y logró que no entrara en prisión, sino que le conmutaran la pena por una serie de trabajos en beneficio de la Comunidad.

Cuando terminó de cumplirlos, mi padre no le soltó de la mano. Confiaba en él y lo empleó en su bufete como chico de los recados primero, y como chófer con el tiempo, pues como abogado llegó a prosperar mucho en sus últimos años de ejercicio.

No sé cómo nos hicimos amigos porque no pertenecíamos al mismo círculo. Supongo que ayudó que alguna qu otra vez, al dejar a mi padre por la noche, mi madre le ofreciera cenar con nosotros en casa.

Se trataba de un chico que no tuvo suerte en la vida, muy ingenioso y despierto. Cualquier trama de la que mi padre hablase, la cogía al vuelo. Con el tiempo, ya asistía a las reuniones de mi familia como si fuera uno más. Y también salía de juerga conmigo.

La primera gran borrachera de mi vida la cogí con él. A mí se me fue más la mano con el alcohol o él lo toleró mejor en aquel momento. El asunto fue que me llevó a rastras a mi casa y por supuesto prometió no delatarme ante mi padre.

Jamás lo hubiese hecho. Logan no solo era un buen tipo sino una tumba, podías confiarle todo lo que quisieras que se dejaría torturar antes de fallarte. Por él ponía la mano en el fuego. Alguna vez hasta gastamos la broma de que éramos hermanos a alguna chica y había que ver sus caras cuando miraban el color de ambos.

Logan, que era una especie de armario empotrado de ancho y medía un metro noventa contaba con una piel de color café con leche y grandes ojos negros, además de una cabeza rapada desde hacía unos años, cuando las entradas le aconsejaron lucir ese look, lo que me dio siempre la oportunidad de bromear con que no tenía un pelo de tonto.

En cuanto a mí, mi pelo era rubio y, por suerte, seguía todo en su sitio. Siempre lo tuve espeso, parecido al de mi madre, y mucha cantidad. Mis ojos, sin embargo, los heredé de mi padre y eran de un intenso azul mar. La sonrisa amplia y franca, así como mi dentadura blanca fueron otros de mis principales aliados a la hora de que ligar no tuviese ningún secreto para mí. No era tan alto como él, quien me superaba en diez centímetros, lo cual me situaba en el metro ochenta.

Logan comprobó que iba en silencio. Y cuando eso ocurría no dudaba en hablarme de fútbol. Sabía muy bien que ese era el tema que podría sacarme de cualquier otro pensamiento.

—Muy concentrado te veo, no me digas que te perdiste ayer el partido del Celtic de Glasgow porque entonces paro el coche y te pido que te bajes.

—Te juro que a veces no sé quién es el jefe y quién el empleado —me reí porque todas las cosas que decía eran iguales.

—A mí no me vaciles que no me impresionas por muy alto que hayas picado. Me he corrido contigo muchas juergas cuando no éramos más que un par de mocosos.

—Y las que nos correremos todavía.

—Eso digo yo, que la fiesta no ha hecho más que empezar.

e

Me gustaba que siempre se refiriese a la vida como “fiesta” y que pensara que todo lo mejor estaba por llegar, pese a que ya habíamos rebasado los cuarenta.

—Es que el negocio que traigo hoy entre manos es de los gordos.

—¿Y cuál no lo es, William? Siempre dices lo mismo, tío.

—Tienes razón. Supongo que debería relajarme un poco, es solo que…

—Que te pone cerrar ese tipo de tratos, que te va la erótica del poder, en definitiva —reía.

—Me va la marcha, debe ser eso, sí.

—¿Paramos a desayunar algo? Déjame adivinar. Has tomado un café solo, sin azúcar, y casi te lo dejas enfriar mientras escribías el último e-mail, que iba a ser más corto, pero que al final fue como un testamento.

—¿De verdad me conoces así de bien o es que has instalado cámaras de seguridad en mi casa?

—¿Crees que me muero por verte las pelotas? Además, ya te las he visto más de una vez y tengo pesadillas con ese tipo de escenas.

—Joder, ¿qué culpa tengo yo de que juguemos al pádel y estés allí cuando salgo de la ducha?

—¿Y para qué existen las toallas, colega? ¿Es que eres un exhibicionista?

—Más bien es que sabes que voy a lo mío, muchas veces. Siempre pensando en mis cosas.

—En el trabajo, en tías, ¿hay algo más en lo que pensar? ¿Paramos a desayunar o no?

—Solo si lo hacemos en diez minutos.

—No puedes hacerlo todo a la velocidad de la luz o las mujeres se te quejarán en la cama, William.

—Hasta ahora no lo hizo ninguna —le respondí, guiñándole un ojo.

—Espero por tu bien que ese guiño se te haya pasado o voy a empezar a pensar cosas de ti que también me darán pesadillas.

—Qué más quisieras —le tiré con una servilleta.

Capítulo 2



William

Ya lo había hecho una vez más. Logan era como un genio a la hora de sacarme conversaciones triviales que me hicieran olvidarme del trabajo.

Llegué a mi edificio de oficinas mucho más relajado. Estaba situado también en el corazón de la ciudad, a unos minutos en coche de mi ático.

Se trataba de uno totalmente reformado y con unas vistas impresionantes a las principales calles de Edimburgo, gracias a esas cristaleras que permitían que la luz entrara a raudales por ellas.

Desde que pasaba por el hall, todo era de mi agrado. Y cuando digo todo, digo todo, porque allí trabajaban varios bombones de esos que vienen en un envoltorio de lo más sensual.

Por supuesto que ninguna de esas chicas estaba allí por su cara bonita, sino porque habían demostrado su valía profesional, lo cual no quiere decir que no me alegrasen la vista al pasar.

—Buenos días, Olivia —le comenté a esa pizpireta pelirroja de la recepción—. Y enhorabuena por tu reciente compromiso —le guiñé el ojo.

—Te estuve esperando demasiado tiempo, William, pero todo tiene un límite —bromeó, enseñándome orgullosa su anillo de compromiso.

No voy a negar que un par de veces pasó por mi cama, como alguna otra de esas chicas. Una manera más de afianzar las relaciones profesionales, como decía en broma Logan.

Llegué y mi secretaria, Grace, ese imponente monumento de largas piernas, preciosa figura, larga melena rubia que casi le llegaba al trasero y ojos color miel, estaba dejando papeles sobre su mesa.

—Buenos días, Grace, ¿te has preguntado alguna vez por qué tiene tanta suerte tu novio? —le pregunté mientra resoplaba viendo tanto papel acumulado.

—Porque yo lo valgo, William, porque yo lo valgo —se giró para regalarme una sonrisa picante.

—Así me gusta, la autoestima bien alta.

—Sí, y lo que también seguirá subiendo será la columna de papeles de tu mesa. Ahora te traigo más.

—Joder, ¿existe más papel en el mundo?

—Así es. Los informes que nos han enviado vienen en un montón de cajas, para que te hagas una idea.

—Y todo eso me lo tengo que mirar en… ¿cuánto? —Consulté mi reloj.

—En dos horas y quítale algún minuto porque has llegado unos cuantos tarde.

Me acordé de Logan y de la madre que lo trajo al mundo, aunque en el fondo sabía que ese tiempo que pasaba con él no lo perdía, sino que me expandía la mente.

—Es muy poco tiempo… Dile a Ewan que venga.

—Está muy liado con…

—Que venga de inmediato —la corté porque había cosas en las que no podía transigir. El posible acuerdo de ese día requería prioridad.

Ewan era uno de mis mejores técnicos, un cerebrito de esos que vive por y para el trabajo. Un chico tímido donde los hubiera, pero muy eficaz. Lo contraté directamente al salir de la universidad y ya llevaba unos años con nosotros.

Apareció enseguida por el quicio de mi puerta.

—Grace dice que me necesitas. He venido todo lo pronto que he podido.

—Sí, sí, tranquilo. Solo te ha faltado coger un patinete. ¿Ves esto? —le pregunté mirando los expedientes.

—Lo veo y es para marearse. Dime que no tienes prisa, ¿para cuándo tenemos que estudiarlo?

—Para ayer —le sonreí con cierta maldad.

s —Ay, madre —murmuró, recolocándose las gafas.

Era lo que tenían los grandes contratos. En ocasiones, obteníamos información privilegiada sobre la competencia por parte de nuestros investigadores, pero que llegaba a última hora, cuando el acuerdo ya estaba a punto de cerrarse. Y entonces teníamos que darnos patadas en el culo.

—Ewan, ¿puedes dejar de suspirar? —le pregunté unos minutos después porque me estaba poniendo nervioso.

—Lo intento, lo intento.

Tenía una cabeza privilegiada, pero de espíritu iba cortito. A menudo le tenía que recordar lo que valía porque s no se le olvidaba y tenía la impresión de que no podría hacerlo, de que todo le venía grande.

Consultaba el reloj cada cierto tiempo y no hace falta decir que no pudimos revisar ni la cuarta parte cuando se nos echó el tiempo encima.

—Hora de entrar en la sala de reuniones, Ewan —le anuncié.

—¿Ya? Es imposible y lo sabes, William. Podrían darse cuenta de que no sabemos todo lo que deberíamos y entonces tendrían una posición de poder sobre nosotros.

—Antes de eso iré de farol y lo sabes. Lo único que tienes que hacer es poner cara de póker.

—Ya sabes que no juego a las cartas, no sé.

—Ewan, ¿haces algo aparte de trabajar?

—Sí, estudiar. Te comenté que me he matriculado en otro máster y…

—Me refería a algo divertido —puntualicé.

—Si lo es. Me encanta estudiar, William.

—Vamos a dejarlo. Acompáñame.

—Estoy sudando, lo estoy, William. Creo que me voy a marear.

—Solo tienes que soltar algunos datos técnicos cuando te pida tu apoyo. Eres el mejor en eso, lo harás muy bien. Me ocuparé de todo lo demás.

—William, estoy sintiendo de nuevo esa taquicardia de la que te hablé en la última reunión.

—Tu corazón va perfectamente, Ewan. Lo único que te falla es la confianza. Hazme caso.

Yo sí confiaba en él y lo hizo de lujo. A la hora de la verdad, me miraba y soltaba todos esos datos técnicos encadenados, unos detrás de otro. En cuanto terminaba, le daba el relevo y reconducía la reunión por donde me convenía.

La de aquella mañana sería una negociación ardua y eso me excitaba. Sí, lo digo como lo siento. Me excitaba hacer que nos adjudicaran un contrato millonario pasando por encima de un rival.

¡i Choqué los cinco con Ewan cuando salía de la reunión con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo has conseguido, ¿verdad? —me preguntó Logan, una vez puse un pie en la calle y me subí en el coche.

—¿Si te digo que nos vamos a celebrarlo te contesto?

—No lo he dudado en ningún momento, tío.

Se alegraba tanto como yo. Si algo me generaba orgullo era eso. Mi amigo se alegraba de mis triunfos como si fuera yo mismo. Esa es la máxima garantía de amistad que alguien puede darte.

Tras el almuerzo, volví a mi ático. Mi casa era mi templo, ese lugar en el que me refugiaba después de una larga e intensa jornada de trabajo.

Amaba mi trabajo, había logrado cuanto quería en la vida a nivel profesional, lo cual no significaba que no sufriera un gran desgaste. Era normal que llegase psicológicamente machacado. Nada que no pudiera repararse, eso sí, con un rato en mi sofá y una buena sesión de entreno por la tarde para poner mi cuerpo a tono.

Elegí la pantalla de televisión más grande que encontré en el mercado. La contemplaba mientras me echaba, tras ponerme cómodo, en ese enorme sofá en forma de “U” en el que Logan bromeaba con que cabía más gente que en muchos cines.

No puedo negar que soy un sibarita y que me gusta todo lo bueno. El sofá era de la mejor piel, en tonos claros, igual que el resto de la decoración, que iba de los tonos blancos a los crudos y los arena, aunque poco más. La claridad me daba paz.

El toque de color en mi ático, tanto en el interior como en la inmensa terraza con inmejorables vistas, lo ponía el verde de las plantas. Siempre me gustaron. El amor por ellas lo heredé de mi madre, cuyo nombre es Susan, mientras que el de mi padre es David.

La terraza era la joya de la corona de un ático que me había costado lograr porque era un auténtico tesoro. Contaba con trescientos metros cuadrados distribuidos en una gran cocina con isleta central y con todas las comodidades: inmenso salón distribuido a dos alturas (separando la zona de comedor de la de ocio), varios

dormitorios con baños incluidos y el mío, el principal, con un fantástico vestidor en el cual quedaba a la vista toda mi ropa y complementos, ordenados por colores.

Era muy metódico para todo y entrar en mi vestidor para elegir el outfit ideal era algo que me relajaba y que me hacía recordar que representaba la consecución de un sueño.

Esa tarde tan solo tendría que escoger mi ropa deportiva, pero antes cerraría los ojos un rato y trataría de dejar la mente en blanco.

Me entró un mensaje justo en ese momento y era de mi madre, para recordarme que almorzaba con ellos un día de esa semana, el que yo quisiera, ellos se adaptaban. Estaban jubilados y me lo ponían todo muy fácil.

Sonreí al contestarle con varios emojis porque ella los utilizaba siempre y estaba en todo. Si por la buena de Susan fuera me llevaría cada día un táper de su casa, algo que no haría ni loco porque me parecía de críos. Normal, para ella siempre lo sería.

Intercambié con ella algunos mensajes más porque deseaba saber qué comida me apetecía. Se trataba de una mujer muy detallista y, cómo no, se lo debía agradecer a quien me trataba así de bien.

dormitorios con baños incluidos y el mío, el principal, con un fantástico vestidor en el cual quedaba a la vista toda mi ropa y complementos, ordenados por colores.

Era muy metódico para todo y entrar en mi vestidor para elegir el outfit ideal era algo que me relajaba y que me hacía recordar que representaba la consecución de un sueño.

Esa tarde tan solo tendría que escoger mi ropa deportiva, pero antes cerraría los ojos un rato y trataría de dejar la mente en blanco.

Me entró un mensaje justo en ese momento y era de mi madre, para recordarme que almorzaba con ellos un día de esa semana, el que yo quisiera, ellos se adaptaban. Estaban jubilados y me lo ponían todo muy fácil.

Sonreí al contestarle con varios emojis porque ella los utilizaba siempre y estaba en todo. Si por la buena de Susan fuera me llevaría cada día un táper de su casa, algo que no haría ni loco porque me parecía de críos. Normal, para ella siempre lo sería.

Intercambié con ella algunos mensajes más porque deseaba saber qué comida me apetecía. Se trataba de una mujer muy detallista y, cómo no, se lo debía agradecer a quien me trataba así de bien.

Capítulo 3



William

Esa noche había quedado con Logan para cenar. Lo hacíamos de vez en cuando. No me ocupé de la reserva porque sabía que él estaría en ello.

Ya tenía el coche en la puerta cuando salí del bloque. Justo entraba en ese momento Isla, una vecina nueva, quien me echó una mirada de arriba abajo que le devolví junto con una sonrisa.

—Joder, qué cuerpazo —me soltó Logan en cuanto entré en el coche.

—No me lo tomes a mal, pero no eres mi tipo. Vale que hayamos compartido mil cosas juntos, pero hay líneas rojas que no pienso rebasar.

—No me jodas, que lo decía por ese bombón de café que acaba de entrar, ¿quién es?

—Se llama Isla, se mudó recientemente.

—¿Hacen castings antes de vender estos apartamentos? Es que sale cada monumento de ahí… Siempre que estoy esperando veo alguno que me deja las rodillas como flanes.

—Pues lo que te faltaba con lo largo que eres. Y con los kilos de músculo que me llevas encima.

—Te vendrá a ti mal para cuando me toca cubrirte las espaldas.

—Ya te digo que no. Por cierto, ¿dónde me llevas hoy a cenar?

—Te ha faltado añadir un “cariño” y ya pareceríamos un matrimonio de un montón de años.

—No, me gustan con las manos más finas.

—¿Qué les pasa a mis manos?

—Que son tan grandes que tus dedos parecen un muestrario de consoladores.

—Me encanta que seas tan directo.

—Arranca ya, que tengo hambre.

—Te llevo a un italiano muy exclusivo que han abierto.

—Lo de exclusivo no hace falta que lo digas.

—Ya, porque si no lo es, no lo pisas. Maldito niño rico… A ti te darían de collejas en el barrio en el que me crie.

—Pues para eso te llevo, para que no me las den en caso de pasar por algún barrio así.

Llegamos y el sitio estaba maravillosamente decorado, con una clientela muy selecta.

—Me encanta la mesa que has reservado para nosotros, cariño —pronuncié con retintín por lo que me había dicho en el coche.

—Dilo más alto y todas esas bellezas pensarán que no tienen ninguna oportunidad con nosotros —señaló una mesa llena de chicas que había.

—Aunque me da la sensación de que tú estás bien servido, ¿me equivoco mucho?

—¿Y por qué has sacado esa conclusión? A ver si quien vigila al otro eres tú al final.

—También son muchos años conociéndote. Cuando improvisas una cena así es porque tienes algo que contarme. Y por lo entusiasmado de tu audio solo puede tratarse de dos cosas: de una chica o de otra chica.

—Muy gracioso, William.

—Venga, suéltalo, ¿tiraste anoche la caña y picó algún pececillo?

—Picó una sirena, tío, menudo cuerpo. Y mira que no tenía pensamiento de salir ni de nada.

—Cierto, no me comentaste nada al dejarme.

—Claro, porque no lo iba a hacer. Pero si tienes que pescar algo, picará el anzuelo, aunque para eso tengas que

bajar a comprarlo. En realidad, bajé al supermercado de mi barrio a por algo de cena. Tenía el frigo vacío…

—Con lo que engulles, querrás decir que observaste que quedaba un hueco libre, ¿no?

—Pues no, listo. Estaba vacío porque estos días atrás he entrenado a tope y no hice compra, así que se me antojaron unos perritos calientes.

—Y bajaste a comprar para prepararte una docena.

—Y dale, ¿me dejarás hablar o tendré que darte un puñetazo?

—¿Eso viene en tu contrato? Que seas mi medio hermano no te permite darme de hostias, que yo sepa.

—Me pones de los nervios cuando sacas la ironía, ¿quieres callarte un poco? Que te quiero contar lo de Sophie.

—La has llamado por su nombre.

—¿Y cómo quieres que la llame? ¿Por el tuyo? No le pega nada, es súper sexy y femenina.

—No, solo digo que tuvo que ser espectacular para que recuerdes su nombre al día siguiente…

—Serás desgraciado, no te mereces que te traiga a sitios tan bonitos.

—¿Prefieres que me vaya y le dices a Sophie que venga?

—¿Prefieres que te dé una patada en las pelotas?

—No, mejor me quedo yo.

—Pues eso, tío, que menuda chica… Es preciosa. Me fijé en ella desde que entré en el supermercado. Y luego coincidimos en la fila para pagar. Entonces, se le cayó un paquete de queso y…

—Y se lo cogiste —le interrumpí otra vez porque sabía que le ponía de los nervios y me divertía mucho—. No me mires así, que me refiero al paquete de queso, no al culo.

—Pues no, listo, no le cogí nada, aunque el culo fue lo que me puso por delante al agacharse. No lo hizo a propósito, pero lo hizo. ¡Y menudo culo! Era de esos —mientras lo decía, lo dibujaba en el aire— redondos, respingones y duros.

—¿Y cómo sabías ya que estaba duro?

—Hay cosas que un hombre sabe a simple vista, no hace falta que te lo diga yo.

—Ni idea —me hice el tonto.

—En serio, la chavala estaba bien, pero que muy bien. Y entonces se volvió y me sonrió, diciéndome que se sentía muy patosa porque llevaba un día de mierda.

—Y abrió la veda… Cogiste la escopeta, ¡¡y a cazar!!

—No fue tan así. Me cayó sensacional y comenzamos a charlar. Una cosa llevó a la otra y la terminé invitando a cenar.

—¿En la calle?

—No, en mi casa.

—Ya, y calentasteis todo menos los perritos.

—La verdad es que cenar no cenamos nada, pero nos hartamos.

—Qué tío con más suerte —le sonreí de medio lado.

—Me cayó del cielo, la verdad es que Sophie me cayó del cielo. No lo esperaba para nada.

—Y te diste el lote entresemana. Si eso es así, ¿qué te deparará el fin de semana? Va a ser verdad eso que dices de que todo lo mejor está por venir.

—Detecto un tonito sarcástico en ti que es mayor del habitual, que ya es bastante.

—No, esas son tus percepciones.

—A ver si nos traen la cena ya, que no veas si tengo hambre.

—Claro, como que anoche no cenaste…

—Tío, que no estoy en ayunas desde entonces.

—Ya me lo imagino o me habrías comido a mí esta mañana.

—Lo siento, tampoco eres mi tipo.

a

—Lo siento, tampoco eres mi tipo.

Capítulo 4



Nala

Estar lejos de la familia siempre era duro, sobre todo al principio, luego ya con el tiempo una se iba acostumbrando y se hacía todo más llevadero.

Hacía ya tres años que dejé Londres para trabajar en Edimburgo, tres que pasaba lejos de mis padres, pero que como decía mi madre, los tenía a una llamada de distancia.

Bendita fuera la tecnología que nos conectaba y facilitaba la vida, al menos en ocasiones, pero esta no era una de ellas.

No sabía qué le pasaba al móvil, pero parecía haberse vuelto loco, se encendía y apagaba solo, se quedaba bloqueado y no podía ni, llamar, ni tan siquiera enviar un mensaje. Si esto no era uno de esos casos de *Poltergeist* como en la película, que bajara Dios y lo viera.

Era mi hora de ir al trabajo y el teléfono no colaboraba ni un poco, de los nervios me tenía ya. Terminé de tomarme el café y cogí el bolso y las llaves para salir de mi apartamento.

Mi precioso y acogedor apartamento, mejor dicho, pues estaba encantada con él desde que lo vi la primera vez.

Era tipo loft, con techos altos y grandes ventanales que permitían entrar la luz del sol de modo que parecía aún más amplio. Se encontraba en la última planta del edificio y desde ahí tenías unas magníficas vistas de toda la ciudad.

El salón era amplio y abierto, contaba con un sofá que, si se abría, se hacía cama y alguna que otra noche la pasé durmiendo allí después de ver una película, una mesa de café y el mueble donde había un par de estanterías con algunos de mis libros y discos de música favoritos.

La cocina, que era abierta junto con el salón, contaba con muebles de lo más modernos, así como los electrodomésticos, y una barra para el desayuno que hacía las veces de separación entre la cocina y el salón.

El dormitorio estaba separado del salón por una pared de pequeños bloques de cristal en colores blancos y

azules claros que daban ese toque luminoso a la estancia, tenía una cama grande y un armario empotrado de tres puertas, así como la cómoda y dos mesitas de noche, todos los muebles en madera clara y con un diseño moderno

El baño estaba justo al lado, tenía una ducha bastante amplia en la que solía pasar varios minutos disfrutando de la sensación del agua cayendo por mi agotado cuerpo después de un día de trabajo.

El apartamento estaba en una de las mejores zonas de Edimburgo, con cafeterías, restaurantes, tiendas y un supermercado al final de mi calle en el que podía hacer la compra, por no hablar de que podía ir caminando al banco en el que trabajaba, dado que estaba a solo diez minutos.

Y sí, eso fue lo que hizo que finalmente me decantara por ese precioso loft para hacer de él mi hogar. También el hecho de que su anterior propietario, un médico que se iba a África con una ONG, necesitara venderlo con urgencia y no pidiera mucho por él, por lo que entre lo que me ayudaron mis padres y la hipoteca que me concedió el banco en el que trabajaba, pude comprarlo.

Antes de llegar al banco pasé por mi cafetería favorita, esa donde Sam, el dueño, me tendría preparado el café con leche, azúcar y una pizquita de canela para empezar el día.

Era un hombre encantador, tenía treinta y tres años, era rubio y con unos bonitos ojos marrones que acompañaban una sonrisa de lo más pícara, y en los años que hacía que nos conocíamos, no dejaba escapar la oportunidad de decirme alguna de sus picardías.

—Buenos días, Sam —saludé al entrar.

—Buenos días, sirenita —sonrió haciéndome un quiño, y me eché a reír.

Era su modo de llamarme a veces, pues decía que, con mi cabello rojo y mis preciosos ojos azules, le recordaba a ese personaje de Disney.

—Aquí tienes tu café. ¿Cómo se presenta el día? —preguntó, mientras me entregaba el vaso y yo pasaba la tarjeta por el datáfono.

—Espero que tranquilo, pero en el banco nunca se sabe —sonreí con la timidez habitual que mi madre decía que tendría que quitarme, pero era imposible—. Oye, ¿sabes de móviles?

—Lo justo, ¿por? ¿Vas a comparte otro?

—Pues creo que es lo que voy a tener que hacer, sí. Mira el mío —lo saqué, se lo enseñé y él mismo comprobó que se había vuelto loco.

—Creo que tu móvil necesita un exorcismo, ve llamando al Vaticano y que te manden al mejor.

—Anda que lo me dices —resoplé volteando los ojos—. Pasaré después por una tienda y compraré otro.

—Buena idea, antes de que ese empiece a hablar en alguna lengua muerta por sí solo.

—Mira, si eso pasa, ya te digo yo que me da algo. Que tengas un buen día, Sam.

—Igualmente, bonita.

Salí dando un sorbo a mi café y puse rumbo al banco dando mi habitual paseo para empezar mi jornada. Hacía fresquito, algo normal para el mes de noviembre en el que estábamos, pero siempre iba bien abrigada, con mi bufanda grande, esponjosa y de lo más calentita.

Abrí la puerta de la sucursal y el calorcito de la calefacción me recibió dándome esa cálida bienvenida de siempre.

Todo el mobiliario era de lo más moderno, en tonos negros y grises, con paredes gris claro y las letras al fondo grandes y negras.

En la pequeña salita de espera que teníamos con varios sofás y sillas con una mesa baja y algunas revistas, ya había algunos clientes esperando para ser atendidos en caja donde Becca y Ruth, las cajeras, atendían a los más madrugadores.

Teníamos algunas plantas naturales a modo de decoración repartidas por la sucursal dando ese toque de color y vida a la estancia, así como los típicos carteles promocionales de los productos que ofrecía el banco a sus clientes.

El puesto de Liam y el mío, estaban cada uno en un extremo dado que ambos éramos gestores y la privacidad de los clientes que atendíamos era primordial. Ambas mesas eran amplias, de madera gris, con dos sillones al frente para más comodidad de los clientes, y nuestras sillas giratorias que también eran bastante cómodas.

Al fondo estaba el despacho de Colin, el director, quien en ese momento vi que hablaba por teléfono, pues todas las paredes del despacho eran amplios cristales.

Ocupé mi puesto y vi entrar algunos clientes más que hicieron fila en los dos cajeros automáticos que teníamos dentro para facilitar el pago de recibos o sacar dinero, al igual que podían hacer en los dos que estaban en la calle, pero dado que el frío no invitaba a ello, lo hacían dentro.

—Nala —miré hacia la puerta de Colin—, ven un momento, por favor —me pidió antes de regresar dentro.

Fui hacia el despacho, abrí la puerta y tras darle los buenos días me senté frente a su escritorio.

—Necesito que te encargues de esta empresa —me entregó una carpeta—, es un viejo amigo que quiere invertir en algunos inmuebles, ya sabes que tenemos varios y quiero que le ofrezcas lo que mejor se ajuste.

—Claro, no hay problema. Haré un estudio de todo y me pondré en contacto con él.

—Perfecto. Tiene cuenta en la competencia y me ha dicho que si lo tratamos mejor que ellos, se cambia.

—Entendido —sonreí levemente—, quieres que le ofrezca un par de diamantes, pero a buenos precios.

—Lo has pillado —me hizo un guiño.

Colin era un hombre apuesto, de cabello castaño y ojos verdes, rostro varonil y con el mentón bien definido y con un hoyuelo que salía solo cuando sonreía.

Regresé a mi puesto y estuve estudiando la empresa de Aaron, que así se llamaba el amigo de Colin, para saber en qué tipo de inmuebles solía invertir y así ofrecerle lo mejor que tuviéramos nosotros.

A las once salí a tomarme un café y a la vuelta llamé a Aaron, pero acabé hablando con su secretaria con quien concerté una cita para el día siguiente.

Seguí trabajando hasta la hora de salir y cuando dimos el día por finalizado, Becca y Ruth se acercaron a mi mesa.

—Hora de comer, señorita —dijo Becca, esa morena de ojos color miel y sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

—Sí, que tengo hambre y el cuerpo me pide asiático —añadió Ruth, que era lo opuesto a Becca, rubia y ojos verdes.

Desde que empezaron a trabajar en la sucursal, hacía ya dos años y medio, nos habíamos vuelto buenas amigas, y eran las que solían sacarme de casa alguna que otra noche para cenar y tomar una copa.

—No se hable más, que me has dado hambre —recogí todo, me puse el abrigo y la bufanda y salimos del banco despidiéndonos de Liam, que estaba terminando de enviar un e-mail.

El restaurante asiático estaba al cruzar la calle, y era uno de los sitios habituales donde solíamos comer.

Nos acomodamos en la mesa a la que nos llevó la camarera, y tras pedir refrescos para beber, cuando nos los trajo tomó nota de nuestra comida.

Compartíamos unas deliciosas *gyozas* rellenas de carne y verduras con salsa de soja y arroz frito con salteado de

verduras como entrante.

Para plato principal nos decantamos por el pollo al curry y la ternera salteada con verduras.

—Tengo algo que contaros —dijo Becca cuando nos quedamos solas.

—A mí me suena a buena noticia —sonrió Ruth.

—Depende. Si os digo que hace unos meses conocí a alguien, pero que está casado…

—Eso es una noticia buena y otra mala —contesté.

Nos dejaron los entrantes en la mesa en ese momento y retomamos la conversación cuando se fue el camarero.

—¿Cómo le conociste?

—Es un vecino nuevo de mi edificio de enfrente, nos chocamos un día al cruzarnos en el parque mientras corríamos, y no sé, surgió algo, volvimos a vernos varios días seguidos, me invitó a cenar una noche, y otra más tarde acabamos en mi casa.

—Vamos, que le disteis una alegría a vuestros cuerpos. Pero, ¿ya sabías que estaba casado? —preguntó Ruth.

—No —negó mientras cogía una *gyoza*—, no lo sabía. Me enteré el mes pasado y le pedí que no me llamara más, pero…

—Ha seguido haciéndolo —terminé por ella.

—Sí, nos hemos visto unas tres veces y siempre me dice que está bien conmigo, que su matrimonio no funciona y que no quiere perderme.

—¿Y tú lo crees?

—Pues tengo dudas, Ruth, pero parece tan sincero cuando lo dice —se encogió de hombros.

Seguí escuchándolas hablar, pero como en un segundo plano, eso que a veces me pasaba cuando mi mente se iba hacia otros momentos de mi vida.

Hasta que dejé a un lado esos pensamientos que solían volver a mí en malas ocasiones, y me concentré en la charla sobre la noche de chicas que estaban planificando para el día siguiente, ese que no pensaba rechazar.

Pedimos unos *mochis* de postre con café y tras pagar la cuenta nos despedimos hasta la mañana siguiente,

viernes por fin, y me fui a la tienda de telefonía para comprarme otro móvil.

En cuanto le dije al chico lo que me pasaba dijo que era algo normal cuando los dispositivos tenían ya unos añitos, y el mío llevaba conmigo cuatro ya, así que el que se apagara y encendiera solo, así como quedarse bloqueado, era su modo de decirme “necesito la jubilación y dar paso a nuevas generaciones”.

Tras ayudarme a elegir uno apropiado para mí, me fui para casa y después de una ducha calentita y ponerme el pijama, empecé a trastear para ponerlo a punto.

En ello estaba cuando me saltó una videollamada de mi madre.

—Hola, mamá —sonreí al verla, tan parecida a mí, con su cabello pelirrojo solo que ella tenía los ojos verdes, los míos eran herencia de mi padre.

—¡Por fin! Hija, ¿estás bien? Tu padre y yo llevábamos desde ayer intentando hablar contigo y no había manera.

—Estoy bien, sí, es que el móvil murió poco a poco y hoy me he comprado otro.

—Menos mal, tu padre decía que, si no hablábamos hoy contigo, avisaríamos a la policía.

—Qué exagerado es el profesor Lewis —reí.

—Igual que tu madre —dijo este, asomándose a la pantalla, mirándome con esos ojos que veía en el espejo todas las mañanas—. Ella quiso llamar ayer.

—Profesora Mega, como ve, estoy perfectamente —sonreí.

—Cariño, es que estás lejos y si no sabemos de ti, me preocupo. Es normal, cuando seas madre lo entenderás.

Siempre me decía lo mismo, pero la entendía, porque había habido alguna que otra vez que no supe de ellos y me preocupé.

Mis padres eran profesores en un instituto en Londres, él impartía clases de Historia y ella de Literatura, y a sus sesenta y cincuenta y cinco años respectivamente, seguían conservándose visiblemente jóvenes.

Tras unos minutos más hablando y que comprobaran que estaba bien y que no me había pasado nada, nos despedimos quedando en hablar el sábado por la mañana, que era otro de los días en que nos solíamos conectar.

Capítulo 5



Nala

Después de una mañana de trabajo en la que me había reunido con Aaron, ese amigo de mi jefe, y que conseguí hacerme con su empresa como cliente de la sucursal del banco, estaba más que lista para celebrarlo esa noche con Becca y Ruth.

Llegué en taxi al centro de la ciudad donde había quedado con ellas, a quienes les encantaba un local en el que podías cenar en la planta baja y disfrutar de unas copas y buena música en la segunda planta.

Cuando entré en el restaurante me recibió ese ambiente acogedor y cálido donde una de las encargadas cogió m abrigo y la bufanda y me entregó el ticket para que lo recogiera al acabar la noche.

Las encontré a ellas sentadas en una mesa al fondo, junto a la ventana que daba a la calle principal y por la que se veía el ir y venir de la gente a esas horas de la noche del viernes.

—Aquí está la futura empleada del mes —dijo Becca cuando me vio.

—Sí, sí, que menuda cuenta has traído al banco —añadió Ruth.

—Es un amigo de Colin y quería tenerlo como cliente, yo solo he ayudado a conseguirlo —sonreí.

—Sea como sea, esta noche lo celebramos, que una cuenta así no se consigue todos los días —comentó Becca —. Y ahora, ¿qué queréis cenar?

Echamos un vistazo a la carta, aunque nos la sabíamos más que de sobra, y tras pedir una cerveza para cada una nos decantamos por algo ligero para comer.

Pedimos *cullen skink*, que era una sopa de pescado ahumado, patatas y cebolla, que para las noches frías era perfecta, y como segundo un filete de salmón a la plancha con verduras y puré de patatas.

No sabría decir las veces que ese par de locuelas me hicieron brindar por la cuenta con Aaron, pero debía admitir que ellas eran las que conseguían hacer de mi vida en la ciudad lejos de mis padres, un poquito más

llevadera.

Tras la comida pedimos *cranachan* para el postre, que era un delicioso dulce que combinaba avena tostada, crema, miel y frambuesas.

Nos invitaron a un chupito de crema de licor y después de pagar fuimos hasta la parte del fondo donde estaban las escaleras que daban acceso a la segunda planta para ir al local de copas.

Nada más entrar podía escucharse la música sonando a todo volumen, algo que complicaba el querer mantener una conversación, pero nosotras ya éramos expertas en eso.

El local era una pasada, contaba con una barra de madera oscura con luces led blancas que iluminaban la parte baja, estaba en la pared del fondo, esa que era toda de espejos y donde el nombre del local resaltaba con las luces de neón del letrero, esas que además podían verse en todo el local.

Mesas bajas con cómodos sofás para sentarse en color negro daban ese ambiente ligeramente sofisticado, y en l pista de baile, que estaba a un lado, muchas eran las parejas o grupos que se encontraban bailando.

i —Y como la noche es joven —dijo Becca—, vamos a celebrar que Nala será empleada del mes.

—Y dale —reí, porque no podía no hacerlo. Becca y Ruth eran así, expertas en hacer que cualquier cosa resultara ser divertida.

Pidió tres mojitos de fresa y mientras esperábamos que la camarera nos los sirviera, las chicas me cogieron cad una de una mano para que bailara. Por más que les decía que pararan no había manera.

—Mujer, lúcete a ver si te sale un admirador —dijo Ruth—. Con este cuerpo que tienes y lo bien que te sienta esa falda y la camisa, seguro que antes de lo que pensamos tienes varios ojos puestos en ti.

—Es que eso es precisamente lo que no quiero, que me mire todo el mundo.

—¿Cuándo vas a dejar a un lado esa timidez, Nala? En serio, tendrías que soltarte un poquito la melena, cielo —añadió Becca.

ł, —Estoy perfectamente así, gracias, con mi coleta alta —sonreí.

—Uy, la madre que la parió, mírala ella, cómo nos toma el pelo —resopló Ruth.

Por suerte nos sirvieron las copas y fuimos a sentarnos en una de las mesas libres que había.

Muchos grupos ocupaban el resto y se veía que llevaban tiempo allí, disfrutando de la noche entre amigos.

—Yo solo digo una cosa, chicas —comentó Ruth—, el baile quema calorías, y hemos repetido postre.

En lo del postre llevaba razón, pues estaba tan bueno que pedimos uno más para cada una.

—Lo que quiere decir es —continuó hablando ella— que, si bailamos, técnicamente estaríamos haciendo ejercicio.

—Yo es que salgo a correr por las noches —dijo Becca.

—Menos cuando vienes a cenar, por lo que hoy te has saltado la carrera. Vamos, ¿quién se anima a un baile?

—No vas a parar hasta que nos levantemos, ¿verdad? —arqueé la ceja y ella negó— Pues venga, vamos a bailar un poco, pero aquí, que no quiero que nos quiten la mesa.

Sí, bailamos, porque, aunque nos costara un poquito ponernos en situación de fiesta a Becca y a mí, acabábamos dejándonos llevar por la música de todos los estilos que iba sonando, canción tras canción.

Ruth fue a la barra por unos daiquiris de mango cuando se nos acabaron los mojitos y nos sentamos de nuevo para descansar un poco los pies, esos que ya podíamos notar las tres con pinchazos como agujas por el cosquilleo de tanto bailete.

—Admirador a la vista —murmuró cuando se sentó tras dejar las bebidas.

—¿Dónde? —preguntó Becca.

—En la barra, ese rubio con traje azul marino que no deja de mirar hacia aquí.

Becca y yo miramos y, efectivamente, había un rubio allí con un vaso de whisky en la mano mirándonos de lo más descarado.

—No es un admirador, es mi… —empezó a decir Becca, y tanto Ruth como yo la miramos a sabiendas de lo que no terminaba de decir.

—¿Ese es tu vecino el casado con el que te has acostado?

—Ese mismo, Ruth, ese mismo —resopló.

—Eso sí que es casualidad, vamos —comenté dando un sorbo a mi bebida.

—No te quita ojo, eso está claro.

—Y viene hacia aquí —dije.

—Hola, Becca —saludó con ambas manos en los bolsillos, pues se había acabado su copa de un sorbo antes de dejar la barra.

—Hola, Max. ¿Qué haces aquí?

—Vine a tomar una copa con un cliente, ¿podemos hablar? —preguntó, mirándonos de reojo a Ruth y a mí.

—Estoy con mis amigas, así que…

r —Nosotras vamos al baño —le cortó Ruth dejando su copa en la mesa, y se levantó cogiéndome de la mano para que la acompañara.

s —Sí, ahora volvemos —sonreí mientras ya nos estábamos alejando.

Becca nos miró con los ojos muy abiertos, sin duda queriendo que nos volatilizáramos en ese momento si pudiera lanzarnos fuego con ellos, pero no era el caso.

Ruth y yo fuimos al cuarto de baño y dado que había una cola bastante importante, a mi amiga y compañera no se le ocurrió otra cosa que entrar en el de los chicos aprovechando que no había nadie.

—Ruth, por Dios, no entres ahí —traté de persuadirla.

—O entro, o me lo hago encima o en ese ficus, tú eliges —señaló una planta artificial que había en el pasillo.

La di por imposible y entró sin hacerme caso. Mientras esperaba mi turno me llegó un mensaje de William, ese hombre con el que solía verme de vez en cuando.

Sonreí porque eso conseguía él de mí, además de ponerme nerviosa y estaba segura de que sabía que lo hacía, mientras leía el mensaje en el que me invitaba a cenar al día siguiente.

Acepté y tras unos minutos me dijo dónde nos veríamos.

Suspiré apoyando la cabeza en la pared pensando en él, en ese hombre que logró meses atrás que volviera a abrirme al mundo de las relaciones después de unos años sin pareja, pero es que la última no fue lo que esperaba de aquel que me dijo que pondría la Luna a mis pies.

Que no, tampoco quería eso, pero al menos esperaba sinceridad y amor de mis relaciones de pareja, aunque la de Archi no era tal cosa.

Entré al baño cuando me tocó el turno y al volver al pasillo vi a Ruth mirando desde la zona que daba al resto del local.

—¿Qué haces ahí en plan ninja, agazapada vigilando?

—Joder, qué susto, Nala —se llevó la mano al pecho—. Estoy mirando que Becca está bien —me asomé con ella y las dos vimos a nuestra compañera y amiga hablando con su… lo que fuera—. No se han tirado de los pelos así que parece que no hay peligro.

—No deberíamos estar aquí espiando.

—No espiamos, solo nos aseguramos de que no necesita intervención nuestra.

—¿Y qué harías?

—Pues, si a ella la veo alterarse, me quito el zapato y lo amenazo con el tacón, eso duele.

—Vale, mejor vamos tú y yo a la barra por algo de beber.

Y eso hicimos, nos tomamos allí un par de chupitos mientras Becca hablaba con Max, y cuando este se marchó después de colocarle un mechó de cabello tras la oreja a ella y darle un beso en la frente, volvimos a la mesa.

—¿Cómo ha ido? ¿De qué quería hablar? —preguntó Ruth.

—Me ha dicho que le ha pedido el divorcio, que es definitivo.

—¿Y lo crees? —curioseé— Becca, a veces si una persona casada le dice a su amante que va a divorciarse, no es más que una excusa para no perder lo que tiene, ya me entiendes…

—Me ha sonado sincero —contestó—. Sí, le creo.

—Bueno, imagino que solo será cuestión de tiempo —dijo Ruth, frotándole la espalda.

—Yo solo quiero que no sufras, Becca.

—Lo sé, Nala —sonrió—, y te agradezco, a las dos en verdad, que os preocupéis por mí.

—¿Cómo no íbamos a hacerlo? Eres nuestra amiga —dijo Ruth—. Y ahora, a brindar. Por nosotras tres, que somos maravillosas —levantó su copa y Becca y yo hicimos lo mismo para ese brindis.

Bebimos y pasamos un par de horas más allí disfrutando de la noche, aunque yo no dejaba de pensar en lo mal que podría pasarlo Becca si lo suyo con Max no salía como ella esperaba. Porque sí, a veces la vida nos daba sorpresas que no esperábamos y estas, en ocasiones, no eran nada buenas.

Después de despedirme de las chicas me subí al taxi para volver a casa donde apenas si me desmaquillé rápido y me metí en la cama lista para dormir. No éramos de beber, pero cuando nos juntábamos las tres, a veces nos pasábamos a base de chupitos.

;,

Bebimos y pasamos un par de horas más allí disfrutando de la noche, aunque yo no dejaba de pensar en lo mal que podría pasarlo Becca si lo suyo con Max no salía como ella esperaba. Porque sí, a veces la vida nos daba sorpresas que no esperábamos y estas, en ocasiones, no eran nada buenas.

Después de despedirme de las chicas me subí al taxi para volver a casa donde apenas si me desmaquillé rápido y me metí en la cama lista para dormir. No éramos de beber, pero cuando nos juntábamos las tres, a veces nos pasábamos a base de chupitos.

Capítulo 6

William

Eran las siete de la tarde cuando estaba terminando de arreglarme para dirigirme hacia el club donde solía ir cada fin de semana a tomar una copa.

Había quedado con Nala, una preciosa joven inglesa de veintisiete años que trabajaba como gestora en una sucursal bancaria de la ciudad y con la que me había visto en varias ocasiones en los dos últimos meses.

Pelirroja con cabello liso hasta la cintura, ojos azules intensos, pecas repartidas por sus mejillas y un cuerpo muy bien proporcionado. Finita, pero sin que se le marcasen los huesos. Lo que más me gustaba de ella era su timidez.

Logan me dejó en la puerta del club donde ya estaba ella esperándome para poder entrar como mi acompañante Era un lugar al que muy pocos podían acceder dada la exclusividad de la que presumían.

—Hola, estás muy guapa —le besé la mejilla.

—Hola, William —sonrió sonrojándose—. Tú también lo estás.

—Vamos —el señor de la puerta que me conocía se apartó y nos dio la bienvenida.

Nos dirigimos hacia uno de los reservados para cenar y en el que no tardaron en acomodarnos. Mi rincón favorito estaba libre y no dudaron en dirigirnos hasta aquí.

—¿Sabes que va a llegar ese día en el que me vas a desear tanto que ya no seré una opción?

—¿Cómo? —pregunté sin saber a qué venía eso y más viniendo de ella, que no había sido capaz de decírmelo mirándome a los ojos.

—Me lo ha dicho una vidente —sonrió.

—¿Y qué pasa que te dio mi nombre y apellido? —Miré al camarero que ya nos había traído la botella de vino y comenzó a servirla. Se hizo un silencio.

—Desde que vivo en Escocia nunca falló en nada de lo que me dijo. No le hacía falta dar tu nombre para que yo supiera de quién me hablaba.

—¿Y por qué me lo dices tan convencida?

—Solo he querido ponerte en aviso.

—Gracias. Eres muy ingenua.

—O quizás lo eres tú sin saberlo —rebatía con esa timidez que no le dejaba mantenerme la vista.

—Nala, me vas conociendo. No quiero que nadie te cree una perspectiva errónea de lo que hay. Sabes que me gustas mucho, pero también eres consciente de que no soy de esos hombres que se atan a una relación.

—No te estoy pidiendo nada. Sé que no soy la única con la que quedas y esas cosas. Solo te pongo en aviso como ya te he dicho —sonrió y dio un trago a su copa.

Otro camarero vino a tomarnos nota de la comanda y los dos nos decantamos por una ensalada de quesos para compartir y un pescado a la plancha con verduras.

—¿Y qué tal en el trabajo?

—Bien, ya sabes, lo mío es hacer más de psicólogo que de gestor del cliente bancario, pero bueno, lo llevo bien

—Tienes mucha paciencia y eso juega a tu favor.

—Tengo muchas otras más cualidades, no solo con la paciencia se puede estar en el puesto en el que estoy.

—Te noto hoy un tanto a la defensiva.

—No, para nada, perdona si di esa impresión.

—¿Segura?

—Claro. ¿Y qué me debería de pasar?

—No me convencen tus respuestas —sonreí, a la vez que alzaba la ceja y la miraba fijamente, cosa que la ponía más nerviosa.

Coloqué mi mano entre sus piernas y le presioné el muslo. Se le escapó una de sus risillas sueltas que tantas veces le provocaba.

Nala estaba rendida ante mí, de eso no me cabía ni la menor duda. Había que ser ciego para no verlo. Pero era muy hermética, jamás me hablaba de su vida ni de las relaciones que había tenido con otros hombres. Solo sabía de ella que era originaria de Londres, que tenía veintisiete años y llevaba tres años en Edimburgo trabajando para este banco, ya que tal y como terminó la carrera, consiguió la plaza.

Tampoco es que me abriera en canal con ella ni mucho menos. Ninguno de los dos entraba en detalles con el otro. Nala, quizás por su timidez, y yo porque no estaba dispuesto a dejarla entrar en mi vida más que como una amiga con derecho a roce. Ambos establecíamos límites que eran visibles a las claras.

Su aire me resultaba hasta aniñado en ciertas ocasiones. Era tierna, bonita, elegante… Tenía algo que me parecía muy atractivo, por eso seguí viéndola a lo largo de las semanas. Aunque de ahí a quedarme babeando por ella… Eso no. Ya se lo podía decir una vidente o cien videntes. Además, yo no creía en esas cosas.

En un momento dado de la cena, se quedó mirando hacia la entrada del salón y se le dibujó una bonita y amplia sonrisa en la cara.

—¡Anda, pero si es Sally! —exclamó muy contenta mientras dejaba la servilleta en la mesa y se levantaba.

La visión que tenía ante mí no podía ser mejor. Ese cuerpo que me endurecía venía envuelto aquella noche en un sugerente vestido de punto, que se le ceñía mucho a la figura, de manga larga y hasta la rodilla. Lo conjuntó con unos botines muy juveniles. Lo cierto es que estaba para ir desnudándola poco a poco con la imaginación como hice conforme se fue acercando a esa otra chica que parecía ser una amiga suya.

Era muy joven, pero es que su aspecto la hacía parecer aún más. Y también me hizo mucha gracia el gestito. Se ve que la otra chica, con quien se fundió en un fuerte abrazo, le preguntó que con quién estaba y no quiso señalarme directamente, de modo que lo hizo con disimulo, como si no fuese a darme cuenta.

Después salió cada una por su lado y volvió a la mesa, muy risueña y contenta.

—¿Una vieja amiga? —le pregunté en ese momento.

—Bueno, tanto como vieja… Es muy joven, como yo —me contestó.

—Muy chistosa. Me has entendido.

—Sí, es una amiga. Trabajamos juntas cuando llegué a Edimburgo. Luego cambió de sucursal. Me ha dado mucha alegría verla, la verdad. No solemos quedar apenas.

—Ya, son cosas que pasan.

—Sí, a ver si la llamo un día para tomar un café o algo.

—Eso estaría bien. ¿Y qué te ha dicho de mí? —le pregunté abiertamente.

—¿De ti? Nada —me esquivó, evitando por completo mi mirada.

—Venga ya… Le has comentado que estabas conmigo en la mesa.

—Bueno sí, porque te iba a ver. Pero tampoco le he dado mayor importancia.

—¿No lo has hecho? —Arqueé una ceja.

—No eres el centro del mundo, William —rio nerviosilla.

—Ni pretendo ser el centro del tuyo, ¿eso lo entiendes?

—Ya, que no me haga ilusiones como una boba. Ya me lo dijiste antes. ¿Seguimos cenando?

—Claro, ¿y luego tomamos una copa?

—Estaría bien, sí. Sabes que un poco de alcohol me viene genial para… En fin, ya me entiendes…

Había temas que le costaba hablar expresamente. Sabía muy bien a qué se refería. El alcohol la desinhibía y eso la ayudaba a intimar. Me resultaba deliciosa esa sinceridad suya con la que se refería al tema.

Nala no quería aparentar lo que no era. Conocía a muchas chicas que vivían prácticamente representando papeles. Aquella pelirroja tenía algo distinto.

Tras la cena, pasamos a esa otra zona del club donde había reservados en los que tomar una copa tranquilos. La sensualidad de su cuerpo se hacía patente en cada uno de sus movimientos y en más de una ocasión me sorprendí mirándola más de la cuenta.

Disfrutaba invadiendo su espacio personal, acercándome tanto a ella, que volviera a causarle una de esas risitas nerviosas que tanto la delataban.

—Yo quiero un cóctel de la casa —pedí uno que era bastante fuerte, con una mezcla de licores que me resultaba tan exquisito como estimulante.

—Yo tomaré otro —añadió y me la quedé mirando.

—Nala, quizás te resulte un tanto fuerte.

—No te preocupes, no soy una niña, no me trates como tal —me pidió.

—Tú misma —levanté las manos en señal de que, allá ella.

Trajeron ese par de cócteles con una presentación impresionante.

—¿Te importa si les hago una foto? —me preguntó mientras los colocaba perfectamente para que les quedara genial.

—No, claro que no —me salió una sonrisa.

—Oye, no me mires así. Es que me gusta coleccionar las de los sitios a los que voy.

—¿Y vas a muchos? —me interesé.

—A algunos — contestó, encogiéndose de hombros.

Me daba la sensación de que a pocos. Por su forma de ser no me la imaginaba saliendo demasiado ni alternando en distintos ambientes. Otra cosa sería que lo reconociera.

Sorbió de la pajita del cóctel de un modo que también me resultó excitante, con mucho cuidado, como si temiera dar un sorbo demasiado largo. Observé cómo le resultaba fuerte, tal y como me temí. Disimuló mirando hacia otro lado, aunque la vi hacer una mueca de lo más cómica.

Sonaba música melódica de esa para bailar apretados y la tomé por el brazo sin mediar palabra. Quería sentir cómo encajaba su cadera con la mía para bailarla y así lo hice.

Noté cómo sus mejillas se sonrojaban cuando la apreté contra mí. Me fascinaba causar ese efecto en Nala y lo hacía tantas veces como tenía ocasión.

Busqué sus azules ojos y traté de que me mantuviera la mirada. No le resultaba sencillo y adiviné bajo su pecho que iba soltando con lentitud el aire que le costaba respirar, cuando mis ojos se posaban en los suyos y no permití que los rehuyera.

Capítulo 7



William

Salimos del club y nos dirigimos hacia el hotel en el que habíamos estado las anteriores veces. Nos llevó como siempre Logan, que me miraba de reojo y no le hacía falta hablar para saber lo que estaba pensando.

Fuimos directos hasta la habitación, ya que tenía la reserva y la confirmación con el código de acceso desde la aplicación del móvil a la habitación y no hacía falta ni pasar por recepción. Así todo sería más práctico y rápido. Iba a lo que iba.

Se quitó el abrigo al entrar y lo cogí para colocarlo en el perchero junto al mío. No quería mostrarle ni el más mínimo gesto de ansiedad, aunque ya tenía ganas de poseerla.

Sostenía su risilla nerviosa mientras yo me acercaba a ella y la besaba a la vez que comenzaba a subir su vestido para deshacerme de él. Había imaginado esa escena varias veces durante las horas anteriores.

Cuando conseguí sacárselo noté como se le erizaba la piel. Con sigilo fui bajando sus medias, aprovechando para ir besando cada rincón por el que pasaba. Seguía produciendo ese mismo efecto que tanto me satisfacía sobre su piel y hasta noté cómo iba incluso a más.

Me senté en el borde de la cama y la puse delante de mí, acariciando su entrepierna. La rozaba levemente mientras se le iba cambiando la forma de respirar y que se podía ver a través de su pecho.

Daba la sensación de que le faltara el aire, de manera que me detuve durante unos segundos y, mirándola con intensidad, le soplé el rostro. Ella entreabrió sus labios como si esa ligera ráfaga le produjera mucho alivio.

A continuación, besé su bajo vientre a la vez que iba desprendiéndome de sus braguitas. Ella tenía sus manos entrelazadas delante de su boca para esconder esa timidez que le asaltaba más fuertemente en estos momentos.

Lamí su zona mientras la agarraba por las nalgas y se le escapó el primer gemido. No le hacía falta más. Estaba muy excitada, todas las señales me llevaban a notarlo y la sangre se alborotaba en el interior de sus venas, reflejándose una y otra vez en sus ardientes y rojizas mejillas, las cuales parecían que fuesen a estallar.

Aproveché su nivel de excitación y entrega, y la rodeé por la cintura después de quitarle el sujetador, un instante que también me pareció delicioso por lo mucho que se ruborizó y por su total incapacidad para sostenerme la mirada.

La eché sobre mí para tumbarla en la cama, colocándome a un costado de ella. Hacía presión sobre su sexo y ella tragó saliva, inquieta, antes de hablarme.

—No me mires así —murmuró, poniéndose las manos en la cara.

—¿Y cómo quieres que te mire? —sonreí de medio lado mirándola fijamente para ruborizarla mucho más, a la vez que le sujetaba las manos para que no se siguiera tapando. Tenía la necesidad de poder contemplar ese rostro juvenil, de evitar que se escapara a mi vista.

—Simplemente no me mires —apretó los dientes y me puse sentado sobre mis piernas entre las suyas.

No dije nada más. Por supuesto que seguiría mirándola. Haría todo aquello que me excitase y que sabía que, en el fondo, también hacía realidad sus más ardientes deseos.

Le levanté las caderas apoyándola sobre las mías y comencé a acariciárselas haciendo círculos que terminaba con mis dedos pulgares rozando su zona.

Con Nala no me gustaba ir al grano. Era una chica para disfrutarla a tope. Y no solo me refiero a su cuerpo, sino a cada una de sus reacciones, totalmente previsibles e inocentes. Eso me ponía, me ponía tanto que notaba cómo se me aceleraba el pulso.

La miraba y notaba como comenzaba a excitarse de manera más intensa, pidiendo por su gesto corporal que fuera a más, pero a mí me encantaba tocarla y elevarla hasta volverla loca y ver esos movimientos extremos que hacía buscando mis dedos para que la llevará a sofocar esa tensión que le había provocado.

Sin embargo, no era capaz de pedírmelo de viva voz, que de su boca saliera una sola palabra que me rogase que intensificara el nivel hasta que le provocara un orgasmo que dibujase en su rostro una sonrisa de alivio.

A su vez mordisqueaba su muslo cuando levantaba su pierna desesperada porque la llevara a ese clímax que iba a tener que esperar un poco más.

Tenía muy claro que podría llevarla a alcanzarlo en cuestión de pocos segundos si me lo proponía, algo que no me planteaba porque me resultaba mucho más excitante saborearla poco a poco, muy poco a poco.

Ella no tenía ni idea en esos momentos, pero también le hacía un favor con esa actitud, porque al regalarle placer en pequeñas dosis, sin ninguna prisa, le creaba tal deseo que, cuando la poseía, la encontraba tan excitada que le costaba hasta respirar.

Jugaba alternativamente con sus pezones con una de mis manos y eso la estaba haciendo arquearse por completo. El placer se instaló en ella, su rostro se iba transformando y la lujuria se reflejaba en él. En instantes así sus azules ojos brillaban tanto que le encendían ese rostro al completo y hasta llegaba a deslumbrarme, como si de ellos saliese directamente un destello de luz.

Me propuse ir a más, había llegado el momento porque ya la tenía al límite, a punto de caramelo, y el gesto de su cara se había tornado en una súplica de que la hiciese mía, eso que tanto deseaba yo también, pero que demoré a propósito porque los preliminares con ella no eran algo discutible ni a lo que estuviese dispuesto a renunciar en absoluto.

Cuando vi que ya no podía más y que estaba de lo más lubricada con su propio líquido, me puse el preservativo y la penetré de una estocada mientras le ponía su mano en su zona para que se tocara a la vez.

Me miró como diciéndome que eso le costaba mucho, que lo hiciese yo mismo y negué con la cabeza. Insistí e incluso situé mis dedos sobre los suyos como había hecho en otras ocasiones para guiarla en instantes así. Cuando cogió algo de ritmo, los aparté y le indiqué que siguiera ella sola, que así lo deseaba.

A Nala le costaba meterse en determinados papeles y eso me resultaba de lo más sensual.

Seguí y seguí penetrándola, cambié varias veces de postura pues todas me llamaban mucho. Según lo iba haciendo, la perspectiva me resultaba más y más excitante.

En ese instante la tenía de rodillas y dándome la espalda delante de mí. La visión de su redondo y respingón trasero no tenía precio. Igual que me contó Logan del de Sophie, el trasero de Nala también estaba duro, muy duro… Y ese mismo efecto producía en mí, puesto que me endurecía más y más mientras se lo pellizcaba.

Ladeó el rostro y supe muy bien que no me lo pediría porque su vergüenza no le permitiría hacerlo, pero deseaba una nalgada que no dudé en darle. Y no solo una, sino varias de ellas.

Gemía con cada una, su piel se iba enrojeciendo y, aun así, su gesto me indicaba que no parase. Tenía su punto, hacerlo con ella tenía su punto. Por descontado que no paré y su lubricación fue a más y más… lo notaba porque tenía el preservativo empapado por fuera.

Noté esas contracciones previas al orgasmo, le iba a pasar y la temperatura de su piel se elevó mucho. Era deliciosa incluso cuando se corría porque sus gritos no eran ni mucho menos a pleno pulmón, sino unos que al principio casi reprimía. Me quedé quieto en ese instante para que me sintiera más y más. A la vez, le hice un gesto para que se liberase y entonces sí gritó. Le retorcí los pezones en ese instante y logré que sus gritos llegasen alto.

A continuación, y dándole unos segundos para que se recompusiese un poco, la senté encima de mí. Me gustaba contemplarla así, con esos senos firmes y tan bien colocados apuntando hacia mis manos y a la altura de mi boca

con tal de que ejerciese presión sobre su cintura y la acercase a mí.

Sentía que en esa postura lo tenía todo muy a la mano y me gustaba notar el endurecimiento de sus pezones, esos que parecía que igualmente iban a estallar de la dureza.

Coqueta, y sin que fuese para nada una jugada ensayada porque eso se nota, jugaba con su melena. Hubiese rugido al verlo, de lo mucho que me excitaba, aunque esos gestos los dejaba para mí, los guardaba y procuraba no demostrarlos hasta el momento final en el que me solía salir un gruñido ronco, directo desde mi garganta, que no podía dominar.

A ella sí que podía. Nala se movía al compás de mis deseos. Me decidí a que le pasara varias veces antes de terminar yo y por eso, en esa postura, la estimulé también mucho con mis dedos en su clítoris. Se echaba hacia atrás como tratando de coger un aire que nuevamente le faltaba, entonces le pedía que se acercase y volvía a soplar sobre su ardiente rostro. Hasta que le pasó.

Seguí y seguí. Cambié varias veces más de postura, me encantaba contemplarla desde todas las perspectivas.

Gritaba de placer a la vez que yo intentaba reprimir mis gemidos. Llegamos los dos a ese momento de culminación que tanto estábamos esperando. Y ahí me salió ese gruñido al que no le di mayor importancia.

En cuanto nos aseamos un poco, comprobé en mi reloj que eran las cuatro de la madrugada y no vacilé en llevarla directa a su casa.

con tal de que ejerciese presión sobre su cintura y la acercase a mí.

Sentía que en esa postura lo tenía todo muy a la mano y me gustaba notar el endurecimiento de sus pezones, esos que parecía que igualmente iban a estallar de la dureza.

Coqueta, y sin que fuese para nada una jugada ensayada porque eso se nota, jugaba con su melena. Hubiese rugido al verlo, de lo mucho que me excitaba, aunque esos gestos los dejaba para mí, los guardaba y procuraba no demostrarlos hasta el momento final en el que me solía salir un gruñido ronco, directo desde mi garganta, que no podía dominar.

A ella sí que podía. Nala se movía al compás de mis deseos. Me decidí a que le pasara varias veces antes de terminar yo y por eso, en esa postura, la estimulé también mucho con mis dedos en su clítoris. Se echaba hacia atrás como tratando de coger un aire que nuevamente le faltaba, entonces le pedía que se acercase y volvía a soplar sobre su ardiente rostro. Hasta que le pasó.

Seguí y seguí. Cambié varias veces más de postura, me encantaba contemplarla desde todas las perspectivas.

Gritaba de placer a la vez que yo intentaba reprimir mis gemidos. Llegamos los dos a ese momento de culminación que tanto estábamos esperando. Y ahí me salió ese gruñido al que no le di mayor importancia.

En cuanto nos aseamos un poco, comprobé en mi reloj que eran las cuatro de la madrugada y no vacilé en llevarla directa a su casa.

Capítulo 8



Nala

Estaba esa mañana revisando unos expedientes cuando llegó Aaron, tan elegante como el día que nos vimos al reunirnos.

Ese hombre parecía más un modelo sacado de una revista que un inversor, era atractivo, tenía mirada de ojos verdes de lo más intensa y profunda, y a pesar de ser joven aún, pues estaba en los cuarenta como Colin, tenía alguna que otra cana por su cabello negro.

Lo vi acercarse a mi mesa con un traje gris marengo debajo del abrigo de paño negro, con una mano en el bolsillo y en la otra un paquetito de una pastelería que había cerca de la sucursal.

—Buenos días, Aaron —sonreí levemente.

—Buenos días, Nala. Un detallito dulce para mi gestora favorita —dijo mientras dejaba el paquetito en mi mesa.

—¿Para mí? —pregunté sorprendida y con los ojos abiertos.

—No tengo otra gestora —sonrió de medio lado.

—Vaya, pues… muchas gracias. Pero no tenías que haberte molestado.

—Es un detalle, por lo bien que me atendiste el otro día. Y, por cierto —apoyó la mano en el respaldo del sillón frente a mi mesa— vengo de ver esos inmuebles que me comentaste.

—¿Sí? Y, ¿qué te han parecido?

—Perfectos, justo lo que buscaba. Ese edificio de estilo antiguo es una maravilla, y el otro de aire más moderno ideal como ha dicho mi asistente —volvió a sonreír.

—Me alegro de que mis recomendaciones se ajusten bien a tus necesidades.

—Y de ahí el detallito —hizo un guiño y sentí que me sonrojaba por completo—. Disfrútalos, voy a ver si Colin tiene tiempo para un café.

—Gracias.

Cuando se fue y entró en el despacho, vi que Becca y Ruth me miraban con una sonrisa de oreja a oreja, sin duda pensando de Aaron y de mí lo que no era, pero bueno.

Abrí el paquetito y se me hizo la boca agua. Me había traído unos bombones que había comido alguna vez y que eran una perdición total para los más golosos. Eran de chocolate negro rellenos de crema de fresa y estaban absoluta y deliciosamente buenísimos.

Cogí uno y al saborearlo, se me escapó un ligero gemido, por suerte en ese momento solo estábamos las chicas, Liam y yo.

—Si te oye el moreno, te come a ti —dijo Ruth.

—Dios, mira que puedes ser bruta —protesté.

—Nala, que hasta a mí me ha puesto ese sonidito —contestó Liam.

—¿Ves? Menudo detalle te ha traído —esa era Becca, que aún no había abierto la boca.

—Vale, silencio, que no quiero que os escuche.

—Tranquila, el despacho de Colin es como una mazmorra, no se oye nada desde dentro.

—Ruth, que las paredes son de cristal, no de hormigón —suspiré.

—Dame un bombón y me quedo calladita.

—Santa paciencia tengo que tener —volteé los ojos.

Ruth se levantó y cogió tres bombones, uno para cada uno, y en cuanto se lo llevaron a la boca…

—Ummm —gimieron los tres al unísono.

—Dios mío —me masajeé las sienes.

Los vi sonreír antes de continuar con su trabajo, y por suerte en ese momento entraron algunos clientes, entre ellos la señora Johnson, que venía a que le revisara en la cuenta un gasto del que le habían avisado con un mensaje al móvil.

Era una mujer de setenta años, viuda y con dos hijos, solo que no vivían en Edimburgo. El mayor se fue por trabajo a París y el pequeño vivía en Londres, de donde era su mujer, y los veía en vacaciones de verano y Navidad, únicamente.

Por eso sabía bien que, desde hacía tres años que comencé a trabajar aquí, la señora Johnson vendría puntual una vez a la semana para hablar un rato conmigo porque se sentía sola.

Revisamos el cargo que le habían hecho y resultó ser por una derrama de la comunidad de su edifico y de la que ya ni se acordaba porque según me dijo, la junta de vecinos con el administrador fue hacía un par de meses.

Sonrió quedándose un poco más tranquila y aproveché para ofrecerle un bombón.

—Oh, estos están buenísimos —dijo al cogerlo—. Mi difunto Greg solía comprarme un paquetito todos los domingos. Cómo lo extraño —suspiró—. Si lo hubieras conocido, querida, era un hombre maravilloso, siempre con una sonrisa, y tan cariñoso. No sé si quedarán hombres como él.

—Alguno puede haber, sí —sonreí.

—Y tú, ¿ya tienes novio? Mira que los bombones suelen regalarlos un hombre interesado —sonrió con cierta picardía.

—No, señora Jonhson, no tengo novio y estos bombones son un detalle de un cliente.

—Vaya, pues menudo detalle más bonito ha tenido.

—Sí, la verdad es que sí —sonreí.

Se despidió con su habitual sonrisa y fue hacia la puerta para marcharse. Ella siempre venía de lo más elegante, maquillada y con las joyas que, una vez me contó, le había regalado su difunto marido, al que aún amaba con todo su corazón, aun habiendo pasado siete años desde que enviudó,

Vi a Colin ponerse el abrigo y salió del despacho junto con Aaron, que al pasar por delante de mi mesa me hizo un guiño que a las chicas no les pasó desapercibido y así me lo hicieron saber al quedarnos solos de nuevo los cuatro en la sucursal.

—Yo creo que le gustas al moreno —dijo Ruth.

—Y dale —resoplé.

—Tiene razón, Nala, le gustas.

—En serio, chicas, dejad el tema porque no va por ahí la cosa, esto solo ha sido un detalle, estoy segura.

—Así empezó mi cuñado, regalándole a mi hermana un paquetito de bombones —dijo Liam, encogiéndose de hombros.

—Y nosotras queriendo que te saliera un admirador la otra noche en el local, qué fuerte —rio Becca.

—Desde luego, mejor que no nos ganemos la vida como casamenteras, no —comentó Ruth.

Volteé los ojos y me concentré en el trabajo, era lo mejor que podía hacer ese momento con tal de no perder la poca cordura que me quedase.

Porque tenían que estar los tres equivocados, en serio, no podía ser que Aaron tuviera intenciones de querer ligar conmigo. ¿Qué tenía yo para que un hombre como él se fijara en mí?

Y no, haciendo caso a las palabras de mi madre, no era niña fea, que de eso también se encargaban Becca y Ruth de recordármelo cuando salíamos. Pero Aaron se veía la clase de hombre que podría tener a cualquier mujer, lo que me llevaba a pensar en William, que era también ese tipo de hombre.

Como le dije en nuestra cena sabía más que de sobra que no estaba en exclusiva conmigo, algo que nos diferenciaba puesto que yo sí estaba solo con él.

El resto de la mañana hasta que llegó la hora de salir, la pasé revisando cuentas de algunas de las empresas que llevaba y atendiendo a esos otros clientes que pasaban por la sucursal con alguna duda.

Me despedí de las chicas y Liam, pues Colin avisó de que le había llamado un cliente e iba a verle, y me fui hacia casa donde nada más llegar puse a calentar una sopa mientras me cambiaba de ropa.

Comí viendo una película y al terminar estiré el sofá, me acomodé con la manta y un café, y cogí uno de los libros que tenía pendientes de leer.

Las horas se me iban sumergida entre las páginas, por eso cuando me llegó un mensaje al móvil, me sobresalté al escuchar el tono de aviso dado que todo el apartamento estaba de lo más silencioso.

Papá: *Hola cariño, ¿cómo estás? Me pide tu madre que te pregunte si vas a querer el reloj de pared de la abuela, que estamos haciendo limpieza del trastero.*

El reloj de pared de la abuela era uno de esos de cuco, solo que, en vez de un dulce y agradable pajarillo, salía uno negro que parecía un cuervo y a mí me dio miedo desde que era una niña. No, por mucho que hubiera querido a la abuela Abigail, la madre de mi padre, no tendría su reloj en mi casa a no ser que quisiera que este me provocara pesadillas todas las noches.

Nala: *Hola, papá. No, no quiero el reloj de la abuela, sabes que me daba miedo, y eso no ha cambiado. Ponedlo a la venta, seguro que, si hacéis un mercadillo con los trastos viejos, alguien lo compra (para uno de esos castillos siniestros de las películas, probablemente).*

No tardó en responderme con un montón de risas, no era para menos, él sabía que el reloj de su madre no era de mi agrado y no se tomaba a malas mis comentarios.

Papá: *Vale, yo le digo que busque algún director de cine interesado en esa reliquia. Hemos encontrado esto, igual sí lo quieres.*

Enviaba una foto adjunta con una pulsera de la abuela que me encantaba, no sabía qué hacía en el trastero, pero seguramente debimos dejarla en una de las cajas. Era de oro y tenía algunas esmeraldas, era una pieza de lo más fina y elegante y siendo una niña me dijo que, algún día, esa pulsera sería mía.

Papá: *No me respondas, porque ya estaba pensando tu madre en hacértela llegar. Si hay algo más que veamos lo mandaremos también.*

Nala: *Vale papá, pero mejor no lo mandéis, ya iré a por ello, así tengo una excusa para veros.*

Papá: *Dice tu madre que, si necesitas una excusa para venir a casa, es que no nos quieres ni un poquito. No le hagas caso, ya sabes que es una exagerada, yo sé que nos quieres mucho, a mí más, obviamente.*

Me reí con ganas porque siempre estaban así, picándose el uno al otro con a quién quería más.

De sobra sabían que los quería a los dos con locura, al igual que ellos a mí.

Yo era hija única por circunstancias de la vida, y es que, durante el parto, mi madre lo pasó bastante mal y hubo algunas complicaciones que le impidieron volver a quedarse embarazada.

Ellos decían que con tenerme a mí estaban más que satisfechos, y que les di tantas alegrías a la par que días de ajetreo como si tuviera una hermana gemela o melliza.

Me despedí de mi madre y al ver que era casi la hora de cenar metí una pizza en el horno mientras me duchaba y me ponía uno de mis pijamas calentitos.

Después de cenar y tomarme un vaso de leche caliente, pues mi madre decía que era lo mejor para conciliar el

sueño, me fui a la cama, momento en el que volví a pensar en Aaron y la teoría de las chicas y Liam.

Pero seguro que no debía darle tanta importancia a ese asunto porque estaba claro que solo había querido tener un detallito dulce conmigo.

sueño, me fui a la cama, momento en el que volví a pensar en Aaron y la teoría de las chicas y Liam.

Pero seguro que no debía darle tanta importancia a ese asunto porque estaba claro que solo había querido tener un detallito dulce conmigo.

Capítulo 9



Nala

Aquella mañana estaba siendo especialmente agotadora para mí, y es que habíamos tenido un fallo en el sistema de la banca on-line y todos los clientes llamaron a la sucursal para ver qué ocurría.

Muchas de nuestras cuentas eran de empresas que vivían el día a día haciendo transferencias y pagos, por lo que ese imprevisto tecnológico en el sistema ocasionó que muchos de ellos nos enviaran e-mails con los datos y cantidades para que nos encargáramos de hacer esas transferencias.

Sí, cuando la tecnología fallaba era como aquella mañana en la que mi móvil parecía estar poseído, todo se volvía de lo más caótico.

Así que no era de extrañar que en cuanto dio la hora, me despidiera de mis compañeros y salí a la calle como lo haría un niño queriendo huir de las clases.

Paré un taxi y me fui al centro comercial, había algunas cosas que quería comprar en la perfumería y la de allí era la mejor para encontrar todo lo que necesitaba. Por no hablar de que entraría en mi tienda favorita de pijamas a comprarme uno al que había echado el ojo en la página web.

Y dado que estábamos a un paso de acabar el año, la llegada de Santa Claus y todas esas fechas de lo más navideñas, quería ir mirando qué podía comprarles a mis padres, con quienes iría a pasar esas fechas tan señaladas, seguramente.

Cuando el taxi paró en la puerta empezó a llover un poco, y menos mal que lo hacía en ese momento justo en el que yo iba a cruzar la entrada del centro comercial, porque para este día no se preveía lluvia y mira, sin paraguas había salido de casa. Claro que tampoco tenía pensado ir al centro comercial, pero después del estrés de mañana, esto fue lo mejor, desde luego.

Fui directa a la cafetería donde preparaban unos sándwiches calientes con queso fundido que quitaban el sentido, vaya que sí. Yo era de buen comer como decía mi padre, pero todo sano, salvo alguna pizza o hamburguesa que me cogiera sin ganas de andar mucho tiempo en la cocina.

Me pedí el sándwich y un refresco y mientras comía estuve charlando con Becca y Ruth, que me escribieron en ese momento porque querían organizar una noche de chicas en casa de alguna de ellas, faltaba que se decidieran por cuál de las dos.

Becca: *La casa es lo de lo menos, lo importante es que tengamos pizzas, patatas, palomitas, chuches y algo de alcohol. Ah, y películas románticas.*

Nala: *Becca, ¿estás bien? ¿Esa noche de fiesta de pijamas que quieres hacer no será porque cierto vecino casado te la ha jugado?*

Esperaba que no, de verdad, porque si estaba mal, no sería suficiente con una noche, tendríamos que pasar al menos dos.

Ruth: *¿Tiene algo que ver con eso? Porque mira que la noche que lo vimos en el local, me dio la sensación de que te quería de verdad. Te miraba con amor, y ese gesto tierno que tuvo, colocándote el pelo y el beso en la frente… Becca, que ese hombre está loquito por tus huesos.*

Becca: *Tú ahora qué eres, ¿adivina o algo? No sé ya qué creer, de verdad que no. Antes no os dije nada porque bastante hemos tenido con la mañana en plan Terminator, que yo pensaba que, de un momento a otro, hasta los ordenadores se nos revelaban. Pero bueno, que me enrollo. Lo vi ayer por la noche salir de su edificio con ella, iban muy juntos, y sonriendo. Ni se dio cuenta de que yo estaba enfrente, así que mejor, porque así me deja claro que, ni divorcio, ni nada, que este nos quiere a las dos calentando su cama y listo.*

Cerré los ojos mientras soltaba el aire, me ponía en su lugar y… bueno, debía de dolerle mucho.

Ruth: *¿Seguro que era él? ¿No te confundirías de pareja? Mira que de noche apenas se ve, no se distingue nada con tanta oscuridad.*

Becca: *Pero tú dónde te crees que vivo, ¿en una cueva? Mi calle tiene más luz que un estadio de fútbol de noche. Lo vi perfectamente, que me conozco ese cuerpo, esa cara, esos labios ese…*

Nala: *Vale, vale, lo hemos entendido, te conoces muy bien a tu vecino. Bueno, pues yo creo que mejor os venís el viernes por la noche a mi apartamento, traéis lo que queráis y vamos viendo cómo se da y acaba la noche.*

Becca: *Borracha, así pienso acabarla yo, avisadas quedáis las dos. Ruth, el viernes estamos en casa de Nala a las siete y media.*

Ruth: *Claro que sí, para que empieces antes con el drinking. Yo me encargo de comprar todo, tú no te olvides del pijama que capaz eres de dormir en bragas.*

Tuve que reírme porque así eran ellas, el complemento perfecto la una para la otra, cada cual con su punto justo

de locura y de cordura a la vez.

Después de comer fui a la perfumería y acabé con la cestita llena de cremas, algunos pintalabios y hasta unas mascarillas que pensé que serían perfectas para el viernes noche con las chicas.

Una vez todo pagado caminé echando un vistazo a todos los escaparates, había unos botines preciosos en color azul marino que me gustaron, esos para ir al banco con un traje de ese tono que tenía y me irían geniales.

Entré sin pensarlo, no era de darme muchos caprichos, pero como solía decirse, una vez al año no hacía daño.

Me los probé y hasta la dependienta dijo que me quedaban perfectos, que estilizaban mis piernas y que no tendrían por qué ser solo para trabajar, pues esos con cualquier vestido de punto combinarían muy bien.

Y sí, tenía uno en beige que al pensar en él e imaginarme con ambas prendas juntas, sonreí.

De ahí pasé directamente a la tienda de pijamas, que eso para mí era como chuchelandia, en serio. Yo entraba para comprarme uno, y al final salía de allí con varios.

Solo que esta vez los que cogí fueron para esa noche de fiesta de pijamas en mi casa, y además del pijama para cada una, compré también unos calcetines y unas zapatillas, vamos, que íbamos a estar la mar de monas las tres con el conjunto completo.

En cuanto salí de la tienda cargada con las bolsas de mis dos pijamas y el de las chicas, les mandé un mensaje para decirles que no era necesario que metieran pijama en su bolsa de ropa para dormir en mi casa, que yo les dejaba uno porque se daba la suerte de que las tres teníamos la misma talla.

Ambas respondieron que perfecto y menos peso en las bolsas, por lo que sonreí al pensar en que el peso lo llevarían de más a la vuelta.

Estaba llegando a la entrada y vi que en la calle ya estaba lloviendo bastante, así que entré a comprar un paraguas que me pudiera guardar en el bolso en cualquier momento para estas emergencias, y salí a la calle cubriéndome del agua tanto como podía.

Aproveché que un taxi paraba en ese instante y del que bajó un hombre que me sostuvo la puerta de lo más amable. Le di al taxista mi dirección y regresé a casa, donde me esperaba una ducha caliente, una ensalada para cenar y mi mantita en el sofá para ver la televisión cómoda y calentita.

Era lo mejor del final del día, abrir el sofá en modo cama y estriarme en él, descansando después del trabajo.

Cuando llegué a mi calle tuve la suerte de que no llovía, y menos mal, porque llevaba tantas bolsas en las manos, que ya me veía haciendo malabares para abrir la puerta.

Aunque no fue necesario sacar las llaves en ese momento, dado que mi vecina, la señora Morrison, salía en ese instante para pasear a su perrita *Princesa*, una monería de Pomerania en color marrón muy clarito que, lejos de ser una fierecilla como alguno de esos perros, esta era un amor.

—Hola, Nala —me saludó mi vecina—. Qué cargada te veo, ¿ya has empezado con las compras de Navidad?

—Buenas tardes, señora Morrison. No —reí—, es que me faltaban algunas cosillas de la perfumería y al final…

—Ya —sonrió—. Que has ido a desestresarte.

—Justo eso, sí.

Princesa empezó a ladrar llamando mi atención, así que me agaché y esa preciosa perrita comenzó a mover la cola llena de felicidad mientras le rascaba tras las orejas y le decía lo guapa que estaba con su coletita.

—Siempre tan presumida ella —sonreí.

—La peluquera, que le hace cada monería —contestó mi vecina—. Bueno, sube para casa antes de que se te disloque una muñeca.

—Sí, sí, que, a lo tonto, pesar, pesa. Que vaya bien el paseo.

Entré en el edifico y mientras subía en el ascensor saqué las llaves de casa. En cuanto entré fui al sofá a dejar todas las bolsas y me quité los zapatos para mover los dedos y estirarlos, no había nada más placentero que eso, además del momento de quitarse el sujetador, como decía Ruth.

Coloqué todo, me duché y tras ponerme el pijama y secarme el pelo, preparé mi cena para sentarme en el sofá con las piernas estilo indio y cenar viendo las noticias.

Me sobrecogí al escuchar que habían asaltado a una joven en Londres al salir de la biblioteca de la universidad la noche anterior, y al ver las imágenes del campus me asaltaron tantos recuerdos, que preferí relegarlos a ese rincón del que mejor no debían salir.

Aunque no fue necesario sacar las llaves en ese momento, dado que mi vecina, la señora Morrison, salía en ese instante para pasear a su perrita *Princesa*, una monería de Pomerania en color marrón muy clarito que, lejos de ser una fierecilla como alguno de esos perros, esta era un amor.

—Hola, Nala —me saludó mi vecina—. Qué cargada te veo, ¿ya has empezado con las compras de Navidad?

—Buenas tardes, señora Morrison. No —reí—, es que me faltaban algunas cosillas de la perfumería y al final…

—Ya —sonrió—. Que has ido a desestresarte.

—Justo eso, sí.

Princesa empezó a ladrar llamando mi atención, así que me agaché y esa preciosa perrita comenzó a mover la cola llena de felicidad mientras le rascaba tras las orejas y le decía lo guapa que estaba con su coletita.

—Siempre tan presumida ella —sonreí.

—La peluquera, que le hace cada monería —contestó mi vecina—. Bueno, sube para casa antes de que se te disloque una muñeca.

—Sí, sí, que, a lo tonto, pesar, pesa. Que vaya bien el paseo.

Entré en el edifico y mientras subía en el ascensor saqué las llaves de casa. En cuanto entré fui al sofá a dejar todas las bolsas y me quité los zapatos para mover los dedos y estirarlos, no había nada más placentero que eso, además del momento de quitarse el sujetador, como decía Ruth.

Coloqué todo, me duché y tras ponerme el pijama y secarme el pelo, preparé mi cena para sentarme en el sofá con las piernas estilo indio y cenar viendo las noticias.

Me sobrecogí al escuchar que habían asaltado a una joven en Londres al salir de la biblioteca de la universidad la noche anterior, y al ver las imágenes del campus me asaltaron tantos recuerdos, que preferí relegarlos a ese rincón del que mejor no debían salir.

Capítulo 10



William

Dicen que las cosas ocurren cuando tienen que ocurrir. Puedes pasarte toda la vida con algo o alguien en la cabeza y no producirse ningún cambio al respecto. O, por el contrario, puedes encontrarte con un fantasma del pasado en cualquier esquina y en el momento más inesperado.

Aquella mañana todos los astros se alinearon para que fuera así. Esperaba a Logan en su despacho. Debía asistir a una reunión importante en la otra punta de la ciudad y no llegaba. Comencé a desesperarme.

Por lo visto, estaba metido en un atasco.

—Grace, llama un taxi y que me recoja de inmediato —le pedí.

—Espero que pueda, William, ha habido un accidente y es lo que tiene las calles colindantes atascadas. Hay varias afectadas.

—Tan eficiente como siempre, gracias por la información —le contesté removiéndome inquieto porque no soportaba la impuntualidad e iba a llegar tarde.

Cogí mi gabardina, me apreté bien el nudo de la corbata, moví de lado a lado el cuello para tratar de perder un poco de estrés y me dispuse a salir a la calle.

—Malas noticias, William. Llévate el paraguas, está comenzando a llover.

—Joder, lo que faltaba.

—De momento no es mucho, aunque ya sabes lo impredecible que es el tiempo en esta ciudad, que, de un momento para otro, comienza a diluviar.

—Sí, es lo único que le falta a esta mañanita —le solté con ironía porque estaba de un mal humor que no me soportaba ni yo.

Me volví por el paraguas y comprobé que no lo tenía en el lugar de siempre. Entonces recordé que el último día me lo llevé y no lo devolví.

Salí con cara de malas pulgas y corriendo. Grace se interpuso en mi camino con otro negro de caballero.

—Aquí tienes, William. Tengo uno de repuesto para ti —extendió el brazo y me lo dio.

—¿En serio? ¿Hasta eso tienes controlado? —le pregunté y no le sonreí porque en momentos así no me salía— Recuérdame que te suba el sueldo.

—En cuanto vuelvas —me contestó, no dudándolo ni un segundo.

No estaba para bromas como el resto de las mañanas, por eso no le solté nada sobre la suerte de su novio u otra chorrada de broma similar. Y eso que a mí me salían, irónicas, pero muy asiduamente. Sin embargo, cuando conectaba el "modo trabajo" entraba como en trance y no veía más que números moviéndose a mi alrededor.

Para colmo de males, a esa reunión debía asistir con Ewan para que me apoyara con los datos técnicos. Y horas antes nos llamó para comentar que estaba con gripe y cuarenta de fiebre. Encima de que era hipocondríaco, lo estaría pasando fatal. Si llego a ser yo, me arrastro como un caracol a esa reunión, pero él debía estar en la cama con cara de funeral.

Salí a la calle y lo que en principio no eran más que unos goterones se transformaron en una lluvia por derecho que me obligó a abrir el paraguas porque de lo contrario me pondría como una sopa.

Comprobé con total desesperación que no se movía ni un solo coche y llamé a Grace.

—Iré avanzando algunas calles hasta encontrar movimiento. Allí cogeré otro taxi. Si llega el taxista, le pagas la carrera y que se marche —le comenté porque respetaba mucho el trabajo de la gente y esa persona lo estaba haciendo igualmente, aunque con nulo resultado.

—Te saldrá por un pico. El atasco, según dicen, va para largo, William.

—Eso no es problema, lo sabes.

No dudaba en pagar bien y a todo el mundo. Para que un equipo funcione, cada uno debe estar contento. Y yo podía presumir de que mi gente lo estaba, aparte de que en la oficina existía un buen clima porque como CEO no toleraba ningún mal rollo. Si alguien venía a crearlo, muy gustosamente me encargaba yo mismo de indicarle dónde estaba la puerta.

Apreté el paso y varias calles más continuaba todo colapsado. Por lo visto, se trató de un choque en cadena en e

que se vieron implicados varios vehículos y la que se lio fue monumental.

Me encontraba cada vez más desesperado y por si fuera poco se cumplió lo que me dijo Grace y comenzó a llover a mares. Por más que quería resguardarme con el paraguas para tratar de llegar con el mejor aspecto posible, el agua caía en todas las direcciones y ya notaba cómo iba calando el bajo de mis pantalones, en la zona que no podía cubrirlos la gabardina.

Salí prácticamente corriendo con mi maletín en una mano y el paraguas en la otra. Y entonces, tras recorrer un buen puñado de calles, por fin se hizo la luz. No en el cielo, que estaba oscuro como si fuera a acabarse el mundo, pero sí en la cuestión del tráfico, que ya fluía en esa zona. Y justo vi venir un taxi. Levanté la mano y lo llamé tratando por todos los medios que me viese.

Igual fue que el paraguas no me dejó ver bien o quizás fue el destino que estaba juguetón ese día. El caso es que no me fijé en ningún momento en esa mujer que debía estar llamándolo con el mismo propósito.

Me desquició. Comprobar que el taxi paraba y que ella se subía, me desquició. No soy un maleducado y mucho menos cuando se trata de una mujer, de modo que entendí que debía dejarla subir, aunque eso me supusiera la certeza de llegar tarde. Y entonces me fijé en su tobillo, ese tan fino y elegante que lucía por debajo de sus sedosa medias y por encima de esos elegantísimos zapatos de tacón.

Lo que vi en ese tobillo, me dejó tan impactado que casi me caigo hacia atrás: un símbolo del infinito.

Ella estaba de espaldas todavía, con el paraguas abierto y tratando de luchar contra el viento que también se había levantado y que, junto a la lluvia, provocaba que fuese casi imposible hacerse con el paraguas.

No me vio y suerte que no lo hizo porque me quedé paralizado y sin reacción. El símbolo del infinito en ese tobillo, esas piernas tan bien terminadas, esa cintura de avispa, la melena castaña y sus manos, esas manos elegantes y cuidadas con una manicura impecable… Hubiese reconocido esas manos entre todas las del mundo.

—¿Charlotte? —me quedé murmurando mientras el taxi se marchaba e incluso bajé el paraguas.

Diluviaba en ese momento y ni siquiera me di cuenta. Tampoco me importaba lo más mínimo. Acababan de atracarme en plena calle, aunque no se trató de ningún ladrón, sino de la mujer que se llevó en ese instante el último pedazo de mi corazón si es que el día que me lo rompió me dejó algo.

Charlotte Fraser, mi primer gran amor y la mujer con la que tenía planeado casarme en cuanto me situase, nada más terminar el máster que cursé tras mi carrera.

Soy consciente de que era muy joven y ella, quien tenía mí misma edad, pues nos conocimos en el campus universitario, obviamente también lo era.

Para mí no hubiera supuesto el más mínimo problema el tema de la edad. Y sé que para ella tampoco porque terminó aceptando esa propuesta de matrimonio… Pero no de mí, sino de otro.

Mientras lo recordaba, tenía que reprimir las lágrimas. Un día, hacía ya muchos años, me juré que no volvería a llorar por quien me traicionó de ese modo. Y no lo haría.

No pude evitar, sin embargo, que todos esos recuerdos que me llevaban casi a convulsionar se reprodujeran en mi memoria.

El tatuaje se lo había hecho en un viaje a Las Vegas. A decir verdad, nos lo hicimos los dos a la vez una noche de borrachera, con la diferencia de que yo me lo borré cuando conocí su traición, aunque me quedó una pequeña señal. Qué ironía por su parte, ya que representaba a un amor, el nuestro, que se suponía que sería infinito.

Ella lo continuaba llevando, seguro que no porque le significase nada, sino porque no querría correr el riesgo de que su delicada piel le quedara marcada.

A mí sí que me dejó marcado, marcado a fuego para siempre, con el corazón roto, hecho jirones, desgarrado y sin posibilidad de recomponerlo porque no era un puzle, sino el corazón de un chico joven, lleno de ilusiones y enamorado hasta las trancas de quien creía que era la mujer de su vida. Sin saber que también lo era de la de otro.

Me sentí tan ridículo con aquel anillo en la mano… Ese día había encontrado mi primer trabajo y las condiciones no eran malas en absoluto. Ella se matriculó en otro máster y de momento no podría aportar nada a nuestra economía porque seguiría estudiando. No me importaba lo más mínimo, pues lo único que deseaba que aportara era amor.

Menudo error el mío. Lo comprobé cuando le pedí matrimonio con ese anillo en la mano que elegí con tanta ilusión para ella, con uno que terminé tirando por una alcantarilla cuando Charlotte se me quedó mirando fijamente y me habló.

—Lo siento William, te me has adelantado. Yo pensaba contarte que no voy a poder seguir contigo. Ahora hay otro hombre en mi vida y tengo pensamiento de casarme con él —me contestó, y en ese momento me asestó una puñalada mortal en el corazón…

Para mí no hubiera supuesto el más mínimo problema el tema de la edad. Y sé que para ella tampoco porque terminó aceptando esa propuesta de matrimonio… Pero no de mí, sino de otro.

Mientras lo recordaba, tenía que reprimir las lágrimas. Un día, hacía ya muchos años, me juré que no volvería a llorar por quien me traicionó de ese modo. Y no lo haría.

No pude evitar, sin embargo, que todos esos recuerdos que me llevaban casi a convulsionar se reprodujeran en mi memoria.

El tatuaje se lo había hecho en un viaje a Las Vegas. A decir verdad, nos lo hicimos los dos a la vez una noche de borrachera, con la diferencia de que yo me lo borré cuando conocí su traición, aunque me quedó una pequeña señal. Qué ironía por su parte, ya que representaba a un amor, el nuestro, que se suponía que sería infinito.

Ella lo continuaba llevando, seguro que no porque le significase nada, sino porque no querría correr el riesgo de que su delicada piel le quedara marcada.

A mí sí que me dejó marcado, marcado a fuego para siempre, con el corazón roto, hecho jirones, desgarrado y sin posibilidad de recomponerlo porque no era un puzle, sino el corazón de un chico joven, lleno de ilusiones y enamorado hasta las trancas de quien creía que era la mujer de su vida. Sin saber que también lo era de la de otro.

Me sentí tan ridículo con aquel anillo en la mano… Ese día había encontrado mi primer trabajo y las condiciones no eran malas en absoluto. Ella se matriculó en otro máster y de momento no podría aportar nada a nuestra economía porque seguiría estudiando. No me importaba lo más mínimo, pues lo único que deseaba que aportara era amor.

Menudo error el mío. Lo comprobé cuando le pedí matrimonio con ese anillo en la mano que elegí con tanta ilusión para ella, con uno que terminé tirando por una alcantarilla cuando Charlotte se me quedó mirando fijamente y me habló.

—Lo siento William, te me has adelantado. Yo pensaba contarte que no voy a poder seguir contigo. Ahora hay otro hombre en mi vida y tengo pensamiento de casarme con él —me contestó, y en ese momento me asestó una puñalada mortal en el corazón…

Capítulo 11



William

La siguiente mañana me levanté como si me hubiesen dado de puñetazos en la cabeza. Me dolía tras una noche angustiosa que pasé en vela

El día anterior había sido el peor que recordaba en años. Ni siquiera pude asistir a aquella reunión de trabajo qu tuve que cancelar a última hora. No me había sucedido nunca. Y no por ello se iría a arruinar mi reputación, pero sí que tenía que tratar de levantar cabeza lo antes posible antes de que me pasara factura.

No tenía fuerzas ni para afeitarme. ¿En qué momento estaba escrito en mi destino que me volvería a cruzar con ella de una forma tan improvisada?

Prefería no pensar. Decidí poner el piloto automático y así lo hice. Me afeité, me duché y ya salía cuando Isla, mi vecina, tocó mi puerta.

Supe que era ella al verla a través de la mirilla y malditas las ganas que tenía de abrir, aunque entendí que debía hacerlo.

—Buenos días, William —me dijo mientras me echaba una de sus insinuantes miraditas.

—Buenos días, Isla, ¿te puedo ayudar en algo? —no le correspondí en la mirada porque no tenía fuerzas ni para echar viento, cuando y más un polvo.

—Solo quería saber si tenías idea de cuál es la empresa que nos suministra el gas natural porque he detectado u problemita y…

—No tengo ni idea —la interrumpí—. Eso se lo tendrás que preguntar a Archie, el portero. Él lleva esas cosas, no yo.

—Ya entiendo. Pues gracias —giró sobre sus talones sin decir más.

—Siento no poder ayudarte —añadí al percatarme de que igual había sido demasiado brusco en mi respuesta y

que ella no tenía la culpa de la mala leche que me gastaba aquella mañana.

—No pasa nada, déjalo —me respondió con desdén levantando una mano, aunque sin ni siquiera ladear la cara para mirarme.

Estaba claro que aquella belleza no estaba acostumbrada a que la trataran con indiferencia. Una mujer como ella debía tener a muchos hombres a sus pies. Yo no sería uno de ellos, por supuesto que no, si bien no puedo negar que en otras circunstancias la hubiera invitado a pasar para estrechar nuestros lazos como vecinos en la cama.

No soy un prepotente. Simplemente sé leer entre líneas y su lenguaje corporal me indicaba a las claras que tocó mi puerta en busca de algo más que esa información. Había tensión sexual no resuelta entre ambos, lo que sucedía es que no estaba yo para resolverla.

Me olvidé del tema porque bastante caliente tenía la cabeza y salí a la calle en busca de Logan.

—Buenos días, William, ¿no has descansado demasiado bien esta noche? —me preguntó el bueno de Archie.

—Como siempre, no se te escapa una. He tenido noches mejores.

—Pues te deseo un buen día.

—Y yo también a ti —le comenté mientras salía zumbando con menos energía de la habitual.

Logan me esperaba en la puerta. Tras el inesperado encuentro del día anterior, me volví a casa en el siguiente taxi que pude pillar, totalmente empapado, y no lo había visto más.

—Buenos días, ¿se puede saber dónde te metiste ayer? No me devolviste las llamadas. Espero que no me estés siendo infiel con otra, que sabes que me pondría celoso —me soltó.

—Me temo que no fue eso.

Se volvió en ese instante y me miró. También me conocía lo suficientemente bien para saber que esa voz de ultratumba que me salió no escondía nada bueno.

—¿Te pasa algo, William? —me preguntó serio.

—Hoy sí que te voy a aceptar una de esas paradas que tanto te gustan para desayunar y disfrutar de mi inestimable compañía —le solté con mínima ironía. Hubiera sido mucho más cargante de no encontrarme así de mal.

—Venga, que creo que necesitas charlar más que desayunar. En marcha.

Me senté con él en aquella mesa. Me conocía demasiado bien.

—Hace años que no te veía esa expresión, desde…

—Desde Charlotte —afirmé con contundencia.

—Cierto, desde Charlotte. Sabes que no suelo ni nombrarla.

—Lo sé, lo sé. Yo tampoco suelo hacerlo. La enterré, mejor que nadie lo sabes.

—Era la única manera de que cerrase la herida, amigo. Seguir dándole vueltas a lo que pasó te hubiese destrozado.

—¿Y si cerró en falso, Logan?

—¿De qué me hablas? Hace mucho tiempo que dejaste de pensar en ella, ¿no?

—Hasta que me la encontré ayer —le espeté en la cara.

—¿Está en la ciudad? ¿Y qué mierda hace ella aquí? Joder, ¿no se marchó con el jodido profesor a París?

El hombre con el que se fue era profesor suyo. La carrera que cursó Charlotte fue la de Literatura y la terminó enamorando a su profesor de Literatura Romántica, que ya mandaba narices la cosa. Se trataba de un parisino, Lucas Dubois, que estaba ese año haciendo un intercambio en Edimburgo.

—Se marchó, se marchó. Y hasta me juró que no volvería a pisar esta ciudad cuando tuvimos aquella discusión tan agria. De hecho, recuerda que sus padres tenían pensado marcharse a Inverness cuando se jubilaran porque eran de allí, y así lo hicieron. De manera que aquí no le quedan lazos.

—Por lo que no tienes ni idea de la razón que la ha hecho volver.

—Ni puta idea, colega.

—Y tampoco sabes si está aquí de paso con él, si ha venido sola o si piensa quedarse…

—Ni puta idea, tampoco. Y ahí es donde entras tú.

—¿En serio me estás pidiendo que dé con ella y que la investigue?

—No me mires así, te pago por hacer lo que te pido y no creo que tengas quejas.

—No me vengas con esas y conmigo no te pongas a la defensiva. Me pagas muy bien, claro que sí, y estoy encantado con eso. Pero no con que quieras desenterrar ese jodido fantasma que te destrozó sin la menor compasión y que se largó con su profesor sin importarle una mierda cómo te dejaba. Pasa por completo de ella, no te jodas la vida.

—Ya es tarde para eso.

—¿Cómo qué es tarde? ¿Te estás escuchando, William?

—Perfectamente, colega, perfectamente.

—Pues entonces actúa en consecuencia. Déjate de gilipolleces y sigue con tu vida. Te ha ido muy bien. Mira en lo que te has convertido. Eres un CEO que se rifaría cualquier empresa. Te has hecho grande y no precisamente gracias a la ayuda de esa mentirosa.

—Búscala, Logan y cuéntame todo lo que averigües.

—No estoy de acuerdo con esto William, te lo advierto. Yo fui quien te acompañó en todas aquellas borracheras que cogiste cuando la señorita se largó. Yo te vi maldecir al puñetero profesor, te vi llorar por ella hasta el cansancio total. Si hasta te echaste una mano abajo aporreando una pared, joder… Que te la tuve que curar yo.

—Lo que no te mata te hace más fuerte, recuérdalo.

—Yo no tengo que recordar nada. Eres tú quien parece haber perdido la memoria.

—Te repito que tienes algo que hacer para mí. Hazlo y punto.

—Y yo te repito que no estoy de acuerdo.

—Pues entonces, piensa que esto te lo estoy pidiendo como jefe y no como amigo. Y no me lo discutas más.

Nunca le había hablado así a Logan. Sentía como si tuviese un monstruo dentro de mí. Un monstruo que se hubiese colado allí procedente del pasado, provocándome un inmenso daño al que no rehuía. Al contrario, necesitaba hacerle frente, saber qué la devolvió a Edimburgo.

Logan me llevó hasta la oficina callado. No salió ni una sola palabra de su boca. Se le notaba enfadado, algo que no me importó porque tenía el chip puesto de que necesitaba esa información y no pensaba parar hasta obtenerla, me costara lo que me costase.

Pasé al lado de Olivia por la recepción y apenas la miré. Ella no estaba acostumbrada a eso y me habló sorprendida.

—Oye, que estoy comprometida, pero que tú parece que te has vuelto ciego, ¿no me dices nada? Que he ido a la peluquería.

—Muy guapa —le comenté sin volverme siquiera a mirarla.

—Pues anda que lo dices convencido. Debo haber perdido facultades —me soltó frustrada.

—Tranquila, no eres tú, soy yo.

—Ya, eso es lo que dicen todos.

Al pasar al lado de Grace, la saludé sin hacerle tampoco el menor aprecio.

—William, buenos días. Me confirman que la reunión que estaba prevista para ayer se puede celebrar hoy, ¿estás de acuerdo?

—Buenos días, Grace. Diles que sí.

—De acuerdo, ahora mismo. Y una buena noticia, Ewan ha vuelto.

—¿Ya está bien? —me sorprendió.

—Parece que el niño está madurando —me sonrió—. Ha venido con una montaña de pañuelos de papel y no para de moquear, pero nos quiere demostrar que ya es todo un hombrecito —ese día fue ella la irónica.

—Me alegra que esté de vuelta. Si un día logramos que se entere de lo que vale, será fantástico.

—Di que sí, a ver si hay suerte y se le contagia algo de tu ego.

—Me estáis vapuleando hoy entre todas —suspiré.

—¿Y no contraatacas? Mira que me da por pensar que quien está enfermo ahora seas tú.

Pasé al lado de Olivia por la recepción y apenas la miré. Ella no estaba acostumbrada a eso y me habló sorprendida.

—Oye, que estoy comprometida, pero que tú parece que te has vuelto ciego, ¿no me dices nada? Que he ido a la peluquería.

—Muy guapa —le comenté sin volverme siquiera a mirarla.

—Pues anda que lo dices convencido. Debo haber perdido facultades —me soltó frustrada.

—Tranquila, no eres tú, soy yo.

—Ya, eso es lo que dicen todos.

Al pasar al lado de Grace, la saludé sin hacerle tampoco el menor aprecio.

—William, buenos días. Me confirman que la reunión que estaba prevista para ayer se puede celebrar hoy, ¿estás de acuerdo?

—Buenos días, Grace. Diles que sí.

—De acuerdo, ahora mismo. Y una buena noticia, Ewan ha vuelto.

—¿Ya está bien? —me sorprendió.

—Parece que el niño está madurando —me sonrió—. Ha venido con una montaña de pañuelos de papel y no para de moquear, pero nos quiere demostrar que ya es todo un hombrecito —ese día fue ella la irónica.

—Me alegra que esté de vuelta. Si un día logramos que se entere de lo que vale, será fantástico.

—Di que sí, a ver si hay suerte y se le contagia algo de tu ego.

—Me estáis vapuleando hoy entre todas —suspiré.

—¿Y no contraatacas? Mira que me da por pensar que quien está enfermo ahora seas tú.

Capítulo 12



Nala

Entré en la cafetería por mí café y ahí estaba Sam esperando con una sonrisa.

—Buenos días, Sam.

—Buenos días, Nala. Ahora mismo te pongo el café.

—Perfecto. ¿Y me pones también un Donut? Ese de azúcar glaseado me está pidiendo que me lo coma.

—Quién fuera Donut, entonces —contestó y me sonrojé al ver el guiño que me hacía.

Sonreí evitando mirarle porque sí, cuando me decían esas cosas me daba mucha vergüenza.

—¿Cómo se presenta el día? —preguntó mientras preparaba mi pedido.

—Pues espero que tranquilo, porque si es como el día en el que falló el sistema de banca on-line, nos podemos tirar todos de los pelos en la sucursal —volteé los ojos—. Menos mal que no tuve que operar en ella ese día.

—Pues me habrías acabado llamando, como hicieron muchos de mis clientes —sí, la cuenta de la cafetería de Sam la llevaba yo.

—Al Donut te invito, por si tienes una mañana complicada —dijo cuando saqué la tarjeta para pagar.

—Gracias, pero no tenías que hacerlo.

—Eres mi mejor cliente, ¿te lo había dicho? Por no hablar de que, si no te trato bien, igual me bloqueas la cuenta del banco —se encogió de hombros.

—No haría tal cosa —sonreí levemente—. Que tengas un buen día, Sam.

—Igualmente, bonita.

Nada más salir de allí le di un bocado al Donut que me supo a gloria, de verdad de la buena. Estaba recién hecho, y tan esponjoso que se deshacía en la boca.

Llegué al trabajo con mi café en la mano y ya estaban las dos cajas en marcha, con esos clientes madrugadores que aprovechaban la primera hora de la mañana para hacer sus gestiones.

Algunos eran personas mayores que querían verificar su cuenta, pagar algunos recibos o poner la cartilla al día y recurrían a nosotros porque a cierta edad quedaba claro que la tecnología no era la mejor de las amigas.

Me senté y tras encender el ordenador empecé con mi rutina de revisar e-mails, contestar algunos de ellos, los más urgentes, sobre todo, y después comprobar algunas cuentas que me habían pedido mis clientes.

Me llamó una de ellas, dueña de una inmobiliaria con la que solíamos colaborar, y me dijo que iba a enviarme documentación de unos clientes que querían comprar un apartamento y necesitaban la mejor de las hipotecas.

—Y nadie como tú para conseguírsela, Nala —me dijo Helen con su habitual tono sonriente en la voz.

—Tienes el listón muy alto, creo yo —reí.

—Para nada, cariño, te aseguro que eres la mejor gestora que he conocido en años. A ver, en los tres que llevamos colaborando juntas, ¿cuántas hipotecas me has concedido?

—No lo sé, perdí la cuenta.

—Muchas, te lo digo yo, y todas estupendas. Como decía mi madre, de quien heredé el negocio: “si el cliente queda satisfecho es que todos hemos hecho un buen trabajo”. Así qué, sí, eres la mejor para ayudarme.

—Vale, pásame todo lo que tengas y le echo un vistazo.

—En unos minutos tienes el e-mail, ya me dices algo.

—Claro, descuida. Adiós.

Colgué y solo unos minutos después me llegó toda la documentación, esa que empecé a revisar hasta que recibí una visita de lo más inesperada.

—Buenos días, Nala.

—Aaron, buenos días —sonreí al verle—. No me digas que me traes más bombones, porque no hace falta.

—No, no, pero sí que me preguntaba si te apetecería tomar un café.

—Oh, bueno —miré el reloj y vi que habían pasado unos minutos de la hora en la que me tomaba un descanso.

—Me gustaría hablar contigo sobre otras inversiones.

—Ah, o sea que es un café de trabajo —sonreí levemente—. Vale, entonces.

y

Me puse el abrigo y la bufanda y mientras guardaba el móvil en el bolso, vi a las locas de Becca y Ruth sonriendo con esa picardía que gastaban mientras no me quitaban el ojo de encima.

Aaron abrió la puerta para que saliera primero y una vez en la calle fuimos hacia una de las cafeterías que había cerca. Nos sentamos en una mesa al fondo y pedimos un café cada uno, además de un croissant con chocolate para mí.

—Verás, estoy pensando invertir en otro inmueble, no es ninguno que tengáis vosotros, sino uno al que le eché el ojo hace unos meses y ahora ha llegado a mis oídos que el dueño ha bajado el precio —dijo una vez nos quedamos solos.

—Entiendo.

—Está muy bien, solo que para adjudicarme ese inmueble quiero vender un par de ellos que tengo, y me comentó Colin que la inmobiliaria con la que vosotros soléis trabajar para conceder hipotecas, podría echarme una mano con ese asunto.

—Precisamente he hablado con Helen, la dueña, esta mañana. Me ha enviado documentación de unos clientes que buscan hipoteca.

—Esto debe ser una de esas casualidades de la vida —sonrió y en ese momento nos trajeron el pedido.

—¿Qué inmuebles son? Podría llamarla, y si tienes fotos, enseñárselas a ella.

—Claro, mira.

Aaron cogió el móvil y me enseñó un precioso y amplio ático que había comprado hacía unos meses y recién acababa de terminar de reformarlo y amueblarlo, y el otro era un apartamento tipo loft, parecido al mío, que también estaba acabado de dejar listo para la venta.

Me envió las fotos al e-mail como le pedí para después llamar a Helen y hablar con ella.

—Si me ayudáis entre las dos a conseguirlo, a ella le mando una botella de champán y a ti te invito a comer o cenar —me dijo.

—No, no, por Dios, no es necesario. Bastante es con que me compraras esos bombones.

—Es solo una comida o una cena, prometo ser bueno —dijo levantando ambas manos.

—En el caso de que te ayudemos, me lo pensaré. Pero sí, estoy segura de que podremos ayudarte con esas ventas.

—Perfecto, llamaré a mi asistente para que haga una oferta por el inmueble que quiero comprar, aunque desde luego el precio que pide es perfecto, pero si consigo una rebajita más, eso que gano para invertir en darle un lavado de cara.

a

Nos terminamos el café y quedé en llamarlo en cuanto supiera algo de Helen cuando nos despedimos en la puerta del banco, pues como buen caballero me quiso acompañar.

—El moreno está interesado en ti —dijo Ruth son su habitual sonrisa.

—Sí, sí, se le ve en los ojitos.

—¿En serio, chicas? —resoplé mientras me quitaba la bufanda y el abrigo para sentarme en mi puesto— No me puedo creer que sigáis con eso.

a

—Tienen razón, Nala, le interesas.

—¿Tú también, Liam? Dios mío, no puedo con vosotros.

Me senté, cogí el teléfono y llamé a Helen para, primero, decirle que con la documentación que me había enviado se podía dar una hipoteca acorde a la pareja que iba a comprar, y segundo, comentarle lo que había hablado con Aaron.

Le dije cómo eran tanto el ático como el apartamento y las zonas en las que estaban, y me comentó que tenía algunos posibles clientes que andaban buscando algo así y que si podía enviarle fotos para concertar una cita con ellos y enseñárselas.

Se las envié y quedó en llamarme en cuanto hubiera hablado con ellos, en cuestión de precio y tal como me había dicho Aaron, le pedí que los valorara en un primer vistazo y me dijera algo aproximado.

No tardó en mandarme un e-mail con el precio que podía llegar a conseguir por cada uno de los inmuebles, cosa que se le hice saber a Aaron y dijo que sí, que adelante con ese precio de salida.

Seguí trabajando el resto de la mañana como siempre, atendiendo a los clientes en la mesa, ayudando a algunos de ellos con esas dudas de qué comisión era la que le habían cobrado, de qué era ese recibo que tenían cargado, y en el caso de algunas empresas comprobar si se habían hecho efectivos unos cheques que les habían entregado.

Era casi la hora de salir cuando empezó a sonar mi móvil en el cajón de mi mesa. No solía llamarme nadie en horario de trabajo por lo que pensé que quizás sería alguna urgencia de mis padres. Solo que me llevé una sorpres al ver en nombre de William en la pantalla.

—¿Hola? —saludé, y no pude evitar que mi voz sonara con cierta alegría.

—Hola, Nala. Estoy por la sucursal y me preguntaba si te apetecía comer conmigo.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa —de nuevo la sonrisilla en mi voz.

—¿Qué me dices? ¿Comemos? —insistió, y yo sentí un revoloteo importante de mariposas en el estómago.

Acabé aceptando y quedamos en el asiático, colgué y vi que los tres me miraban con intriga.

—¿El moreno otra vez? —preguntó Becca.

—¿Qué moreno? —Fruncí el ceño.

—Espera, ¿hay más de un moreno y no sabes de quién te habla? —curioseó Liam.

—No, no, no hay… Y no, no era Aaron quien me ha llamado.

—Uy, qué misterio, me da a mí que sí era él, pero no nos quieres decir nada —comentó Ruth.

—Madre mía, en serio, qué paciencia tengo que tener con vosotras —resoplé.

Estaba ya recogiendo mis cosas cuando sonó el teléfono de mi mesa, atendí la llamada con la misma profesionalidad de siempre y al otro lado estaba Helen para decirme que había hablado con esos posibles compradores y que irían esa tarde por la inmobiliaria para ver las fotos, que ya me diría en qué quedaba la cosa para saber si podría enseñarlos en persona.

Me despedí de ella, y también de mis compañeros que no dejaban de decir que me esperaba el moreno para verme de nuevo, y volteé los ojos saliendo sin contestarles.

Las chicas no sabían nada de William, ese era uno de mis secretos mejor guardados, pero si a él le daba por pasar casualmente por la sucursal e invitarme a comer más a menudo, al final tendría que contarles que había

alguien en mi vida, más que nada para que dejaran de tratar de buscarme un ligue cada noche que salíamos juntas.

a

alguien en mi vida, más que nada para que dejaran de tratar de buscarme un ligue cada noche que salíamos juntas.

Capítulo 13



William

Pasé por delante del banco donde trabajaba Nala e intuí que ya debía de estar por salir. Me apetecía verla y consulté mi agenda. Comprobé que no tenía nada importante que hacer en las siguientes horas y pasar un rato con ella me pareció la mejor de las ideas.

Me detuve para hacerle una llamada y preguntarle si le apetecía comer conmigo. Noté por su voz que se alegró bastante y yo también de que así fuera. Como no me podía ver, sonreí. Era muy previsible, todo lo contrario que e clima en esa ciudad nuestra que, sin embargo, y para estar en pleno otoño, nos estaba regalando unos rayos solare que se agradecían mucho.

—Dame cinco minutos que termino lo que estoy haciendo y ya salgo —me comentó y noté que había algo de prisa en su voz. Tenía ganas de verme.

—Te espero en el restaurante asiático de la esquina.

—Genial, ahora nos vemos allí —murmuró antes de colgar la llamada.

Me apetecía verla por quitarme un poco de la cabeza a Charlotte, ya que me estaba volviendo loco y con Nala, quiera o no, me entretenía muchísimo observando esos rubores que yo le provocaba.

Por mucho que trataba de apartarla de mis pensamientos, estos me asaltaban una y otra vez. Lo peor era que siempre pude hablar de todas mis cosas con Logan y esta vez me resultaba más complicado porque mi amigo no quería ni oírme hablar del tema.

No por eso dejó de investigar al respecto. De mala gana, pero lo hizo. No me sentía bien al respecto porque se trataba de la primera vez en mi vida que le daba una orden. Y lo peor de todo era que él tenía razón en que Charlotte me hizo un daño increíble y en que lo sensato habría sido no remover la mierda, porque ya se sabe que huele más cuando se hace.

No obstante, todos sabemos también que cuando existe un enfrentamiento entre lo que te aconseja la cabeza y l que te pide el corazón, lo normal es que sea el segundo el que termine ganando. Y aunque el mío estuviese muert

desde hacía muchos años, resucitó para pedir información de esa mujer que un día acabó con él utilizando como arma un puñado de palabras teñidas de traición, deslealtad e infidelidad.

Tomé asiento en una mesa que elegí de las que había disponibles. Le pedí al camarero una botella de vino tinto para acompañar la comida. No es que me fuese a emborrachar ni nada parecido, si bien tenía la necesidad de ahogar aquello tan malo que estaba sintiendo en un par de copas de alcohol.

Nala apareció a los diez minutos con una sonrisa tímida y se acercó a darme un beso en la mejilla. Ideal, con un vestidito de punto en color crema sobre el cual traía una chaqueta de cuero en color camel y botas altas del mismo color.

—¿Qué vienes, de ver a la vidente? —bromeé.

—Me he retrasado porque me entró una llamada urgente justo cuando te colgué. Y no, no he ido a verla. Con la información que me dio la anterior vez ya he tenido más que suficiente —me hizo un guiño mientras yo le servía la copa.

—Te lo dejó todo bien clarito, ¿no? —la provoqué un poquito más.

—Demasiado claro, ya te digo yo que, pese a tu reticencia, veré ese momento —sonrió mirando hacia su mano apoyada sobre la mesa y sujetando la copa.

—Mientras que esperas, ¿qué tal si nos decidimos por lo que vamos a comer?

—A mí de este restaurante me gusta la ternera con picante, el arroz tres delicias y un rollito de primavera.

—Te acabas de armar un menú —dije viendo que entraba en uno de los que ofertaban aparte de los platos individuales de la carta.

—La clase media es lo que solemos comer en este tipo de restaurantes —se encogió de hombros mirándome con timidez.

—Obvio que puedes elegir lo que quieras —le guiñé un ojo—. Sabes de sobra que estás invitada.

—Ya sé que no me has llamado para que te invite yo. Y seguro que no es solo comer lo que tienes en mente. O no solo comer aquí, rectifico.

—Igual el postre nos lo podríamos tomar en otro lado.

—Y hasta pondría la mano en el fuego que tú ya has reservado en ese lugar en el que nos podríamos tomar el postre. Lo has hecho mientras esperabas, ¿a que sí?

—Puede y solo puede que hayas acertado.

—Como puede que acierte mi vidente. Y, es más, lo hará.

—Creo que tengo bastantes más posibilidades de hacerlo.

—¿Y eso quién lo dice?

—Lo digo yo.

—Ya —me sacó la lengua y a punto estuve de mordérsela en el aire. Me resultaba irresistible y si se la llego a apretar entre mis dientes igual aquella pequeña provocadora lo hubiese lamentado.

Comenzó a contarme cosas de su trabajo. Me gustaba escucharla porque lo hacía con mucho énfasis. Ya he comentado que de su vida privada no hablaba, pero de su trabajo sí. Y por los codos.

—¿Qué pasa? Ya, que estoy charlando mucho, ¿no es eso?

—No pasa nada. Sigue, sigue…

—Que no, que te burlarás de mí. Seguro que estás pensando en que mi trabajo no es tan importante. Claro, un gran CEO como tú…

—Eso no se me ocurriría pensarlo. Te respeto mucho en ese sentido.

—Ya, pues será en el único porque en el resto haces conmigo lo que te da la gana.

—¿Algo que no te convenza?

—No, si eso es lo peor. Que caigo una y otra vez.

—O dale la vuelta y míralo como lo mejor.

Quien estaba para comérsela vuelta y vuelta era ella con ese vestidito tan suave y de pelo. Entre el vino y que hacía un mediodía espléndido, sintió calor y se quitó la chaqueta. La manga del vestido le quedaba por encima del codo, con dos botoncitos que se la ajustaban al brazo. Me dieron ganas de acariciar ese suave brazo, aunque las reprimí y comencé a preguntarle más cosas.

Estaba con ella y en su conversación, lo prometo, aunque no podía evitar que se me viniese Charlotte a la cabeza. Su aparición me impactó muchísimo y encima sucedía que todos los recuerdos que tenía de mi ex eran de

su juventud y, por ello, Nala me la recordaba.

Al final se había decantado por el menú que comentó, por mucho que le ofrecí que comiese a la carta y podía haber elegido lo mejor.

Si algo me llamaba la atención de aquella jovencita pelirroja era que parecía tener de sobra con lo suyo y que me admiraba por lo que era y por dónde había llegado, lo cual no quería decir que se mostrara interesada en lo más mínimo por mi situación económica.

Durante aquellos años, me había encontrado con muchas chicas a las que vi menos que a ella y que me vinieron con preguntas un tanto inapropiadas al respecto, tratando de meter las narices en hasta qué punto era adinerado o no. Por no hablar de esas otras que se ofendían porque no las hubiese llevado a mi casa.

Nala no. Ella se conformaba con todo y siempre que la recogía me la encontraba con la más bonita y sincera de las sonrisas en el rostro, con esa tan tímida.

—¿Un postre nos tomamos? —me preguntó cuando hubo terminado con su menú.

—¿Tú quieres?

—Yo quiero, sí.

—Pues entonces, no tienes más que decirlo. Lo que quieras en la vida, persíguelo —le aconsejé.

—Eso mismo dice mi vidente —me sonrió.

—No estoy incluido en eso.

—Vale, pues entonces quiero ese postre. Y si tú quieres, te pides otro porque no pienso compartirlo contigo.

—Ya lo veremos.

—No veremos nada. Sirven aquí una tarta de chocolate blanco por la que mato.

Lo hice adrede, aparte de que no quería un postre completo y eso me decidió a no pedirme ninguno. Sí quería probar el suyo, porque me intrigaba el sabor y porque tenía que salirme siempre con la mía.

—Que no, que no lo pruebas —me retaba apartándome el plato.

—Que han traído dos cucharillas, ¿es qué no lo ves?

—Sí lo veo. La vista la tengo estupenda, es el mejor de mis sentidos.

—¿Y cuál te va peor?

—El sentido común porque no sé qué estoy haciendo aquí contigo y mírame, aquí me tienes en un duelo de cucharitas.

Al final lo probé. Era muy generosa y no iba a dejarme sin un poquito de tarta. Me quedó su dulce sabor en la boca antes de entrar a lavarme los dientes tras el almuerzo, porque cuidaba mucho mi dentadura.

Me agradó ver que también Nala sacó un pequeño neceser de su bolso para hacer lo mismo. Y no fue lo único que me agradó, ya que me sentí muy bien al acompañarla hasta el servicio y notar la envidia con la que me miraban algunos. Para dentro me reía porque igual pensaban que babeaba por ella, porque estuviese de otro modo conmigo, cuando aquello iba de lo que iba y poco más.

Nos subimos en el coche y la notaba contenta, aunque un tanto avergonzada. Le pasaba siempre que íbamos en dirección al hotel, ya era como una marca de la casa para ella, una marca de distinción que me indicaba que sabía que el momento de compartir intimidad se acercaba y que la ponía más nerviosa aún de lo que solía estarlo.

Llevarla en mi coche me recordaba aún más a Charlotte. Cuántas veces conduje con ella en mi juventud, pues tuve coche y carné antes que quien fue mi novia porque mis padres me regalaron uno por lo bien que llevaba los estudios y porque se lo pudieron permitir.

En aquellos años, pensaba que la vida me sonreía. Al volante de ese coche y con Charlotte al lado me sentía el rey del mundo, del mismo mundo que me engulló el día que rechazó mi anillo de compromiso y me hizo aquella dolorosa revelación que me cambió para siempre.

Nala charlaba y charlaba y yo me desabrochaba el nudo de la corbata porque sentía que me ahogaba en aquellos momentos en los que esa inesperada aparición me dejó tan descolocado.

Algunos no lo entenderán, pero sentía eso que le comenté a Logan; que la herida pudo cerrar en falso y que aquello quizás sufriera todavía un giro de tuerca. Eso pensaba en ciertos momentos mientras que en otros me decía a mí mismo que no podía actuar como el pardillo que era cuando me dejó y que probablemente su estancia en la ciudad nada tuviera que ver conmigo. Igual acompañó a su maridito parisino a dar una de sus conferencias universitarias o a saber de qué pudiera tratarse. Me estaba mortificando y el sexo representaba para mí una buena válvula de escape, así que allá iba.

—Sí lo veo. La vista la tengo estupenda, es el mejor de mis sentidos.

—¿Y cuál te va peor?

—El sentido común porque no sé qué estoy haciendo aquí contigo y mírame, aquí me tienes en un duelo de cucharitas.

Al final lo probé. Era muy generosa y no iba a dejarme sin un poquito de tarta. Me quedó su dulce sabor en la boca antes de entrar a lavarme los dientes tras el almuerzo, porque cuidaba mucho mi dentadura.

Me agradó ver que también Nala sacó un pequeño neceser de su bolso para hacer lo mismo. Y no fue lo único que me agradó, ya que me sentí muy bien al acompañarla hasta el servicio y notar la envidia con la que me miraban algunos. Para dentro me reía porque igual pensaban que babeaba por ella, porque estuviese de otro modo conmigo, cuando aquello iba de lo que iba y poco más.

Nos subimos en el coche y la notaba contenta, aunque un tanto avergonzada. Le pasaba siempre que íbamos en dirección al hotel, ya era como una marca de la casa para ella, una marca de distinción que me indicaba que sabía que el momento de compartir intimidad se acercaba y que la ponía más nerviosa aún de lo que solía estarlo.

Llevarla en mi coche me recordaba aún más a Charlotte. Cuántas veces conduje con ella en mi juventud, pues tuve coche y carné antes que quien fue mi novia porque mis padres me regalaron uno por lo bien que llevaba los estudios y porque se lo pudieron permitir.

En aquellos años, pensaba que la vida me sonreía. Al volante de ese coche y con Charlotte al lado me sentía el rey del mundo, del mismo mundo que me engulló el día que rechazó mi anillo de compromiso y me hizo aquella dolorosa revelación que me cambió para siempre.

Nala charlaba y charlaba y yo me desabrochaba el nudo de la corbata porque sentía que me ahogaba en aquellos momentos en los que esa inesperada aparición me dejó tan descolocado.

Algunos no lo entenderán, pero sentía eso que le comenté a Logan; que la herida pudo cerrar en falso y que aquello quizás sufriera todavía un giro de tuerca. Eso pensaba en ciertos momentos mientras que en otros me decía a mí mismo que no podía actuar como el pardillo que era cuando me dejó y que probablemente su estancia en la ciudad nada tuviera que ver conmigo. Igual acompañó a su maridito parisino a dar una de sus conferencias universitarias o a saber de qué pudiera tratarse. Me estaba mortificando y el sexo representaba para mí una buena válvula de escape, así que allá iba.

Capítulo 14



William

De nuevo llegamos a la habitación de ese hotel en el que solía reservar y ni siquiera me hizo falta tampoco en aquella ocasión pasar por la recepción.

En momentos así iba muy caliente y cualquier entretenimiento me suponía una pérdida de tiempo absurda, aparte de que mi fantasía se desbordaba desde la entrada y no quería interrupciones.

Para ella fue un encuentro inesperado, por las horas, y la notaba incluso más nerviosa que otras veces. Parecía una colegiala haciendo novillos y temerosa de que su padre se enterase.

Su risilla nerviosa lo era más aún ese día y todos sus gestos la delataban.

—Es que si lo hubiera sabido… —murmuraba y se callaba, volviendo a colocar la mano delante de su boca.

—¿Qué hubieras hecho? Ciertas cosas no necesitan preparación y, además, que tú las sabes hacer muy bien —le di una nalgada en el trasero antes de entrar en la habitación, todavía en el pasillo.

No me di cuenta de que un chico avanzaba hacia nosotros, y mientras que dio un botecito, las mejillas se le tiñeron de rojo.

—¿Has visto la cara que ha puesto? —me preguntó mientras entrábamos en la habitación.

—No me interesa lo más mínimo.

—Pues a mí, sí, que me ha mirado de una forma… Espero que no piense que soy una cualquiera —me soltó con su inocencia habitual.

—Puedes quedarte tranquila porque seguro que ha pensado cualquier cosa menos eso.

—¿A qué te refieres con cualquier cosa? No me pongas más nerviosa.

—Que, seguro que se ha puesto ardiendo, ya lo sabes.

—No, no lo sé. ¿Y por qué?

—Porque le has resultado irresistible, no hace falta que te lo confirme porque también lo sabes.

—Que yo no sé nada…

—¿No? ¿Quieres que lo llame y se lo preguntamos?

—Y me caigo muerta, te lo prometo—hizo el gesto de que se desmayaba.

—Él sí que caería muerto, aunque de gusto.

—Que me falta el aire, te prometo que me falta el aire.

Me encaminé hacia la puerta como si mi intención final fuera llamarlo y ella corrió tras de mí.

—No se te ocurra.

—Y yo que creí que igual te gustaba jugar a tres —la provoqué, me encantaba sacarle los colores.

—¿A tres? No sé ni dónde mirar con un solo hombre, cuanto y más con dos —se abanicó con la mano.

—¿No sabes dónde mirar? Pues te lo voy a decir: hoy vas a mirar a mis ojos en todo momento. Eso es lo que quiero.

—Pero es que no puedo. Sabes que me…

—Termina de decirlo. No te quedes a medias —me estaba poniendo mucho la conversación.

—Que me intimidas, ya lo he dicho. Uff —bufó acalorada.

—Pues ya sabes lo que hay. Es eso: o me miras o me voy —me fui de nuevo hacia la puerta.

Estaba ardiendo igual que yo, de manera que me cogió por el brazo.

—Está bien, lo intentaré.

—¿Qué es eso de intentarlo? Lo vas a hacer, me gusta la gente con determinación.

—Vale, vale, que sí… Todo sea porque caigas rendido a mis pies como dijo la vidente —murmuró en ese momento.

—Esa vidente tuya será mejor que vaya montando un negocio de pipas, porque ver, no ve mucho —le aclaré.

—Ya, ya… ¿Y qué quieres que haga?

—Pues lo primero que me vas a hacer es un bailecito.

—¿Qué tipo de bailecito? —me preguntó con las mejillas ya a punto de entrar en erupción, como si fuesen un par de volcanes.

—Un estriptis. Venga…

—¡¡Muero!! —se llevó de nuevo la mano a la boca.

—¿Y entonces qué gracia tendría? Venga, comienza a moverte para mí, Nala.

—¿Sin música y sin nada?

—Exacto. Quiero que la tararees para mí.

—Claro, y ya de paso doy también un doble salto con pirueta en el aire, ¿me vas a pedir algo más?

—Sí, pero después. De momento es esto lo que quiero —le contesté como si nada.

—Vale, vale…

Porque habíamos almorzado que, si no, me hubiese alimentando solo contemplando esa delicia.

Se movía muy sexy, eso era lo mejor, que cuando lograba dejar la vergüenza a un lado esa especie de pelirrojo animalillo indefenso se mostraba ardientemente sexy. Y la forma en la que movía los labios tarareando esa melodía tan insinuante era realmente para dar un salto y comérsela entera de un bocado.

Por supuesto que yo, sentado en el filo de la cama, la miraba sin mostrar lo que pensaba. No quería hacerle daño ni que se quedara más colgada conmigo de lo necesario. Era una buena chica y no se lo merecía.

Me hizo muchísima gracia el hecho de que, una vez se hubo quitado la ropa, le quedó al aire su conjunto interio y se lo señaló, indicándome que se refería a eso, a que si lo hubiera sabido se habría puesto otra cosa más acorde a

las que llevaba por las noches.

Me pareció más deliciosa todavía por eso. El conjunto en cuestión era muy dulce y en color vainilla, una monada que no tardó demasiado tampoco en quitarse porque así se lo indiqué y lo hizo poco a poco, sin dejar de bailar, moviéndose con esa sensualidad que le salía cuando lograba desinhibirse.

Si en algún momento la vergüenza hacía que tratara de zafarse, le recordaba claramente que debía mirarme a los ojos y veía cómo tragaba saliva y cómo su frente se perlaba de sudor, pero terminaba haciéndolo.

Cuando le faltaba poco para terminar con el picante estriptis le indiqué con mis manos que se acercase y la sentó en mis rodillas. Me había desnudado al mismo tiempo que ella se acercaba con paso firme, pero lento.

—Y ahora baila sobre mí sin dejar de mirarme —le exigí.

Lo hizo con la vista puesta en mí. El color de sus mejillas en ese momento alcanzó ya el de las puras llamas y entonces comenzó a deslizarse sobre mi miembro, al que tenía muy mojado debido a su lubricación, la cual empapaba su sexo.

La cogí fuerte por las manos. No permitía que bajara la mirada ni un solo momento. Me volvía loco jugar con ella así y tuve que reprimir una sonrisa que no hubiera pegado mucho con mi papel cuando me dedicó un divertido gestito de que mi erección la estaba elevando.

Era tan espontánea que no conocía la maldad y se veía encantada con ese sexo al que se estaba enganchando. A mi lado aprendía mucho y eso me satisfacía.

Cuando no pude más, la tomé por los hombros y la tumbé rápidamente contra la cama. En ese momento, y sin que lo esperase en absoluto, tomé mi cinturón y le até las manos con él como si fueran unas improvisadas esposas

—Ay, Dios —soltó por la boca y de nuevo reprimí la sonrisa.

—Dios no tiene nada que ver en esto, Nala. Aquí solo estamos tú y yo.

—De milagro, porque si te dejo, me metes a ese otro en la cama —suspiró.

Sus arranques eran únicos. Más me puso su comentario. Tenía su trasero delante de mí y ese día jugueteé un poco con él antes de penetrarla vaginalmente, antes de ponerme ese preservativo que nos garantizase un sexo tan placentero como seguro.

—Relájate —le pedí mientras ladeaba el rostro.

—Me dices eso y me estreso más. Me tienes maniatada y a saber qué me vas a hacer.

—Nada que no te guste —le contesté sin vacilar.

—Vale —soltó con una vocecilla que era ideal.

Llevé uno de mis dedos a su boca y luego un par de ellos más. La abrió y se los metí dentro para que los s lamiese.

Después, uno a uno, se los fui introduciendo en el ano, dándole tiempo para que se acostumbrara, tratando de éque no se estresara y apretase, pues si oponía resistencia, aunque fuese involuntariamente, podría lastimarse.

No lo hizo porque, al mismo tiempo, busqué su clítoris con los dedos de la otra mano y la estimulé hasta el punto que cerró los ojos. La dejé que lo hiciera durante unos instantes. Lo veía porque tenía el rostro ladeado hacia mí.

Soltó un gemido placentero y supe que era el momento idóneo para introducir esos otros dos dedos en su ano. Y entonces comencé a describir círculos sobre su clítoris sin parar hasta que la forma en la que gimió me anunció que se correría de manera inminente.

o No tardó en hacerlo. Y entonces saqué los dedos de su ano, me los limpié con una toallita húmeda, le di la vuelta, la encaré hacia mí, y pidiéndole que me mirara de nuevo fijamente, hice tope con el final de su vagina de una sola embestida que le produjo un tremendo gusto.

Un rato después habíamos terminado y ella volvía a sonreírme tímida mientras se vestía. Era hora de llevarla. Había pasado un rato sensacional con Nala, como todos esos encuentros con ella me garantizaban. Y por su gesto, adivinaba que ella se lo había pasado igualmente bien conmigo.

.

Me lo confirmó de inmediato y porque le salió decirlo, ya en el coche, y allí sí que le sonreí. Me devolvió la sonrisa de inmediato.

—Nada que no te guste —le contesté sin vacilar.

—Vale —soltó con una vocecilla que era ideal.

Llevé uno de mis dedos a su boca y luego un par de ellos más. La abrió y se los metí dentro para que los lamiese.

Después, uno a uno, se los fui introduciendo en el ano, dándole tiempo para que se acostumbrara, tratando de que no se estresara y apretase, pues si oponía resistencia, aunque fuese involuntariamente, podría lastimarse.

No lo hizo porque, al mismo tiempo, busqué su clítoris con los dedos de la otra mano y la estimulé hasta el punto que cerró los ojos. La dejé que lo hiciera durante unos instantes. Lo veía porque tenía el rostro ladeado hacia mí.

Soltó un gemido placentero y supe que era el momento idóneo para introducir esos otros dos dedos en su ano. Y entonces comencé a describir círculos sobre su clítoris sin parar hasta que la forma en la que gimió me anunció que se correría de manera inminente.

No tardó en hacerlo. Y entonces saqué los dedos de su ano, me los limpié con una toallita húmeda, le di la vuelta, la encaré hacia mí, y pidiéndole que me mirara de nuevo fijamente, hice tope con el final de su vagina de una sola embestida que le produjo un tremendo gusto.

Un rato después habíamos terminado y ella volvía a sonreírme tímida mientras se vestía. Era hora de llevarla. Había pasado un rato sensacional con Nala, como todos esos encuentros con ella me garantizaban. Y por su gesto, adivinaba que ella se lo había pasado igualmente bien conmigo.

Me lo confirmó de inmediato y porque le salió decirlo, ya en el coche, y allí sí que le sonreí. Me devolvió la sonrisa de inmediato.

Capítulo 15



William

Aquella mañana, me monté en el coche con Logan que ya me esperaba en la puerta para llevarme al trabajo.

—¿Qué tal, colega? —se volvió y me dio un toque en el hombro. Un gesto de cercanía que le agradecí porque no servía para estar tenso con él.

—Ahí vamos, ya sabes. ¿Desayunamos juntos?

—Mira, al menos para eso me va a servir este tormento de Charlotte, para que desayunes más veces conmigo, que normalmente no me dedicas tiempo a estas horas.

—Cuando digo que me pareces una novia celosa, es que me lo pareces.

—¿Me imaginas con un vestido ajustado y con zapatos de tacón?

—Sí, ya sería lo que te faltase, entonces tendríamos que hablarte, subidos en una escalera. Aparte, que prefiero no imagínate así, joder, qué grima…

—Qué especial eres.

—Sí, claro. Pisa el acelerador, que tengo hambre.

—¿Te crees que soy Lewis Hamilton?

—Sabes que no soy de seguir la Fórmula 1, pero creo recordar que él lleva unas trencitas que ya las querrías tú.

—Hay que joderse, ¿me haces el favor de decirme algo que me motive?

—Vale, que ya no estoy cabreado contigo.

—¿Tú, cabreado conmigo? Te juro que sería lo que me quedase por ver.

Llegamos a desayunar. Sabía de sobra que no tenía información todavía porque me la hubiese pasado en cuanto cayera en sus manos. Así me lo confirmó.

—Tío, no paro de hacer preguntas por aquí y por allá, pero no es tan fácil. Edimburgo no es un pañuelo y ahora te dan con las jodidas políticas de confidencialidad en todos los lados en las narices. Además, te recuerdo que puedo ser muchas cosas, pero no soy detective privado.

—Ya, ya lo sé. Aunque sabes buscar hasta debajo de las piedras. Sigue haciéndolo que seguro que das con ella.

—Sí, yo sigo buscando, ¿y ahora me tirarás también un palo para que te lo traiga con la boca?

—No, eso no. Pero no estaría mal que me trajeras las zapatillas cuando llego a casa por la noche.

—Sí, claro. Ten cuidado, que todavía puedo darte un buen mordisco.

—No, cualquier amenaza menos esa, por favor, que tú le das un bocado a una esquina y haces un quiosco.

—¿Otra vez riéndote de que tengo la boca grande? Ninguna se me quejó nunca.

—Ya, ya, porque no te ha dado por morderlas.

—Lo que tengo grande son los labios.

—Creí que ibas a decir que tienes grande otra cosa. Respecto a lo de tus labios, nunca me he fijado lo suficiente en tu boca como para afinar tanto —me burlé.

—Mejor. Que no quiero ni pensar que tengas fantasías conmigo, aunque ahora que lo pienso, igual mejor conmigo que no con esa.

—Sé que odias a Charlotte y que tienes toda la razón para hacerlo.

—Y tanto que la tengo. Esa tipa te jodió la vida una vez. Solo espero que ni siquiera esté ya en Edimburgo y que no se haya plantado aquí para tratar de jodértela de nuevo.

—¿Me crees tan imbécil como para dejar que me hiciera eso? Tengo las cosas claras.

—Eso creía yo, pero ha sido volver a verla y te ha desquiciado por completo, William.

—No dejaré que eso vuelva a pasar. Solo quiero saber, siento curiosidad.

—Eso espero. Te quiero como a un hermano y lo último que deseo es verte sufrir otra vez por una mujer que no se lo merece.

—Oído cocina, no me taladres más. Y hablando de mujeres, ¿volviste a ver a esa chica? Como últimamente has estado de morros conmigo y no me has contado nada…

—Ya, yo de morros contigo. Me dejaste bien claro que era tu empleado y no más.

—Lo siento, no debí decir eso.

—Bueno, pues el asunto es que sí he visto a Sophie un par de veces más.

—¿Un par de veces más casi seguidas? ¿No son muchas para alguien a quien veas solo como a un polvo? ¿O hay algo que me estés ocultando?

—Ok, ok, puede que no la vea solo así. Me lo paso muy bien con ella. Nos acostamos, sí, pero también hacemos otros planes. Anoche preparamos juntos la cena en mi casa.

—No me jodas, ¿así andamos? Esos planes caseros son peligrosos.

—Sí, sí, peligrosos. Y lo que tú estás haciendo es muy sensato.

—Yo solo quiero obtener información porque eso me da poder sobre la situación. Tú, sin embargo, vas derechito al abismo.

—¿De qué abismo me hablas? Te juro que alucino contigo.

—Al abismo del compromiso, ¿ha dejado ya el cepillo de dientes en tu casa?

—Menos coñas, William.

—Responde si tienes valor.

—Pues mira, sí, pero no lo ha dejado, sino que he sido yo quien le ha comprado uno para que lo tenga a mano cuando se quiera quedar.

—Peor me lo pones, mucho peor.

—Oye, ¿te has acabado ya el café o te vas a tomar el día libre para seguir cachondeándote de mí?

—Me lo acabo, me lo acabo. Reconozco que me encantaría seguir haciéndolo, pero el deber me llama.

—Haces bien, que, si tú no cobras, yo tampoco.

Llegué a la oficina con los ánimos algo más templados porque hablar con Logan me serenaba de siempre. No obstante, me notaban los nervios muy crispados y hasta tuve un ligero encontronazo con Grace, que mi secretaria no pudo entender porque la reprendí por algo que había hecho muchas veces y nunca me molestó.

Al salir, Olivia se me puso por delante. Era muy graciosa.

—¿Hoy tampoco me vas a decir nada? —me preguntó con los brazos en jarra porque ya he comentado alguna vez que nos acostamos en su momento y había confianza.

—Por tu bien será mejor que no te diga nada, pregúntale a Grace.

—Sí, la escuché decir antes que estabas en plan capullo. Vaya se me escapó —siempre fue bastante bocachancla.

—¿Eso dijo?

—Igual no, que ya sabes que me entero de todo de aquella manera —se hizo la tonta.

—Ya, ya, así que en plan capullo, ¿y a ti qué te pasa?

—Que me he rellenado los labios y ni cuenta te has dado. Mira qué pedazo de boca me ha quedado.

—Igualita que la de Logan —se me ocurrió decirle.

—Hombre, igualita no será, aunque Logan tiene una boca preciosa, por ahí te vas a librar.

—Pues tú igual no te libras —le solté porque estaba disparatado.

—¿Cómo dices? —echó una risita picante.

—Que sigue parándome para mostrarme tus retoques e igual te llevas un premio.

—Pero si estoy comprometida —se contoneó.

—Pues entonces uno de consolación, que desgracias como esas no pasan todos los días.

—¿Desgracias vas a decir? Para desgraciado tú —me soltó con todo el arte.

Salí con una sonrisa de allí porque le había soltado una buena. Realmente, si me lo proponía en serio, igual hasta caía porque la veía contenta con el compromiso, pero no tenía tan claro si Olivia era muy fiel o no.

Pasé del tema porque tenía otra idea en mente que me sedujo bastante. Necesitaba sexo esa tarde. Lo notaba. Quería algo rápido y sin complicaciones y sabía muy bien dónde encontrarlo con solo tocar una puerta.

Lo hice en la de mi vecina Isla nada más llegar. Me abrió sorprendida porque no me esperaba.

—¿Se puede saber qué haces aquí, William?

—Pues nada, que me preguntaba si, a pesar de esa respuesta que te di, quieres que le siga echando todavía un vistazo a lo que me preguntaste.

—Eso ya está arreglado, pero si quieres pasar, seguro que se me ocurre algo que me puedas inspeccionar.

Ya estaba dentro de su casa. Cerró la puerta de una patada y se me tiró encima como una leona. Y digo bien, porque contaba con unas uñas afiladas que parecían diez armas mortales si me alcanzaban.

Isla era muy vistosa, con unas caderas anchas y un pecho considerable. Y lo mejor de todo, dejando un lado su impresionante físico, era el ansia con el que me recibió.

Caí debajo de ella en el sofá y no me dejó que me moviera.

—Estás en mi territorio, así que no digas ni mu y déjate hacer —me exigió.

Me pareció sensacional porque eso que estaba a punto de comenzar era algo que me volvería loco.

Sus labios también eran gruesos y enseguida me enseñó que su lengua había jugado en todas las ligas, pues la felación que comenzó a practicarme era de primer nivel.

Toda la tensión que llevaba acumulada me la iba a sacar de golpe y no solo eso me sacaría. Le echó tantas gana al tema que tuve que agarrarme a ambos lados del sofá porque creía que levitaba, parecía que me estaba absorbiendo hacia dentro de ella, como si fuera una aspiradora de esas con una potencia fuera de serie.

Tuve que hacer mis esfuerzos también para que no me volviese los ojos del revés porque no era nada efusivo en la cama con las mujeres y no me apetecía en absoluto demostrarle lo mucho que me estaba sorprendiendo.

Me costó lo mío que me dejara salir de su boca para intentar tomar las riendas de la situación. Trataba de hacerlo y ella amenazaba con cerrarla con mi pene dentro, así que me lo tenía que pensar para sacarlo con rapidez

sin salir herido.

—Isla, es que tú eres, tú eres…

—Ninfómana, soy ninfómana y con papeles, que lo tengo diagnosticado, ¿algún problema con eso?

—No, no, ninguno —le contesté pensando en que no lo había porque no cerró la puerta con llave que, si no, capaz era de querer retenerme allí y no dejarme salir hasta dejarme seco.

Cuando pude esquivar sus dientes y salir, la cogí por las caderas con la intención de tumbarla y penetrarla. Me estaba colocando el preservativo. Valor tenía de seguir allí y más si pensaba que se quedaría bocarriba esperando que la penetrara. Lejos de eso, se me subió y comenzó a cabalgarme de un modo descomunal. En cuestión de segundos ya se había corrido y su pícara sonrisa me indicaba que iba a por el segundo.

Hasta lumbago me provocaría de los tremendos vaivenes que daba mientras me acercaba esos enormes senos a la boca. Juro que quería lamerlos, pero me dio en todo el ojo con uno de sus pezones, que se le habían puesto como timbres de castillos.

—Joder, que casi me dejas tuerto con una teta —me quejé llevándome una mano al ojo, momento que aprovechó para meterme la otra en la boca y casi me ahoga.

Comencé a mirar con el ojo con el que seguía viendo hacia la puerta para asegurarme de que no estaba encerrado de verdad y entonces sentí cierto alivio, el cual me duró poco porque empezó a botar encima de mí como si se le fuera la vida en ello.

—¿Tú estás segura de que no te has tomado ningún tripi? —le pregunté porque ya comenzaba a dudarlo todo.

—Que no, que no, que yo no puedo drogarme por la medicación. Esto me sale así natural.

—Ya, ya lo veo, pero, ¿puedes rebajar un poquito la intensidad?

—No digas tonterías, que a ti te gusta.

s

—Hombre, pero si no echo las tripas por la boca, mejor.

—Pamplinas, lo que vas a echar es otra cosa. Sequito te voy a dejar.

ı

Me lo tomé como una amenaza en toda regla. Tenía esa intención e Isla me secaba, desde luego. La piel no, que esa la tenía perlada de sudor por el mucho calor que me estaban produciendo sus botes.

No paraba de correrse. No había visto una cosa igual en mi vida. Y lo hacía de una forma que también me haría

visitar al otorrino porque estaba a punto de reventarme un tímpano.

Cómo sería la cosa que tuve que fingir por primera vez en mi vida un orgasmo. Ahora ya sé cómo se sienten algunas mujeres que dan con ciertos inútiles que no sirven ni para estar escondidos.

Me levanté y salí corriendo para tirar en el váter la huella del delito, ese preservativo vacío que tanto la hubiese ofendido. No quería cabrearla porque no me fiaba ni un pelo de que estuviese cerrando el pestillo y entonces no tuviera más remedio que saltar por la ventana.

visitar al otorrino porque estaba a punto de reventarme un tímpano.

Cómo sería la cosa que tuve que fingir por primera vez en mi vida un orgasmo. Ahora ya sé cómo se sienten algunas mujeres que dan con ciertos inútiles que no sirven ni para estar escondidos.

Me levanté y salí corriendo para tirar en el váter la huella del delito, ese preservativo vacío que tanto la hubiese ofendido. No quería cabrearla porque no me fiaba ni un pelo de que estuviese cerrando el pestillo y entonces no tuviera más remedio que saltar por la ventana.

Capítulo 16



Nala

Puntuales a las siete y media de ese viernes tenía a las chicas llamando a mi puerta.

Yo ya tenía mi pijama puesto, dejé la puerta encajada para que abrieran al entrar y ahí estaba esperándolas con los suyos en la mano.

—¡Tachán! ¡Bienvenidas al *pijama party*! —dije, y se quedaron las dos con la boca abierta al verlos.

—Ostras, ¡qué guay! ¡Me encantan! —gritó Ruth, cogiendo uno— Qué suave y calentito es, por favor.

—Somos como las niñas esas de los dibujos, *Las tres mellizas* —dijo Becca.

—Ah, pensaba que ibas a decir como las viejas de *Las chicas de oro* —contestó Ruth.

—Así acabaremos, ya verás, viejas, solas, y con una botella en la mano.

—Becca, por Dios, qué mal te veo.

—Vale, a ver, desde este momento, señoras.

—Señoritas —me interrumpieron las dos a la vez.

—Vale, vale, señoritas… —volteé los ojos— Desde este momento, las penas se quedan ahí fuera, en el rellano, si quiere mi vecino Nico que las recoja para bajarlas a la basura, pero aquí no las quiero. Y ahora, a poneros los pijamas, los calcetines y las zapatillas.

—¡Ay por favor, pero si tenemos el conjunto completo! —gritó Becca.

—Vamos, vamos a ponérnoslos que esto es para hacernos unas cuantas fotos —dijo Ruth, que ya iba hacia el cuarto de baño para ponerse el pijama.

Salió poco después con la ropa en la mano y lo dejó en una de las sillas del salón todo bien dobladito, lo mismo que hizo Becca después de cambiarse.

Tenías las pizzas en el horno, yo misma las había preparado y estaban casi listas para empezar a comerlas en unos minutitos. Servimos unos mijitos de fresa que había traído Ruth y empezamos nuestra noche.

Mientras se terminaban de hacer las pizzas pusimos platitos con patatas chips, gusanitos, hicimos palomitas y hasta saqué una bolsa de chuches surtidas y otra de regalices rojos.

Colocamos todo en la mesa baja del salón, sacamos las pizzas del horno y cogimos unos platos para poner las porciones.

—Vale, ¿qué película queréis ver? —pregunté cogiendo el mando.

—*El diario de Noah* —respondieron al unísono y sin pensar un segundo.

Sonreí, pues era algo que había descubierto al poco de que las conociera, y es que aquella era nuestra película favorita. ¿A quién no le gustaría vivir una historia de amor como esa?

Pusimos la peli y empezamos a cenar al mismo tiempo que las copas de mojito de fresa se iban vaciando y llenando con una rapidez increíble. Cómo se notaba que era viernes y al día siguiente no teníamos que ir a trabajar.

Escuchábamos y veíamos con atención sin perder un solo detalle de esa bonita historia de amor que perduró a lo largo de los años de la pareja, una de esas que conseguía sacarte más de una lagrimilla.

—*En tiempos de desdicha y sufrimiento, te abrazaré, te acunaré y haré de tu dolor el mío* —decía el personaje interpretado por Ryan Gosling.

—¿Por qué no puedo tener yo eso? Creo que no pido tanto, vamos —dijo Becca, quien tenía los ojos húmedos por las lágrimas.

—Eh, no, nada de penas hemos dicho —dejé mi copa en la mesa y cogí una servilleta para secarle las mejillas.

—Max no es así, no conmigo.

—¿Has sabido algo más de él? —preguntó Ruth.

—No, me ha llamado, pero no lo he cogido.

Y en ese momento, como si aquel hombre supiera que hablábamos de él, empezó a sonar el teléfono de Becca y vimos su nombre en la pantalla.

—¿Te escucha por el móvil? —Ruth frunció el ceño, y no es que eso fuera posible, pero sí que ya llevábamos las tres alguna que otra copa encima.

—No quiero cogerlo, es que no quiero.

—Pues yo sí —Ruth cogió el móvil y descolgó al mismo tiempo que paraba la película, y entonces hizo algo que nos dejó a las dos boquiabiertas—. Oh, sí, así machote, así. Ah. Ah. Oh, sí, sí. Más, quiero más, oh, más, más —y colgó—. Hala, que piense un poquito y ahora, apagado —y lo apagó.

—¿Qué has hecho?

—A ver, si él sigue follando con su mujer, pues tú eres libre de hacerlo con otro, ¿no? Y si te ha llamado para eso, para pedirte que lo invites a casa, que sepa que no estás disponible esta noche —se encogió de hombros.

—Madre mía, jamás se me habría pasado por la cabeza hacer eso —negué aún con los ojos abiertos.

—Oye, ¿alguna vez te has planteado ser actriz de doblaje porno? Se te da de lujo —dijo Becca.

—Hombre, si me saco un plus al mes, igual me lo planteo. ¿Otro mojito? —cogió la botella.

—Que no falten —sonreí.

Seguimos viendo la película y tal como ocurría siempre que la veíamos, acabamos las tres llorando a moco tendido con los pañuelos deshechos por tantas lágrimas.

—Santo cielo, ver esta película borracha es un peligro —dijo Becca.

—Y sin haber bebido, que cada vez que la veo, lloro —contestó Ruth.

—Vale, ¿quién quiere un delicioso pastel? —pregunté poniéndome de pie— Eh, no os mováis tanto.

—No nos hemos movido, Nala, seguimos sentadas en el suelo —Becca frunció el ceño.

—Vas fina —rio Ruth.

—¿Tanta distancia había hasta mi cocina? —Entrecerré los ojos— Vale, ahora vengo.

—Que no se te caiga el pastel, que llevas las manos con un tembleque…

—Y las piernas, Ruth, y las piernas —rio esta vez Becca.

No, razón no le faltaba a ninguna, porque tenía yo un tembleque de cuerpo al ir despacio y con la vista algo nubladilla por los mojitos, que rezaba a Dios, todos los santos y las constelaciones para que no se me cayera el pastel al suelo.

Era de tres chocolates y lo había comprado en la pastelería del final de mi calle, estaba buenísima y tenía el bizcocho de lo más esponjoso.

Las chicas recogieron la mesa y llevaron los platos, el cuchillo y las cucharas para disfrutar de aquel dulce que nos hacía salivar. Serví un pedazo para cada una y, con el primer bocado, gemimos todas de placer con los ojos cerrados.

—Dios, esto es un pecado —dijo Ruth.

—Pues yo acabaré en el Infierno porque lo como cuando puedo —reí.

—No me extraña, es que está buenísimo —contestó Becca.

Terminamos de ver la película y sí, repetimos pastel, y mientras seguíamos allí sentadas sobre los cojines en el suelo, Becca no podía dejar de pensar en Max y nadie como yo la entendía.

Por primera vez, y dado que las consideraba mis amigas, me decidí a contar el secreto que traía de Londres cuando me mudé.

—Sé cómo te sientes, Becca —dije.

—No lo creo, nadie que haya pasado por esto, sabe lo que siento.

—Créeme, que yo sí —suspiré mirando mi copa, esa a la que di un buen sorbo mientras ellas me miraban sin entender una sola palabra de lo que les estaba diciendo.

—Nala, ¿estás saliendo con un casado? —preguntó Ruth.

—No, pero lo estuve. Y como tú —señalé a Becca—, lo supe tiempo después.

—¿Ha sido aquí, en Edimburgo? —curioseó Becca.

—No, fue en Londres, estando en la universidad. En realidad, fue durante todo mi último año. Él era profesor en otro edificio, no tenía nada que ver con mi carrera. Jamás creí que un profesor podría interesarse en mí, pero así

fue. El caso es que durante todo ese año estuve ajena a su matrimonio, además no le conté a nadie que me acostaba con un profesor.

—Joder, como que lo podrían haber inhabilitado, vamos —dijo Ruth.

—Cuando me enteré fue porque me lo dijo ella, la mujer.

—¡Hostias! —exclamó Becca.

—Al parecer él le había pedido el divorcio, unos meses atrás, ella lo siguió en varias ocasiones y lo vio conmigo. Se me encaró a la salida de la biblioteca una noche, no esperaba eso para nada y creí que venía a robarme, joder ojalá lo hubiera hecho porque un tirón de bolso no me habría dolido tanto como lo que descubrí. Me dijo que era la mujer del profesor al que me follaba y que, o cortaba por lo sano o me arruinaba la vida, y que más me valía irme lejos de su marido.

—Qué fuerte, encima de que tú no sabías nada, ¿por qué no le echó en cara eso al marido? —protestó Becca.

—No sé, supongo que para ella era más fácil que siguieran casados y gastarse el dinero a gusto, pues él debía tener un buen sueldo, digo yo.

—¿Y qué hiciste?

—Decírselo, Ruth, le dije que su mujer se me había presentado para decirme que lo dejara y era lo que iba a hacer. Además de que me alejara y como unos días antes, y a punto de acabar la carrera, me ofertaron el puesto en el banco, pues dije adiós a todo.

—Joder, Nala, no sabía…

—No, claro que no lo sabías, Becca, nadie lo sabía hasta ahora. Ni siquiera mis padres, ese hombre fue parte de mi vida y lo llevaba todo en secreto.

—Qué malo es el amor, que te deja con el corazón roto, hecho trizas y sin miramientos —suspiró Ruth.

—Me prometí no volver a enamorarme, y lo estaba llevando bien hasta hace unos meses, que conocí a un empresario de aquí con el que me he estado viendo, solo que no soy la única con la que…

—Vamos, que se folla a todo lo que se le cruza —me cortó Becca.

—Algo así, sí —sonreí con tristeza—. Y me he enamorado, porque me escribe, o me llama, me invita a cenar o como el otro día, de sorpresa pasa por el banco y me propone comer, y siento de todo.

—En serio, si esto es estar enamorada, yo me hago monja —resopló Ruth.

—No te veo yo con hábito, ni encerrada en un convento, pero bueno.

—Pues al paso que voy, es una buena opción, Becca.

—Oye, ¿tú no ibas a ver a una vidente? —me preguntó Becca.

—Sí, Selene, me dijo que iba a conocer a un hombre, y apareció William, y lo último ha sido que acabará enamorado de mí.

—Necesito hablar con Selene y que lea las cartas, la mano, o el pie, lo que sea que haga —dijo Becca cogiendo mi móvil—. Dile si podemos hacer una videollamada, que yo le pago por bizum lo que me pida.

—Becca, es tarde y estamos borrachas.

—Yo también quiero que me lea algo, aunque sea un cuento, a ver si voy a conocer a alguien —comentó Ruth.

—Dos contra una, venga, llámala.

Suspiré, cogí el móvil, marqué el número de Selene y puse el altavoz, no tardó en responder.

—Hola, Nala, sabía que ibas a llamarme. ¿Qué necesitas, cielo?

—Joder, sí que es buena —dijo Ruth.

—Hola, ¿quién eres tú? —noté una leve sonrisilla en su voz.

—¿No sabes mi nombre? Mal vamos si eres vidente —suspiró, y Selene soltó una carcajada.

—No hagas caso, que estamos borrachas —dije yo—. Mis amigas, que quieren hacer una videollamada y…

—Dime tu dirección que voy, noto algunas cosillas y no es para hablarlas por videollamada —me cortó.

—Becca, me estoy empezando a cagar de miedo —murmuró Ruth de nuevo.

Le di la dirección y dijo que no tardaría mucho en venir. Las chicas cuando colgué se quedaron mirándome con esa sorpresa en la cara que no se les borraba en ningún momento.

—Es una mujer encantadora, muy maja y agradable —dije mientras recogíamos el pastel y los platos—. Y

acierta, os aseguro que acierta en todo.

—A ver si es verdad y a mí me ve algo bueno, porque si me dice que voy a ser una de esas viejas rodeada de gatos, me da algo.

—¿Pues no era que ibas a meterte a monja? —rio Becca.

—Es que me he dado cuenta de que van todo el día con el pelo cubierto, y con lo sedoso que está el mío…

Nos echamos a reír, porque era imposible no hacerlo cuando la vimos mover la melena a un lado, así, estilo anuncio de champú, pero con lo que llevaba encima de alcohol, se mareó un poco, perdió el equilibrio y acabó en el suelo tirada.

acierta, os aseguro que acierta en todo.

—A ver si es verdad y a mí me ve algo bueno, porque si me dice que voy a ser una de esas viejas rodeada de gatos, me da algo.

—¿Pues no era que ibas a meterte a monja? —rio Becca.

—Es que me he dado cuenta de que van todo el día con el pelo cubierto, y con lo sedoso que está el mío…

Nos echamos a reír, porque era imposible no hacerlo cuando la vimos mover la melena a un lado, así, estilo anuncio de champú, pero con lo que llevaba encima de alcohol, se mareó un poco, perdió el equilibrio y acabó en el suelo tirada.

Capítulo 17



Nala

Cuando sonó el telefonillo las chicas comenzaron a ponerse un poquito nerviosas, yo sonreí porque conocía bie a Selene y era una mujer que les caería bien. Tenía cuarenta y cinco años, pero una apariencia de treintañera que a todo el mundo dejaba sin palabras.

Dejé la puerta entreabierta y fui a la cocina por más hielo y bebida, estaba regresando al salón cuando entró Selene, lo supe por ese dulce perfume que siempre utilizaba.

—Buenas noches —saludó con su habitual voz, calmada y serena, que transmitía una paz increíble.

—Hola, Selene —sonreí—. Ellas son Ruth y Becca —las presenté señalando a una y otra.

—¿En serio esta es Selene? —preguntó Becca.

—Pero si yo esperaba una abuela, o sea, no sé, me imaginé que sería una señora mayor, con arrugas, el pelo blanco… Y mira qué joven, si debe tener la edad de Becca.

Selene tenía una preciosa y larga melena negra, sin una sola cana, y unos ojos grises que llamaban mucho la atención. Además, siempre vestía con ropa de colores alegres, tonos vivos o suaves, y le daba ese aspecto aún más juvenil que tanto llamaba la atención.

Llevaba una de esas faldas largas y vaporosas en color azul claro y un jersey blanco, y a modo de diadema en el cabello, un pañuelo en esos mismos tonos.

—Tengo cuarenta y cinco años —dijo con una sonrisa.

—¿Qué? No, imposible. Yo tengo treinta y pareces prima mía —contestó Becca.

—Es la edad que tiene, chicas —les aseguré.

—Vale, dime qué clase de elixir de la juventud tomas, porque cuando llegue a tu edad quiero estar igual —le pidió Ruth.

—No hay ningún elixir, todas las mujeres de mi familia materna han aparentado siempre menos edad.

—Mira, si ahora me dices que tienes una hija de veinte años que aparenta diez, me hago una transfusión con tu sangre —le dijo Becca.

—Tiene veinte, y aparenta veinte —sonrió.

—Así que, ¿vienes de una longeva saga de videntes? —curioseó Ruth.

—Sí, y mi hija es una nueva generación.

—Si aciertas en lo que nos digas, te aseguro que tendrás dos nuevas clientas de por vida —dijo Becca.

Selene que se quedó mirándola unos segundos y sonreí, era el modo en el que captaba la energía de las personas, algo que le estaba transmitiendo en ese momento.

—Nala, ¿por qué me está mirando así? —preguntó.

—Tu energía le está diciendo algo —sonreí.

—Vamos a empezar contigo —dijo Selene, mientras sacaba las cartas y el tapete de su bolso.

Fuimos a sentarnos las cuatro en el suelo, en los cojines como habíamos estado cenando antes, alrededor de la mesa de café. Tras colocar el tapete, cerró los ojos mientras se concentraba, Becca estaba frente a ella y la noté nerviosa.

Selene comenzó a bajar las cartas y tras unos segundos, le pidió a Becca que cortara.

—¿Cuántas veces? —preguntó.

—Tantas como quieras.

Hizo cuatro montones que fue repartiendo por la mesa y Selene los juntó de nuevo en otro orden.

Una a una fue colocando varias cartas y todas mirábamos hacia la mesa la mar de concentradas.

—Un hombre llamará a tu puerta con una propuesta que no podrás rechazar —le dijo tras ver aquellas cartas—. Veo una relación muy bonita y duradera, un futuro lleno de amor y sin mentiras ni secretos.

—¿Ese hombre es Max? ¿Me ves con él?

Selene observó bien las cartas, cogió de nuevo la baraja y añadió algunas más.

—No es nadie que esté ahora mismo en tu vida —respondió—. Este hombre es alto, de cabello rubio y ojos verdes como esmeraldas.

—Ese no es Max —dijimos las tres al unísono.

Fue colocando varias cartas más en la mesa y la vimos negar, incluso suspiró.

—Ese Max del que hablas, te ocultó algo durante mucho tiempo, ¿verdad?

—Que está casado —respondió.

—La vida te llevará a tener que tomar decisiones, Becca, y deberás ser fuerte al tomarlas y no flaquear —recogió las cartas y miró a Ruth mientras las barajaba un poco—. Bien, vamos contigo.

Hizo lo mismo que con Becca y que siempre hacía conmigo, se concentró con los ojos cerrados unos breves instantes para conectar con la energía de ella, y volvió a barajar las cartas que después le pidió que cortara.

Ruth las repartió en varios montones por la mesa y Selene los fue recogiendo para colocarlas.

La vi sonreír en alguna que otra ocasión, y no tardó en hablar sobre lo que le mostraban aquellas cartas.

—Vas a conocer a alguien especial, una persona que te hará sentir un intenso amor que nunca antes has vivido. Te tendrá como a la reina de su mundo, y va a quererte hasta el fin de vuestras vidas.

—Mira, vas a tener un amor de película —dijo Becca con una sonrisa.

—No sé si me da miedo saber esto —murmuró.

—Este hombre no viene solo —siguió diciendo Selene mientras colocaba algunas cartas más—. No, definitivamente no llegará solo a tu vida, lo hará con compañía.

—¿Voy a conocer a un viudo o un divorciado con hijos? —preguntó Ruth.

—Eso tan tolo el Universo lo sabe —respondió colocando unas cartas más—. Vaya, este hombre es muy maduro a pesar de su juventud —dijo sorprendida—. Ha tenido que luchar mucho para llegar hasta donde ha llegado —colocó unas cuantas más sobre las que ya había en la mesa—. Es apuesto —sonrió—, alto, de cabello

castaño y ojos color miel.

—¿Cuánto tardará el Universo en ponernos a esos amores delante? —preguntó Becca.

—Quién sabe, cielo, tal vez sea antes de lo que imagináis —sonrió y volvió a recoger las cartas—. ¿Quieres que te diga lo que veo, Nala?

—Sí, por favor —sonreí, y ella asintió.

Barajó un poco las cartas que dejó sobre la mesa, se concentró con los ojos cerrados en captar mi energía y volvió a cogerlas, barajó de nuevo e hice mis cortos en varios montones que recogió para comenzar a colocar las cartas una a una.

—Recibirás una propuesta por parte de William —dijo, y me entró un escalofrío por el cuerpo.

—¿Le va a pedir matrimonio? —preguntó Becca con los ojos muy abiertos.

—Por el momento no —sonrió mientras colocaba más cartas—. Oh, vaya. Es un viaje, querrá que lo acompañes a un viaje. Por algún motivo tu presencia le calma y necesita esa energía que desprendes —me dijo y volvió a colocar más cartas—. Nala, esta carta es una advertencia —señaló la última que acababa de colocar—. Debes tener cuidado, cielo, alguien del pasado está a punto de poner tu vida patas arriba.

Selene siguió colocando cartas y pensé en aquel profesor casado con el que estuve, incluso en su mujer que por lo que fuera iba a volver a mi vida para, a saber, qué y con qué intenciones.

—Veo dolor, mucho dolor —habló de nuevo mientras seguía concentrada en colocar más cartas—. Vas a pasarlo mal, Nala, pero tienes que ser fuerte, ya sabes que en el camino de la vida son muchos los obstáculos que pueden ponernos por delante y nosotros debemos esquivarlos. Todo puede doler de un modo que pensamos que no podríamos soportar, pero sí podemos porque somos más fuertes de lo que creemos ser. Deberás tomar algunas decisiones importantes cuando llegue el momento, varias decisiones que solo estarán en tu mano tomar.

—Gracias, Selene —sonreí y ella me devolvió el gesto al tiempo que juntaba sus manos a modo de rezo delante del pecho y cerraba los ojos en señal de agradecimiento.

Comenzó a recoger las cartas y no dejaba de mirarme, sabía que ella en todas las lecturas de cartas que hacía veía cosas que no contaba, solo daba muchas pinceladas de lo que ocurría en la vida de la persona a través de lo que transmitía su energía, y estaba claro que en la mía ocurrían cosas que no debían haberle gustado.

Cuando las chicas preguntaron cuánto debían pagarle, ella dio la misma respuesta que daba a todos los que pasaban por su casa.

—Lo que vosotras consideréis oportuno —sonrió.

Ambas se miraron, después me miraron a mí y acabamos dándole las tres la misma cantidad, esa que yo le daba siempre, y un poco más porque se había desplazo a mi casa y de noche.

Le dimos las gracias, las chicas quedaron en volver a contactar con ella si en su camino se cruzaban esos hombres, y ella sonrió mientras se ponía el abrigo.

—Se cruzarán, por supuesto que se cruzarán. Nala puede deciros que nunca fallo cuando digo lo que me muestran las cartas. Buenas noches.

Salió de casa y tanto Becca, como Ruth, me miraron con los ojos muy abiertos.

—Yo después de toda esa información, necesito una copa —dijo Becca.

—Ya somos dos, así que, sirve unos mojitos de fresa —le pidió Ruth.

—Veréis mañana la resaca que vamos a tener —resoplé.

—Tranquila, que nos tomamos una pastilla, y todas como nuevas.

Así era Ruth, todo lo que pudiera solucionarse tomándose una pastilla, se solucionaba y listo.

—Lo que vosotras consideréis oportuno —sonrió.

Ambas se miraron, después me miraron a mí y acabamos dándole las tres la misma cantidad, esa que yo le daba siempre, y un poco más porque se había desplazo a mi casa y de noche.

Le dimos las gracias, las chicas quedaron en volver a contactar con ella si en su camino se cruzaban esos hombres, y ella sonrió mientras se ponía el abrigo.

—Se cruzarán, por supuesto que se cruzarán. Nala puede deciros que nunca fallo cuando digo lo que me muestran las cartas. Buenas noches.

Salió de casa y tanto Becca, como Ruth, me miraron con los ojos muy abiertos.

—Yo después de toda esa información, necesito una copa —dijo Becca.

—Ya somos dos, así que, sirve unos mojitos de fresa —le pidió Ruth.

—Veréis mañana la resaca que vamos a tener —resoplé.

—Tranquila, que nos tomamos una pastilla, y todas como nuevas.

Así era Ruth, todo lo que pudiera solucionarse tomándose una pastilla, se solucionaba y listo.

Capítulo 18



Nala

Decir que lo que tenía era un dolor de cabeza, era quedarme corta.

No, aquellas punzadas no eran ni mucho leves ni cortas, ni siquiera sutiles, eran de esas fuertes que más bien podrían compararse con alguien perforando una pared.

Dios, jamás en toda mi vida me había levantado con una resaca tan grande.

Salí de la cama y noté que me pesaba todo el cuerpo, incluso tenía la boca algo seca, pero ese sabor a mojito de fresa seguía estando ahí.

Entré en el cuarto de baño sin hacer mucho ruido, me miré al espejo y estaba con un tono pálido que me hacía ver como un zombi.

Por no hablar del pelo, que eso era como un nido de cuervos de lo enredado que lo tenía.

Tras refrescarme la cara y lavarme un poco los dientes, fui hacia la cocina para preparar el desayuno. Me vinieron a la mente algunas imágenes de lo que pasó después de que se marchara Selene, las chicas y yo estuvimos bebiendo, bailando, llorando y maldiciendo a Max, a mi ex y su mujer, hasta que Ruth se quedó dormida en el sofá que ya teníamos abierto, le di las buenas noches a Becca y me fui a mi cama.

Estaba preparando el café mientras tostaba el pan y cortaba las naranjas para hacer el zumo, cuando escuché la voz de Ruth.

—¿Quién está de obras un sábado?

Me reí, porque no era para menos, tenía la pobre una resaca monumental y al igual que yo, sentía una cuadrilla de obreros en la cabeza.

—¿Qué haces en mi cama? —preguntó Becca.

—¿Cómo qué tu cama? Estás en la… Espera, esta no es mi cama.

—Buenos días a las dos —dije y las vi incorporarse rápido y girar la cabeza—. Seguís en mi casa, donde cenasteis anoche —sonreí.

—Madre mía, ¿qué coño pasó anoche? —Ruth se llevó la mano a la cabeza.

—Yo tengo algunos flanes —contestó Becca.

—¿Flanes? Será flashes, pedazo de loca.

—¿He dicho flanes? Joder, es que he soñado con ellos.

—Eso es hambre —reí—. Anda, id a refrescaros un poco la cara y venís, que el desayuno está casi listo.

—Nala, ¿con quién te has pegado en la cama esta noche? Qué pelos tienes, niña —dijo Becca.

—Será que vosotras estáis recién salidas del salón de belleza, no te jode la otra —volteé los ojos.

—Hostias, Becca, esos enredos no te los quitas en una semana —le dijo Ruth al tocarle un poco el pelo.

—Mira quién habla, que parece que te ha anidado una pareja de cigüeñas en la cabeza.

Fueron al cuarto de baño para refrescarse un poco y cuando regresaron, se habían cepillado el pelo y traían el cepillo para que yo hiciera lo mismo.

—¿Qué hicimos anoche? —preguntó Becca tras sentarse.

—Después de Selene no recuerdo nada —dijo Ruth.

—¿Lo que os dijo Selene lo recordáis? —curioseé.

—Sí, a mí, que iba a aparecer un hombre en mi vida que no era Max, con una propuesta que no podría rechazar. Mientras no sea que me ofrece una cantidad indecente de dinero por una noche de sexo conmigo, todo bien.

—Y a mí, que un viudo o divorciado con hijos me iba a tratar como a una reina —contestó Ruth.

—No te dijo que fuera una de esas dos cosas —protestó Becca.

—A ver, dijo, textualmente, que no venía solo, que traía compañía. Tú me dirás, si no es un viudo o un

divorciado con hijos, ¿quién es? ¿El mayor de los siete enanitos con sus hermanos?

—Hombre, puestos a hacer elucubraciones —le dijo—, puede que sea un hombre con uno o varios hermanos, que les gustes a todos y te montes un harén para ti sola.

—Toma ya lo que ha dicho —resopló—. O sea, que no he encontrado al hombre de mi vida en tres años, desde que lo dejé con mi ex, y ahora voy a tener a varios con los que compartir cama. Dale una pastilla, que la resaca le está afectando que no veas.

—Yo me decanto más por lo del viudo o divorciado, sí —sonreí.

—Menos mal que Nala también tiene un poquito de sentido común —suspiró.

—Bueno, sea como sea, ¿qué pasó después de que Selene se fuera? —insistió Becca.

—Seguimos tomando chupitos, bailando y creo que buscamos en Internet algún tipo de mal de ojo para echarle a Max —fruncí el ceño.

—¿Qué dices?

—Fue con el móvil de Ruth, mirad en el historial.

Y lo hicieron, Ruth cogió su móvil que se había quedado en la mesa del salón, y regresó mirando en el buscador de Internet.

—Ay madre, que es verdad —dijo con los ojos muy abiertos—. Según esto, le lanzamos un mal de ojo. Becca, tendrás que informarnos si lo ves con un brazo o una pierna escayolada.

—Se nos fue la olla, en serio —reí.

—¿Qué dices? Yo creo que, pese a la jodida resaca que tenemos ahora mismo, anoche nos divertimos como nunca.

—Pues Becca tiene razón, que yo no recuerdo una noche así, en mi vida.

—Ni yo tampoco —sonreí—. Habrá que repetirla alguna vez.

—Los pijamas ya los tenemos, así que… —Becca se encogió de hombros.

Le di un par de pastillas a cada una con el zumo, nos las tomamos y seguimos hablando mientras desayunábamos sobre lo que nos había dicho Selene a todas, la noche anterior.

La verdad es que esa vidente no se había equivocado en ninguna de las lecturas que me había hecho, bien es cierto que no contaba todo lo que veía y a veces no lo decía con palabras exactas, pero todo lo que me había dicho hasta el momento se había cumplido.

Y sí, también me había asegurado que William acabaría enamorándose de mí, que nos veía como pareja, por lo que como decía mi madre en muchas ocasiones, la esperanza era lo último que debía perderse en la vida, y yo no la perdía.

Poco a poco me fui enamorando de él y sin apenas darme cuenta, pero de que lo estaba, lo estaba, y por eso saber que yo no era la única mujer en su vida, por mucho que escondiera ese dolor delante de él, me afectaba tanto.

Las chicas seguían alucinando por lo que les había dicho Selene, incluso empezaron a pensar en si ya conocían a esos hombres o no, lo que nos reímos cuando Ruth empezó a nombrar a algunos clientes del banco, no tuvo precio.

—Pero vamos a ver —reía Becca doblada en la silla—, ¿cómo va a ser el señor Donovan uno de esos hombres? Ni es rubio, ni castaño, ese tiene el pelo más negro que el carbón.

—Y con canas, que ya las peina desde hace un tiempo —añadí.

—Por no hablar de los ojos. ¿En qué momento se los has visto verdes o miel? Porque los tienes azules, pero de ese azul cielo en una mañana despejada de verano.

—Yo qué sé, Becca, es que seguro que los conocemos ya porque el Universo nos los ha puesto por delante y ni los hemos visto, que te lo digo yo —dijo Ruth.

—Bueno, da igual si ya están ahí, si os habéis cruzado con ellos o no, si cuando los veáis será como si os sonaran sus caras o solo son dos desconocidos que llegan para quedarse —dije mientras recogíamos lo del desayuno—. Lo que está claro es que sean quienes sean, os hagan sentir y vivir eso que las dos merecéis.

—Pues, ¿sabéis lo que os digo? —Becca se apoyó con una mano en la encimera de la cocina y puso la otra en jarra en su cadera— Que sea lo que el Universo quiera.

—Exacto, porque como tantas veces me ha recordado Selene a mí, el Universo sabe cuándo y en qué momento actuar para hacernos llegar lo que está destinado a nosotros —dije.

—Pues nada, dejo de buscar entre los clientes del banco, que al final pensaré que es el señor Sullivan —resopló Ruth.

—Mujer, si es un Sullivan, que sea el nieto —rio Becca.

—Que no, que, con mi suerte, es el abuelo —volteó los ojos.

Volvimos a reírnos las tres, pero a carcajadas, y dado que ninguna de las tres tenía nada mejor que hacer el resto del fin de semana, decidimos que se quedarían en mi casa hasta el domingo por la tarde que volverían a la suya.

Así que pasaríamos el resto de la mañana cocinando, comeríamos viendo alguna película y así estaríamos toda la tarde y la noche, inmersas en vivir varias historias de amor de las que se veían en el cine y en algunas series de televisión, y por la noche nos tomaríamos alguna copa.

—Pero con moderación —advirtió Becca—, que, si me levanto mañana con otra resaca, soy capaz de darme de baja una semana del trabajo para recuperarme. Que ya tengo veinte años.

—Madre mía, pues cuando llegues a los cuarenta, ni sales a la calle —reí.

—Yo quiero llegar a la edad de Selene con la apariencia de ahora. Esa mujer toma algo o usa unas cremas buenísimas, a mí no me digáis que es todo genética.

—Hay gente que no necesita nada para verse así, pero sí, ojalá me pase lo mismo —contestó Ruth.

Sí, este iba a ser uno de esos fines de semana que, ni yo, ni mucho menos ellas, podríamos olvidar.

—Mujer, si es un Sullivan, que sea el nieto —rio Becca.

—Que no, que, con mi suerte, es el abuelo —volteó los ojos.

Volvimos a reírnos las tres, pero a carcajadas, y dado que ninguna de las tres tenía nada mejor que hacer el resto del fin de semana, decidimos que se quedarían en mi casa hasta el domingo por la tarde que volverían a la suya.

Así que pasaríamos el resto de la mañana cocinando, comeríamos viendo alguna película y así estaríamos toda la tarde y la noche, inmersas en vivir varias historias de amor de las que se veían en el cine y en algunas series de televisión, y por la noche nos tomaríamos alguna copa.

—Pero con moderación —advirtió Becca—, que, si me levanto mañana con otra resaca, soy capaz de darme de baja una semana del trabajo para recuperarme. Que ya tengo veinte años.

—Madre mía, pues cuando llegues a los cuarenta, ni sales a la calle —reí.

—Yo quiero llegar a la edad de Selene con la apariencia de ahora. Esa mujer toma algo o usa unas cremas buenísimas, a mí no me digáis que es todo genética.

—Hay gente que no necesita nada para verse así, pero sí, ojalá me pase lo mismo —contestó Ruth.

Sí, este iba a ser uno de esos fines de semana que, ni yo, ni mucho menos ellas, podríamos olvidar.

Capítulo 19



Nala

Esa mañana de lunes estaba siendo de lo más ajetreada, no dejamos de ver entrar y salir clientes durante horas.

Liam, igual que yo, atendió a varios de los clientes con cuenta de empresa que llevábamos, y ni tiempo tuvimos para salir a tomarnos un café, por lo que cuando Becca y Ruth salieron a hacer sus descansos respectivos, cada una nos trajo un café.

Muchos de ellos necesitaban ingresar cheques que les habían entregado por cantidades bastante altas, necesitaban la confirmación de que el banco encargado de hacer el pago se hiciera cargo de ellos y aprovechaban para pedirnos hacer transferencias de pagos a proveedores.

Acababa de terminar de atender a una de mis clientes cuando me llamó Helen.

—Buenos días, cielo. Quería comentarte que los compradores interesados en el ático y el apartamento de ese tal Aaron, han quedado encantados al verlos hoy.

—¿Sí?

—Sí, y ya me han dejado una señal. Acabo de hablar con él para comentárselo, y le he dicho que iba a enviarte la documentación para la hipoteca del apartamento, el otro no tiene problema de fondos —sonrió.

—Vale, pues envíamelo y le echo un vistazo ahora, antes de salir a comer para decirte algo.

—Perfecto, en un momentito te lo mando.

Nos despedimos y nada más colgar sonó de nuevo el teléfono de mi mesa, en esa ocasión era Aaron.

—Sabía que ibas a ser mi gestora favorita —dijo nada más descolgué.

—Solo he hecho mi trabajo, no ha sido nada —sonreí levemente.

—Has hecho mucho, en serio, y en muy pocos días. Ya tengo esos inmuebles prácticamente vendidos y estoy a punto de adquirir el que quería.

—Pues me alegro.

—Esto merece al menos tomar un café, ¿qué me dices?

—Uf, hoy, imposible, estamos en la sucursal hasta arriba de trabajo. Otro día.

—Te tomo la palabra, me debes un café.

—Vale —volví a sonreír porque si había algo de lo que estaba segura, era de que Aaron no aceptaría un no por respuesta.

Tras despedirnos seguí trabajando sin parar, revisé la documentación que me envió Helen para la hipoteca, hice los cálculos y la hipoteca para ese matrimonio era viable, así que le mandé un e-mail para confirmárselo a ella antes de que llegara mi hora de salida.

—Hasta mañana chicos —dijo Colin, nuestro jefe, antes de salir por la puerta.

—Hasta mañana —respondimos los cuatro al unísono.

Empecé a recoger todo y fui a proponerles a las chicas que comiéramos juntas, cuando Ruth se me adelantó.

—¿Vamos a comer juntas? El cuerpo me pide italiano.

—Oh, pasta, sí por favor, yo quiero raviolis —dijo Becca.

—Pues no se hable más, vamos a comer pasta —sonreí.

—Liam, ¿te apuntas? —preguntó Becca.

—No, gracias, tengo que acompañar a mi madre al médico esta tarde, así que como con ella.

—¿Está bien? —me interesé.

—Sí, es solo para los resultados de los análisis que le hicieron la semana pasada, ya sabes, una revisión de que todos los niveles estén en orden —sonrió.

—Ah, vale, me había preocupado.

—Sigue con la salud mejor que la mía, ya sabes, yo cojo un resfriado y estoy que me muero, como si me hubieran apaleado —rio.

Nos despedimos de él y cuando Ruth abrió la puerta para salir, la vimos desaparecer de nuestra vista mientras la escuchábamos gritar.

—¡¡Ruth!! —gritamos Becca y yo yendo a ayudarla, pues estaba en suelo tirada con un perro al lado.

—Dios, qué hostia me he dado —dijo.

—Menos mal que el abrigo es mullido, si no, tendrías moratones mañana por todo el lado izquierdo.

El ladrido del perro nos hizo mirarle, y ahí estaba él, grande y peludo, con el pelaje blanco y negro y unos ojos azules muy bonitos, observándonos con la lengua fuera y moviendo la cola de lo más feliz.

—*¡Hércules!* —nos giramos al escuchar aquel grito y vimos a un hombre corriendo hacia nosotras con un niño de unos cuatro años en brazos— ¿Qué has hecho, colega? —le preguntó al perro al llegar, mientras Becca y yo seguíamos ayudando a Ruth a levantarse— Lo siento, se le ha soltado el mosquetón de la correa y…

—Sí, sí, ha dicho: *"libre soy, libre soy"* —comentó a cantar Ruth mientras se tocaba la cadera, y el niño se echó a reír—. Deberías tener más cuidado —dijo mirándole, y cuando Becca y yo vimos que se quedaba callada y con la boca ligeramente abierta, prestamos más atención al hombre en cuestión.

Alto, guapo, no debía tener más de treinta años, cabello castaño y ojos color miel. Normal que Ruth se hubiera quedado así, petrificada, en cuanto lo vio.

—Ostras, que este es… —comenzó a decir Becca por lo bajo.

—Sí, sí, es él —murmuré.

—¿Estás bien? —le preguntó, acercándose a Ruth mientras dejaba al niño en el suelo, que se parecía mucho a él, era como un pequeño clon.

—Yo… yo…

—Muda se ha quedado, de la impresión, no te digo más —soltó Becca.

—¿Quieres que llame a una ambulancia? O, mejor, te puedo llevar yo a urgencias, tengo el coche en el parking, vivo aquí cerca.

—No… yo…

—Ruth, hija, reacciona que vamos a pensar que te has dado un golpe en la cabeza y te has quedado lela —dije.

—Estoy bien, solo me duele un poco la cadera y el hombro.

—Deja que te lleve a que te vea un médico, por favor, Ruth, me quedaría más tranquilo.

—De verdad que estoy bien, no ha sido tan grave.

—Pero si has salido volando delante nuestra —protestó Becca—, se ha debido escuchar el "poom" de tu caída hasta en el restaurante asiático.

—He dicho que estoy bien, Becca.

—Vale, vale, qué humor, por Dios —dijo levantando ambas manos.

—De verdad que lo siento, todo lo que *Hércules* tiene de grande y fortachón, también lo tiene de noble —comentó, y al mirar al perro vimos que se acercaba a Ruth y le daba toquecitos con el hocico en la cintura.

—Es como un pony.

—Pero es un perrito —contestó el niño.

—Sí, hijo, es un perrito, pero con lo alto que es, sí que parece un pony —le dijo el hombre con una sonrisa—. Me llamo Nolan, por cierto.

—Ellas son Ruth y Nala, yo soy Becca.

—Encantado.

—¿Y tú cómo te llamas? —le pregunté al niño.

—Eric, soy su hijo —miró a Nolan.

Las tres nos miramos mientras Nolan volvía a colocar la correa al perro, una vez lo hizo sonrió al mirarnos de nuevo.

—De verdad que lo siento, compraré una correa más resistente.

—Esa es una buena idea, sí —contestó Ruth—. Adiós.

Nos dio un leve empujón a cada una y comenzamos a caminar, sin decir una sola palabra, hasta que llegamos al restaurante donde nos sentamos en una de las mesas que daban a la calle principal. Pedimos refrescos, unas cestitas de pan de focaccia para picar como entrante, lasaña para Ruth y para mí, y raviolis para Becca.

Fue cuando nos quedamos solas al fin, fue cuando Becca habló la primera.

—Ese hombre es como el que te describió Selene.

—¿Por qué te crees que me he quedado sin palabras al verlo? Dios, no pensé que fuera a ser cierto.

—Os lo dije, Selene nunca se equivoca —sonreí.

—No parecía tener más de treinta —comentó Becca.

—No, se le ve joven —segundé.

—Y el niño, es un clon, vamos, se nota que es su hijo.

—Lo que me lleva a mi pregunta de aquella noche —dijo Ruth—, ¿es viudo o divorciado?

—Hay otra posibilidad que no hemos barajado, que sea un hombre casado o, en su defecto, que no lo esté aún, pero tenga novia o prometida, y sí, un hijo en común.

—Mira, ya me jodería que el Universo acertara en ponerme un hombre así en el camino de la vida, y que tuviera novia o estuviera prometido, vamos, es que sería la leche —suspiró Ruth.

—Un poquito de maldad si vería yo por parte del Universo —rio Becca.

—Anda que, ni teléfono ni nada le has pedido —dije, y Ruth me miró con un giro de cuello tan rápido, que creí que se lo dislocaba.

—¿Qué dices? ¿Cómo le iba a pedir el teléfono?

—Hombre, te has dado un ostión importante, ¿y si necesitas tirar de su seguro para una indemnización? —comentó Becca.

—Lo que me faltaba, que me fuera a romper algo.

—¿Qué te notas? —me interesé.

—Pues, aparte de que me saldrá un señor moratón en la cadera y el muslo, y que tengo la impresión de que el hombro correrá la misma suerte, no hay nada roto.

—¿Seguro? —Becca arqueó la ceja.

—Sí, seguro.

—Vale, entonces no hay que denunciarlo.

—Y ha dicho que vive por aquí, así que, ¿quién sabe? Igual ahora que el Universo te lo ha puesto por delante…

—Más que el Universo, ha sido su perro arrollándola —rio Becca.

—Madre mía, es que he volado, ¿eh? —rio también Ruth.

—Sí, sí, que yo pensaba que acababas en la otra esquina —no pude evitar reírme como estaban haciendo ellas.

—Ya le diré a Selene que me podía haber avisado de que me tiraría un perro del tamaño de un pony al suelo, para hacerme conocer al posible hombre de mi vida —resopló.

—Eso, y conociéndote, habrías salido de casa con coderas y rodilleras hasta que le conocieras.

—Y el casco, Nala, y el casco —dijo Becca.

a Seguíamos riendo sin poder parar cuando nos trajeron la comida, esa que disfrutamos las tres juntas charlando sobre ese hombre y lo mucho que había acertado Selene, pero es que por mucho que William a mí me dijera que no hiciera caso de la palabrería de alguien que lo único que hacía era sacarme el dinero, yo la creía a pies juntillas porque desde que la conocí la primera vez no había fallado ni una sola.

—¿Qué te notas? —me interesé.

—Pues, aparte de que me saldrá un señor moratón en la cadera y el muslo, y que tengo la impresión de que el hombro correrá la misma suerte, no hay nada roto.

—¿Seguro? —Becca arqueó la ceja.

—Sí, seguro.

—Vale, entonces no hay que denunciarlo.

—Y ha dicho que vive por aquí, así que, ¿quién sabe? Igual ahora que el Universo te lo ha puesto por delante…

—Más que el Universo, ha sido su perro arrollándola —rio Becca.

—Madre mía, es que he volado, ¿eh? —rio también Ruth.

—Sí, sí, que yo pensaba que acababas en la otra esquina —no pude evitar reírme como estaban haciendo ellas.

—Ya le diré a Selene que me podía haber avisado de que me tiraría un perro del tamaño de un pony al suelo, para hacerme conocer al posible hombre de mi vida —resopló.

—Eso, y conociéndote, habrías salido de casa con coderas y rodilleras hasta que le conocieras.

—Y el casco, Nala, y el casco —dijo Becca.

Seguíamos riendo sin poder parar cuando nos trajeron la comida, esa que disfrutamos las tres juntas charlando sobre ese hombre y lo mucho que había acertado Selene, pero es que por mucho que William a mí me dijera que no hiciera caso de la palabrería de alguien que lo único que hacía era sacarme el dinero, yo la creía a pies juntillas porque desde que la conocí la primera vez no había fallado ni una sola.

Capítulo 20



William

Calma, eso que intentaba mantener mientras mi cabeza giraba en torno a ella. Que verdad era esa de que el pasado siempre vuelve…

Daba lo mismo que fuese de día o de noche, exactamente lo mismo. Si era de día, pensaba en mi encuentro con ella, en lo esbelto de su cuerpo subiendo en ese taxi, en el agua que caía después sobre mi rostro al quedarme allí, parado y en shock porque ni siquiera fui capaz de cogerla por el brazo, de hacer que se volviera, de pedirle una explicación…

Si era por la noche, la cosa se complicaba aún más, porque hasta cierto punto uno puede controlar sus pensamientos, pero no así sus sueños. Y Charlotte aparecía entre los míos, con el rostro de aquel entonces, con su sonrisa de veinteañera, con todo aquello que creí que me aportaba en ese tiempo cuando lo cierto es que lo me aportaba era un buen par de cuernos.

Levanté el teléfono y llamé a mi spa favorito. Necesitaba un masaje relajante de esos que daban en ese lugar y que te removían hasta el alma.

Ese día no era solo sexo lo que buscaba en principio, sino como digo, relax. Al fin y al cabo, tampoco es que el sexo pudiese curar eso que yo sentía, ese dolor punzante en el corazón que me había producido saber que ella estaba de nuevo en la ciudad, que Charlotte se encontraba cerca de mí.

Lo que buscaba era relax, una manera de dejar la mente en blanco y no pensar en nada más. Y justo eso era lo que necesitaba en aquellos días.

Pedí por Biya, una joven filipina que era mi preferida para estos casos. Con ella tenía una conexión grandísima y terminaba complaciendo todos mis deseos que ella misma provocaba con esos masajes. Tuve suerte y me dieron cita inmediata.

Aunque quizás no se tratase de suerte porque era uno de sus clientes VIP, ya que llevaba frecuentando ese lugar durante años y eso te da preferencia. Vaya, que si tenían que hacerme un hueco me lo hacían.

No era un centro de esos en los que acababas con final feliz, todo lo contrario, había todo tipo de masajes terapéuticos, pero como he dicho, Biya sentía predilección por mí y no me ponía objeción alguna en que la arrastrara más allá que ese servicio que contrataba.

Logan me llevó hasta el centro mientras por el camino bromeaba, pero yo es que no tenía ganas de nada. Mi cabeza estaba como un bombo a punto de estallar.

—A ver, colega, que te llevo al jodido paraíso y con tu filipina favorita, que ya tienes suerte. Quita esa cara, que parece que más bien estás yendo al matadero.

—Es que tengo la mente en otra parte, Logan.

—¿No me digas? Si no me había dado cuenta.

—Que no se te pegue mi ironía, hazme el favor —enarqué una ceja.

—Yo sí que te pegaré, pero un buen puñetazo, si no espabilas.

—Luego no quieres que te recuerde que soy tu jefe, pero me tienes totalmente amenazado.

—Ya será menos, colega. Me avisas cuando acabes. Espero que salgas con mejor humor. Aunque eso no es complicado porque peor ya es difícil.

—No esperes demasiado —murmuré mientras me bajaba y con un gesto de cara me despedí antes de cerrar la puerta.

Sinceramente, me movía como si hubiese puesto el piloto automático, porque todo me daba pereza y no tenía ganas de nada. Sin embargo, tenía que llenar las horas y sin duda que aquella era una de las mejores maneras de hacerlo, de las más placenteras.

La chica de recepción me hizo pasar de manera inmediata. Jamás me hacían esperar y me acompañó hasta la puerta de la habitación donde ya me esperaba Biya con todo preparado.

—Hola, preciosa —le dije acercándome a ella para darle un beso en la mejilla.

—Hola, William, que alegría me he llevado cuando me han dicho que venías.

—Me alegra saberlo —dije quitándome la ropa y dejándola en el perchero.

—Pues nada, no perdamos el tiempo, que es oro. Espero que lo encuentres todo a tu gusto.

—No lo dudes. Sabes crear clima como nadie.

—Gracias, que seas tú también ayuda. No tengo la misma conexión con el resto de los clientes. Y no me hagas el chistecito de que les diré lo mismo a todos porque no es cierto, no tengo ninguna necesidad de eso.

—Seguro que no. Eres la mejor —le aseguré porque nunca se lo había dicho y tenía ganas de sincerarme con quien sabía relajarme de una manera que me venía así de bien. Siempre lo hizo.

Estaba todo a oscuras solo con la luz de las velas y el olor a incienso. Ella como siempre estaba con una bata corta de mangas cortas.

Su cuerpo lucía realmente escultural, muy fibroso. Era muy bonita, todo el conjunto de su cara ayudaba a que fuese así, con unos ojos rasgados y muy expresivos que mostraban mucho afecto. Su estatura era media, su complexión delgada, pero con forma, no era la típica chica que parece una tabla de planchar ni mucho menos.

Debajo de su bata, se intuían unos senos no grandes, aunque sí muy bien puestos, y su trasero también dibujaba una curva en la parte posterior de esa bata que invita a imaginarlo. Y lo digo de buena tinta porque estaba acostumbrada a vérselos.

Me tire en la camilla desnudo, bocabajo y ella me puso una toalla por las nalgas.

—¿Mucha tensión? —me preguntó cuándo comenzó a masajear mis hombros con aceite un tanto caliente, pero sin llegar a molestar, todo lo contrario.

—Demasiada, reconozco que no es un buen día. Los he tenido bastante mejores.

—Relájate y céntrate en la música. Disfruta del momento. Y no olvides que siempre, siempre, vuelve a salir el sol tras la tormenta. Y que eso que hoy no te deja verlo, se terminará por arreglar en un sentido o en otro.

A partir de ahí, guardó silencio para que hablase su cuerpo. Me transmitía mucho a través de él y la visión también era realmente escandalosa, muy provocativa. O al menos así la veían mis lujuriosos ojos.

Sus manos eran magia, no solo conseguía liberar un poco el estrés emocional que sentía, sino que a su vez era capaz de levantar todos mis instintos más sexuales.

Cuando estaba masajeando mis piernas y nalgas ya tenía una erección bastante importante y a pesar de estar bocabajo, ella lo sabía.

Me indicó que me pusiera bocarriba y sonrió al ver mi erección tras la toalla que quedó en forma de pico.

Siguió con mi pecho y cuando estaba a un lado masajeando mi vientre metí una mano por debajo de su bata y

con los dedos separé su braguita para tocar su zona. Sonrió relajada y dejando que disfrutara aún más del masaje mientras la tocaba.

—Quítate la bata —le pedí para poder tocar sus pechos. Nunca llevaba sujetador.

Se la quitó de una manera muy sugerente y provocadora. Me ponía a mil por horas. Sabía muy bien cómo provocarme, cómo tentarme con cada uno de sus movimientos. Si hubiera tenido que definirla en pocas palabras diría que se trataba de la sensualidad hecha mujer.

Apreté su pecho y jugué unos segundos con él en mis manos mientras ella terminaba con mi bajo vientre. Se apartó para continuar con mis piernas.

En este punto yo ya estaba malísimo y más cuando doblaba hacia ella mi pierna flexionada y masajeaba mi interior del muso llegando a rozar mi zona.

—Termina ya o no respondo —le pedí refiriéndome a que se recreara en mi miembro.

—No tienes que preocuparte por nada, solo dejarte llevar —me susurró en el oído.

Sabía hacerlo con una sugerencia que estaba deseando disfrutar al máximo, sentía unas ganas enormes de estallar, de notar esa liberación que lograría no solo a través de sus manos, sino del resto de su cuerpo.

Se subió a la camilla poniéndose entre mis piernas y sentada sobre las suyas. Masajeaba mi miembro y hasta lo rozaba con su zona poniendo cada vez más tenso.

Sus movimientos no podían ser más sugerentes. La sola visión de esa asiática ya me ponía en órbita. Era muy excitante observar cada uno de sus estudiados movimientos, todos ellos pensados para llevarme al clímax en un ambiente tan relajado que me dejaría nuevo.

Era una profesional de los pies a la cabeza, tan exótica y sexy que me hacía olvidarme de eso que rondaba mi mente y que me tenía tan estresado, ya que entré haciéndome la promesa de que el rato que permaneciera allí sería para no pensar en nada, para dejarme llevar y punto.

Comenzó a lamer mi zona y entonces supe que el clímax no tardaría en llegar. Si Biya me transmitía con sus manos y con el resto de su cuerpo, no digamos ya con su boca. Esa boca que estaba destinada a hacerme arder y que encontré caliente, con una lengua juguetona que me hacía maravillas lo mismo que sus labios. Los suyos no eran tan gruesos, ni falta que le hacía. Le dibujaban una sonrisa preciosa y que, en momentos así, se tornaba en absolutamente morbosa.

Su juego de labios y lengua me resultó absolutamente irresistible. Aparte, tenía una capacidad impresionante para llevar mi miembro hasta la entrada de su garganta y hasta para pasar de allí, produciéndome un placer difícil

de describir.

Cuando me notaba así de excitado, sabía muy bien cómo darle más intensidad a ese juego. Y también era consciente de que solo tendría que hacerlo durante unos cuantos segundos porque el final era inminente.

Lo fue, me pasó y solté todos esos rugidos contenidos. Me llevó a un orgasmo de esos que te dejan sin fuerzas, quedando laxo durante la camilla durante unos cuantos minutos.

No dijo nada mientras transcurrieron. Sabía muy bien que había logrado relajarme y que en esos minutos tan solo necesitaba calma y silencio. Me miraba con gesto sereno, satisfecha y dispuesta a llegar a más.

No había terminado ahí. Como digo, se trataba de una gran profesional, dispuesta a complacerme en cada uno de mis deseos. Para ello, tomó mi miembro con suavidad y lo limpió con una toalla húmeda, tras lo cual me levanté lentamente.

Le pedí que se tumbara y abriese las piernas flexionadas. Le acaricié su clítoris mientras con mi otra mano la penetraba para que sintiera más placer. No le pertenecía este momento, pero era en agradecimiento por lo que ella hacía conmigo. Además, me encantaba verla así para mí.

La sensualidad de sus gemidos era tal que, dentro de ella, mi erección iba a más. Dada la discreción que nos pedía el lugar, se trataba de unos gemidos en tono bajito, casi sordos, que depositaba directamente en mi oído. Aquello no iba de gritar, iba de mostrarme con sus gestos y con un hilo de voz que también la llevaría a un clímax que no le tardaría en llegar. Y así fue.

Yo ya estaba recompuesto de ese primer orgasmo y, al notar que le estaba pasando, mi cuerpo se sincronizó con el suyo y sentí otro que me salió también entre rugidos placenteros. La había penetrado con preservativo, el mismo que me quitó con mimo. Y luego me invitó a ducharme en aquella exclusiva cabina. Ella no entró conmigo porque su cuerpo me incitaba a pecar y, de haber entrado, me hubiese resultado muy difícil marcharme sin volver a poseerla, así que disfruté de esa ducha en solitario.

—Ha sido un verdadero placer, William —murmuró mientras me marchaba.

—El placer ha sido mío, Biya, no lo dudes —le aseguré, junto con otro beso en la mejilla como el que le di al llegar.

de describir.

Cuando me notaba así de excitado, sabía muy bien cómo darle más intensidad a ese juego. Y también era consciente de que solo tendría que hacerlo durante unos cuantos segundos porque el final era inminente.

Lo fue, me pasó y solté todos esos rugidos contenidos. Me llevó a un orgasmo de esos que te dejan sin fuerzas, quedando laxo durante la camilla durante unos cuantos minutos.

No dijo nada mientras transcurrieron. Sabía muy bien que había logrado relajarme y que en esos minutos tan solo necesitaba calma y silencio. Me miraba con gesto sereno, satisfecha y dispuesta a llegar a más.

No había terminado ahí. Como digo, se trataba de una gran profesional, dispuesta a complacerme en cada uno de mis deseos. Para ello, tomó mi miembro con suavidad y lo limpió con una toalla húmeda, tras lo cual me levanté lentamente.

Le pedí que se tumbara y abriese las piernas flexionadas. Le acaricié su clítoris mientras con mi otra mano la penetraba para que sintiera más placer. No le pertenecía este momento, pero era en agradecimiento por lo que ella hacía conmigo. Además, me encantaba verla así para mí.

La sensualidad de sus gemidos era tal que, dentro de ella, mi erección iba a más. Dada la discreción que nos pedía el lugar, se trataba de unos gemidos en tono bajito, casi sordos, que depositaba directamente en mi oído. Aquello no iba de gritar, iba de mostrarme con sus gestos y con un hilo de voz que también la llevaría a un clímax que no le tardaría en llegar. Y así fue.

Yo ya estaba recompuesto de ese primer orgasmo y, al notar que le estaba pasando, mi cuerpo se sincronizó con el suyo y sentí otro que me salió también entre rugidos placenteros. La había penetrado con preservativo, el mismo que me quitó con mimo. Y luego me invitó a ducharme en aquella exclusiva cabina. Ella no entró conmigo porque su cuerpo me incitaba a pecar y, de haber entrado, me hubiese resultado muy difícil marcharme sin volver a poseerla, así que disfruté de esa ducha en solitario.

—Ha sido un verdadero placer, William —murmuró mientras me marchaba.

—El placer ha sido mío, Biya, no lo dudes —le aseguré, junto con otro beso en la mejilla como el que le di al llegar.

Capítulo 21



Nala

La mañana se había presentado fresquita, así que me abrigué bien al salir de casa.

En cuanto entré en la cafetería de Sam suspiré de alivio al notar aquel calor que me dio la bienvenida.

—Buenos días, Sam —lo saludé—. Ponme el café bien caliente que ni con los guantes, siento los dedos.

—Marchando un café estufa —dijo con un guiño, y sonreí negando—. ¿Algo dulce para el camino? —preguntó

—Pues una napolitana de crema, y dámela en una bolsita que no me pienso quitar los guates hasta que llegue el banco.

—Descuida.

Me dio el pedido, pagué y me pidió si podía hacerle un favor, a lo que dije que, sin problema. Y me entregó un papel con unas transferencias urgentes que tenía que tenía que hacer, tal como tenía la cafetería a esa hora, ni él ni la camarera que tenía para ayudarlo daban abasto.

Salí con mi café y me fui comiendo la napolitana que me supo a gloria. En cuanto entré en la sucursal di los buenos días en general tanto a mis compañeros como a los clientes que estaban en la caja, y ocupé mi puesto para empezar la jornada.

Lo primero que hice fueron las transferencias que me había pedido Sam, en cuanto estuvieron listas le mandé el comprobante por e-mail y me dio las gracias.

Seguí con el trabajo que había dejado el día anterior para revisarlo hoy, le entregué a Colin un par de carpetas de esas que él me dio y cuando salía de su despacho, vi que entraba en el banco aquel hombre de cabello castaño y ojos color miel que Selene había dicho que conocería Ruth.

—Tenemos visita —murmuré al pasar por delante de las cajas donde estaban ella y Becca mirando en el ordenador y no se habían percatado de la llegada de Nolan.

Llevaba un paquetito en una mano y un jarrón de cristal alargado y fino con una preciosa orquídea.

—Buenos días —saludó él con una sonrisa de anuncio.

—Hola —contestamos las tres al unísono.

—Venía a traerte una disculpa un poco más formal que la del otro día —caminó hacia Ruth y dejó la orquídea y una cajita de bombones en el mostrador.

—Oh, pero, no era necesario —le dijo con una sonrisa.

—Lo es, lo es —sonrió—. *Hércules* te arrolló, y pesa lo suyo.

—Ni me lo recuerdes, que no me dejó sin aire de casualidad. Muchas gracias, la orquídea es preciosa. Y los bombones, son de mi marca favorita.

—¿En serio? Esos a mi hijo le encantan, de hecho, los escogió para ti.

—Dale las gracias también a él.

—¿Sería muy atrevido de mi parte si te invito a tomar un café?

—¿Ahora?

—Claro, si tienes tiempo.

—Yo…

—Ve tú primero al descanso, Ruth —le dijo Becca, pues era ella la que solía salir antes—, yo iré cuando vuelvas.

—¿Segura?

—Sí, vamos, ve.

Ruth asintió, guardó la cajita de bombones en el cajón de su mesa y tras ponerse el abrigo y la bufanda, se acercó a Nolan, que caminó detrás de ella hasta la puerta, esa que él abrió para que saliera ella.

—Creo que vamos a ir a consultar más veces a Selene —comentó Becca con una sonrisilla.

Sonreí al tiempo que negaba y no dije nada porque había algunos clientes. Yo también manejaba bien el puesto de caja, así que le di apoyo a Becca cubriendo a Ruth mientras se tomaba el café.

Cuando regresó media hora después nos estuvo contando que, aunque poco, habían podido hablar algo de sus vidas.

Nolan tenía treinta años, a los veinticinco supo que su novia estaba embarazada, pero ella no quería tener hijos, de hecho, se había planteado dejar la relación. Él le pidió que no se deshiciera del bebé y que, si quería renunciar a él como madre lo hiciera, que él se encargaría de criarlo sin ella. A lo que aceptó sin más objeciones.

En cuanto le dieron el alta en el hospital después de que naciera Eric se fue sin mirar atrás y no había vuelto a verla.

Era arquitecto y hacía poco que se habían mudado a Edimburgo, llevaban aquí solo un par de meses, porque lo habían contratado en uno de los más prestigiosos estudios de arquitectura de la ciudad.

Según nos dijo Ruth, incluso sus propios padres le dieron de lado al querer hacerse cargo de un niño él solo cuando era tan joven y tenía toda la vida por delante con una carrera brillante, pero como él decía, luchó para llegar donde había estado sin la ayuda de nadie más que una niñera que se hacía cargo del niño cuando él tenía mucho trabajo.

De nuevo las palabras de Selene nos hacían a todas volver a la noche del viernes.

Becca se fue a hacer su descanso, yo regresé a mi puesto y seguí trabajando con varios expedientes que Colin me había pedido revisar cuando le dejé sus carpetas.

Así estuve inmersa en mis cosas entre números y cálculos durante diez minutos, momento en el que entró la señora Johnson en busca de un poquito de charla y compañía que no dudé en brindarle.

Cuando regresó Becca de su descanso vi que tenía los ojos enrojecidos, y esa era una clara e indiscutible señal de que había estado llorando.

—Oye, ¿qué pasa? —le pregunté acercándome a ella.

—He hablado con Max —contestó—. Se ha pasado estos días llamándome y yo evitando cada una de sus llamadas, pero hoy se lo he cogido. He pensado mucho en nuestra situación y, si os soy sincera, no veía que fuera a haber cambios. Y así se lo he dicho.

—¿Qué te ha dicho él?

—Que le había pedido el divorcio y solo era cuestión de tiempo, pero cuando le he dicho que los vi una noche, y lo felices que parecían, ya no sabía por dónde salir. Le he pedido que no me vuelva a llamar y que se olvide de que vivo en el edificio de enfrente.

—Lo siento mucho cariño —la abracé.

—Es lo mejor que podías haber hecho, Becca, tú misma lo has dicho, no parecía querer divorciarse.

a —Y ahora el plato fuerte —comentó.

—No digas más, ha empezado a decirte que te quiere, que eres la mujer de su vida, que se va de casa para estar contigo, esas cosas típicas que dice un hombre arrastrándose cual culebra por el suelo —vio Ruth volteando los ojos.

—No, es que he conocido al hombre del que me habló Selene.

—¿Qué? —preguntamos las dos al unísono.

—Estaba llorando después de colgar a Max, y escuché una voz a mi espalda, era de lo más varonil y al mirar, era igual que el hombre que había descrito. Alto, rubio, con los ojos verdes como esmeraldas, y me estaba ofreciendo un pañuelo. Cuando lo he cogido me ha dicho que, ningún hombre que provoque las lágrimas de una mujer, merece llamarse así.

—Oh —Ruth y yo pusimos una cara de tontas al escuchar aquello, que no era para menos.

—Se llama Kevin, trabaja en el bufete de abogados del final de la calle y me ha dicho que siempre desayuna en esa cafetería a la misma hora.

—Y no lo habías visto hasta ahora porque tú vas a desayunar antes —dijo Ruth.

—Entonces, señoritas, el Universo ha movido esta mañana los hilos haciendo que Nolan viniese para invitarte a tomar café en el turno de Becca y que ella fuera en el tuyo, para conocer a Kevin —sonreí.

—Al final va a ser verdad que Selene es una vidente de las buenas.

—Eso no lo dudes, Ruth, porque como os dije, todo lo que me ha dicho hasta ahora, ha ocurrido.

Entraron varios clientes y nos centramos en el trabajo el resto de la mañana, esa en la que mis dos compañeras tenían unas sonrisas de lo más amplias en todo momento.

Sin duda, a pesar de que fuera producto del alcohol que habíamos tomado, la decisión de llamar a Selene había

sido un acierto.

sido un acierto.

Capítulo 22



William

Escuchaba Freddie Mercury mientras tomaba una copa de vino después de darme una ducha e intentar relajarme de un arduo día de trabajo.

La canción era *"Show must go on"* y me daba por pensar que desde luego mi vida se había convertido en un show con esa aparición repentina que hizo que todo lo que parecía estar en su sitio en principio volviese a estallar por los aires.

Mis sentimientos se habían convertido en inestables como la nitroglicerina. Quería pensar que sería capaz de dominarlos si ella aparecía en algún momento, como le decía a Logan para tratar de que no me patease el trasero, aunque lo cierto era que no tenía ni idea de cómo podría reaccionar si un día me volviera a encontrar con quien tanto daño me hizo y que, sin embargo, tenía la capacidad de seguir removiéndome así.

Dos golpes intensos en la puerta me hicieron poner todas las alertas en que podía ser mi vecina Isla. No estaba por la labor de tener que enfrentarme de nuevo a ella y no tener manera humana de echarla de casa. Le temía más que a un tsunami porque a su paso arrasaba también.

—¡William, que estoy escuchando la música! —escuché desde el pasillo y me pasé la mano por la cara.

No me había equivocado. Menudo personaje estaba hecho. Pues anda que lo único que me faltaba, con lo mucho que me relajaba la música, era no poder escucharla en mi casa porque tuviese que esconderme de ella.

Contuve el aire y me dirigí hacia la puerta para entreabrirla un poco antes de que salieran todos los vecinos. La consideraba más que capaz de formar un escándalo en el bloque.

Estaba tarada, por mi madre que lo estaba. Menuda me había caído. Caro me iba a salir el polvo que le eché y que ni siquiera pude llegar a disfrutar hasta el final, que me tuve que quedar a medias. Ella quedó más satisfecha, seguro. Por eso venía a por más.

—Hola, Isla —asomé la cabeza un poco sin abrir la puerta—. Estaba para meterme en la ducha.

—Pues me meto yo contigo —intentó abrir la puerta, pero la frené en seco. Y no me fue fácil, que no era precisamente pequeña y empujaba lo suyo tratando de entrar.

—Verás es que tengo a alguien en casa.

—Muero por un trio ¿Qué es hombre o mujer?

—Es mi mujer, es mi mujer —murmuré en bajo como tratando de evitar que mi supuesta esposa se enterase.

—¿¿¿Me has follado estando casado??? ¡¡¡Soy ninfómana, pero no la querida de nadie!!! ¿¿¿Te has enterado???
—me preguntó muy ofendida.

—Sí y mi mujer también. Buenas noches —le cerré la puerta en sus narices y solté el aire.

—¡¡¡Infiel, que eres un infiel!!! —dijo dando unos golpes tras la puerta y luego la escuché irse maldiciendo.

Le había caído como un jarro de agua fría lo que le dije, aunque eso sería precisamente lo que ella necesitara, pero no en un jarro, sino una buena ducha de agua helada para que le bajara el calentón que llevaba encima.

¿En qué lío me había metido liándome con esa loca que estaba poseída por el mismo Diablo? A saber, cómo actuaría a partir de ese momento, porque me daba que podría crearme problemas.

Di un trago largo a la copa antes de calentarme la crema de verduras que iba a cenar. Me había machacado con el ejercicio durante toda la tarde. Así conseguía un 2x1. Me cuidaba al mismo tiempo que trataba de relajarme, lo cual se estaba convirtiendo en misión imposible en aquellos días.

Mi idea era cenar ligero, escuchar un poco de música relajado en el sofá y tratar de dormir. El problema era que Charlotte se metía entre esos sueños y más de una vez me despertaba a medianoche con la garganta seca y la frente empapada por el sudor. Eso si no tenía sueños húmedos con mi ex y en ese caso lo que me empapaba era otra cosa. En fin…

De nuevo mi mente en Charlotte…A este paso iba a terminar más loco que mi vecina Isla. Y eso que esa mujer estaba demostrando poner el listón muy alto.

Llamó mi atención mi móvil que comenzó a vibrar y era Logan. Lo cogí de inmediato porque a esas horas no me solía llamar. Y me preocupó que hubiese algún problema o, incluso, que por fin tuviese alguna pista que me condujera a saber qué mierda había traído a Charlotte de vuelta a Edimburgo.

—¿No puedes dormir sin mí? —bromeé para buscarle la lengua.

—El que no vas a poder dormir vas a ser tú cuando te cuente las noticias que tengo. Prepárate para una buena

noche de insomnio.

—Sorpréndeme para terminar de redondear la noche…

—Isla, tu vecina…

—No la nombres, es peor que satanás. Ha estado aquí. Me veo teniendo que llamar a la Policía en cualquier momento o peor, a los bomberos, que igual me prende fuego al ático conmigo dentro.

—Te vas a cagar, hermano, te vas a cagar… No hará falta que haga nada de eso para que te cagues, te lo aseguro.

—¿No tienes una manera más clara de decirme las cosas?

—Claro que sí. Isla está bajo la tutela de tu queridísima e hija de la gran puta exnovia llamada Charlotte.

—Pues sí me lo has dicho claro —me senté porque sentí que me estaba mareando. Es que el cuerpo se me iba para atrás.

—¿¿¿Estás bien???

—Muy bien, estoy viendo estrellitas. Y no estoy mirando para el cielo ni nada.

—Deja de hacer el tonto y escúchame atentamente. Es una prima lejana que nadie se quiere hacer cargo de ella y Charlotte a cambio de una generosa suma de dinero que le pertenecía a Isla, se adjudicó su tutela para ser ella la administradora de esa fortuna. Tan generosa como siempre, ya conoces todas sus virtudes.

—Sígueme contando —dejé la crema a un lado y me eché otra copa de vino que me bebí de golpe por no beber directamente de la botella y vaciarla de la misma manera.

—Y con esa fortuna compró ese piso en tu mismo edificio ¿Coincidencia? No hay ninguna duda de que no. Su marido la dejó por otra más joven… Ella era la novedad cuando comenzaron a salir, su alumna. Pues bien, ahora irónicamente los años han pasado y a él le ha dado por fijarse en una alumna nueva, de la que le separan muchos más años aún. El tío no es solo un hijo de puta sino un asalta cunas de mucho cuidado. Y tú querida Charlotte ha recibido de su propia medicina, pues ahora es ella la corneada.

—Y me he tirado a su prima la ninfómana…

—No solo es ninfómana, está diagnosticada por problemas mentales y un montón de cosas más. Por lo que he descubierto, un día es Caperucita Roja y otro, Pocahontas. Tiene múltiples personalidades, de ahí, que cuando sus padres fallecieran, tuviera que coger su tutela un familiar. Y ahí entró Charlotte a la que su marido la había dejado

de patitas en la calle y en bragas. Porque será mala, pero también tonta. Creía que el cuento romántico del profeso parisino le duraría toda la vida y se ve que no, que en su despensa no había más perdices que comer felices y juntitos. Y no se cubrió las espaldas. Total, que el chollo lo encontró al final en su prima la de las múltiples personalidades.

—Lo bueno de esas personalidades es que siempre podré negar lo que pasó entre nosotros —murmuré con la cabeza más ida que todas las cosas porque a mí me estaba trastornando también ya todo aquello.

—Lo tuyo te lo vas a tener que ver ¿En serio te preocupa eso y no el hecho de que esa mujer esté viviendo en el mismo edificio?

—Necesito otra copa… Ahora mismo lo cierto es que no sé ni lo que necesito. Igual un polvo no estaría mal.

—Pues para eso no tienes más que tocar la puerta de Isla. Lo digo en broma, ¿eh? No te acerques a ella y no la toques ni con un palo. No pases ni por su puerta.

—¿Pasar por su puerta? Esa debe estar consultando en Internet cómo fabricar una bomba casera para mí.

—No te diría yo que no.

—Y encima ahora que me ha cogido inquina porque le he dicho que estoy casado.

—¿Eso le has dicho? Pues sí, igual te cagas, colega. Lo mismo me tengo que instalar unos días en tu casa como guardaespaldas.

—Ni de coña, te me quieres meter aquí de okupa, que te veo venir.

—Claro que sí y en tu cocina para prepararte el cafelito por la mañana, en tu ducha para masajearte la espalda y en tu cama para… Qué te den, prefiero no imaginar lo de la cama o echaré la pota. William, escúchame con las orejas.

—¿Y con qué si no te podría escuchar?

—Pues con eso que sueles hacerlo y que no me vale de nada porque todo lo que te digo cae en saco roto.

—Venga, que sí, papá, que seré bueno…

—No te lo tomes a cachondeo, de veras que estoy preocupado por ti.

—Pues no te preocupes tanto que no me va a pasar nada.

—De momento ya te está pasando porque tienes un buen toque dado en la cabeza desde que la tipa esa apareció Y ahora te ha metido a su joyita de prima en tu mismo bloque. Ándate con cuidado porque no sé qué será lo siguiente.

—Lo siguiente será que comience a beber de la botella a morro y me la pimple enterita porque no veas las gana que me están entrando.

—Lo que faltaba, que ahora te tires al alcohol y tener que llevarte por las noches a las reuniones de Alcohólicos Anónimos.

—Fíjate, con lo bien que estás por las noches haciendo planes románticos con tu Sophie.

—No te lo tomes todo a broma, te lo pido por favor. Esto puede ser muy serio.

—No me voy a echar a llorar, Logan. Sabes que lloré a moco tendido en su día por Charlotte y me prometí que nunca más. Si no me lo tomo a risa, tú me contarás.

—Sí, pero es que yo estoy más mosqueado con todo esto que un pavo viendo que llega la Navidad.

—Y yo también, pero cuéntame qué puedo hacer.

—Ya se nos ocurrirá algo, colega. Todo menos que esa cabrona te vuelva a joder la vida otra vez.

—Que eso no lo hará, tranquilo.

—De momento ya te está pasando porque tienes un buen toque dado en la cabeza desde que la tipa esa apareció. Y ahora te ha metido a su joyita de prima en tu mismo bloque. Ándate con cuidado porque no sé qué será lo siguiente.

—Lo siguiente será que comience a beber de la botella a morro y me la pimple enterita porque no veas las ganas que me están entrando.

—Lo que faltaba, que ahora te tires al alcohol y tener que llevarte por las noches a las reuniones de Alcohólicos Anónimos.

—Fíjate, con lo bien que estás por las noches haciendo planes románticos con tu Sophie.

—No te lo tomes todo a broma, te lo pido por favor. Esto puede ser muy serio.

—No me voy a echar a llorar, Logan. Sabes que lloré a moco tendido en su día por Charlotte y me prometí que nunca más. Si no me lo tomo a risa, tú me contarás.

—Sí, pero es que yo estoy más mosqueado con todo esto que un pavo viendo que llega la Navidad.

—Y yo también, pero cuéntame qué puedo hacer.

—Ya se nos ocurrirá algo, colega. Todo menos que esa cabrona te vuelva a joder la vida otra vez.

—Que eso no lo hará, tranquilo.

Capítulo 23



Nala

Se preveía que ese iba a ser un jueves para nada habitual en lo que al banco se refería, y es que el furgón que debía traer el dinero para los cajeros, no había llegado todavía por una avería.

En el banco teníamos efectivo en caja, así que durante esas primeras horas tanto Becca, como Ruth, las pasaron trabajando sin parar entregando las retiradas que debían hacerse en los cajeros.

Eran las once cuando al fin llegó otro furgón y pudimos reponer el dinero en los cajeros y también en los dos puestos de caja de ellas.

Cuando acabamos entró un mensajero con un ramo de flores que se acercó a mí. Por un momento pensé que eran de William, pero cuando me preguntó por Ruth, sonreí.

—Yo se las entrego, que está con un cliente en la caja —dije, y el chico asintió dándome su móvil para firmar e recibí.

En cuanto se quedó sola y aprovechando que Becca tampoco estaba atendiendo a nadie, me acerqué con las flores.

—Son para ti —sonreí.

—¿Qué? Pero, si ha ido a tu mesa.

—Preguntando por ti, no por mí —le aclaré.

—Son de Nolan, seguro. Vamos, lee la tarjeta que me estoy poniendo nerviosa —le dijo Becca.

—Voy, voy, qué prisas y qué poca privacidad —resopló.

—Da gracias a que no está Liam, que ese es más maruja que nosotras —reí.

Cuando Ruth sacó la tarjetita del sobre, efectivamente vimos el nombre de Nolan como firma. La invitaba a comer y esperaba que aceptase.

—Dile que sí, mándale un mensaje y dile que sí —insistió Becca.

—Por Dios, ¿pues no parece que es a ella a quien ha invitado? —rio Ruth.

—Es que, si a mí me invitan a comer, ni me lo pienso, digo que sí y punto.

—¿Y si no es buena idea? ¿Y si me estoy precipitando…?

—Bajo mi punto de vista, si no te arriesgas a descubrir qué puede pasar si comes con él o aceptas cualquier otra invitación, no sabrás si era el hombre de tu vida o no —me encogí de hombros.

Finalmente le escribió un mensaje al móvil para decirle que sí, que aceptaba comer con él, y él le dijo que pasaría a buscarla para llevarla a un restaurante que le había recomendado un compañero suyo.

—Buenos días —nos giramos las tres al escuchar una voz masculina, y Becca no se cayó de culo al suelo porque estaba en la silla.

—Kevin, ¿qué haces aquí? —le preguntó al ver al rubio de ojos verdes.

1 —Solo quería saber cómo estabas —contestó con una sonrisa de lo más amable.

—Bien, bien, gracias.

—Me alegro. Es que ayer me quedé preocupado al verte así, y, bueno, voy ahora para el juzgado y no puedo tomar café, así que, pensé en pasar a saludar.

—Pues, gracias —sonrió Becca.

—Mañana, ¿puedo invitarte a desayunar?

—Oh, claro, sí.

—Bien, entonces nos vemos mañana en la cafetería.

—Genial. Adiós.

Cuando salió el rubio de la sucursal, tanto Ruth, como yo, le dijimos lo mismo a Becca sobre Kevin, que era un hombre muy, pero que muy guapo.

Regresé a mi puesto y escuché que me llegaba un mensaje al móvil, al abrir el cajón, ver de quién era y leer el contenido, se me dibujó una sonrisa en los labios, solo que no pude responder porque en ese momento llegó Aaron.

—Buenos días tenga mi gestora favorita —sonreí dejando el móvil de nuevo en el cajón.

—Buenos días, Aaron. ¿Qué te trae por aquí?

—El café de la cafetería, que me encanta. ¿Me acompañas?

—Vale, uno rápido sí que puedo.

—Dime que seguimos hablando del café —arqueó la ceja y noté que me ardían las mejillas.

—Sí, sí, por supuesto.

Se le escapó una risilla y me puse más nerviosa todavía. Tras ponerme el abrigo y la bufanda salimos a la calle y me estremecí por el frío.

—Dios, ¿cómo puede hacer tanto frío?

—Si quieres te cobijo —propuso abriendo el brazo y sí, me lo pasó por los hombros unos segundos antes de cruzar la calle para ir a la cafetería—. ¿Qué tal va la semana?

—Muy bien, con bastante trabajo estos días, pero bien. Por cierto, ya está todo listo para la venta del apartamento —dije cuando entramos en la cafetería, donde se estaba de lo más a gusto con ese calorcito que nos recibía al entrar.

—Sí, eso me ha dicho Helen esta mañana. La firma de la hipoteca y la entrega de llaves será en unos días, según me comentó.

—Exacto, Colin irá como director del banco a notaría, así que allí os veréis.

—Te debo una comida por ayudarme, que no se me olvida —dijo mientras llamaba a uno de los camareros.

Pedimos café y tostadas para desayunar y seguimos allí charlando. Me contó cómo empezó en el mundo de la inversión comprando y vendiendo inmuebles, y que ya había echado el ojo a un edificio de varios apartamentos que tenía Helen en la inmobiliaria.

Iban a hacer números entre los dos para ver cuánto podría ofertar para que el vendedor aceptase una cantidad algo más baja de lo que pedía, y en cuanto ambos tuvieran una propuesta interesante, Helen se la haría llegar al comprador.

—La verdad es que me gusta cómo trabaja la inmobiliaria de Helen —comentó tras dar un sorbo al café—, y le he enseñado un par de viviendas a las afueras que están ya lista para poner a la venta y va a buscar comprados interesados.

—Helen es una profesional en lo que hace, y seguro que encuentra el perfil de comprador perfecto.

—Por eso le he dicho que contaré con ella como intermediaria con algunas propiedades, aunque seguiré manteniendo las inmobiliarias con las que he trabajado hasta ahora, ya sabes, para todo hay mercado.

Asentí y me enseñó un viejo hotel en el que también estaba interesado, me mostró varias fotos del interior y el exterior, hacía un par de años que no tenía actividad, pero dijo que la licencia no costaría mucho ponerla de nuevo en activo y comenzar a funcionar con él pues lo habían mantenido muy bien cuidado y solo necesitaba una mano de pintura.

Si se hacía con él, se convertiría en hotelero y él mismo llevaría el negocio, sin dejar de lado las inversiones que y tanto dinero le generaban.

Cuando acabamos nuestro desayuno me acompañó de vuelta a la sucursal y como Colin estaba allí, entró para saludar a su viejo amigo, quien lo invitó a un café para hablar de negocios.

Se despidió de mí, quedando en mantenerme al tanto de lo que hablara con Helen y sin olvidarse que tenía que invitarme a comer algún día.

Iba a coger el móvil para responder a ese mensaje que no se me iba de la cabeza, pero entró uno de mis clientes y pasé un buen rato centrada en él y la documentación que había traído.

Cuando por fin me quedé sola cogí el móvil, leí de nuevo el contenido del mensaje y sonreí, respondí, recibí ı otro de vuelta, volví a contestar y así estuve hasta que escuché la voz de Ruth.

—¿Y esa sonrisa?

—¿A quién le preguntas? —La miré.

—A ti, que tienes el móvil en la mano. No me digas más, ¿es quien ya sabemos? —sonrió.

—Ajá.

—¿Y qué te está diciendo? Porque con esa sonrisa seguro que es algo de lo más sugerente —dijo Becca.

—Solo estamos hablando —me encogí de hombros.

—Ya.

No tardé en escuchar sus tacones acercándose y las tenía a cada una a un lado de mi cabeza, leyendo por encima de mis hombros.

—¿Es interesante lo que habéis leído? —Arqueé la ceja.

—Pues sí, la verdad —rio Becca.

—Venga, pues a trabajar que el banco no se lleva solo —protesté.

—Uy, qué genio. Y eso que Selene ha acertado otra vez —dijo Ruth.

—Eso ya os lo había dicho yo, que Selene siempre, siempre, acierta en todo lo que ve en sus cartas.

—Desde luego, después de esto, me hago mucho más creyente todavía —contestó Becca.

—Y yo —Ruth levantó la mano.

—Vas a tener que darnos su número de teléfono porque tal como dijimos, tiene a dos clientas fijas de por vida.

—Eso, a ver si un día nos sorprende y hasta nos da algún número de lotería —dijo Ruth, y las tres empezamos a reírnos, pero dobladas.

—¿Y qué te está diciendo? Porque con esa sonrisa seguro que es algo de lo más sugerente —dijo Becca.

—Solo estamos hablando —me encogí de hombros.

—Ya.

No tardé en escuchar sus tacones acercándose y las tenía a cada una a un lado de mi cabeza, leyendo por encima de mis hombros.

—¿Es interesante lo que habéis leído? —Arqueé la ceja.

—Pues sí, la verdad —rio Becca.

—Venga, pues a trabajar que el banco no se lleva solo —protesté.

—Uy, qué genio. Y eso que Selene ha acertado otra vez —dijo Ruth.

—Eso ya os lo había dicho yo, que Selene siempre, siempre, acierta en todo lo que ve en sus cartas.

—Desde luego, después de esto, me hago mucho más creyente todavía —contestó Becca.

—Y yo —Ruth levantó la mano.

—Vas a tener que darnos su número de teléfono porque tal como dijimos, tiene a dos clientas fijas de por vida.

—Eso, a ver si un día nos sorprende y hasta nos da algún número de lotería —dijo Ruth, y las tres empezamos a reírnos, pero dobladas.

Capítulo 24



William

Había pasado otra noche de mierda pues, aunque disimulé con Logan, no era tonto y sabía que todo ese asunto podía no traerme nada bueno y complicarme la vida muchísimo.

Me disponía a salir hacia la oficina rezando por no cruzarme a Isla ni a Charlotte porque la cosa se había complicado con aquello que me reveló Logan y que me tenía de lo más ido. Me estaba volviendo loco con todo.

—Hombre, un vecino nuevo —escuché la voz de ella y contuve el aire justo cuando estaba a punto de alcanzar la calle donde me esperaban. Me había pillado, vaya suerte la mía.

—Buenos días —murmuré con una leve sonrisa intentando no frenar el paso. El asunto era ganar terreno, continuar andando, si bien ella se colocaba delante de mí, impidiéndome que avanzase.

—Me llamo Isla y soy masajista profesional. A los vecinos le hago buenos precios. También soy psicóloga, por si necesitas un 2x1 —dijo Isla en lo que entendí que estaba en una de esas múltiples personalidades.

—Gracias, pero no —le contesté con determinación, no dándole lugar a nada.

—¿Y por qué no? Oye, que te iba a hacer precio. De desagradecidos está el mundo lleno, ¿es que te crees por encima de los demás o qué?
—No me creo por encima de nadie. Solo es que tengo prisa. Y te agradecería que no levantases la voz.

—¿Quién está levantando la voz? ¡¡Con lo bajito que hablo yo!! —chilló a pleno pulmón.

—Te lo pido por favor, apártate y no chilles.

—¿Me crees una maleducada? ¡¡Maldito ricachón!! ¿Te crees mejor que yo solo porque tengas mucha pasta? Se te nota en la ropa. No soy tonta, yo estoy muy centrada, por eso soy psicóloga y también…

Vi la oportunidad de salir corriendo porque entrecerró los ojos para pensar en qué más era y la aproveché para

salir pitando. Me subí en el coche sudando.

—Sal cagando leches —le pedí muy nervioso a Logan.

—¿Qué te ha dicho?

—Que es masajista y psicóloga —bufé y me pasé la mano por la cara. Tenía la frente empapada, me ponía histérico esa tipa.

—Charlotte tiene un chollo con ella. Se está fundiendo el dinero y la tiene más abandonada que a un perro. Es mala, sigue siendo una pécora. La gente no cambia, ya lo sabes, salvo que sea para peor. Y esa ex tuya, que siempre fue más mala que un dolor de muelas, ahora se está luciendo del todo.

—Lo que me tiene todo loco es con el tema de haber comprado el piso en mí mismo edificio ¿Qué quiere de mí? Es que no lo entiendo.

—Solo espero que no caigas de nuevo, William. Te tuvo comiendo de su mano todos tus años de juventud y luego te dio el gran palo en cuanto le convino, no lo olvides nunca. Era mala todo ese tiempo, solo que tú no lo sabías hasta que te tuviste que enterar de la peor manera.

—No empieces, por favor. Me taladras mucho. No te das cuenta y sé que es por mi bien, pero me taladras, tío.

—No se te olvide por todo lo que te hizo pasar. Solo añadiré eso.

—¿Un café? Venga, que sé que nos vendrá bien a los dos. Necesito un poco de charla de un colega, no de un padre, ¿vale? Pues eso, que te invito a un café o a un buen desayuno, que tú a estas horas eres capaz de comerme a mí por los pies.

—Sí, hombre, como que no tendré cosas mejores que comerme. Viviré mejor sin conocerlos.

—Prefiero que no me des los detalles de eso, ¿un café entonces? —insistí porque tenía ganas de un ratito de expandir la mente.

—Por favor, eso no se pregunta —se desvió a la cafetería en la que solíamos desayunar.

—Se me está ocurriendo desaparecer el fin de semana con Nala. Quiero proponérselo. Le va a sorprender mucho. Nunca hacemos ese tipo de planes y creo que le encantará. Y en cuanto a mí, es que necesito un cambio de aires.

—Deberías de hacerlo. Al menos te servirá para evadirte unos días de todo lo que tienes encima. Y de apartarte de tu bloque, del pensamiento de Charlotte y de la madre que la parió —suspiró.

—No entiendo que quiere, la verdad —dije negando.

—Deja de darle vueltas, joder ¿No comprendes que te está llevando al mismo punto? Lo que quieres es volverte majara otra vez. Es una pécora retorcida, una jodida bruja por mucho que supongo que seguirá luciendo un envoltorio bonito. Todo para hacerte alucinar, una jodida droga es lo que es. Mala de condición, mala con avaricia —me soltó muy cabreado y hasta me causó risa su forma de decirlo.

Después de desayunar me llevó hasta las puertas de la oficina para dejarme allí antes de ir a hacerme unas gestiones.

—Buenos días, Olivia. ¿Te has hecho algún nuevo retoque estos días? Lo digo por si no me he dado cuenta y atentas contra mi vida —le guiñé un ojo porque no había sido muy cortés con ella los días anteriores y quería recuperar el buen tono.

—¿A ti te parece que este cuerpo necesite retoques? Estoy que crujo, William —se puso de pie y todo delante de mí para demostrármelo.

—No me tientes que todavía caes —la señalé con el dedo.

—Es que ya sabes que estoy….

—Comprometida, ya lo sé —le sonreí mientras apuraba el paso.

Luego llegué a mi despacho y Grace me dedicó una sonrisa.

—Tienes tus nuevos expedientes encima de la mesa, William. Y en un rato te paso el informe que estás esperando. Ewan le está echando un último vistazo.

—Ok, recuérdame todo esto si algún día te decides a dejar a ese novio tuyo con tanta suerte.

—No lo veo probable, aunque lo apuntaré en “Notas” en mi móvil. Y otra cosa, me alegra verte mejor hoy.

—Gracias, preciosa.

No es que estuviese mejor, pero la idea de un fin de semana lejos de Edimburgo y con Nala me agradaba bastante. Y eso hizo que tratara de llegar con mejor cara y pareciéndome más al William de siempre.

Traté de concentrarme un poco y de no pasarme con nadie, porque estaba de los nervios y en más de una ocasión en aquellos días lo pagué con quien tenía a mano y no debía. Notaba cómo me miraban, todos se estaban dando cuenta de que no era el William de siempre, que algo me tenía demasiado alterado.

Una vez tranquilo en el despacho me decidí a hacerle la propuesta por mensaje.

William: *Buenos días, Nala. Estaba pensado si te apetecería que nos fuésemos el fin de semana a una escapada por Europa. Por supuesto, todos los gastos corren por mi cuenta.*

Comprobé que no tardó en leerlo, pero debía estar ocupada, ya que me había dejado en visto. No creía que hubiese ningún problema por su parte y esperaba que así fuera porque no solo me apetecía cantidad, sino que necesitaba esa escapada.

Primero me entretuve con los expedientes y luego llegó Grace con el informe revisado por Ewan.

—Aquí lo tienes, calentito, recién salido del horno —se refirió al informe—, igual que este café que me he permitido traerte.

—¿De verdad que no te planteas dejar a tu novio? No creo que te merezca, Grace.

—Lo que no me merezco es tener que aguantarte todos los días, William —me sonrió contenta. Sabía que no era yo cuando no le decía esas cosas.

A continuación, y dando sorbos a la taza de delicioso café, revisé unos emails para contestarlos y me fijé en los gráficos, ya que había unos picos al alza muy grande en los últimos días. Estábamos teniendo un año inmejorable y eso me hacía sentir de lo más satisfecho y orgulloso de todo lo que había conseguido a base de esfuerzo y constancia.

Se trataba de una noticia fantástica y de un motivo más para celebrar en el que esperaba fuera un fin de semana diferente.

La vibración del móvil me hizo girar la cara y comprobar que me había respondido.

Nala: *Buenos días, William. Esperaba que me lo pidieras, me lo dijo la vidente…*

William: *Al final voy a tener que ir a visitarla. Entonces, ¿te apetece?*

Nala: *Siempre que no me eches de la habitación a las cuatro de la mañana.*

William: *Tranquila, eso no pasará. ¿Lo tomo como un sí?*

Nala: *Si quieres puedo pedir la mañana del viernes. Tengo días.*

William: *Pues no se diga nada más. Nos vamos el viernes a primera hora. Cuando tenga claro los vuelos, te*

digo a qué hora paso a recogerte.

Nala: *Te vas a enamorar y lo sabes…*

Me hacía gracia que se atreviera a decir esas cosas, pero bueno, si ella prefería creer a una loca que le sacaba el dinero a la gente a costa de crearle ilusiones, no era nadie para prohibírselo y más cuando la había avisado de lo que había.

Lo cierto es que continué trabajando muy animado. El hecho de que le apeteciera venir conmigo y saber que viajaría en la mejor de las compañías, me animó mucho.

Ese mediodía pasé a almorzar por casa de mis padres y después me dirigí hacia la mía. Entonces volví a ver a Isla y me eché a temblar.

—Buenas tardes, me llamo Isla y soy vendedora de alarmas. ¿Tienes una en tu ático?

—¿Y tú cómo sabes que vivo en el ático?

—Yo qué sé, me lo habrá dicho un pajarito —se hizo la tonta.

Una buena pájara era ella. No negaba yo que tuviera múltiples personalidades, pero en algunos momentos también se aprovechaba porque me había conocido y eso indicaba que se acordaba de lo vivido conmigo.

—Pues dile a ese pajarito que mi ático ya está bien protegido.

—Eso lo tengo que comprobar. Vamos a pasar y te hago una inspección. Digo… Que se la hago a tu sistema de alarma —corrigió enseguida.

—Va a ser que no. Tengo que hacer ejercicio.

—De puta madre. Conmigo te vas a hartar. Hasta sentadillas puedes hacer mientras nos damos el lote.

—¡Qué no, Isla! Qué no.

—Dios, qué tío más sieso. ¡¡Qué te den bien dado!!

Salió corriendo que se las pelaba. Menudo cabreo que llevaba encima. Era de temer. Cuando llegué a la puerta de mi ático, hasta miré hacia todos los lados antes de entrar por si aparecía y se me colaba de un salto. Miedito me estaba dando.

Por suerte no lo hizo y cerré la puerta corriendo. Era para entrar en pánico. Algo así solo podía haber entrado en

mi vida de la mano de Charlotte, qué duda cabía.

Estaba rayado con todo. Sentía como, si de repente, mi ex me hubiese robado la paz con su presencia, porque ella no estaría, pero me había metido a la prenda de su prima en el bloque y eso significaba tener al enemigo en casa.

Me senté un poco en el sofá y traté de cerrar los ojos un rato. Estaba descansando fatal y no quería llegar muert en vida a ese fin de semana para el que necesitaría tener las pilas a tope porque Nala se lo merecía.

mi vida de la mano de Charlotte, qué duda cabía.

Estaba rayado con todo. Sentía como, si de repente, mi ex me hubiese robado la paz con su presencia, porque ella no estaría, pero me había metido a la prenda de su prima en el bloque y eso significaba tener al enemigo en casa.

Me senté un poco en el sofá y traté de cerrar los ojos un rato. Estaba descansando fatal y no quería llegar muerto en vida a ese fin de semana para el que necesitaría tener las pilas a tope porque Nala se lo merecía.

Capítulo 25



William

La recogí el viernes a primera hora. Parecía una muñequita mientras me esperaba con su maleta, su faldita mini, sus botas altas y aquel chaquetón de pelito que le sentaba de lujo, todo perfectamente coordinado. Hasta llevaba un gorrito de esos con un borlón a juego con los guantes.

Le dediqué una sonrisa mientras le abría la puerta del coche. Estaba decidido a que Nala viviese conmigo un fin de semana de ensueño que, al mismo tiempo, me ayudaría a olvidarme de Charlotte y de todas esas ideas relacionadas con ella que tanto me atormentaban.

—Qué caballeroso —me dijo mientras me daba un beso en la mejilla.

—Ven aquí —la cogí por la cintura y le di un beso en los labios que la sorprendió.

—¿Y esto a qué se debe?

—Vaya, por una vez te he pillado fuera de juego, ¿esto no te lo contó la vidente?

—No, tantos detalles no me da. Pero todo lo que me va diciendo se cumple, incluido lo de este viaje tan chulo con destino desconocido, ¿puedo saber a dónde vamos?

—A Roma, nos vamos a Roma.

—¡¡Guauuu!! ¡¡Pero si tenía muchísimas ganas de viajar allí!! —exclamó, montándose con el coche y con los ojos tan abiertos que más aspecto de muñequita le daban todavía.

—Me lo comentaste un día, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo que me sorprende es que lo recuerdes, aunque también eso me lo dijo…

—Ya, la vidente, ¿y qué más te dijo?

—Más cosas, lo que pasa es que como te burlas de ella no te mereces que te las cuente. Arranca ya, ¡¡que me muero de ganas de llegar a Roma!!

Le sonreí. Estaba verdaderamente atacada de los nervios y me parecía aún más deliciosa de lo habitual, que ya es decir.

Se mostró entusiasmada como una niña pequeña durante todo el vuelo y al llegar y comprobar el lujoso hotel en el que nos alojaríamos, encima de la Plaza de España y a tan solo unos minutos de la *Fontana di Trevi* y de la mayoría de las atracciones turísticas de la ciudad, se llevó las manos a la cara.

—¡¡Eso es un sueño!! Muchas gracias, de verdad. Debe costar un riñón cada noche.

—Entre los dos tenemos cuatro riñones, pero en realidad solo pasaremos dos noches, creo que nos sale a cuenta —me burlé.

—En serio, muchas gracias.

—No tienes que darlas. En realidad, estoy muy contento de que hayas venido conmigo —le confesé mientras la abrazaba.

—Espera, espera porque tiene que haber truco… ¿quién eres tú y qué has hecho con William? —me preguntó súper extrañada.

—¿Me tienes por un ogro o qué?

—No, pero tampoco por el hombre más romántico del mundo. Te recuerdo que me sueles devolver a casa a las cuatro de la mañana. Y no lo haces como la Cenicienta, a las doce, porque no te conviene, que si no…

—Todo puede cambiar, ¿no crees?

—En realidad sí que lo creo, pero no porque me lo digas tú.

—Déjame adivinar.

—Yo sí la creo, a la vidente. Me dijo que en el fondo serás romántico conmigo.

—¿Muy en el fondo o más en la superficie? ¿Qué es lo que te dijo exactamente?

—Pues mira, en realidad me dijo que te burlas de todo porque llevas una coraza puesta, William Cameron —pronunció muy solemne mi nombre con mi apellido.

—¿Rollo caballero armado? Porque yo solo tengo un arma y, si te digo la verdad, está deseando dispararse —le confesé porque ya estábamos en la habitación y me resultaba irresistible.

—Pues enfúndala, que me muero por recorrer Roma —se llevó la mano al pecho, muy teatrera.

—Si me lo pides así, no me puedo negar.

—¿En serio? Este va a ser un chollo de fin de semana.

—No te pases…

—Ya o me darás unos azotes. Si estoy acostumbrada, anda que no me pones el culo colorado ni nada —me sonrió mientras tiraba de mi mano y me sacaba en dirección al pasillo.

Tuvimos la suerte de que el tiempo acompañaba. Habría sido una pena tener que visitar Roma con ella y con un paraguas en la mano. En su lugar, hasta se quitó el gorrito porque allí las temperaturas eran más suaves y comenzó a mirarlo todo con esos ojos curiosos y que tanto le brillaban.

—Es que es como un lugar mágico —decía mientras no perdía detalle de la Plaza de España.

—Eso mismo dicen de ella, aunque en realidad Roma entera está plagada de rincones mágicos. Cada vez que doblas una esquina, te encuentras uno.

—Pues entonces, lo que quiero es dar vueltas y vueltas contigo —comenzó a darlas y la cogí en brazos.

Ella echaba su larga melena pelirroja hacia atrás. La llevaba perfectamente alisada y lucía como un precioso manto que brillaba con los rayos solares mientras girábamos.

—¡¡Soy la reina del mundo!! —chilló feliz.

Lo estaba y lo mejor era que me lo contagiaba. Pensaba centrarme mucho en ella, hacer todo lo posible para que se sintiera muy contenta. No solo porque se lo merecía, sino porque necesitaba quitarme cosas de la cabeza y así me resultaría más sencillo. Todo con tal de no pensar en Charlotte y en eso que traía entre manos. Logan tenía razón en que era muy tóxica y no podía permitir que me la volviese a pegar otra vez.

De allí nos fuimos dando un paseo a la *Fontana di Trevi*, ese lugar imperdible de Roma que estaba deseando ver. Cuando llegamos, la noté muy emocionada.

—No me extraña que la consideren la fuente más hermosa del mundo. Qué sitio tan maravilloso —murmuró súper emocionada, con el rumor del agua cayendo de fondo.

—Me alegra que te guste tanto —le acaricié la cara mirándola fijamente mientras ella hacía lo mismo con la fuente.

—Voy a tirar unas cuantas monedas…

—¿Cuántas? —le pregunté arqueando una ceja, curioso.

—Lo sabes… Tres para casarme con la persona que conocí.

—¿La persona que conociste dónde? —Me hice el tonto y me puse a mirar por todas partes.

—Da igual… Me voy a casar de todas maneras. Eso también me lo dijo la vidente.

La abracé fuerte. Era un amor de niña y te soltaba todo lo que pensaba sin filtros. Era muy auténtica y no había nada enrevesado en ella.

Buscamos un lugar donde almorzar en la Plaza de la *Fontana di Trevi*. Era lo mejor de llegar temprano a una ciudad, que contabas con muchas horas por delante. Por eso volamos muy temprano.

Ambos teníamos apetito. A mí me lo estaba despertando ella y no solo porque tuviera ganas de comérmela, sino porque su alegría, esa tan contagiosa, me devolvía las ganas de vivir y de disfrutar de todo. Y ya se sabe que Roma es un verdadero lujo para los sentidos en general y también, por tanto, para el del gusto, porque sus platos son realmente exquisitos.

Pedí vino blanco. Me recomendaron el de una cosecha que tenía que probar y no dudé en hacerlo.

—¿Sabes que esa botella vale la mitad de lo que gano en un mes? —me preguntó.

—¿Sabes que pagaría el doble de su precio por tomármela aquí contigo?

—De verdad que a mí no me engañas, ¿qué has hecho con el verdadero William Cameron? ¿Dónde lo escondes? —Se puso a buscar. Lo que encontró fue un perrito y se derritió con él— Ay, por favor, qué cosa más chiquitina. Y el pobrecito estará abandonado.

—¿Con ese collar y tan limpio como está? Lo dudo mucho.

—Ay, es verdad. Sí, ahí viene su dueña corriendo. Cuánto me alegro por él.

Era buena. Se le notaba en cada gesto. Y además era inocente. No era lo común en el ambiente en el que me moví siempre. Eso me atraía mucho de Nala.

Pedimos lo más típico, pero a la vez lo más delicioso y lo que ella deseaba: espaguetis a la carbonara, pizza Margarita y dos enormes helados de postre; el suyo de fresa y el mío de pistacho.

Con todo ello cogimos la suficiente energía como para pasear por el centro de Roma toda la tarde. La llevaba de la mano y me la apretaba fuerte. Se la notaba realmente encantada.

En cada lugar quería que le hiciese fotos, aunque enseguida me terminaba convenciendo para hacernos algunos selfis también. Y hasta les pedía a otros turistas que nos hicieran algunas fotos a los dos.

Muy cómica, y ya con su gorrito colocado otra vez, se ladeaba y levantaba una pierna, dándome un beso en la cara. En una de ellas la sorprendí y, mientras un chico nos la hacía, me volví y le planté un besazo en todos los morros. Entonces, como era típico en Nala, se sonrojó tanto que salió en la foto con las mejillas como dos amapolas.

Todo le encantaba y en el Coliseo flipó. Cada uno de sus gestos me resultaba un regalo. Se lo estaba pasando de cine y eso era lo que le deseaba.

Al final de la tarde, buscamos otro restaurante ideal en el que cenar. Ya comenzaba a refrescar y aunque disfrut muchísimo de la cena, reconozco que estaba deseando llegar al hotel para hacerlo de ese postre, ella, con el que antes pasé por la ducha y allí comenzaron esos momentos intensos que estaba deseando vivir con Nala desde por la mañana.

Me ponía muchísimo su cuerpo, pero, sobre todo, su actitud tímida con esos gestitos que me seguía dedicando. Esa noche no dudé en mostrarle esa sonrisa cómplice que me causaba ni tampoco evité ser efusivo en la cama, llegándose a escuchar alto y claro mis jadeos y ese rugido final por mi parte tras el cual nos dispusimos a descansar después de un buen rato enganchados.

—Me gusta eso de hacer la cucharita —murmuró entonces como dejándolo caer.

—¿Y eso cómo es? —Me hice el tonto.

—Eso es que me abrazas por detrás y… ¡¡Oye, que te estás quedando conmigo!! —me dio un golpecito en el brazo.

No vacilé a la hora de darle ese gusto que también lo fue para mí, por qué negarlo, y me dormí abrazándola con todas mis ganas después de que ella hubiera caído rendida antes.

Capítulo 26



William

—*Buongiorno, signorina* —murmuré mientras le acariciaba el pelo en el momento en el que despertó.

—Buenos días, William, ¡qué bien he dormido! —Se desperezó.

No le dio tiempo a decir nada más porque no solo yo quería saludarla, sino también esa otra parte de mi cuerpo sobre la que no tenía control y que iba por libre a esa hora de la mañana.

No por eso fui al grano. Mi erección era evidente, aunque lo primero que hice fue hundir mi rostro en su entrepierna, la cual encontré todavía más exquisita a esa hora de la mañana.

Sus gemidos intermitentes también me resultaron deliciosos, Nala se agarraba a las sábanas. Sus senos subían y bajaban a consecuencia de esa respiración entrecortada. Tenía una vista privilegiada desde el sur de su ombligo, donde me encontraba.

Extendí mis brazos para estimular sus pezones, los cuales se mostraban erizados, y los endurecí por completo. Ella gimoteaba hasta que le pasó y entonces no dudé en preparar mi estoque para entrar en su lubricada vagina, en la cual me habría quedado el día entero de no ser porque deseaba seguir enseñándole Roma para que se marchara de allí con un montón de recuerdos imborrables.

Al rato salimos a la calle. Iba ideal con unos pantalones vaqueros pitillo, unas zapatillas botas Vans, una sudadera y un plumífero rosa del mismo color que las zapatillas. Siempre conjuntada, impecable, juvenil e ideal.

Tras el desayuno, que hicimos en el hotel porque no pudimos resistirnos a ese festín, salimos a la calle. Solo le faltaba dar saltitos de alegría. No podía mostrarse más contenta.

Pasaríamos el día entre otro buen montón de visitas. Ya volvía a disfrutar de su contagioso entusiasmo.

—¡¡Foto, foto!! —me pidió en cuanto vio una Vespa en color rosa que hacía juego con su outfit.

Estaba monísima y no le hice una, sino un verdadero reportaje porque más graciosa no podía aparecer. Además,

dio la casualidad de que llegó su dueña con el casco en la mano, también en rosa, y se lo dejó.

—¿No parezco una chincheta? A ver si me va a hacer mucha cabeza —me decía.

—Que no, que estás muy bonita.

—Eso te lo diré cuando las vea, trae —me quitó el móvil y asintió, tras darle las gracias a la chica.

—Confía en mí…

—Sí que tienes arte como fotógrafo. Las imprimiré y haré un collage con ellas. Te has ganado un premio —me dio un besazo.

—Mis fotos valen más que un beso, espero que lo tengas en cuenta esta noche para darme lo mío —la piqué.

—Vale, pero no sé qué me vas a pedir, que luego me entran los nervios —se ruborizó.

—No te preocupes, que te entrarán bastante más cosas aparte.

Causé su risa nerviosa. En eso no cambiaba y esperaba que tampoco lo hiciera en el resto de las cosas porque más linda no podía ser.

En muchos momentos me resultaba inevitable que se me viniese Charlotte a la mente. Ya había explicado, además, que la edad de Nala me recordaba a mi ex de joven, a cuando estábamos juntos, a la Charlotte de la que me enamoré hasta las trancas. Cuando me pasaba, trataba de sacudírmela de la mente para que no empañara eso tan bonito que estaba viviendo con la pelirrojilla en aquellos días en Roma.

Hay entornos únicos en el mundo y la capital de Italia, sin duda, es uno de los que más. Durante aquel sábado pensaba recorrer con ella varios puntos de la ciudad, pero dedicándole especial atención al Vaticano porque es un sitio que lo merece.

Ya desde que entramos en la Plaza San Pedro iba con la boca abierta. Roma la estaba cautivando y aquel lugar en particular ayudaría a que se quedara prendada del todo.

Después recorrimos la Basílica de San Pedro juntos con los Museos Vaticanos y la noté temblar de emoción cuando entramos en la Capilla Sixtina, una de las grandes obras de arte de la historia de la humanidad.

—Sabía que me gustaría, pero me he quedado loca, loca —decía al salir con dirección a los Jardines Vaticanos y a mí se me erizó el vello a recordar a Isla, que esa sí que estaba de atar.

Entre tanta planta parecía una flor más, aunque me atrevería a decir que la más bella.

—Quédate ahí, que estás preciosa —le indiqué cuando se agachó para oler unas flores.

Ladeó el rostro y me dedicó una sonrisa dulce que sacó la mía.

Terminamos nuestro recorrido y nos fuimos a almorzar al *Trastevere*, una de mis zonas preferidas para hacerlo, por la que también paseamos, tomamos café, comimos helado…

Estábamos tan llenos que ni ganas de cenar teníamos horas después, pero pasamos por el hotel para darnos una ducha y asearnos. Sería nuestra segunda y última noche en Roma y salimos con la intención de tomar una copa.

Apareció deslumbrante con un vestido negro de mangas, muy juvenil, largo y con un cinturón ancho que entallaba su cintura. Tenía un bordado por el escote y era rematadamente sexy, tanto como la chica que lo lucía.

Se dio una vueltecita delante de mí.

—Te lo has ganado —le di un buen azote en el culo.

—¿Y eso por qué?

—Eso por provocadora —le aseguré, mientras le daba un empujoncito para que sus zapatos de tacón, que hacían su figura todavía más sensual, la llevasen a caminar hacia la puerta.

El ambiente era más que festivo en el centro de Roma y en sábado noche. Entramos en un par de sitios donde bebimos, bailamos y derrochamos sensualidad, puesto que cada vez que nuestros cuerpos se acercaban tanto, saltaban chispas.

No nos recogimos demasiado tarde porque no era dormir precisamente lo que haríamos. La cogí en brazos ya desde antes de llegar al hotel porque decía que le dolían los pies y la metí así en el ascensor.

Iba achispada por las copas y eso la hacía actuar un poco más alocadamente que en otras ocasiones. Por fortuna no tanto como Isla, que hubiera sido la que faltase allí.

La metí en la habitación y cerré la puerta. No mostraba tanta vergüenza en una noche en la que se desnudó poco a poco, mostrándome su lado más fogoso, y en la que terminé haciéndola mía mientras la pasión se cocía a fuego lento, todo ello antes de volver a complacerla mientras dormíamos juntos.

Por la mañana, me puso un puchero al abrir los ojos.

—¿Qué te ocurre, preciosa?

—Que hay que regresar hoy.

—Ya, porque tu vidente no te dijo nada de que pudiésemos alargar el viaje y convertirlo directamente en una luna de miel, ¿no?

—¿Ya te estás burlando de mí? Pues que sepas que habrá boda con todos sus avíos y hasta luna de miel.

—¿De las empalagosas o de las normales?

—¡¡Te lo has ganado!! —Me tiró una de las almohadas de la cama con todas sus ganas a la cara.

—¿Quieres guerra? ¡¡Acabas de desatar a la fiera!!

—¿A cuál de ellas? —Me señaló porque la de abajo también parecía estar en pie de guerra.

Para qué me dijo nada. La aprisioné entre mis brazos y no la dejé salir de ellos hasta que un rato después llegamos al clímax los dos.

Tras el desayuno, nos dispusimos a pasar nuestro tercer y último día en Roma en la que había sido una escapada más estupenda aún de lo que imaginé cuando se la propuse.

n

No es que me hubiese servido para olvidarme del tema de Charlotte porque eso me resultaba imposible, pero sin duda me despejó muchísimo la cabeza.

De todo lo que vimos ese día, le entusiasmó el Barrio Judío y luego dedicamos un rato a las compras.

Ya he comentado que no era nada interesada y, por esa razón, me costó lo mío convencerla para que aceptara aquel caro bolso de marca que abrió sus ojos como platos al verlo en un escaparate, ante el cual se quedó hipnotizada.

, Entré sin más a comprarlo, por mucho que se resistiera.

—Si es que no me lo puedo creer, esto es demasiado. No busco que me regales nada.

›

—Es que, si lo buscaras, no lo haría. Eso es lo que me vale de ti, que puedo darte cosas sin que esperes nada.

—Es una sorpresa demasiado bonita, no puedo aceptarla.

—¿Una sorpresa? ¿No te lo dijo tu vidente? Mira que me extraña…

—Y a mí me extrañaba que no la hubieses mencionado ya.

A media tarde estábamos en el aeropuerto y la tenía abrazada a mí.

—Gracias, de verdad, por unos días maravillosos. Me llevo mil recuerdos vividos y un bolso que vale lo que la entrada de un piso —me sonrió.

—Lo único que tiene valor de este viaje es lo que me has dado, gracias a ti.

La acaricié todo el tiempo durante el vuelo. Incluso se quedó dormida por el cansancio acumulado en los que fueron unos días muy intensos. Llegué a besarle la cabeza en esos momentos y entreabrió un ojo.

—¿Me estás besando mientras duermo?

—Se me habrá escapado —le sonreí.

—Eres de lo que no hay, William.

—Duerme un poco, descansa…

La abracé hasta que aterrizamos porque no volvió a desapestarse. Era muy joven y estaba cansada. Yo también lo estaba, pero de los jueguecitos turbios de Charlotte, en los que no pensaba entrar.

La dejé en su casa y me despidió con un beso en los labios.

—Ya me llamas, ¿vale? —me pidió.

—Claro, ya te llamo, guapa.

—Tú también eres muy guapo, William. Y en este viaje me has demostrado que no solo por fuera.

—Entra ya, anda, que me quede tranquilo.

—¿No te quedas tranquilo si no me ves entrar? —me preguntó sorprendida.

—No quieras saber tanto, pequeña. Entra ya —le sonreí al insistir.

A media tarde estábamos en el aeropuerto y la tenía abrazada a mí.

—Gracias, de verdad, por unos días maravillosos. Me llevo mil recuerdos vividos y un bolso que vale lo que la entrada de un piso —me sonrió.

—Lo único que tiene valor de este viaje es lo que me has dado, gracias a ti.

La acaricié todo el tiempo durante el vuelo. Incluso se quedó dormida por el cansancio acumulado en los que fueron unos días muy intensos. Llegué a besarle la cabeza en esos momentos y entreabrió un ojo.

—¿Me estás besando mientras duermo?

—Se me habrá escapado —le sonreí.

—Eres de lo que no hay, William.

—Duerme un poco, descansa…

La abracé hasta que aterrizamos porque no volvió a desapestarse. Era muy joven y estaba cansada. Yo también lo estaba, pero de los jueguecitos turbios de Charlotte, en los que no pensaba entrar.

La dejé en su casa y me despidió con un beso en los labios.

—Ya me llamas, ¿vale? —me pidió.

—Claro, ya te llamo, guapa.

—Tú también eres muy guapo, William. Y en este viaje me has demostrado que no solo por fuera.

—Entra ya, anda, que me quede tranquilo.

—¿No te quedas tranquilo si no me ves entrar? —me preguntó sorprendida.

—No quieras saber tanto, pequeña. Entra ya —le sonreí al insistir.

Capítulo 27



Nala

Aquel había sido un viaje realmente único y especial, en el que como le dije a él, conocí a un William diferente.

Y sí, llegados a ese punto en el que me encontraba de lo que no debería ser más que una relación de sexo entre dos adultos sin más pretensiones que esas, estaba enamorada de William Cameron hasta el tuétano.

Suspiré mientras me tomaba el café de la mañana antes de ir a trabajar, y aunque a mi madre no le conté nunca nada de los motivos reales que me hicieron aceptar un trabajo tan lejos de ellos, y que tampoco le hablaba de William, en ese momento necesitaba hablar con ella.

Así que no lo dudé, sabía que estaría desayunando igual que yo, e hice esa videollamada.

—Cariño, buenos días. ¿Pasa algo? Es temprano para que nos llames.

—No, mamá, no pasa nada. Es solo que… bueno, me apetecía verte y hablar contigo.

—Ay, mi niña. Yo también te echo de menos, que sé que es eso lo que te pasa —sonrió y vi que cogía su taza de café para dar un sorbo.

—Vaya, veo que desayunas en la taza que te envié —sonreí.

—¿Qué pensabas? Claro que desayuno en ella, me gusta leer cada mañana esta frase.

Volví a sonreír porque la taza se la envié como regalo del día la madre, y la frase a la que se refería era una que pedí personalizada y que rezaba así:

“Mamá, no olvides nunca que no hay distancia posible que me haga dejar de quererte”

Lo que lloró cuando la vio, que mi padre me hizo la videollamada para que la viera.

—Algo te preocupa, ¿verdad? —dijo.

En serio, ese superpoder de madre era una pasada, porque no necesitaban más que un vistazo rápido a sus hijos para saber que le ocurría algo.

—Puedes cotármelo, estamos solas —siguió hablando—. Tu padre se ha ido antes porque tenía reunión con algunos profesores.

—No me preocupa nada mamá, estoy bien —sonreí.

—Bueno, vale, pero que no se te olvide que cuando necesites hablar, aquí estoy, ¿de acuerdo?

—Lo sé. ¿Qué tal por allí?

—Como siempre, liados con las clases, la casa, ah, y el otro día tu padre me llevó a cenar a un restaurante que le había comentado uno de los profesores que estaba muy bien.

—¿Cuánto hacía que no ibais a cenar?

—Uf, por lo menos… tres meses —sonrió—. Pero que en casa también estamos bien, alguna noche me cocina él.

—¿Cocina o pide comida?

—Lo segundo —rio—. La última vez que lo dejé meterse en la cocina, acabamos llamando para que nos trajeran cena del chino. Se le quemó el asado y aquello olía a chamusquina, qué penita me dio ver el pollo todo negro carbón.

Sí, eso justo era lo que necesitaba, hablar con mi madre y que me contara algunas de esas cosas que ella vivía con mi padre o sus alumnos en el día a día.

Después de hablar con ella y terminar el café, me vestí y fui hacia el trabajo, no sin antes pasar por mí café en la cafetería de Sam.

Cuando entré en la sucursal del banco vi a las chicas sonreír de oreja a oreja, lo que me hacía intuir que ellas, al igual que yo, tenían algo que contarme.

Estaban atendiendo a unos clientes y dado que era lunes, como todo inicio de semana después de dos días sin abrir, había bastante trabajo que hacer.

—Nala —miré hacia el despacho de Colin mientras me quitaba el abrigo, y me hizo un gesto con la mano para

que fuera.

Encendí el ordenador y fui al despacho de Colin, que me esperaba con una carpeta en la mano.

—Necesito que me eches un cable, Nala.

—Por la cara que tienes, diría que te está volviendo loco desde hace días —dije cogiendo la carpeta.

—Desde el viernes concretamente. Mira esos números —señaló hacia mi mano, abrí la carpeta y vi el descuadre que era más que evidente—. No sé dónde está el error, pero me voy a volver loco. A modo de favor mi vecina, la dueña del restaurante, me ha pedido que eche un vistazo a su contabilidad porque no se fía del gestor que tiene.

—Hombre, si hay este descuadre, no me extraña.

—Lo he revisado desde el viernes y te juro que no he dado con ello.

—Vale, voy a echar un vistazo a ver si eso de que cuatro ojos ven mejor que dos es cierto —sonreí.

—Y más los tuyos que vienes de tres días de descanso.

—Te digo algo cuando encuentre.

—Gracias, no es tu trabajo, pero…

—Eh, que todos necesitamos una ayudita de vez en cuando —le corté.

Volví a mi mesa y como las chicas iban a estar la mar de entretenidas atendiendo, me centré en esa contabilidad durante toda la mañana, ni tan siquiera fui a tomar café, ya que me lo trajo Becca, y cuando di con el descuadre se lo llevé a Colin marcando el punto exacto.

—O sea, que es el propio gestor de su empresa el que está desviando fondos, qué cabrón —resopló.

—Ya ves, se está llevando un sobresueldo.

—Ese está en la calle mañana mismo. Gracias, Nala.

—No hay de qué. Ahora me voy a comer, que tengo antojo de asiático —sonreí.

Las chicas empezaron a recoger sus cosas al igual que yo, y en cuanto salimos me cogieron cada una de un brazo para empezar a caminar hacia el restaurante asiático.

—Vamos, cuenta, ¿qué tal el viaje? ¿Dónde fuisteis? —preguntó Ruth.

—A Roma —sonreí.

—¡Toma ya! Eso sí que es un viaje romántico, chica. ¿Y qué tal?

—Perfecto, fue un viaje perfecto. Paseamos, comimos.

—Os comisteis —añadió Becca y reíamos las tres.

—También, también —me sonrojé—. En serio, fue un viaje perfecto. Os aseguró que conocí otra faceta de ese hombre que me encantó, de verdad.

—Se te ve en la cara, tienes un brillo en la mirada que lo dice todo —sonrió Ruth.

—Incluso en los momentos íntimos, fue…

—Madre mía, has vuelto aún más enamorada —dijo Becca.

—Pues sí, mucho más. Y, no sé, tengo la sensación de que algo en él también ha cambiado.

—Igual se ha dado cuenta por fin de que eres la mujer de su vida, ¿no te lo dijo Selene? —dijo Ruth mientras entrábamos en el restaurante.

—Sí, y sé que caerá, se lo he dicho a él miles de veces y se ríe de mí por creer en la vidente.

—Déjame el móvil, que lo llamamos ahora mismo y le contamos que la vidente no miente.

—No me digáis que este fin de semana ha ocurrido algo, Becca.

—Y tanto qué sí —rio.

Nos sentamos, pedimos arroz tres delicias, rollitos de primavera y pollo al limón, así como vino, y mientras esperábamos todo me pusieron al día.

—El viernes salí a cenar con Nolan, pensé que iríamos solos, pero me dijo que la canguro le había fallado y tenía que llevar a Eric. A mí me dio penita y pensé mejor que, si quería, podíamos quedarnos en su casa, así que allí que me fui con ellos.

—Y con el perro, no te olvides del perro —dijo Becca.

—Como para olvidarme de él, si nada más verme se puso a dos patas y me saludó con las delanteras en los hombros. No me tiró de culo al suelo porque el niño vino a salvarme.

—Te has ganado al perro, y al niño, el padre es pan comido —reí.

—Preparamos entre los tres unos sándwiches con queso y patatas fritas que le apetecían a Eric, y pusimos una película. Mientras nos tomábamos una copa el peque se quedó dormido en el sofá apoyado en mi hombro, era tan tierno verlo —sonrió con ojitos soñadores—. Nolan se disculpó, lo llevó a la cama y cuando volvió al salón, pues…

—Os disteis unos besos y a la cama a dormir calentitos —rio Becca.

—Sí —Ruth se sonrojó—. No sé qué pasó, pero incluso él me dijo que era como si nos conociéramos de antes.

—El Universo y Selene, que son muy listos —comenté.

—Pues sí, que yo también tengo que confesar que me lie con el abogado —dijo Becca—. Nos intercambiamos los teléfonos desayunando el viernes, por la noche me escribió y estuvimos hablando bastante rato, al final me propuso cenar el sábado, fuimos a un italiano, tomamos una copa y acabamos en su casa.

—¿Sabéis qué os digo? Que ole por las dos —sonreí—. Quién sabe, quizás sean los hombres de vuestra vida.

Brindamos, seguimos comiendo y me pidieron todo lujo de detalles del que había sido sin lugar a dudas un viaj
que nunca iba a olvidar.
Les enseñé muchas de las fotos que me hice, les gustaron mucho las que tenía con la Vespa rosa.

La verdad es que no podía no hablar de ese viaje porque había vuelto no solo mucho más enamorada de William, si es que eso era posible, sino que me quedarían un montón de bonitos recuerdos con él para siempre.

Recordaba cada una de sus miradas, el modo en el que sus ojos azules me observaban cuando estábamos en la cama, por muy nerviosa que me pusiera mirarlo tan fijamente, sus caricias, cómo me besaba.

Y sí, atesoraría durante el resto de mi vida ese modo de abrazarme en la cama, sentir el latido de su corazón en mi espalda y el calor de su cuerpo rodeando el mío hasta que me quedé dormida.

Lo amaba, no había más, estaba enamorada de él y esperaba que ese viaje nos hubiera unido más.

Después de comer nos despedimos en la calle hasta el día siguiente y me fui para casa, quería darme una ducha caliente, ponerme el pijama y descansar un poco, pues a pesar de lo bonito que había sido el viaje con William, si

duda también fue un poquito agotador.

Tras esa ducha en la que noté cómo todos los músculos de mi cuerpo se relajaban, me puse uno de mis pijamas calentitos y cogí el móvil para enviarle un mensaje mientras me calentaba una sopa para la cena.

Nala: *Buenas tardes William. Sé que ya te lo dije varias veces, pero quería hacerlo una última vez. Gracias por un viaje tan bonito y especial, no lo olvidaré nunca.*

Y no, no contaba con que me respondiera, así que dejé el móvil en la mesa y me olvidé de él mientras cenaba y veía una película, una que no podía ser otra que una de esas historias de amor, pues de ese viaje había vuelto sensible, además de enamorada.

duda también fue un poquito agotador.

Tras esa ducha en la que noté cómo todos los músculos de mi cuerpo se relajaban, me puse uno de mis pijamas calentitos y cogí el móvil para enviarle un mensaje mientras me calentaba una sopa para la cena.

Nala: *Buenas tardes William. Sé que ya te lo dije varias veces, pero quería hacerlo una última vez. Gracias por un viaje tan bonito y especial, no lo olvidaré nunca.*

Y no, no contaba con que me respondiera, así que dejé el móvil en la mesa y me olvidé de él mientras cenaba y veía una película, una que no podía ser otra que una de esas historias de amor, pues de ese viaje había vuelto sensible, además de enamorada.

Capítulo 28



William

Aquel día llegaba a casa tras almorzar con Logan. Nos habíamos pedido un chuletón impresionante en el restaurante de Edimburgo en el que servían la mejor carne y me encontraba un tanto pesado.

Soñaba con echarme un rato en mi sofá cuando la vi venir a toda velocidad hacia mí. Parecía que notaba mi presencia, Isla era un peligro en potencia.

Me metí en el ascensor a toda pastilla y comencé a darle con todas mis ganas al botón que me conduciría al ático, al único refugio en el que no podría entrar porque la puerta no se la abría ni majara. Ya lo había intentado con todo tipo de excusas.

—¡¡Tú, tú, tú!! —chilló mientras metía el brazo para evitar que la puerta se cerrara.

—¡¡Hostia!! —chillé en ese momento mientras ella se colaba de un salto.

—No te quejes tanto, que no sabes lo que vengo a darte. Cuando te enteres, te vas a volver loquito por mí.

—No me hagas reír y si me quejo es porque me has metido el dedo en el ojo, qué dolor.

—Pues tienes suerte de que me tenga que cortar las uñas por indicación del médico, que si no te lo hubiera sacado.

—Para que no arañes, ¿no?

—Obvio, que soy peor que una leona en celo —hizo como que me iba a dar un zarpazo y di un salto para atrás, que un poco más y parto el espejo que me quedaba en la espalda.

—Ya lo veo, ya… ¿Hoy quién eres?

—¿Quién voy a ser? Soy Isla, tu vecina la ninfómana, ¿no te acuerdas de mí? Si dejo una huella imborrable en

los hombres.

—Imborrable del todo, a mí esto no se me olvidará en la vida.

—¿Por qué te echas tan para atrás? Con las ganas que tengo de besarte, tonto.

Sí, era la del primer día, la que a punto estuvo de dejarme tuerto con un pezón y en esa ocasión casi me hace lo mismo con el dedo. Menudo escozor en el ojo.

—Mira, yo no quiero sexo contigo, ¿me oyes?

—¿Y eso por qué? Si no te pienso cobrar ni nada, no seas rata. Te voy a dar lo tuyo gratis.

—Isla, te lo pido por lo que más quieras…

—Lo que más quiero lo llevas tú metido en la bragueta. Sácalo que lo disfrute, que te vas a enterar de lo que es una mujer en condiciones.

—Te lo agradezco, pero no.

—Mira que te lo estoy pidiendo por las buenas, no hagas que te lo tenga que pedir por las malas —se acercó amenazante.

—Te estás equivocando, el sexo es cosa de dos…

—Eso es cuando se trata de sexo consentido, guapo.

—¿Es que me vas a violar? Porque ya sería lo último.

—Si no tengo más remedio, ¿qué voy a hacer? La culpa es tuya, no mía.

—Isla, te lo pido por favor, apártate de la puerta, que quiero salir.

—Y yo quiero un polvo y tú no me lo echas. Dame lo mío y me apartaré.

—No, no, que las cosas no funcionan así —me aflojé el nudo de la corbata porque el aire me faltaba. La tenía delante de mí y no estaba dispuesta a moverse.

—Ya te diré yo a ti cómo funcionan —se volvió y le dio al botón de bloquear el ascensor.

—Isla, no… No puedes hacer eso.

—¿Qué estoy haciendo? Solo estoy juguetona, tonto, que pareces un niño. Te voy a enseñar un buen par de globos que te dejarán bizco.

Se levantó el jersey de punto que llevaba y su par de melones se vinieron hacia mí tan amenazantes como ella. Me eché más todavía hacia atrás y me di un cabezazo contra el espejo que me quedé mareado y todo.

—Isla, para…

—Que no… Mira la carita de gusto que se te ha quedado, si hasta te has mordido la lengua, so vicioso.

—De la hostia que me he dado contra el espejo.

—Pues ten cuidado y no lo partas, que dicen que eso trae mala suerte, mal fario, ya sabes.

—¿Más?

—¿Y eso por qué lo dices? Menuda mujer te has encontrado, ¿dónde has visto antes otro par de tetas así?

—En ninguna parte —negué.

—Y todo natural, que no me las han aumentado ni nada.

—Lo que hubiese faltado ya…

—Si es que no me hace falta. Toca, no me seas tímido —me puso las manos encima de aquellos dos balones de baloncesto.

—Isla, que no quiero, de verdad.

—Me estás tocando el higo y cuando a mí me tocan el higo, malo…

—Si es justo lo que no quiero, tocarte nada.

—¿Me estás rechazando? ¿Estás rechazando este cuerpazo? —Tiró de su falda y tampoco llevaba bragas, lo que me temía. Se quedó solo con los botines.

El cuerpo lo tenía para chillarle, pero la cabeza no le funcionaba. Me puso una cara que le daba un susto al miedo, para mí que me violaba de verdad.

—No es que te esté rechazando, es que no quiero sexo en este momento.

—Pues vas a querer —me cogió por la corbata y tiró, tratando de agacharme. Entonces vi pasar toda mi vida en imágenes, porque me faltaba el aire e hinqué rodilla.

Comencé a toser y ella que no hacía el menor aprecio.

—Bájate, verás qué rico.

—Que no, que no —le decía con un hilo de voz y levanté un dedo para negar.

—Trae, que este te lo chupo yo —se lo metió en la boca.

—Por el amor del cielo, ¿te quieres estar quieta ya? ¡Qué me ahogas!

Justo en ese momento y, sin que se diese cuenta, logré apretar el botón de emergencia.

—Pamplinas, que te agobias con nada. Sírvete, que es barra libre —me puso su sexo en la boca y, como me tenía ya agachado a consecuencia del tirón de la corbata, me caí de espaldas. Para colmo, ella se cayó encima, tapándome la boca con su sexo y, aunque me soltó la corbata, ni chillar podía.

—Isla...

—Ni Isla ni nada. Hazme gozar como a una perra, venga…

El único goce que sentí fue cuando Archie, el portero, acudió al escuchar la alarma del botón, abriendo desde fuera el ascensor.

—¡¡Al final me monto un trío!! —chilló emocionada.

—¿William? —me preguntó mirando para asegurarse de que era yo. Él sí que se quedó bizco al ver la escena.

—¡¡Socorro, Archie!!

—Señorita Isla, por favor, apártese.

—Claro, y te lo dejo a ti. Si eres gay, te buscas la vida como me la busco yo. Este es mío y tú no lo catas.

—¡Qué no, por favor! —tiró de ella hacia atrás y claro, no podía cogerla por otro sitio.

—Anda, pues no eres gay porque bien que me estás atrincando las tetas. Oye tú ya eres mayor, pero también tienes tu punto. Si esperas tu turno, te doy lo tuyo, que soy ninfómana y tengo para todos.

Me incorporé como pude y salí corriendo del ascensor como una bala.

—Será cobarde el tío. No sé por qué me he fijado en él, si es evidente que no vale para nada. Te voy a inspeccionar a ti el paquete, a ver si me vales.

—Que no, señorita Isla —lo escuché decir y tuve que volver para socorrerlo también a él.

—Anda, pues no eres gay porque bien que me estás atrincando las tetas. Oye tú ya eres mayor, pero también tienes tu punto. Si esperas tu turno, te doy lo tuyo, que soy ninfómana y tengo para todos.

Me incorporé como pude y salí corriendo del ascensor como una bala.

—Será cobarde el tío. No sé por qué me he fijado en él, si es evidente que no vale para nada. Te voy a inspeccionar a ti el paquete, a ver si me vales.

—Que no, señorita Isla —lo escuché decir y tuve que volver para socorrerlo también a él.

Capítulo 29



William

El jueves por la noche estaba tranquilo en casa. Me faltaba poco para cenar, ya que me estaba preparando unos filetes a las finas hierbas con una salsa receta de mi madre. Me relajaba cocinar mientras escuchaba música.

Llamaron a la puerta y me eché a temblar por si era Isla de nuevo. Me asomé a la mirilla y lo que vi me dejó estupefacto. ¡Era Charlotte!

Noté que mi ser al completo se zarandeó. No esperaba aquella visita. Le había dado muchas vueltas a toda la cuestión de mi ex, ella sabía muy bien cómo marear la perdiz, pero esa vez se había superado.

Quizás otro hubiese dudado en si abrirle la puerta o no. En mi caso lo hice porque, en el fondo, nunca me dio una explicación.

—William… —murmuró en ese momento.

—Hola, Charlotte. ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Han pasado demasiados años, William.

—Dime algo que no sepa, por favor. No creo que hayas venido hasta aquí para esto.

—No, es que estoy muy asombrada, ¿sabes?

—Pues ya somos dos. Tú dirás.

—Ya, ¿me podrías servir una copa?

—No creo que sea la mejor idea, la verdad.

—Solo te estoy pidiendo una copa, por favor. La ocasión lo requiere, estoy nerviosa.

—¿Tú, nerviosa? Déjame que lo dude.

—¿Tan fría crees que soy? —me preguntó como afectada.

—No pienso nada que no me hayas demostrado.

—Entiendo…

—Te pondré esa copa —me aclaré la voz.

Estaba bellísima. Quizás Lucas, su marido, no la hubiese tratado bien al abandonarla por otra. Pero los años sí l hicieron. Siempre fue bella, si bien el paso del tiempo no había hecho más que serenar esa belleza.

A la par, era elegante, mucho. Y eso hizo que apareciese por allí con un traje de chaqueta estilo Chanel, con cuadros en negro y blanco, con bolso a juego, camisa blanca y zapatos altos de tacón. Su elegancia se había vuelt mucho más exquisita. Su aspecto era impecable, con un cuidado maquillaje, la melena muy alisada, aunque rematada en unas de esas ondas que tan de moda estaban y una manicura digna de una modelo de manos.

Le serví la copa sin preguntarle. No hacía falta, ella reparó en el detalle.

—Te sigues acordando de cuál es mi ginebra favorita.

—Hay cosas que nunca se olvidan —le contesté seco.

—Y otras que nunca se perdonan, ¿no es así?

—Así es —le contesté con decisión mientras me servía otra para mí.

—Verás, si he venido hasta aquí es porque estoy muy asombrada. Isla, tu vecina…

—Es familiar tuyo, lo sé por Logan.

—¿Por Logan? ¿Me habéis investigado?

—Te vi hace unos días entrar en un taxi, la mañana del embotellamiento. Y no te voy a negar que desde entonces me he preguntado qué demonios te trajo de vuelta a Edimburgo.

—Es Isla, ella me necesita.

—¿Y tú la necesitas a ella? —le pregunté desconfiado.

—¿Crees que tramo algo? Te prometo que, cuando adquirí el apartamento en el que vive para ella, no podía ni imaginarme que fueras el dueño del único ático del edificio.

—Vaya, qué casualidad.

—¿Crees que no existen? Las casualidades existen, a veces se dan.

—Ya, entonces ocurre lo mismo que con las putadas.

—Sé muy bien que debes odiarme aún por lo de Lucas. Me dejó, ¿eso también te lo han contado?

—Puede ser y miento si te digo que lo siento.

—Es normal, no te culpo por ello. El karma me ha dado en toda la cara. Yo te dejé por él y él me ha dejado por otra.

—¿Y vienes aquí a contármelo?

—No, vengo a decirte que no quiero que pienses nada raro. Ha sido el destino quien ha provocado este encuentro, no yo.

El destino lo habría provocado o no, porque no sabía qué pensar. Pero sí puedo afirmar que a mí quien me resultaba cien por cien provocadora era ella.

Siempre fue mi debilidad hasta el punto que creí que mi vida se había acabado cuando me dejó. En cierto modo fue así, porque por supuesto que continuó, pero a nivel sentimental me quedé tocado y hundido.

Todas las relaciones que tuve a partir de Charlotte estuvieron totalmente condicionadas por mi ex. Cada vez que conocía a alguien, levantaba un muro entre ambos para que no pudiera llegar a mi corazón, para que no pudiera partir de nuevo lo poco que me quedase de él.

Todas habían pasado por mi vida sin pena ni gloria y la única que había logrado derribar en parte ese muro fue Nala, si bien no me quedaba claro si era por su forma de ser o porque dejé que lo hiciera debido a la aparición de Charlotte y para olvidarme de lo que eso me suponía.

Comenzó a dar sorbos cortos de su copa, me miraba con mucha intensidad y eso me alteraba más de lo que podía imaginarse. Sentía cómo se me elevaban las pulsaciones, cómo la sangre parecía correr dislocada en el interior de mis venas, cómo mi corazón bombeaba tan fuerte que me daba la impresión de que se me saldría por la boca.

Yo también apuraba mi copa mientras la miraba. Me resultaba raro, muy raro. Durante años la consideré la mujer de mi vida y, de pronto, era una desconocida delante de mí.

Muchos años separaban aquel encuentro del último, de aquella agria discusión en la que me juró que no volvería por Edimburgo y en la que yo le juré que jamás volveríamos a hablar.

Dicen que el tiempo hace milagros y debía ser, porque ambos incumplimos nuestra promesa, a la vista estaba.

Lo peor de todo no era eso. Lo peor era que esa mirada la conocía muy bien porque era la misma que durante toda mi juventud me resultó irresistible.

El peligro era inminente. Me refiero al de volver a caer en sus brazos. Fue Charlotte quien dio el primer paso, aunque no puedo afirmar que me resistiese ni mucho menos.

Según avanzaba hacia mí con paso firme, se quitó la chaqueta y a continuación se fue desabotonando la camisa de un modo tan sensual que tuve que entrecerrar los ojos. En las distancias cortas, percibí el olor de su intenso perfume, ese que siempre utilizó conmigo en la intimidad, muy penetrante y con un toque afrutado.

Yo sí que tenía ganas de penetrarla. Fue como si verla delante de mí y percibir ese olor me trasladara de inmediato a un pasado en el que todo mi mundo giraba en torno a Charlotte.

Fueron sus jugosos labios los primeros que besaron los míos. Pero los míos los siguieron y los envolvieron con tanto ímpetu que temí llegar a hacerle daño.

Ya estaba en ropa interior. La pegué mucho, mucho a mí para que notase mi erección. No hubo caricias entre ambos, lo que se palpaba eran unas ganas desatadas que llevaron a sus manos a desnudarme con rapidez.

Nuestros cuerpos se fundían entre sí. La cogí en brazos y me rodeó con sus piernas mientras nos besábamos de un modo que parecía que nos íbamos a devorar.

Entré en su vagina de una sola y fuerte embestida. La encontré muy lubricada y comencé a salir y entrar de ella con toda la fuerza que mi pelvis me permitía. Charlotte se aferraba a mi cuello mientras me ofrecía sus senos, esos tan bien formados que fueron el objeto de mi deseo durante tantos años.

Los lamí y mordí a conciencia hasta que se corrió. Miré entonces su cara. Soñé durante años con su rostro excitado mientras le robaba un orgasmo. Mi corazón se aceleró entonces más y más… Ella ayudó porque comenzó a apretar su vagina logrando hacer que se estrechara su canal, de modo que mi miembro se rozaba de un modo impresionante con sus paredes y provocando que esa fricción me llevara al más bestial de los orgasmos.

Tras habernos corrido ambos, caímos en mi sofá.

—Bonita piel —murmuró acariciándolo—. Y la del sofá también —hizo la bromita como para romper el hielo. Bien sabía que estaba muy rayado.

a —Charlotte, esto que ha pasado…

—Hay todavía mucha química entre ambos y no me extraña porque siempre te deseé mucho y porque nunca, a lo largo de estos años, dejé de quererte —me soltó.

—Bonita manera de demostrármelo fue la tuya —suspiré.

—Comprendo tu dolor, pero no sabes lo arrepentida que estoy, lo mal que me he sentido durante todos estos años en los que llegué a la conclusión de que tú, y solo tú, eras el hombre de mi vida. Lucas fue un error.

—Prefiero que no menciones a Lucas, si no te importa.

—Claro, tampoco quiero hablar de él.

—Mejor así. Y ahora creo que debes irte. Vístete, por favor.

—Lo haré, pero antes me gustaría que me prometieses que volveremos a vernos.

—No lo sé, Charlotte, no lo sé.

—Mañana es viernes, algo tendrás que hacer por la noche. Me encantaría invitarte a cenar. Dime que sí, William.

—No creo que sea buena idea.

—Reservaré en un sitio que te encantará. No te voy a defraudar, no esta vez, te lo prometo, ¿a qué hora te viene bien?

s Caí. Quería resistirme sí, pero era para nada porque con ella no podía. Charlotte siempre sacó todo lo que quiso de mí. La tenía allí, con tantas ganas de que la perdonara, de volver a verme y con la sensación de que mi piel volvía a oler a ella.

Unos minutos más tarde salió por mi puerta camino del ascensor. Seguí sus pasos hasta que llegó a él. No podía dejar de mirarla, era un efecto adictivo el que me producía.

No saqué ninguna conclusión ni supe qué había sido de su vida a lo largo de todos aquellos años en los que no nos vimos. Ni siquiera supe si él la trató bien o no antes de abandonarla. Lo que dudaba era que lo hubiese hecho

como yo de haberme dado la oportunidad.

Si algo tenía claro en la vida era que nunca habría fallado a Charlotte, a la mujer a la que había vuelto a poseer aquella noche cuando jamás creí que eso fuera posible.

La vida te sorprende a veces y mis sentimientos eran de lo más encontrados. Eché mano a la botella y me serví otra copa. Me senté en el sofá y noté que seguía oliendo a ella.

Igual era que dejó su perfume en él o igual que lo volvió a dejar dentro de mí. Me sentía tan confundido… Ojalá lo hubiese podido hablar con Logan en ese momento, con ese colega al que siempre se lo contaba todo. No obstante, no descolgaría mi teléfono para darle lo que para él sería un disgusto, porque me había advertido tantas veces contra ella, que mi mejor amigo no se lo podría creer.

como yo de haberme dado la oportunidad.

Si algo tenía claro en la vida era que nunca habría fallado a Charlotte, a la mujer a la que había vuelto a poseer aquella noche cuando jamás creí que eso fuera posible.

La vida te sorprende a veces y mis sentimientos eran de lo más encontrados. Eché mano a la botella y me serví otra copa. Me senté en el sofá y noté que seguía oliendo a ella.

Igual era que dejó su perfume en él o igual que lo volvió a dejar dentro de mí. Me sentía tan confundido… Ojalá lo hubiese podido hablar con Logan en ese momento, con ese colega al que siempre se lo contaba todo. No obstante, no descolgaría mi teléfono para darle lo que para él sería un disgusto, porque me había advertido tantas veces contra ella, que mi mejor amigo no se lo podría creer.

Capítulo 30



Nala

Lloviendo, así había amanecido esta mañana, y mientras tomaba el café y pensaba en William y ese viaje del que había vuelto completamente enamorada de él, contemplaba las pequeñas gotas de lluvia chocando contra el cristal.

Se me dibujaba una sonrisa en los labios cuando recordaba esos días en los que no me había despachado después del sexo, sino que habíamos dormido y despertado juntos, y eso, eso no tenía precio.

Ese hombre era el dueño de mi corazón, así tal cual, lo tenía en sus manos y solo esperaba que se diera cuenta, más pronto que tarde, que, con el paso del tiempo compartido, él también hubiese albergado esos sentimientos hacia mí.

Eché un vistazo a la previsión del tiempo y por suerte dejaría de llover en unas horas, pero vamos que de ir con el paraguas y los botines hasta el trabajo no me libraban los cielos.

Después del café me vestí para afrontar ese último día de trabajo manteniendo la esperanza de que William me escribiera, no había sabido nada de él desde que regresamos del viaje, pero al estar próximo un nuevo fin de semana, lo más probable era que me pidiera vernos esta noche, o tal vez mañana.

Comprobé que estaba impecable tras una última miradita en el espejo, me puse el abrigo, cogí el bolso y el paraguas para salir de casa.

Por suerte no era una de esas lluvias intensas que podía calar hasta los huesos en un momento dado, sino que era una normalita y casi sin hacerse notar.

—Buenos días, Nala. ¿Café y bollo, o solo café? —preguntó Sam al verme.

—Con este olorcito a dulce, ¿se resiste alguien a pedir café y bollo? —sonreí— Buenos días, por cierto.

—Venga, dime qué bollo quieres mientras te preparo el café.

—Pues… —Miré en las vitrinas y es que todos, pero absolutamente todos, tenían una pinta buenísima— El croissant con azúcar glass por encima.

—Marchando.

Pagué, nos despedimos hasta el lunes y salí de la cafetería con mi café y el bollo en una mano, y el paraguas en la otra. Menos mal que era mañosa y me las arreglé bien para llevar todo y poder comerme aquel delicioso y esponjoso croissant.

Entré en la sucursal del banco y vi a las chicas y a Liam atendiendo a esos clientes de primera hora que aprovechaban ese momento de más tranquilidad para nosotros a hacer sus cosas, porque normalmente a partir de las diez de la mañana la cosa empezaba a ponerse seria.

Colin me llamó para decirme que estaría fuera toda la mañana, iba a ver si conseguía varias cuentas nuevas de empresas importantes y me pidió que, cualquier urgencia, le avisara.

Ocupé mi puesto, él salió con prisas hablando por teléfono y allí nos quedamos los cuatro trabajando.

Estaba revisando unos expedientes cuando llegó la señora Johnson, un poco antes de la hora habitual en la que solía venir.

—Buenos días, Nala —saludó con esa amable sonrisa que nunca se le borraba.

—Buenos días, señora Johnson. ¿Cómo está? ¿Qué tal se presenta el fin de semana? —pregunté mientras se sentaba frente a mí.

—Yo bien, gracias a Dios. Y el fin de semana, pues como siempre, solitario —suspiró—. Mañana es el cumpleaños de mi nieta y no voy a poder verla. Pero bueno, vengo a enviarle un dinerito a la cuenta, a ver si me puedes ayudar con la transferencia.

—Claro que sí, ahora mismo —sonreí mientras tecleaba en el ordenador para meterme en su ficha de cliente—. Señora Johnson.

a

—Dime, hija.

—¿No ha pensado en tener una mascota? Tal vez un perrito pequeño, o un gato, le haría mucha compañía en casa.

—Pues sí que lo he pensado, sí, pero no sé dónde podría adoptar uno, porque imagino que habrá muchos animalitos sin hogar.

—¿Qué le parece si la ayudo a buscar? Me puedo tomar ahora el descanso del café y miramos en algunas asociaciones de animales que hay por Internet.

—Ay, hija, no quiero molestar…

—Señora Johnson, usted no molesta y es mi mejor clienta, ¿por quién si no iba a hacer yo esto? —le hice un guiño y ella sonrió.

Lo de que no quería molestar lo sabía más que de sobra, pero también tenía muy claro que esa pobre mujer estaba sola durante todo el año y necesitaba compañía y un poco de conversación.

Me dijo la cantidad que quería enviarle a su nieta, que ya cumplía quince años, y después de hacer la transferencia y de que le enviara un mensaje a ella para decirle que tenía un dinerito para comprarse lo que quisiera por su cumpleaños, miramos en Internet en algunas asociaciones de animales.

Vio varias fotos de aquellos peluditos sin hogar, pero se acabó enamorando de un par de ellos, un perrito y un gatito de tres años de edad cada uno, los dos pequeñitos y ojitos tristones que salían juntos en la foto. Al parecer e gato se sentía protector con el perrito y decían que quien quisiera adoptar a uno, debía adoptar también al otro.

Llamé a la asociación, hablé con una chica muy maja y me dijo que podrían desplazarse ellos a casa de la señora Johnson para verla y llevar a los animales y ver si encajarían allí. Quedaron en pasar esa misma tarde y ella se marchó a casa con una sonrisa.

—Esa mujer me da una pena —dijo Ruth cuando la vio salir.

—Pues sí, sus hijos la han dejado aquí sola como si no tuvieran madre —suspiré.

Entraron más clientes y el resto de la mañana se fue pasando rápido, y sí me tomé el café porque cuando Becca salió para su descanso, ese al que iba siempre acompañada de su rubio de ojos verdes, me trajo uno calentito que me sentó de maravilla.

Estaba terminando de preparar la documentación para una hipoteca que se firmaría el martes, cuando escuché que me llegaba un mensaje al móvil. Sonreí de inmediato porque sin duda, ese era William.

Lo saqué del cajón, pero no vi ese nombre en la pantalla sino un número desconocido. Al abrirlo me quedé extrañada con lo que leí en ese mensaje.

Desconocido: *Si quieres conocer al verdadero William, te aconsejo que vayas esta noche a la siguiente dirección y a la hora indicada. Espero que disfrutes de la velada.*

Había una dirección y el nombre de un restaurante al que no había ido nunca, no sabía quién era la persona que

me enviaba ese mensaje con tales indicaciones, y algo me decía que, lo primero: no debía decirle nada a William, y lo segundo: que fuera hasta ese lugar para ver qué encontraba.

Me puse nerviosa, y eso las chicas lo notaron de inmediato, pues no era para menos, que se me cayó la grapadora al suelo con tal estruendo que, con lo silenciosa que estaba la sucursal, fue como si hubieran tirado un petardo dentro.

—Madre, qué susto —dijo Becca con la mano en el pecho.

—Lo siento.

—¿Estás bien, Nala?

—Pues, no lo sé —suspiré.

Liam no estaba, así que podíamos hablar tranquilamente, y les dije lo del mensaje.

—A ver, ¿se te ha podido ocurrir que es él, que te está invitando a cenar, y quiere que veas al verdadero William, que es un romántico empedernido? —dijo Ruth.

—Estoy con ella, ya viste pinceladas de esa versión de él en el viaje a Roma, ¿no? Seguro que ha sido él que quiere darte una sorpresa romántica —sonrió Becca.

—Es que me he puesto en lo peor, en serio.

—No es para menos, que con lo que pasó con ese profesor, estoy segura de que se te han pasado mil cosas por la cabeza.

—Más de mil, Ruth —sonreí.

—Pues olvida todas, esta noche te pones guapa a rabiar, sexy como nunca, y a disfrutar de tu chico, una cena romántica y mucho sexo apasionado —dijo Becca.

Me reí, porque a veces mi pasado y los nervios mezclados con el miedo de que William dejara de querer verme, se apoderaban de mí y no me dejaban ver más allá.

Pero sí, iría a ese restaurante más guapa que nunca dispuesta a disfrutar de una cena romántica con él.

Capítulo 31



William

Charlotte apareció de lo más sexy para la cena y debo de reconocer que tuve que tragar salivar y contenerme. Aún me seguía despertando una infinidad de deseos incontrolables que hacían que perdiera toda la cordura.

Llevaba un vestido negro de punto, ajustado al cuerpo con un escote generoso que era un verdadero regalo para la vista. Muy elegante, como era de esperar, pero que se metía por los ojos y más al ceñir un cuerpo como el suyo al que ese modelo le sacaba todo el partido.

Por lo demás, por supuesto que no le faltaba un detalle como era habitual en mi ex. Cada uno de los complementos estaba cuidadosamente estudiado para que el conjunto resultara de infarto.

Fue demasiado lo que la quise en su día, demasiadas las emociones que me despertó como para pretender que no removiera mis cimientos con esos pasos que estaba dando para acercarse a mí.

Sus andares eran decididos. Nunca titubeó. Quizás fue lo que me llevó a enamorarme perdidamente de ella, esa seguridad que contagiaba. Cuando la perdí, comprendí que también debería andar así de seguro para triunfar en la vida. Tuve buena maestra. Por eso me sorprendía tanto que hubiese vuelto a mí.

Sabía muy bien lo que hacía, cómo removerme por dentro. Me seguía conociendo muy bien. Yo, sin embargo, jugaba con desventaja.

El hecho de que me conociese así estaba conectado con que siempre me mostré con ella tal como era. Sin embargo, el engaño por su parte me generó tal desconcierto que seguía sin saber quién era realmente esa que ocupó mi corazón durante tanto tiempo. Y cuáles eran sus verdaderas intenciones al acercarse a mí.

Eligió un lugar al que yo no solía ir, pero me pareció una buena idea, ya que era un restaurante de carnes al fogón. Ella se había encargado de hacer la reserva. Sin duda, una buena elección que quiso celebrar con una botella de un vino que, por lo que nos dijeron, resultaría una verdadera delicia para el paladar.

Nos trajeron la copa de vino y Charlotte cogió mi mano y la acarició mientras con la otra brindaba conmigo por la noche. Sacó su cuerpo por un lado de la silla y nos besamos. Me tenía de nuevo a sus pies y eso no podía ser.

Había llegado hasta allí con la intención de mantenerme algo más firme que en la anterior ocasión e iba a ser que me resultaba imposible, que bastaba con que se inclinara hacía mí, acercándose peligrosamente, para que mis labios siguieran a los suyos. Y los seguirían hasta el mismo fin del mundo si ella se lo propusiera. Ya me lo estaba temiendo.

Justo en ese momento que retrocedía a sentarme de nuevo derecho, giré la mirada hacia una mesa y mi corazón comenzó a bombear como hasta ahora nunca lo había hecho.

Me sentí horrorosamente mal, sentí que estaba traicionando mis principios, que me había dejado llevar nuevamente hasta el borde del abismo por quien no debía y que quien recibió esa vez el daño era la persona que menos se lo merecía.

¿De qué hablo? Muy sencillo… Mi mirada se encontró con la de Nala, que estaba sentada sola y había visto toda la escena. Se secó las lágrimas con una servilleta, la tiró sobre la mesa y me miró con decepción y dolor antes de salir del restaurante como alma que lleva el Diablo.
’

Me quedé inmóvil. Era la última persona a la que esperaba ver allí. Obvio que Nala tampoco me esperaba y menos acompañado por Charlotte. Sus ojos me lo dijeron todo. La había defraudado por completo. Sin duda no debía entender nada y menos cuando la llevé hasta Roma, cuando la engatusé para ayudarme a pasar ese momento de incertidumbre en el que volví a sentirme en la cuerda floja.

Dicen que hace falta que pase cualquier cosa en nuestras vidas para que en un solo segundo sea suficiente para hacerte topar con una realidad que hasta ahora no percibías. Y eso justo me había acabado de pasar a mí. Y se me agolparon en la mente todo aquello que no había dejado de decirme Logan.

—Lo siento —saqué unos billetes y los tiré sobre la mesa —Paga la cena y no me busques más. No debí haberte permitido entrar de nuevo en mi vida.

—No se te ocurra dar un solo paso… —me intentó advertir.

—Voy a dar todos los que me dé la gana. No me vuelvas a hablar en tu vida —me levanté para irme.

—¡Te vas a arrepentir! —exclamó amenazante.

—Vete al Infierno, Charlotte, que es de donde debes haber salido y adonde volverás porque acabas de dar la cara de nuevo. Al menos esta vez no te reirás de mí durante años.

—Ya lo veremos, ¡porque te juro que esto no se queda así!

—Desde luego que no se queda así. Ahora mismo voy a tratar de arreglar lo que nunca debí joder.

—No me vas a hacer de menos así con otra y menos con esa puta niñata, ¿no te da vergüenza? —me soltó porque se había dado cuenta de sobra de lo sucedido.

—¿De verdad? ¿De verdad vas a tener los santos ovarios de hablarme tú de vergüenza?

Tendría que haberme dado más prisa, dejarla antes con la palabra en la boca, si bien eran muchas mis ganas de cantarle las cuarenta como se merecía. Con respecto a Nala, todavía estaba a tiempo de darle alcance y tratar de explicarle, si bien hay cosas realmente inexplicables en la vida y esa no me iba a ser fácil.

Al salir miré hacia los dos lados y vi en la dirección que iba andando. Corrí hasta llegar a su altura y se asustó cuando le agarré el brazo. No me esperaba, igual me imaginaba besándome todavía en la mesa con esa que me acababa de joder otra vez la vida.

—Nala…

—Déjame, estúpido. No te amas ni a ti mismo. Eres tan pobre que solo tienes dinero para comprar cosas sin valor —lloraba con desconsuelo, pero a su vez me transmitía una rabia que iba a ser difícil de controlar.

—Me he equivocado, Nala —murmuré con la voz entrecortada.

—No me toques —apretó la mandíbula y me miró con mucho asco —No vuelvas por mi vida, no lo hagas porque te juro que no respondo a lo que soy capaz de hacer. Eres toda una decepción. Te podrías haber ahorrado e viaje a Roma.

—Nala… —Intenté frenarla.

—¡¡¡Qué no me toques!!! —gritó y al intentar retirar su mano para que no la siguiera sujetando, me dio una bofetada.

Estaba cantado que pasaría y era lo mínimo. Como si me hubiera querido dar una paliza y dejarme la cara como un mapa. No hubiese opuesto resistencia. Nada más podía decir para tratar de mitigar un dolor que se reflejaba en sus ojos y que era inmenso.

De golpe me di cuenta de tantas cosas… Yo no era ningún capricho para Nala, quien se había enamorado de mí por mucho que no lo hubiese sabido valorar, así de necio fui. Me refiero a que, debajo de esa capa de inocencia, de esas bromas de la vidente que para ella no eran tales bromas y de tanto como me había demostrado, me estaba regalando un amor verdadero.

Y yo… Yo también me había enamorado de Nala y de eso me di menos cuenta todavía. Tan inteligente como me creía para algunas cosas y con tantas personas a mi alrededor que me admiraban por dónde había llegado, y no

fui capaz de reparar en que no valoraba lo que más me podía llegar a importar.

Se marchó a paso acelerado y terminó por correr toda la calle hasta que la perdí de vista. Cada uno de sus pasos entraba en mis oídos dejándome un desesperante e irremediable sonido a despedida.

Nala, pese a su juventud, me acababa de dar otra lección más; con ella no se jugaba. Y esa lección jugaría en mi contra.

Al girarme me encontré con una Charlotte que había visto todo y que sonreía feliz de la vida.

—Eres una hija de puta. No entiendo como pude estar contigo —dije en el momento que pasó un taxi y lo paré para montarme en él.

—Porque te crees muy listo y parece que no has entendido que siempre quedo por encima de ti, imbécil.

—Lo he sido, he sido un imbécil porque me la ibas dando por segunda vez en mi vida. Si algo agradezco de esto es que por fin te has quitado la careta del todo. Eres una puñetera manipuladora y te vas a ver muy sola.

—Lo dices como si estuvieras muy acompañado. Esa niñata no te lo va a dejar pasar. No te hagas ilusiones. No te quedarás conmigo, de acuerdo, pero tampoco la disfrutarás a ella. Que te jodan, William.

—No te saldrás con la tuya, Charlotte. Te dije antes que no me volvieras a hablar en tu jodida vida.

—Ya, lo que sucede es que eres tú quien me ha vuelto a hablar, se ve que no te puedes contener. Y, tranquilo… que hablar no te volveré a hablar, pero me volverás a ver, ¡¡te lo juro!!

Me importó un comino lo que me jurase. La dejé allí maldiciendo y amenazando.

Una vez en casa, comprendí que se me caía el mundo encima. Cuánto hubiese dado por tener a Nala aquí conmigo, por abrazarla como en las noches de Roma.

Me dolía infinito que pensara que la había estado engañando todo el tiempo, que se trató de una maniobra y que solo me beneficiaba del sexo con ella. No había sido eso, aunque no podía negar que en parte sí que la utilicé para sentirme mejor.

Son tantas las veces en la vida que echaríamos el freno de mano para retroceder… Menudo dolor me causaba pensar en que estaría sufriendo, sola en su casa, creyendo que no me importaba.

Hubiera dado lo que no tenía por poder demostrarle lo que comenzaba a sentir de golpe. Todo había sido tan extraño… Un corazón que se me paralizó por años, que parecía no funcionar y de golpe, un desastre así me llevó a contemplar unas lágrimas en sus ojos que me dolieron como puñaladas.

Qué difícil es ganarte la confianza de alguien y qué fácil es perderla en un segundo. Esa vidente que le dijo un día que caería rendido ante ella había acertado de pleno, a esa mujer tendrían que darle un premio porque supo verlo mucho antes que yo mismo.

Sentado delante de la botella y recordando sus lágrimas, dejé correr también las mías. Hacía tantos años que no lloraba por una mujer… Las últimas lágrimas las derramé por Charlotte y en ese momento lloraba por Nala.

No había comparación entre ambas, imposible establecerla. Charlotte representaba la oscuridad mientras que Nala era un ser de luz… Un ser de luz a quien yo se la había apagado, no me lo podía perdonar.

Lo pensaba mientras bebía a morro de la botella. Era una noche para olvidar, una noche que se presentaba tan larga como tenebrosa porque la marcha de Nala de mi vida hacía que, de repente, me sintiera entre tinieblas.

Mi pelirroja risueña, mi dulce niña, ese ser inocente que solo quería amarme y que se conformaba con lo poco que le di hasta el momento…

Qué mal lo había hecho con ella y qué caro lo pagaría. Lo que vi en sus ojos no me dio esperanzas.

Caí a plomo en la cama horas después y borracho como una cuba. En mi cabeza veía la habitación dando vueltas y vueltas, mientras que de mi boca salía una sola palabra: Nala.

¿Cómo pueden solo cuatro letras representar tanto para una persona? Estaba a punto de descubrirlo. Ella sufriría, pero yo lo haría el doble porque también la amaba y porque la culpabilidad no me dejaría dar pasos adelante.

Solo podía suspirar, llorar y maldecir. Hay personas tóxicas que llegan a nuestra vida para intoxicarla por completo, como Charlotte. Ella lo había logrado y encima se mostraba ofendida. Había que joderse; pensaba salirse con la suya como si nada hubiese pasado entre nosotros, valiéndose para ello de mentiras y más mentiras. Mi corazón habría permanecido congelado durante años, pero el suyo… El suyo no latió por nadie jamás.

Qué difícil es ganarte la confianza de alguien y qué fácil es perderla en un segundo. Esa vidente que le dijo un día que caería rendido ante ella había acertado de pleno, a esa mujer tendrían que darle un premio porque supo verlo mucho antes que yo mismo.

Sentado delante de la botella y recordando sus lágrimas, dejé correr también las mías. Hacía tantos años que no lloraba por una mujer… Las últimas lágrimas las derramé por Charlotte y en ese momento lloraba por Nala.

No había comparación entre ambas, imposible establecerla. Charlotte representaba la oscuridad mientras que Nala era un ser de luz… Un ser de luz a quien yo se la había apagado, no me lo podía perdonar.

Lo pensaba mientras bebía a morro de la botella. Era una noche para olvidar, una noche que se presentaba tan larga como tenebrosa porque la marcha de Nala de mi vida hacía que, de repente, me sintiera entre tinieblas.

Mi pelirroja risueña, mi dulce niña, ese ser inocente que solo quería amarme y que se conformaba con lo poco que le di hasta el momento…

Qué mal lo había hecho con ella y qué caro lo pagaría. Lo que vi en sus ojos no me dio esperanzas.

Caí a plomo en la cama horas después y borracho como una cuba. En mi cabeza veía la habitación dando vueltas y vueltas, mientras que de mi boca salía una sola palabra: Nala.

¿Cómo pueden solo cuatro letras representar tanto para una persona? Estaba a punto de descubrirlo. Ella sufriría, pero yo lo haría el doble porque también la amaba y porque la culpabilidad no me dejaría dar pasos adelante.

Solo podía suspirar, llorar y maldecir. Hay personas tóxicas que llegan a nuestra vida para intoxicarla por completo, como Charlotte. Ella lo había logrado y encima se mostraba ofendida. Había que joderse; pensaba salirse con la suya como si nada hubiese pasado entre nosotros, valiéndose para ello de mentiras y más mentiras. Mi corazón habría permanecido congelado durante años, pero el suyo… El suyo no latió por nadie jamás.

Capítulo 32



Nala

Jamás imagine que eso sería lo que tendría que ver esa noche, cómo el hombre al que amaba se besaba con otra

Era consciente de que él se veía con otras, sí, tenía claro que no era la única, pero, ¿verlo? No, verlo había sido demasiado.

Y aún me picaba la mano de la bofetada que le había dado, y yo no era así, ni siquiera a aquel profesor con el que salí lo había abofeteado, pero es que William no me soltaba y yo solo quería huir de él.

Caminé sin rumbo y me quedé sentada en un banco en mitad de un parque, llorando sin consuelo mientras pensaba en lo idiota que era, en que me había vuelto a enamorar de un hombre que no debía.

Saqué el móvil del bolso y mandé un mensaje al chat que tenía con Becca y Ruth, esperaba que estuvieran en casa y que pudieran darme una noche de chicas para olvidarme de lo que había visto.

Nala: *Buenas noches, chicas. ¿Estáis en vuestras casas? Necesito hablar y beber algo.*

Becca: *Yo estoy en casa, sí, puedes venir. Pero, ¿qué pasa? ¿Y la cena con William?*

Ruth: *Me pongo unos vaqueros y un jersey y voy para allá, que estaba en el sofá tirada con una tableta de chocolate en la mano.*

Nala: *Os veo en ratito. Gracias, chicas.*

Guardé el móvil, me sequé las lágrimas de las mejillas y comencé a caminar, momento en el que se puso a llover con tal intensidad que me calé hasta el alma, porque no vi ni un solo taxi hasta cinco minutos después.

Para cuando llegué al piso de Becca, era una sopa andante a pesar de que había ido en taxi.

—Madre mía, pero si estás empapada —dijo al verme—. Vamos, date una ducha caliente lo primero antes de

que cojas una pulmonía, y dame esa ropa para meterla en la lavadora y la secadora después.

—Ay, por favor, ¿y esa cara? —gritó Ruth— Eres un mapache, Nala, un mapache mojado quiero decir.

—No debí ir a ese restaurante —dije sin más explicaciones mientras seguía a Becca hasta el cuarto de baño.

Una vez allí me quité toda la ropa que chorreaba agua, la metí en el cesto que ella me había dejado y tras abrir el grifo de agua caliente me metí bajo el chorro hasta notar que comenzaba a templarme un poco.

Cerré los ojos apoyada en la pared y noté que las lágrimas me caían por las mejillas mezclándose con el agua.

Después de la ducha me puse el pijama que me había dejado Becca y salí para llevar la ropa a la lavadora, ya estaban ellas también en pijama y tenían chocolatinas y mojito de fresa en la mesa del salón.

—Y ahora, cuéntanos, ¿qué ha pasado? —preguntó Becca después de poner la ropa a lavar.

—No era una cena romántica, no me envió él ese mensaje. No sé quién lo hizo, pero sí que la intención era abrirme los ojos. Estaba con otra mujer, y vale, él me había dicho que no habría nada, que no era exclusivo mío, pero… saberlo es muy diferente a verlo.

—Vaya, y nosotras te animamos a ir —dijo Ruth.

—No es vuestra culpa, de verdad que no. Pero está claro que ese hombre no va a caer rendido a mí como dijo Selene. No quiero volver a verlo.

Di un buen trago a mi mojito y sí, me lo bebí de una sola vez. Ruth me llenó la copa y ahí empezó mi noche.

Lo primero que hice fue bloquear el número de William en mi móvil, no quería saber nada en absoluto de él, no quería tener que ver sus mensajes o llamadas porque de verdad que no podía.

Seguimos bebiendo y acabamos llamando a William de todo menos guapo.

—Aunque guapo es, y mucho —dije con la lengua ya de trapo por todo el alcohol ingerido.

—Guapo sí, pero sin cerebro —contestó Becca.

—Es que piensa con lo que le cuelga entre las piernas —añadió Ruth.

—Es la segunda vez que me hacen esto, pero no va a haber una tercera, no, de eso nada —me bebí el mojito de un trago y me llené de nuevo la copa—. No, porque… a Dios pongo por testigo, de que ningún hombre volverá a romperme el corazón en pedazos, ese queda desde este momento encerrado entre muros de hormigón.

—¡Ole esa Escarlata O'hara! —gritó Becca aplaudiendo.

—Es que van dos —levanté los dedos.

—Nala, yo ahí veo cuatro —dijo Ruth con los ojos entrecerrados—. No, espera, ¿hay seis? Dios, ¿cuánto hemos bebido?

—Dos hombres a los que les abro mi corazón.

—Y tus piernas —añadió Becca.

—Y ellos lo destrozan, lo hacen añicos, lo pisotean como si no valiera nada. Pues se acabó, no volverá a pasar. He sido tonta, inocente y tímida, pero ya no más. Desde ahora, el que quiera amarme que lo haga bajo mis condiciones.

—Así se habla, pero deja de moverte —me pidió Ruth.

—No se está moviendo, somos nosotras que estamos bebidas y mareadas —le dijo Becca.

—No quiero verlo, no quiero saber nada más de él, y mañana nos vamos a ir a cenar, a beber y a bailar, y si se me pone un tío bueno por delante, me lo llevo a un hotel —dije.

—Nala, eso sí que no cuela, porque no eres así.

Miré a Ruth que tenía razón, yo no era así, no podría irme a la cama con un desconocido tan solo por haberme tomado unas copas de más.

—Lo quiero —murmuré con los ojos humedecidos por las lágrimas—, lo quiero tanto que me duele lo que he visto y me va a costar olvidarlo —lloré y ellas me abrazaron.

—¿Y si llamamos a Selene? —propuso Becca— Quizá tiene algo que decirte al respecto.

—No, no quiero saber nada, no por el momento. No quiero que me diga que ahora ve que lo voy a perder y que no es mi hombre, porque eso me dolería aún más.

—Vale, pues vamos a dejar de beber porque llevamos las tres más alcohol en el cuerpo que una barrica de whisky escocés —dijo Ruth.

—Escocés, como William, mi CEO escocés —suspiré y más lágrimas salían de mis ojos como si fueran las cataratas del Niágara.

—Madre mía, verás qué resaca vamos a tener mañana. ¿Quién ha sacado el mojito?

—Tú, Becca, tú lo has sacado, que estamos en tu casa.

s —¿No lo has traído tú? —Frunció el ceño mirando a Ruth.

—No, hoy el alcohol y el chocolate lo has puesto tú.

—Uf, menos mal que no fumamos, sino habríamos acabado borrachas, emporradas, y llorando —resopló Becca

—Lo sigo queriendo —dije—, no voy a dejar de hacerlo.

—No, pronto desde luego que no, con el tiempo… tal vez —contestó Becca.

—Pero estamos aquí para hacerte compañía en este proceso de duelo.

—Joder, Ruth, que el hombre no se ha muerto —protestó.

—Ay, ya me has entendido. Duelo por la pérdida del amor, no porque esté bajo tierra, que todo hay que explicarlo.

—Vale, se acabó, mejor dejamos ya el alcohol y el chocolate, y nos vamos a la cama, que veréis qué resaca vamos a tener mañana. Va a ser peor que la que tuvimos la noche con Selene —dijo Becca mientras nos quitaba las copas a Ruth y a mí.

Nos fuimos hacia las habitaciones y Becca me llevó a la suya, decía que no quería dejarme sola en ese estado porque no dejaba de llorar.

En cuanto nos metimos en la cama, me hice un ovillo y ella me abrazó, acariciándome el pelo como si fuera una madre consolando a su hija.

Mi madre, en ese momento pensé en ella y deseé tanto que estuviera conmigo ahora, aconsejándome.

Cuando por fin me calmé lo suficiente cerré los ojos y procuré poner la mente en blanco, hasta quedarme dormida.

Capítulo 33



Nala

No lo olvidaba, no podía dejar de sentir lo que sentía por él, pero debía intentarlo.

Tan solo estábamos a miércoles y para mí se me hacía todo tan cuesta arriba que, aunque tratara de disimular, era como un alma en pena yendo al trabajo.

Ruth y Becca no me dejaban caer, me animaban cada día más y eso era algo que les agradecía, porque, aunque en el fondo era una mujer fuerte, no podía evitar que me doliera el corazón por lo que había pasado.

Y él estaba claro que no se daba por vencido, a pesar de que había bloqueado su número siguió llamándome de muchos otros, todos ellos bloqueados en cuanto cortaba la llamada al escuchar su voz.

Incluso me había enviado detalles con notas con la idea de que me ablandaría, acabaría cediendo y lo llamaría para dejarlo hablar, pero no, ese no iba a ser el caso ni mucho menos.

El lunes apareció por el banco un mensajero con un ramo de flores enorme de una gran variedad de ellas y colores surtidos. Sí, era un ramo precioso eso no iba a negarlo, pero era de William y no lo quería.

El mensajero se fue tal como había entrado, con su ramo en la mano porque le dije que lo devolviera.

A punto estuve de llamarlo y decirle que podía meterse las flores por donde acababa su espalda, pero no lo hice evité entrar en discusiones por mi paz mental más que nada.

Y claro, en cuanto supo que había devuelto el ramo de flores, me llamó, y bloqueé ese número.

El martes llegó otro mensajero con varias cajas de bombones, de nuevo ese chico se fue llevándose con él aquel regalo que me hacía William, estaba claro que no iba a darse por vencido en cuanto a intentos de que lo escuchara pero yo tampoco iba a ceder a ellos porque le dejé claro aquella noche que no quería saber nada más de él.

Más flores un par de horas después que se fueron de nuevo por la puerta sin tan siquiera leer la nota.

Y estábamos a miércoles, me encontraba trabajando como siempre y cada vez que se abría la puerta miraba a ver si era otro mensajero con algo para mí, por suerte no llegó ninguno y eso fue un alivio.

Quien sí vino a verme fue Aaron, con esa sonrisa que lo caracterizaba y que sí, me gustaba ver porque se veía sincera y sin que ocultara nada.

—Buenas tardes, Aaron, ¿en qué puedo ayudarte? —pregunté cuando llegó a mi mesa.

—Venía a invitarte a comer, que creo que ya va siendo hora —sonrió de nuevo.

—Pues sí, en nada me voy —sonreí.

—Perfecto, entonces, ¿comes conmigo?

—Vale, me parece buena idea.

—Voy a hablar con Colin mientras recoges —hizo un guiño y se fue hacia el despacho.

—Nala, aprovecha y te lo llevas a la cama —murmuró Becca.

—¿Te has vuelto loca? No voy a hacer eso.

—Pues deberías, que ese hombre seguro que te daba una alegría para el cuerpo —dijo Ruth.

—Estáis fatal, en serio —negué mientras terminaba de recoger mis cosas.

Y cuando ya estaba con el abrigo y la bufanda puestos, apareció Aaron para irnos.

Fuimos al mexicano que había allí y además de unos margaritas, pedimos quesadillas y tacos de carne.

—Quería celebrar con mi gestora favorita una gran noticia —dijo cuando nos trajeron la comida.

—¿Qué noticia? —curioseé.

—Recuerdas el hotel que te comenté.

—Sí.

—Tienes delante al nuevo dueño —sonrió.

—¿En serio? Aaron, me alegro mucho —le di un apretón en la mano.

—Gracias, la verdad es que es un sueño. Mis padres dirigían un hotel, y siempre pensé que eso era lo que yo quería hacer también algún día.

—Pues me alegro de que lo consiguieras, de verdad.

—En cuanto esté pintado y listo para abrir, serás la primera en verlo.

—Qué honor —sonreí.

—Es lo menos, eres mi gestora favorita —hizo un guiño, y dado que las chicas me habían estado diciendo durante tanto tiempo que yo a ese hombre le gustaba, pues quise sincerarme con él.

—Aaron, yo quisiera hablar contigo —dije tras dejar mi copa en la mesa.

—Vaya, parece algo serio.

—Lo es —suspiré—. Verás, yo estoy enamorada de…

—Por favor, dime que no es de mí, porque me da algo.

—¿Qué? No, no es de ti. Espera, ¿tú no sientes algo por mí?

—No voy a negar que eres una mujer preciosa y absolutamente espectacular, pero… —se inclinó un poco hacia delante para susurrar— soy gay.

—Ay, Dios, qué metedura de pata —me llevé la mano a la frente—. Lo siento, es que yo, o sea, como te veía tan simpático siempre conmigo, tan amable, atento, y las chicas me habían dicho que me mirabas de un modo así, sugerente.

—Si no fuera gay, no dudaría en conquistarte, pero soy muy gay —sonrió—. Y si me dejas contarte un secreto, llevo toda la vida enamorado de Colin.

—Hala, eso sí que es un bombazo, porque él es un mujeriego.

—Y tanto, es mi cruz —volteó los ojos—. Pero es un buen amigo y eso me basta. Y tú, ¿de quién estás enamorada? —dio un sorbo a su copa.

—Es una larga historia —suspiré.

—No tengo ninguna prisa —se acomodó en la silla, sonreí, y acabamos hablando de mí y William durante toda la comida.

Si algo descubrí de Aaron durante las horas que pasamos allí, esas en las que incluso vimos que empezaba a oscurecer, era que aquel hombre podría ser un buen amigo para mí.

Nos despedimos ya en mi casa, pues se ofreció a coger un taxi para llevarme hasta ella antes de irse a la suya. Me dio un abrazo antes de que bajara del coche y me dijo que confiara en el Universo tal como me había dicho la vidente, pues este era muy sabio y solía hacer las cosas bien cuando debía hacerlas.

Subí a casa, me di una ducha y tras ponerme el pijama cogí el móvil para llamar a mi madre, en cuanto me vio en la pantalla se le dibujó una sonrisa preciosa en los labios.

—Hola, mi niña, ¿cómo estás?

—Hola, mamá. Quería hablar contigo.

—¿De eso que antes no querías? —preguntó arqueando la ceja.

—Sí, de eso —suspiré.

—Vale, me hago un café y voy a la habitación, que tu padre está viendo un partido de fútbol en el salón.

Asentí, y mientras se preparaba el café íbamos hablando del trabajo, de las ganas que tenía de que llegaran las vacaciones para verme, y de que estaban pensando en que, en vez de ir yo allí, vendrían ellos aquí.

—Venga, ya estamos solas —dijo cuando se sentó en la cama con el café en la otra mano—. ¿Qué te pasa, cariño?

—Sé que debí contarte esto antes, pero me daba vergüenza.

—Bueno, nunca es tarde para hablar las cosas. Dime, ¿qué es?

Cogí aire y pasé la siguiente media hora contándole mi pasado con ese profesor de la universidad y que fue lo que me hizo decidirme a dejar Londres y aceptar el trabajo en Edimburgo. Me escuchaba con atención y si me veía llorar, lo hacía conmigo.

Y acabé hablándole de William, de que él sí que me había enamorado como no lo estuve de aquel otro hombre, y que me iba a costar la vida olvidarme de él.

—Mi niña, soy tu madre y estoy para esto, debiste hablarme antes de todo, pero no estoy regañándote, ni mucho menos. Hiciste bien en querer cambiar de aires después de aquello, y en cuanto a ese escocés, ahora duele, pero con el tiempo sanará. Y mira, yo también creo en esa vidente —sonrió—, porque a mí me dijo una, hace mucho tiempo, que encontraría a mi gran amor y viviría mi más bonita y feliz historia a su lado, y el de nuestra hija.

—¿En serio?

—Oh, sí. Confía, pequeña, porque tal vez no sea ahora, pero quizás más adelante, si volvéis a encontraros, ese sea vuestro momento.

—Gracias por escucharme, mamá.

—Siempre, mi vida, siempre estaré para escucharte. Ya sabes, no hay distancia que me haga dejar de quererte —sonreímos al mismo tiempo.

Después de despedirme de mi madre, me tomé una sopa caliente para cenar mientras veía las noticias, y cuando acabé, me fui a dormir.

—Mi niña, soy tu madre y estoy para esto, debiste hablarme antes de todo, pero no estoy regañándote, ni mucho menos. Hiciste bien en querer cambiar de aires después de aquello, y en cuanto a ese escocés, ahora duele, pero con el tiempo sanará. Y mira, yo también creo en esa vidente —sonrió—, porque a mí me dijo una, hace mucho tiempo, que encontraría a mi gran amor y viviría mi más bonita y feliz historia a su lado, y el de nuestra hija.

—¿En serio?

—Oh, sí. Confía, pequeña, porque tal vez no sea ahora, pero quizás más adelante, si volvéis a encontraros, ese sea vuestro momento.

—Gracias por escucharme, mamá.

—Siempre, mi vida, siempre estaré para escucharte. Ya sabes, no hay distancia que me haga dejar de quererte —sonreímos al mismo tiempo.

Después de despedirme de mi madre, me tomé una sopa caliente para cenar mientras veía las noticias, y cuando acabé, me fui a dormir.

Capítulo 34



William

Una mala decisión, esa fue la que tomé dejando que de nuevo que Charlotte se hiciera presente en mi vida y ahora me viese pagando las consecuencias.

Por mucho que me arrepintiera, estaba complicado que pudiese arreglar nada, por no decir imposible. Nala se había cerrado en banda y me dejó claro que no quería saber nada de mí.

Bien me estaba demostrando que detrás de su aspecto aniñado y de ese carácter tan tímido se escondía una mujer de los pies a la cabeza y de armas tomar, como se suele decir.

Las cosas no son a veces como parecen y yo estaba pagando con creces el haberla tratado a mi antojo, el no haberle dado importancia a una persona que llegó a mi vida para darle un giro de tuerca. Y ya parecía ser demasiado tarde.

Llevaba varios días cabizbajo y con la sensación de que no tenía ilusión por nada, ni siquiera por mi empresa. Solo quería estar a solas en casas y delegué muchas de mis responsabilidades en los demás, cosa que hasta ahora eso hubiera sido imposible para mí.

Es que no podía con mi cuerpo y más que moverme, me arrastraba. Había dejado de hacer ejercicio, me tumbaba largos ratos y ni música escuchaba. En cierto modo, parecía como si me estuviese castigando a mí mismo por haber hecho las cosas así de mal. No es que lo pretendiera, simplemente no me salía otra cosa.

Logan venía constantemente a traerme lo que necesitaba o simplemente a intentar levantar unos ánimos que eran imposible.

Si no hubiera sido por él, lo hubiera llevado todavía mucho peor. Más de una noche, cuando no estaba con Sophie, se pasaba como quien no quiere la cosa.

Aquella en particular, se dejó caer por allí con unas cervezas frías en la mano.

—¿Se puede saber qué tripa se te ha roto ahora? —le pregunté al abrir la puerta.

—Así me gusta, que me recibas con toda la efusividad—me dio un abrazo.

—Si es que eres un capullo. No deberías estar aquí. Vete a vivir tu propio cuento con tu chica, tú que puedes.

—No me digas que al final vas a creer en los cuentos de hadas.

—Parece ser que el amor existe, lo reconozco, pero no para los imbéciles como yo. Lárgate, no vaya a ser que lo mío sea contagioso y también te quedes sin Sophie.

—Si no me he contagiado de tus cosas después de tantos años será porque estoy totalmente inmunizado.

—Eso será. De la piel del Diablo debes estar hecho.

—¿El Diablo habría encargado pizza de cuatro quesos como tanto te gusta?

—Ni se te ocurra hacerlo, que no tengo apetito.

—Tarde. Ya están pedidas, si me escucharas mejor, te habrías dado cuenta.

—No me vengas con que no te presto la suficiente atención, ¿cuándo te vas a enterar de que no soy tu novia?

—No, más bien eres mi cruz y creo que me tocará cargar contigo toda mi puñetera vida.

—No te quejes, que en el fondo te encanta estar conmigo.

—No sé hacer otra cosa. En fin, ya estás encendiendo esa pasada de televisión que tienes, que esta noche hay fútbol.

—No, no tengo ganas.

—Ni que tuvieras tú que darle al balón, no te jode… Venga, ya la enciendo yo.

Y así más veces. Logan me daba cháchara, se aseguraba de que me desahogase y no se marchaba hasta que yo simulaba que me encontraba algo mejor para que se fuera más tranquilo.

La realidad era que no había consuelo para mí. Me había topado con la verdad de una forma tan repentina y tan dolorosa, sin previo aviso, que no sabía qué hacer para tratar de sentirme algo menos culpable. No había manera.

Echaba muchísimo de menos a Nala y me había dado cuenta de tantas cosas, que dolía saber que me había

sacado por completo de su vida, tanto es así que hasta me bloqueó por todos lados desde el primer momento para que no tuviera contacto con ella, ni siquiera desde los diferentes números desde los que le escribí, pero que tampoco sirvió para nada porque también los bloqueaba.

Había tomado una decisión y era consecuente con ella. Tenía mucho carácter y no permitiría intromisiones en su vida por mi parte. Me había ganado que no creyera en mí. Más idiota, y no nacía.

Tampoco sirvieron las flores y bombones que le había enviado al banco y que fueron devueltos por su parte, ya que no los aceptó en ningún momento.

No se me ocurría cómo llegar a ella sin empeorar las cosas porque si nada quería saber de mí, podría tacharme de irrespetuoso si seguía intentándolo. Lo que más me dolía era que no tuve ocasión de explicarle nada. Y vale que puede que no me hubiera servido, pero al menos que supiera cuánto me lamentaba y las razones que me llevaron a besar a esa otra.

Podía pensar que Charlotte era un ligue que me eché a la par de ella, que jugaba a dos bandas, que era un sinvergüenza total y que disfrutaba engañando a las mujeres. Y eso no era así. Vale que no le di en su momento el lugar que merecía, lo que no quiere decir que pretendiese engañarla en ningún momento.

Desesperado y hundido, así me encontraba en estos momentos en el que solo podía divisar un futuro desolador sin ella. Nada me motivaba en lo más mínimo. Pensé en muchas cosas que incluyeron dejarlo todo por un tiempo y tomarme unos meses sabáticos. Siempre disfruté mucho viajando, pero no era el caso, porque allá donde fuese me llevaría mi pena en la maleta.

Amaba a Nala y me daba mucha rabia no haberme dado cuenta hasta ahora, momento en que la había perdido y no había manera humana de un acercamiento.

Inclusive dos días atrás fui a la puerta de su banco y ella al verme cuando salió comenzó a gritar como una loca que la dejara de una puta vez en paz.

Quise que la tierra me tragara en ese momento, que se abriera un agujero a mis pies y que me engullese. Cuando amas a alguien y no tienes ni la posibilidad de contactar con esa persona, la frustración hace mella en ti de una forma que puede llegar a afectarte muchísimo.

—Nala, por favor—le dije—Solo he venido a contarte…

—A contarme un cuento, querrás decir. ¡Te prometo que si no me dejas en paz llamaré a la Policía! ¡¡Qué te largues de una jodida vez!!

No tuve más remedio que hacerle caso porque, además de dejármelo claro, vi que se puso histérica. Y yo no era nadie para alterar esa paz que tenía todo el derecho del mundo a reclamar. Ahí fue cuando entendí que le debía el

respeto de acceder a sus deseos y no intentarlo más.

¿Cómo podría superar de nuevo una perdida y más cuando yo era el que la había provocado? Si de algo me lamentaba era de haber sido el tipo más estúpido del mundo, como ella bien me dijo y que se me quedó grabado en el corazón como otras muchas palabras.

Nala ya no me admiraba en absoluto y cuando pierdes la admiración por alguien, eso es lo peor… Todo lo contrario, debía pensar en mí poco menos que como en un degenerado. Había caído en desgracia con ella de manera irremediable.

Charlotte se había ido del edificio e iba a alquilar el apartamento. No, no lo hizo por su propia voluntad, fui yo quien le dije que tenía mucho material grabado de su prima intentando abusar de mí y que, o se marchaba, o se lo hacía llegar a asuntos sociales para que la intervinieran, ya que eso demostraba que no estaba siendo cuidada. Me chilló y me dijo de todo, pero me dio igual, ya que le dejaba muy claro que, o se iba por las buenas o la jodía por las malas. Ya no iba a tener piedad de nadie más que de mí mismo. El caso es que ese mismo día se marchó y le dijo al portero que si se enteraba de alguien que lo quisiera alquilar, le diera su número.

Al menos, eso sí, ya no tendría que cruzarme con ella por el edificio ni tampoco con su prima, que anda que estaba yo como para que tratara de darme otro revolcón. El revolcón me lo había dado la vida, que me pilló como si fuese un toro y me corneó por todas partes.

Volvía a tener el corazón hecho pedazos. Pero en esa ocasión por algo muy distinto y que no dolía menos, sino todavía más, ya que fui yo quien falló.

De nuevo una visita de Logan y a mí que me costaba hasta dejarlo pasar. Luego me alegraba, pero de momento era como un caracol que se mete en su concha y que no quieres saber nada del mundo.

—He visto señales de mudanza delante del piso de esas, ¿no? Había algunos trozos de cajas de cartón y tal.

—Sí, por fin se fueron.

—Genial, ya no tendré que moverme con pistola por el edificio—bromeó.

—Ni que te hiciera falta, que eres como un armario de seis puertas.

—Bueno, nunca se sabe. Esas dos son peligrosas, cada una en su estilo.

—¿Y Sophie? ¿Dónde la tienes? ¿Es pequeñita? ¿Te la has guardado en un bolsillo?

—Muy simpático. Un día de estos te la traigo por aquí y te la presento.

—No, te lo agradezco, pero no es el momento. Sabes que me alegro infinito por ti, eso sí.

—Tienes que venirte arriba. Tengo entradas para el fútbol pasado mañana y no puedes negarte porque juega nuestro equipo. Sería para darte palos hasta detrás de las orejas.

—Pues ve dándome hasta que me las despegues porque no me pienso mover de casa.

—Sales solo para trabajar y poco. Se te van a bajar hasta las defensas.

—No será lo único que se me baje, porque ni eso se me viene arriba—miré a cierta parte de mi cuerpo que siempre fue muy marchosa y que estaba de capa caída como el resto.

—Tío, tienes que hacer algo.

—Y lo hago, no te preocupes.

—Algo aparte de lamentarte. Vuelve a salir a correr, así te desintoxicas.

—¿Te parece que me he desintoxicado poco al perder a Charlotte de vista?

—Ya, pero tú me entiendes. Así no puedes seguir porque siempre has sido muy activo y ahora te mueves menos que un bicho de esos que lo hacen a cámara lenta, ¿cómo se llaman?

—Perezosos—le recordé con desdén.

—Pues eso, prométeme que saldrás a correr a partir de mañana.

—¿De mañana? ¿A ti qué mosca te ha picado?

—Ok, pues tendré que venir a sacarte yo.

—No, no, paso, que vas a querer que corramos una maratón cada día.

—Pues te vas solo, pero luego me compartes la ruta.

—Mi madre es menos cansina que tú, te lo juro.

—Tu madre también está muy preocupada por ti y por eso me llama a mí.

—¿Esto es un complot para martirizarme?

—Sí, claro hazte la víctima. A partir de mañana o sales a correr o vengo a sacarte.

—Vale, vale, ya salgo yo. Que no soy tu perro.
—Pero para eso también tienes que comer.

—Tú pide más. A ver si te crees que soy el puto genio de la lámpara maravillosa.

—A ese me parezco más bien yo que soy calvo. Tú eres un genio a secas. Siempre lo has sido y tienes que volver a serlo.

—Claro que sí, nada más que veas lo bien que me va. De puta madre me va.

—Toda la ruina te la trajo Charlotte.

—Y no vayas a decir que me lo advertiste, te lo pido por favor.

—No haría eso. Solo te pido que me hagas caso. Hay cosas que ya no tienen remedio, pero otras estás a tiempo de hacerlas.

s —Vale, vale, no me taladres más. A partir de mañana, saldré a correr.

—Vale, créate una rutina.

—Ok, lo haré. Y ahora, cállate ya que eres mucho peor que una novia controladora, palabra…

—Sí, claro hazte la víctima. A partir de mañana o sales a correr o vengo a sacarte.

—Vale, vale, ya salgo yo. Que no soy tu perro.
—Pero para eso también tienes que comer.

—Tú pide más. A ver si te crees que soy el puto genio de la lámpara maravillosa.

—A ese me parezco más bien yo que soy calvo. Tú eres un genio a secas. Siempre lo has sido y tienes que volver a serlo.

—Claro que sí, nada más que veas lo bien que me va. De puta madre me va.

—Toda la ruina te la trajo Charlotte.

—Y no vayas a decir que me lo advertiste, te lo pido por favor.

—No haría eso. Solo te pido que me hagas caso. Hay cosas que ya no tienen remedio, pero otras estás a tiempo de hacerlas.

—Vale, vale, no me taladres más. A partir de mañana, saldré a correr.

—Vale, créate una rutina.

—Ok, lo haré. Y ahora, cállate ya que eres mucho peor que una novia controladora, palabra…

Capítulo 35



William

No tuve más remedio que hacerle caso a Logan porque, además, es que la tenía. No podía pasarme todo mi tiempo libre metido en casa tirado en el sofá y con la mente puesta en Nala, porque terminarían poniéndome una camisa de fuerza de lo loco que me volvería.

A partir de ese día comencé a salir a correr. Lo hacía a primera hora de la tarde. Sin ganas, como todo, pero lo hacía.

Él mismo fue quien me marcó la ruta que debía seguir y quien me dijo la App que me debía bajar para luego mandarle la prueba de que la había hecho.

La primera tarde que la hice me costó la misma vida. El cuerpo se entumece cuando dejas de moverlo y yo llevaba varios días sin menearme más de lo imprescindible.

A pesar de que era muy deportista, me faltaba hasta el aire, ¿cómo no me iba a faltar si seguía echándola tanto de menos que sentía un dolor punzante en el pecho 24/7?

Si alguien me hubiese avisado con antelación de que perder a Nala me costaría tanto, es que no lo hubiese creído. Ya podía haber confiado en la vidente como ella. En fin, que llegué a casa sin respiración y le mandé la prueba de que le hice caso.

—De puta madre, colega. Poco a poco, ¿lo ves? Tú puedes —me llamó enseguida.

—Te suelo decir que eres como una novia, aunque a veces he de reconocer que también eres como una madre. Más pesado y no naces. ¿Ahora ya me puedo duchar y tumbarme un rato en el sofá?

—Venga, que te lo has ganado.

Al día siguiente tenía agujetas hasta en el cielo de la boca, pero aun así salí a correr de nuevo. Y el tercero ya lo hice algo mejor. El cuarto, comenzaba a ser prueba superada.

Aquella tarde estaba espléndida y salí a correr con mis cascos. Escuchar música mientras lo hacía también me ayudaba a evadirme. Escuchaba todo un clásico de Bryan Adams, *"All for love"*. Ironías de la vida si tenemos en cuenta lo que pasó a continuación.

Cerca de mi casa había un parque. Comenzaba corriendo en dirección a él, lo atravesaba y luego seguía haciendo mi ruta. Iba muy concentrado, pendiente de mi respiración cuando, a pesar de llevar los cascos puestos tuve una especie de premonición.

Prometo que fue un momento en el que pensé en Nala porque se daba la circunstancia de que ella era muy espiritual y de que siempre me solía decir que había que confiar en el instinto de uno. Y, pese a no escuchar nada, mi instinto me dijo que mirase hacia atrás de inmediato.

Ya tenía el coche encima, no me dio tiempo de nada. Si hubiera podido dar unas zancadas más, habría alcanzado la entrada del parque y estaría a salvo, pero no fue el caso.

Aquel coche venía a toda velocidad, lanzado y a por mí. Y, aunque todo sucedió en un segundo, pude ver la cara de satisfacción y absoluta maldad de Charlotte, quien iba al volante, en el instante en el que tuvo la certeza de que me atropellaría.

Lo único que recuerdo a partir de ahí es que mi cuerpo primero se elevó varios metros con un tremendo dolor para luego caer. Inicialmente, quedé inconsciente, aunque en cuestión de muy poco tiempo abrí los ojos y me encontré rodeado de gente que acudió a socorrerme, gente que entraba en el parque y gente que ya estaba en él.

—Ha intentado matarlo, ha ido a por él —era lo que más escuchaba entre cuchicheos, mientras que me rodeaban y oía cómo decían que la ambulancia estaba al llegar.

Nadie intentó moverme como es lógico en esos casos y yo tampoco lo hice. Si tenía una lesión de columna, que cabía la posibilidad, solo podría empeorarla en el caso de tratar de levantarme.

Los segundos se me hacían horas y no sabía exactamente qué sentir. Estaba en shock total, pero esa vez con mucha más razón. Aquella pécora había tratado de liquidarme sin ningún tipo de escrúpulo, con absoluta premeditación.

La amenaza que salió por su boca más de una vez la noche que la dejé tirada durante la cena la había cumplido. Era mala de condición, como decía Logan. El mismo Satanás en la Tierra y hecho mujer.

Nunca olvidaré su cara de sádica en el momento en el que vino a por mí. No hace falta decir que se quitó de en medio sin vacilar. Supongo que arremetió contra mi cuerpo de tal forma que albergó la esperanza de haberme matado, porque así su identidad quedaría encubierta.

Si no lo consiguió fue porque aceleré en el último segundo para ir a caer en el césped que había ya justo antes

de entrar en el parque y no en el durísimo asfalto, porque de otra manera no lo habría contado.

Me imaginé que lo tenía ideado desde el primer momento, que se lo puse muy fácil al establecer una rutina diaria que la llevó a saber a qué hora podía dar conmigo. Y fue a por mí con la intención de asesinarme, porque aquel había sido un intento de asesinato a sangre fría.

El equipo médico que venía en la ambulancia me trató con una profesionalidad total y sus miembros se aseguraron de no causarme más lesiones de las que ya pudiera haber sufrido.

Enseguida estuve subido en ella. Me encontraba consciente en todo momento y pedí que avisaran a Logan, pues no quería que mis padres se llevaran el gran susto de su vida hasta que supiéramos qué tenía exactamente.

La doctora que me atendió, Andrea Brown, me aseguró que sufría un traumatismo craneoencefálico que, sin llegar a ser grave, requería de hospitalización hasta que la medicación provocara que se reabsorbiera un coágulo que se me formó. Por lo demás, las contusiones de mi cuerpo consistían en diversas heridas, ninguna de ellas aimportantes. No había que lamentar la rotura de huesos de ningún miembro ni de costillas. Después de todo, tuve mucha suerte.

Logan permaneció conmigo en todo momento y cuando tuvimos un diagnóstico llamamos a mis padres, quienes acudieron aterrorizados.

Comenzaron ahí unos días de recuperación que tuve que pasar en el hospital rezando porque ese coágulo se reabsorbiera pronto y viendo cómo los medios de Escocia se hacían eco de mi intento de asesinato en todos los formatos: televisión, Internet, prensa escrita…

La Policía reveló la identidad de Charlotte porque la pusieron en busca y captura inmediata, como no podía ser de otra manera. Y por ese motivo en todos los programas se comenzó a hablar de que mi ex me había intentado asesinar, puesto que yo era un CEO muy conocido, acostumbrado a conceder entrevistas a la prensa.

Mi madre no hacía más que rezar al lado de mi cama. Y yo… Yo solo podía pensar en Nala y en qué pensaría ella de todo aquello porque el país entero estaba al tanto de una noticia que, sin lugar a ninguna duda, debió también llegar a sus oídos, como a los de los demás.

Me resultaba irónico recordar que no pude hacerlo de viva voz ni tampoco por escrito, que no pude explicarle en ningún momento a qué vino aquel beso que tanto le dolió; un beso que ella nunca tuvo que presenciar.

Mi cuerpo, poco a poco, se iría recuperando. Pero, ¿qué pasaría con mi corazón? Menos mal que Logan siempre estaba conmigo y se había convertido en mi sombra porque con él podía sincerarme más que con mis padres, a quienes todo aquello les había sobrepasado.

Por día que pasaba, el coágulo iba a menos. Dolor no notaba ninguno porque me administraron calmantes a

todas las horas. Solo había un dolor para el que ese tipo de medicamentos no servía y era el del corazón.

Debía hacer por reponerme, por comer bien y echarle arrojo a la vida para, al menos, poder volver a casa, ya que lo único que me faltaba con mi estado anímico era estar ingresado en un hospital.

Respecto a Charlotte, esa terminó dando la cara bien. Mis padres guardaban un respetuoso silencio sobre ella para no echar más leña al fuego. Era Logan quien se despachaba a gusto en los momentos en los que ellos salían de la habitación.

—Cuando dije que tu ex era una hija de la gran putísima me quedé muy corto —bufaba porque los nervios se lo estaban comiendo también allí.

En una etapa en la que mi amigo parecía haber encontrado el amor en Sophie, le dolía especialmente verme tan jodido, sin ilusiones y habiendo salvado mi vida por los pelos.

Al menos confiábamos en la pronta detención de mi ex, quien de momento parecía haberse escondido debajo de una piedra. Ya le echarían el guante y poca salvación tendría entonces. Ni siquiera eso me consolaba, porque en el fondo me sentía tan culpable por Nala, que no encontraba alivio en nada. Ojalá hubiesen inventado calmantes para los dolores del corazón, para esos metafóricos que duelen más que los físicos.

todas las horas. Solo había un dolor para el que ese tipo de medicamentos no servía y era el del corazón.

Debía hacer por reponerme, por comer bien y echarle arrojo a la vida para, al menos, poder volver a casa, ya que lo único que me faltaba con mi estado anímico era estar ingresado en un hospital.

Respecto a Charlotte, esa terminó dando la cara bien. Mis padres guardaban un respetuoso silencio sobre ella para no echar más leña al fuego. Era Logan quien se despachaba a gusto en los momentos en los que ellos salían de la habitación.

—Cuando dije que tu ex era una hija de la gran putísima me quedé muy corto —bufaba porque los nervios se lo estaban comiendo también allí.

En una etapa en la que mi amigo parecía haber encontrado el amor en Sophie, le dolía especialmente verme tan jodido, sin ilusiones y habiendo salvado mi vida por los pelos.

Al menos confiábamos en la pronta detención de mi ex, quien de momento parecía haberse escondido debajo de una piedra. Ya le echarían el guante y poca salvación tendría entonces. Ni siquiera eso me consolaba, porque en el fondo me sentía tan culpable por Nala, que no encontraba alivio en nada. Ojalá hubiesen inventado calmantes para los dolores del corazón, para esos metafóricos que duelen más que los físicos.

Capítulo 36



Nala

Acababa de llegar a casa después de un día de esos en los que, tras el agobio del trabajo y pensar en lo que me estaba mortificando sobre lo que me había dicho Selene, porque sí, había ido a verla, quería darme una ducha y meterme en la cama para no despertar hasta el día siguiente.

Puse música mientras me iba deshaciendo de la ropa, abrí el agua caliente de la ducha y me metí bajo ella suspirando de alivio. Sí, eso era justo lo que me pedía el cuerpo.

Tras pasarme allí unos minutos sintiendo todos y cada uno de mis músculos recomponerse y destensarse, me duché con el gel de coco que me hacía sentir como nueva en momentos como ese y me puse el pijama calentito para ir a la cama.

Pero entonces mi cuerpo dijo que tenía hambre, o, mejor dicho, mi estómago fue el que empezó a hacer ruiditos y sentí que me moría de hambre. Perfecto, todo lo que quería era dormir hasta el día siguiente y mi cuerpo quería comer.

Suspiré y caminé literalmente arrastrando los pies hasta la cocina para hacerme un sándwich rápido, y en ese momento me sonó el móvil con una llamada de Becca.

—Dime.

—Pon las noticias.

—¿Qué? ¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—Tú ponlas, joder.

—Vale, vale —fui hacia el salón, cogí el mando y encendí la tele, busqué el canal de noticias y me senté en el sofá ante el shock que me suponía leer lo que vi—. ¿Cuándo ha sido?

—Pues, se ve que hace unos días, pero hasta ahora no se habían hecho eco.

—No me lo puedo creer, pero… pero… ¿Su ex ha intentado matarlo?

—Sé ve qué sí.

—Dios mío, ¿y está bien?

—Diagnóstico reservado han dicho. Nala, mira que si ese hombre muere y se va al otro barrio sabiendo que estás enfadada con él…

—No digas eso, por favor te lo pido, ni lo pienses —rompí a llorar, porque en la televisión veía imágenes de William, ese gran CEO que solía conceder entrevistas y que siempre fue de lo más atento con los medios.

—Está en el hospital, quizás si vas a verlo…

—No puedo, Becca, no puedo.

—¿Quieres que vaya a tu casa, cariño?

—No, no. Estoy bien —me sequé las lágrimas, mintiendo como una bellaca.

—Vale, pero si me necesitas, ya sabes. Ruth también iría, ¿ok?

—Lo sé, gracias.

Colgué y me quedé mirando la pantalla, escuchando sin prestar atención a lo que decían, salvo lo de intento de asesinato, dado que los testigos que presenciaron todo dijeron que el coche que había atropellado a William Cameron lo hizo de manera premeditada, que se veía que iba a por él con toda la intención de quitarle la vida.

No me podía creer que hubiera gente así en el mundo, que quisiera hacerle daño a otra persona con semejante maldad.

Y era su ex, de quien vi la foto y resultó ser esa mujer con la que cenó aquella noche.

Eso no hizo más que generarme más dudas, pero no quería pensar en nada que no fuera él, en saber cómo se encontraba. Y no podía dejar de llorar porque tenía pánico absoluto a que le pasara algo y como decía Becca, estaba enfadada con él y se iría de este mundo sin que hubiésemos hablado.

Dios, cómo lo quería, cómo seguía amando a ese hombre que tanto me hacía sentir y que me dio el mejor viaje de mi vida, ese en el que no había dejado de pensar en ningún momento en estos días en los que había evitado todo contacto con él.

Y ahora estaba en el hospital, quién sabía en qué estado, si más del lado de la muerte que de la vida, y lo seguía queriendo tanto…

Me eché a llorar cada vez más desconsoladamente, echa un ovillo en el sofá mientras buscaba en todos los canales de noticias cuando dejaban de hablar de él en uno de ellos.

Hasta en el móvil estuve buscando, entrando en cada uno de los resultados que arrojó el buscador con las palabras “William Cameron, atropello”, y en cada una que leía me ponía peor.

En todas se decía que fue un intento de asesinato y que había sido tal el impacto del cuerpo de William cayendo al suelo, que se temió desde el principio que pudiera sufrir daños en la columna.

El pánico se apoderó de mí de tal manera que noté que me daban escalofríos, me estaba destemplando y no podía dejar de llorar. Fui a la cocina para prepararme un té caliente y me cubrí con la manta cuando volví a sentarme en el sofá.

Cogí el móvil y me quedé mirando su nombre en la pantalla, tenía el contacto bloqueado desde la noche en la que todo acabó y me encontraba dudando de si desbloquearlo y marcar el botón de llamada.

Pero no, no lo hice. Primero porque él necesitaba descansar y recuperarse de lo que había pasado, y segundo, porque yo no podía dar marcha atrás a lo que viví en ese momento y lo que me prometí.

Lo quería, sí, lo amaba con todo mi ser y esperaba y deseaba de todo corazón que se recuperase, que saliera de allí y volviera a su vida y su rutina sin el miedo de que una ex intentara volver a matarlo.

Pero me dije a mí misma que volverían a romperme el corazón de nuevo y eso significaba que no vería a William más que como ese amor imposible que siempre debí tener claro que sería.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era mi madre, respondí tras aclararme la voz todo lo que pude y me preguntó y si ese William del que hablaban, era mi William.

—Sí mamá, es él —respondí con un suspiro.

—Ay, mi niña, ¿cómo estás?

—No dejo de llorar, le pedí que no me buscara y me dije a mí misma que lo olvidaría, pero no puedo dejar de quererlo de la noche a la mañana.

—Lo sé, cariño, eso es complicado de lograr. Esperemos que mejore y salga pronto de allí, porque no dicen nada de su estado, solo que es pronóstico reservado.

—Sí, eso espero yo también.

—Si necesitas hablar, llámame.

—Gracias mamá, pero estaré bien, estoy bien —se me hizo un nudo en la garganta y nos despedimos.

En el momento en el que colgué volví a echarme a llorar de nuevo, cubriéndome la cara con las manos mientras las lágrimas caían y caían por mis mejillas sin control alguno.

No podía dejar de pensar en él y en lo mucho que lo quería, porque sí, aún lo hacía, aún sentía todo eso que empecé a sentir poco a poco y sin darme cuenta, hasta estar completamente enamorada de él.

Y si pudiera volver a un momento concreto de todo lo que había vivido con William, sin duda sería a ese viaje a Roma donde conocí la mejor versión de él, esa que estaba segura pocas personas habían conocido.

Lo quería, lo quería con toda mi alma y me partía aún más el corazón saber que su ex había intentado matarlo con tanta sangre fría, y a saber, por qué motivos.

Estaba hecha un ovillo en el sofá y acabé quedándome dormida mientras lloraba sin parar y sin consuelo.

Desperté ya al día siguiente y entre lo agotada que estaba ya de antes y la noche que había pasado, apenas me sentía con fuerzas para ir a trabajar, pero tenía que ir, la vida debía continuar y no podía quedarme en casa o lo único que haría sería llorar.

Me lavé la cara a conciencia y me maquillé para no parecer un muerto viviente, al menos que me vieran bien.

—Sí, eso espero yo también.

—Si necesitas hablar, llámame.

—Gracias mamá, pero estaré bien, estoy bien —se me hizo un nudo en la garganta y nos despedimos.

En el momento en el que colgué volví a echarme a llorar de nuevo, cubriéndome la cara con las manos mientras las lágrimas caían y caían por mis mejillas sin control alguno.

No podía dejar de pensar en él y en lo mucho que lo quería, porque sí, aún lo hacía, aún sentía todo eso que empecé a sentir poco a poco y sin darme cuenta, hasta estar completamente enamorada de él.

Y si pudiera volver a un momento concreto de todo lo que había vivido con William, sin duda sería a ese viaje a Roma donde conocí la mejor versión de él, esa que estaba segura pocas personas habían conocido.

Lo quería, lo quería con toda mi alma y me partía aún más el corazón saber que su ex había intentado matarlo con tanta sangre fría, y a saber, por qué motivos.

Estaba hecha un ovillo en el sofá y acabé quedándome dormida mientras lloraba sin parar y sin consuelo.

Desperté ya al día siguiente y entre lo agotada que estaba ya de antes y la noche que había pasado, apenas me sentía con fuerzas para ir a trabajar, pero tenía que ir, la vida debía continuar y no podía quedarme en casa o lo único que haría sería llorar.

Me lavé la cara a conciencia y me maquillé para no parecer un muerto viviente, al menos que me vieran bien.

Capítulo 37



William

Estaba asqueado de la cama del hospital y con ganas de estar en mi casa. Me costó un mundo convencer a mi madre de que no se quedara a dormir la noche anterior, pero lo logré, al igual que con Logan, que no tardaría en llegar para traerme un desayuno más decente del que ponían aquí, que no es que estuviera malo, ya que era un hospital privado muy exclusivo, pero no terminaba de ser de mi agrado.

De nunca me habían gustado los hospitales, aunque supongo que a nadie le entusiasman, que no es solo cosa mía. Pero en mi caso les tenía especial tirria, me ponía muy mal estar ahí y, si por mí fuera, habría firmado el alta voluntaria y ya llevaría tiempo en casa.

La doctora Brown pasó a verme. Suerte que se trataba de una mujer con un gran aguante porque creo que debía ser uno de los peores pacientes que se hubiera echado a la cara. Además, que la situación tampoco ayudaba y sentía que, tras haber perdido a Nala, nada en mi vida tenía ya el mismo sentido.

—No puedo autorizar que te vayas a casa todavía, pero estás mejorando mucho. El coágulo pronto estará reabsorbido, y si me prometes portarte bien cuando te deje en libertad, llegaremos a un acuerdo —me tranquilizó en un tono muy distendido.

—Que sea rápido, por favor.

—Ya veremos, tú de momento debes estar tranquilo, que la ansiedad no es buena compañera en ningún caso, pero menos en uno como el tuyo.

No tenía más remedio que seguir sus indicaciones porque comprendía que tenía toda la razón. En cuanto se hubo marchado, consulté mi reloj y me pregunté por qué Logan no había llegado todavía, porque lo cierto era que tenía ganas de desayunar.

Comprendía que debía comer, restablecerme, pero al menos que pudiera tomarme un desayuno de mi gusto, que bastantes sinsabores me estaba dando ya la vida.

Miraba atentamente hacia la puerta cuando vi a alguien que hizo que mis cimientos interiores se removieran y

que pensase que el Universo me acababa de hacer el más inesperado de los regalos.

—¿Se puede? —me preguntó desde el quicio con esa vocecilla que tanto había echado de menos. Allí estaba Nala y no hacía falta que me frotara los ojos porque no se trataba de un sueño.

—Claro —murmuré conteniendo las lágrimas.

—No te hagas ilusiones que aún no te quiero ver ni de lejos, pero bueno, he tenido la gentileza de venir para saber de primera mano en qué estado se encuentra el tipo más estúpido del mundo —puso una bandejita de dulces sobre mis piernas y me dio un café que me había traído de la boutique del café de Nespresso.

No solo venía a verme, sino que tuvo el detalle de traerme algo bueno para comer y beber. Llevaba tiempo pensando en que esa chica era poco menos que un ángel y su gesto me lo terminó de confirmar.

—¿Qué tal estás? —pronuncié con ese nudo en la garganta que no dejaba salir con fluidez las palabras. Demasiado que podía hablar, que su visita no me había dejado muy en shock.

—Yo, de lujo, solo hay que verme —se pasó la mano por su cuerpo y se sentó a un lado de mí, sobre el borde de la cama, quedándome en frente—. Al que hay que preguntar cómo está es a ti, que sí que te tenía ganas esa mujer para dejarte como un Cristo —negó, mirándome entre una leve sonrisa de incredulidad por todo para a continuación soltar un suspiro.

—Gracias por venir —le dije cogiendo su mano y se la acaricié.

—Pero no te vengas muy arriba que sigo pensando que eres un estúpido.

—Lo pienso hasta yo —murmuré mirándola mientras ella retiraba la mano con sutileza. Al menos no me la quitaba de malas maneras y había sostenido mi caricia por unos segundos.

—Da las gracias a tu amigo que se ha colado en el banco y ha hablado con el director para transmitirle que vas a abrir una cuenta millonaria allí si me convencía de que viniera a visitarte y te trajera el desayuno para cerrar el acuerdo.

—¿Logan hizo eso? —pregunté quedándome en shock.

—Sí, eso hizo y el director no dudó en ofrecerme ascender si venía a verte o dejarme de gestora para toda la vida. Así que aquí estoy ganándome el ascenso —se encogió de hombros—. Espero que seas generoso con la apertura de la cuenta, ya que contará para las opciones de mi nuevo puesto.

—¿Qué cantidad necesitas para salir bien parada? —me daba igual lo que dijese, iba a aceptar sí o sí.

—Hombre, si metes tres millones de libras, estoy convencida de que paso directamente a subdirectora, ya que esa plaza se queda vacante —no vaciló en responder.

—Te propongo algo. Mañana mismo me abres una cuenta y te la firmo on-line. Te depositaré un millón de libras, ya que la abriré a nombre de mi empresa y por cada día que nos veamos depositaré otro millón. En ti está llegar a ser la directora de la oficina y mandarlo a él de subdirector —le hice un guiño.

—Si me metes quince millones de libras en la oficina, esa plaza sería mía porque superaría el objetivo del director y a él lo mandarían a otra sucursal. Voy a tener que hablar con el médico de planta para que te aguante aquí dos semanas.

—No, no, que puedes ir a mi casa a verme también. De ti dependerá que termine una gran parte de mi fortuna en tu oficina. Estoy dispuesto a verte cada día de mi vida.

—¿Y tienes dinero para eso? —Arqueó la ceja.

—Soy tan pobre que solo tengo dinero para comprar cosas sin valor —repetí aquella frase que ella me dijo y que tanto me dolió.

—¿Y has dicho que puedo ir a verte a tu casa? ¿Estás seguro de eso?

—Completamente seguro —asentí.

—Manda narices. No pude pisarla cuando creí que íbamos a ser otra cosa y lo haré ahora por negocios.

—Para mí no son negocios y una cosa no quita la otra. Ojalá que el hecho de que vengas a verme no tenga que ver solo con ellos.

—Ya te he dicho que no te hagas ilusiones. Te agradezco que trates de ayudarme, la verdad, pero no hay nada apersonal en esto.

—¿Y solo por negocios me traes los dulces y este exquisito café?

—No me tientes, que todavía puedo salir corriendo con todo y te recuerdo que no estás en condiciones de perseguirme.

—Te perseguiría hasta el fin del mundo si fuera necesario, ¿eso no lo sabes? ¿O es que no te lo dijo la vidente?

—No hagas bromitas con eso. Salta a la vista que contigo se equivocó. Algún día tenía que dejar de acertar.

—O no. A lo mejor acertó.

—No te creas que me vas a dar coba. Ya conoces la razón por la que he venido a verte y también esa otra por la que seguiré visitándote allá donde estés.

—Eso suena como música para mis oídos.

—Bueno y ahora tengo que irme, ¿vale? Espero que sigas bien.

—Tú sí que estás bien —suspiré.

—Pero bien que estoy, no tienes ni idea —se fue haciendo un gestito sensual mientras recorría su cuerpo con el dedo.

Al poco de salir ella, seguía con la sonrisa boba en la cara cuando llegó Logan.

—Has sido tú.

—A mí no me señales con el dedito acusador, que me da mucho coraje —se acercó y chocó los cinco conmigo.

—Ha estado aquí, Logan, ha estado aquí. Tu idea ha sido…

—Cojonuda, plantéate subirme el sueldo.

—Eso está hecho. No tienes más que poner la cifra.

—¿Me das carta blanca? Mira que no te saldrá barato.

—Lo que podía salirme más caro en la vida está en posibles vías de solución gracias a ti. Te garantizo que no voy a regatear contigo.

—Pues mira qué bien. Se te ha cambiado la cara, William.

—¿Y cómo no se me va a cambiar? No solo ha venido, sino que me ha traído todo esto.

—Ya lo veo, hoy vas a desayunar doble porque también te he traído cositas. Sabes que, para mí chico, quiero lo mejor —se burló.

—Igual termino pasando de ti porque me echo una novia de verdad.

—Me estás encelando y haciéndome daño en el corazoncito, tío, un montón de daño —se llevó la mano a él.

Mi madre apareció con mi padre en ese momento y le gustó ver cómo me reía.

—¿Y ese buen humor a qué se debe, hijo? Que me parece sensacional, pero como ya no me tienes acostumbrada…

—Es por verme a mí —le respondió.

—Di que no, mamá, que ha pasado por esta habitación una cara mucho más bonita que la de él.

—¿Más bonita que la de Logan? ¿Estás seguro? —Le dio un achuchón porque lo adoraba.

—¿No es duro lo que tengo que soportar cada día?

—Mamá, no le hagas caso. Siéntate, que te voy a contar.

Se lo conté y miró a Logan emocionada, lo mismo que mi padre.

—¿Sabes lo que te digo? Que di a luz un solo hijo, pero siento que tengo dos —se empinó para besarlo porque ella era bajita y él más largo que un día sin pan. Es más, tuvo que agacharse.

—Y yo también doy gracias al cielo por el día en el que te cruzaste en mi camino —añadió mi padre.

—Por favor, que me vais a hacer llorar… Si hay alguien que debe estar agradecido por lo mucho que me habéis ayudado en la vida soy yo. Siempre me habéis hecho sentir uno más de vosotros. Nunca os lo podré agradecer lo suficiente.

—Por favor, ya, ya, que me está salpicando el azúcar —les pedí con ganas de guasa.

Mi madre apareció con mi padre en ese momento y le gustó ver cómo me reía.

—¿Y ese buen humor a qué se debe, hijo? Que me parece sensacional, pero como ya no me tienes acostumbrada…

—Es por verme a mí —le respondió.

—Di que no, mamá, que ha pasado por esta habitación una cara mucho más bonita que la de él.

—¿Más bonita que la de Logan? ¿Estás seguro? —Le dio un achuchón porque lo adoraba.

—¿No es duro lo que tengo que soportar cada día?

—Mamá, no le hagas caso. Siéntate, que te voy a contar.

Se lo conté y miró a Logan emocionada, lo mismo que mi padre.

—¿Sabes lo que te digo? Que di a luz un solo hijo, pero siento que tengo dos —se empinó para besarlo porque ella era bajita y él más largo que un día sin pan. Es más, tuvo que agacharse.

—Y yo también doy gracias al cielo por el día en el que te cruzaste en mi camino —añadió mi padre.

—Por favor, que me vais a hacer llorar… Si hay alguien que debe estar agradecido por lo mucho que me habéis ayudado en la vida soy yo. Siempre me habéis hecho sentir uno más de vosotros. Nunca os lo podré agradecer lo suficiente.

—Por favor, ya, ya, que me está salpicando el azúcar —les pedí con ganas de guasa.

Capítulo 38



William

Cuatro días había estado viniendo al hospital Nala y todos ellos deposité el millón diario en la nueva cuenta. No era nada extraordinario, ya que lo único que había hecho era abrir una más para la empresa donde también tendría una parte de mi fortuna.

A Logan lo hice hablar con el director provincial para que le propusiera que ascendiera a Nala a directora de oficina con la condición de meter allí la cantidad de cien millones de libras.

Y aceptaron de manera inmediata, cosa que hoy se lo iban a comunicar delante de todos. Al actual director lo iban a trasladar a una oficina que le pillaba justo al lado de su casa de la que se jubilaba el que estaba hasta ahora, así que todos contentos.

Nala no daba un paso al frente conmigo, pero estaba ahí y en sus ojos podía ver que, poco a poco, ya se iba relajando y sonriendo sin tanta reticencia.

Día a día, sus gestos me iban hablando de que podía haber un resquicio de esperanza para lo nuestro, puesto que conseguí incluso que me dedicara alguna de esas sonrisitas suyas que suponían para mí la mejor de las medicinas.

Por fin ya estaba en mi casa y me disponía a salir para poder ser partícipe de ese momento que ella no se esperaba. Por supuesto que no podía conducir en esos días en los que seguía dependiendo de Logan para muchas cosas, pues la doctora Brown me había dejado muy claro que me daba el alta si seguía sus normas. Vaya, que, entre ella y mi amigo, me tenían en una especie de libertad condicional, pero de la que disfrutaba bastante en comparación con mis días en el hospital, que me resultaron insufribles a excepción de los momentos en los que me visitó Nala.

Yo había puesto mis normas y el banco las iba a cumplir a rajatabla para que el acuerdo se hiciera efectivo en ese momento. Les convenía tanto como a mí, cada cual velaba por sus intereses.

—Cuidado, que tampoco va esto de que me tengas que llevar en brazos, que puedo caminar yo solito —le advertí a Logan, cuando trató de ayudarme—. Sé que te encanta arrimarte a mí, pero te vas a tener que conformar, ¿cuántas veces tengo que recordarte que no eres mi tipo?

—Menos mal que comienzas a ser tú otra vez, capullo insensible.

—Qué cruz le ha tocado a Sophie contigo, tío.

—¿A ella conmigo? Querrás decir a mí, contigo.

—Venga, arreando, que estoy deseando ver a Nala.

—Quién te ha visto y quién te ve. Al final te subirás al caballo blanco cual príncipe azul.

—Mejor eso que no permitir que me lleves en brazos, que por tu gusto lo harías, macho. Anda que no te pegas nada, ¡que puedo andar solo!

Logan me dejó en la puerta del banco y me dirigí hacia dentro vestido impecable con el traje gris oscuro, al igual que el abrigo que llevaba.

Era un conjunto de diseño italiano, de lo mejor de mi vestidor, que había elegido a conciencia porque la ocasión lo merecía. Me imaginaba su ilusión y lo mucho que había luchado por ascender. Y la sonrisa boba se me dibujaba en la cara al tiempo que me sentía satisfecho de, al menos, haber podido ayudarla en eso.

Cogí una bocanada de aire antes de entrar y me dirigí hacia su mesa. Al verme sus ojos se pusieron como platos

—Vengo a depositar cien millones de libras en mi cuenta —murmuré estirando la mano.

—Y me hacen jefa del banco —murmuró ella, riéndose.

—No, del banco no —murmuró el que hasta ahora era el director apareciendo con una sonrisa y dirigiéndose a ella—. Me trasladan a la oficina que hay al lado de mi casa y desde hoy mismo eres la nueva directora de esta sucursal.

—¿En serio? —preguntó mirándolo a él y a mí de lo más nerviosa a punto de llorar.

—Felicidades, compañera. Has traído a uno de los clientes más deseados del banco.

Nala me miró entre lágrimas. Negaba y reía.

—Tienes el puesto que te mereces —murmuré y en ese momento entró un joven con un ramo con veintisiete rosas rojas forrado en papel Kraft de tono natural como si fuera un periódico y con la palabra “Te amo” en todos los idiomas del mundo.

—¿La señorita Nala Patel?

—Es ella —dijo el director, señalándola al ver que esta no reaccionaba.

—Es para usted —estiró sus manos para que ella lo cogiera.

—Algo me dice que en esto no tiene que ver el banco —murmuró a la vez que se le escapaba una sonrisilla.

Todos sus compañeros comenzaron a aplaudirla y felicitarla por ese gran ascenso.

Accedió a venirse a almorzar conmigo. Mientras Logan nos llevaba en el coche al restaurante en el que previamente reservé, ella seguía negando y llevaba entre sus brazos el precioso ramo, que le había hecho mucha ilusión, aunque intentara disimularla.

Lo olía de un modo tan delicado que me estremecía. Todo lo que viniese de Nala era como si amplificara mis sentidos, como si lograra que las sensaciones se intensificaran.

Se le notaba que la alegría le salía por cada poro de su piel y no podía sentirme más contento por ella.

—Que tengas muy claro que he aceptado porque te estoy agradecida en lo profesional, porque una cosa no quita la otra. Y que las flores también me han encantado, pero ni se te ocurra hacerte ilusiones, que conmigo metiste la pata hasta el fondo y esa no hay quien la saque —me recordaba.

—¿No hay forma humana ni divina de hacerlo? —le ponía un puchero.

—No y a mí no me mires con esa carita de perrito abandonado que no te servirá porque no soy tu madre.

—No, que madre ya tengo una. Digo dos, contado con Logan —corregí y saqué su risa.

Logré que se riera más veces conmigo durante aquel almuerzo en el que más que hablar, lo que deseaba era escucharla. Estaba tan emocionada por su ascenso y tenía tantos planes que me quedaba embobado mientras veía cómo las palabras salían en cadena de sus jugosos labios, esos que tanto deseaba.

Para un día tan importante como aquel, llevaba un *outfit* impecable compuesto por un traje de chaqueta elegantísimo en marrón chocolate con falda, de diseño muy moderno, y con un escote súper original que le daba un toque distintivo.

Seguía siendo aquella pelirrojilla que tanto me atrajo desde el día que la conocí, esa joven tímida que me volvió loco sin que apenas me diese cuenta, si bien había algo en ella que cambió con lo sucedido, la encontraba mucho más segura de sí misma.

Nunca le faltó carácter a Nala y así me lo demostró la noche del beso con Charlotte, pero aun así algo había cambiado en ella y le notaba un punto de madurez que la hacía más irresistible todavía a mis ojos, aunque la timidez no la perdería nunca y se notaba en esos gestitos que la llevaron a soltar su risilla suelta en ciertos instantes.

Tras el almuerzo, logré convencerla para que nos fuésemos a tomar un café a una cafetería de las afueras con unas vistas alucinantes. Más de una vez pensé en llevarla allí, porque se trataba de uno de mis rincones favoritos, y hasta ese día no tuvimos ocasión.

Se le notaban ganas de pasar tiempo conmigo. No era cierto que se tratase solo de agradecimiento, si bien la dañé tanto que no podía pretender que cayera en mis brazos de la noche a la mañana.

Reconquistar a Nala se había convertido en el gran objetivo de mi vida y estaba seguro de que ella lo percibía así, puesto que inteligente lo era y mucho.

—Oye, una dudita, ¿te habló la vidente de tu ascenso?

—Ya me vas a buscar la lengua. Pues mira, sí, listo. Me habló porque me dijo que se me venía encima un cambio muy grande en lo profesional que me dejaría impactada.

—¿Y la creíste?

—Lo que creía es que, con mi suerte, el cambio sería que me despidieran. Y de ahí el impacto —apretó los dientes.

—¿Consideras que tienes mala suerte?

—No, no es eso. Es que fui a verla en los días en los que… Ya sabes, en los que vi lo de aquella mujer contigo y…

—Ojalá pudiera dar marcha atrás, Nala —le acaricié la mano y no la retiró.

—Pero no puedes, listo, que eres muy listo —me sonrió—. Esta vez aprenderás que el dinero no lo compra todo, aunque sí los ascensos, por lo que veo —me sonrió.

La tarde se me pasó volando a su lado. No quería que terminara y se me ocurrió invitarla a cenar en una de las siguientes noches.

—Tú te estás embalando y ahora tengo muchas cosas en las que centrarme…

—Si lo llego a saber, no muevo un dedo para que te nombren directora —le sonreí—. Ahora no tendrás tiempo

para mí.

—Ya está hecho y, como bien sabes, no se puede volver atrás en las cosas —me guiñó un ojo.

—Qué lista me has salido y cuántas cosas me estás enseñando.

—Eso querrías tú, que te enseñara más cosas —me respondió insinuante y señalando su escote.

—Joder, que estoy sudando la gota gorda…

—Pues nada, a casa y una duchita fría.

—Solo cuando me confirmes qué noche cenarás conmigo.

—Vale, pues cuando tengamos algo que celebrar. Entonces me llamas, ¿vale?

—De acuerdo, de acuerdo.

Tendría que inventarme algo para acelerar esa cena. En ello pensaba cuando Logan me dejó en casa. No contaba con que el destino también movería sus hilos. Y lo hizo.

Ocurrió un rato después de estar sentado en el sofá con un libro y sonriendo mientras recordaba la actitud de Nala durante esas horas que tuve la suerte de compartir con ella.

Me sonó el teléfono y se trataba del inspector que llevaba el caso de mi atropello.

—La hemos detenido, William, la tenemos. Tendrás que venir a comisaría para un careo con ella, ¿te sientes preparado?

—Iré cómo un cohete —le solté.

Logan estuvo en la puerta a la velocidad del rayo. Tenía las mismas ganas que yo de que la fundieran con mi declaración.

No por tener las de perder se mostró Charlotte derrotada ni mucho menos. Muy al contrario, su cabeza estaba muy alta y trataba de intimidarme con la mirada, ¿se podía ser más idiota? Cuando claramente, como cantaría Shakira con una pausa y dándole énfasis a la palabra, había sido ella la que salió perdiendo más de todo aquello.

Se mostró como una furia, negó y negó, me tachó de trastornado, trató de darle la vuelta a la tortilla y de decir que fui yo, quien llevaba toda la vida obsesionado con ella y que la busqué por cielo y tierra… De nada le valió tratar de hacer valer que me lo inventé todo cuando dieron con su coche al que, de manera “casual”, le acababan

de cambiar el parachoques. El testimonio del dueño del taller fue determinante porque aún conservaba en un solar que tenía junto al taller el antiguo, cuya abolladura la delató por completo. Aparte de que la Policía no dudó de mi testimonio en ningún momento.

—Eres un desgraciado y lo pagarás no encontrando jamás a otra como yo —me soltó mientras salía de la sala en la que mantuvimos el careo.

—Por suerte es así. Ya encontré a otra infinitamente mejor que tú, Charlotte —le aclaré.

Salí de allí y Logan me esperaba en la puerta.

—¿Todo bien, colega? —me dio un abrazo porque estaba fuera del coche.

—Te garantizo que entre mi atropello y la situación de abandono en la que dejó a su prima, tiene cargos por delante como para pasarse un buen puñado de años entre rejas.

—Los que se merece, por fin se hará justicia. ¿Cómo te encuentras?

a —Contento, ¿y sabes por qué?

—Porque se lo merece sin lugar a dudas.

—Sí, por eso y porque ahora tenemos algo que celebrar.

—Y déjame adivinar con quién querrás hacerlo. Me alegro por ti, mucho.

No dudé en llamarla para invitarla. Se puso muy contenta cuando supo el motivo y no se pudo negar. Yo sí que estaba contento. Lo prepararía todo con mimo para que se sintiera como en su propia casa, porque mi idea era que viniera a la mía. Estaba deseando tenerla allí.

de cambiar el parachoques. El testimonio del dueño del taller fue determinante porque aún conservaba en un solar que tenía junto al taller el antiguo, cuya abolladura la delató por completo. Aparte de que la Policía no dudó de mi testimonio en ningún momento.

—Eres un desgraciado y lo pagarás no encontrando jamás a otra como yo —me soltó mientras salía de la sala en la que mantuvimos el careo.

—Por suerte es así. Ya encontré a otra infinitamente mejor que tú, Charlotte —le aclaré.

Salí de allí y Logan me esperaba en la puerta.

—¿Todo bien, colega? —me dio un abrazo porque estaba fuera del coche.

—Te garantizo que entre mi atropello y la situación de abandono en la que dejó a su prima, tiene cargos por delante como para pasarse un buen puñado de años entre rejas.

—Los que se merece, por fin se hará justicia. ¿Cómo te encuentras?

—Contento, ¿y sabes por qué?

—Porque se lo merece sin lugar a dudas.

—Sí, por eso y porque ahora tenemos algo que celebrar.

—Y déjame adivinar con quién querrás hacerlo. Me alegro por ti, mucho.

No dudé en llamarla para invitarla. Se puso muy contenta cuando supo el motivo y no se pudo negar. Yo sí que estaba contento. Lo prepararía todo con mimo para que se sintiera como en su propia casa, porque mi idea era que viniera a la mía. Estaba deseando tenerla allí.

Capítulo 39



William

Era la primera vez que Nala iba a venir a mi casa y lo hacía para cenar. Convencerla no habría sido tan sencillo de no ser porque se precipitó la detención de Charlotte y entendió que ese era el mayor motivo de celebración, pues que estuviese suelta por ahí, vagando por las calles, en realidad podría darle la ocasión de volver a atentar contra mí.

Estaba muy feliz en su nuevo puesto y poco a poco iba dejándome de recriminar cosas entre medias bromas. Se mostraba más a gusto conmigo, me hacía confidencias y respondía mis llamadas, así como a mis mensajes.

Con cada uno de esos pequeños gestos sentía que me daba la oportunidad de que me fuese acercando poco a poco y le pedía al Universo poder reconquistarla, que era lo que más ansiaba.

Logan fue a recogerla mientras yo preparaba la cena para tenerlo todo listo. Yo no solía conducir y menos ahora que me habían recomendado en el hospital que durante un mes no lo hiciera. Como ya dije, la doctora Brown me tenía vigilado en la distancia, además, debía hacerle caso porque quería sentirme bien cuanto antes, al haber recobrado un motivo por el que luchar.

Había preparado unas canastas de tortas mexicanas con queso, guacamole, pollo, lechuga y virutas de tomate que les iba a encantar, por no hablar de la enchilada que me había currado y los rollitos de queso frito.

Sobre la mesa una botella de vino tinto para compartir en una velada que esperaba que me llevara a un paso más de poder recuperar la confianza que me gané con el viaje a Roma, pero que perdí de manera fulminante al caer de nuevo en los brazos de la innombrable.

Logan me avisó de que ella estaba subiendo. Un cosquilleo recorrió mi estómago y me dirigí a la puerta para abrirle antes de que tuviera que llamar.

Salió del ascensor con una sonrisa y un arqueo de ceja de manera simultánea.

—Vives en un buen edificio —murmuró acercándose y le di un abrazo dejando un beso sobre su hombro.

—Lo compro para ti si me lo pides —bromeé y a ella se le escapó una carcajada. Me aparté para que pasara.

—Y por qué será que te veo capaz…

—Aún no me dejaste demostrarte que lo que siento ahora es de corazón —murmuré, mientras ella observaba cada detalle y yo servía el vino.

—Has metido una millonada en el banco para que yo sea directora. ¿Te parece poco?

—Nada, eso no es nada, ni sacrificio ni pérdida, solo tener una parte del dinero en otro banco —le acaricié la mejilla.

—Es precioso —se refería a la vivienda.

—Cásate conmigo y será tuya también.

—¡Ni loca! Atento —me señaló con el dedo mientras soltaba una carcajada—. Ni loca, que te quede claro.

—Pues yo me casaría contigo mañana mismo —murmuré chocando mi copa con la suya.

—Ni en sueños, a mí para eso no me metas ni en tus sueños —me tiró un pellizco en el hombro sin perder la risa—. Por cierto, tiene muy buena pinta todo.

a

—Soy el marido perfecto —aproveché para presionar.

—Mira, reconozco que a veces soy estúpida, no tanto como tú, que quede claro —nos reímos y a mí me encantaba como lo decía— pero no soy tonta. Quién se case contigo que tenga claro que va a tener dos cuernos que ni los ciervos.

—Qué manera más bonita de decir las cosas —fingí emoción.

s

—Sabes que tengo razón.

—No la tienes, pero no voy a entrar en eso. Solo sé que, aunque me cueste un mundo, te demostraré que lo que siento por ti va más allá de lo que jamás ni yo pude imaginar.

—Vamos a cenar que me parece que esto se está poniendo demasiado intenso —se acomodó en la silla y cogió un frito de queso.

Estaba de muy buen humor y yo no digamos de verla.

—Pero, a ver, que me quede clara una cosa… —murmuré.

—¿Y por qué creo que se me viene encima una de las tuyas?

—No, si solo es una dudita que igual me puedes despejar.

—Verás por dónde me saldrá a mí la dudita.

—Que no, mujer, que no es para tanto.

—Déjame que lo valore yo.

—Pues que digo que, si la vidente te dijo que habría luna de miel, ¿cómo es que no quieres casarte conmigo?

—Porque ya sabes que se equivocó. Es lo que hay. Por cierto, está todo delicioso.

—Eres única cambiando de tema —le dediqué una mirada intensa.

—Soy única en todo. Lo que sucede es que has tardado demasiado en darte cuenta.

—Nunca es demasiado tarde.

—Sabes que sí.

—Sabes que no, porque esa vidente, al final, no se equivocó.

—No, qué va. Vale que acertara en cosas, pero que nos casaríamos, ¡ni loca! —se rio.

—Vale, pues si no te casas conmigo, al menos haz una cosita por mí.

—Dime, que igual me lo pienso, pero solo por lo de mi ascenso.

—Pasa conmigo unas Navidades de ensueño en el lugar de Europa que elijas.

—¿Pasar contigo las Navidades? Me lo pensaré… Puede que me salga a cuenta por lo que te debo. Así ya no te deberé nada —me guiñó un ojo.

—Sabes que no me lo debes. Quién está en deuda contigo soy yo.

—Ya, lo que pasa es que soy muy buena, aparte de estarlo, y me siento en deuda, sí —me soltó con toda la

gracia y señalando ese cuerpo que se había convertido en el más prohibido de los objetos de mi deseo.

—Bueno, pues entonces vente conmigo, sí. No te arrepentirás. Te prometo tratar de que pases las mejores Navidades de tu vida.

—No es una mala oferta. Está bien. Mis padres querrán matarte, pero como no te van ni a conocer…

—Bien te has dejado caer, ¿apostamos algo?

—Lo que quieras —rio.

Me levanté porque no pude más. Necesitaba darle un beso, aun a riesgo de que me diera un bofetón, si bien en el fondo sabía que no lo haría.

Y acerté. A su lado, la rodeé con mis brazos, levantándola, y la besé. Me devolvió el beso junto con una sonrisa pícara.

—Esto es solo un beso, ¿eh? Ni se te ocurra pensar que voy a ser tu siguiente ex.

—¿Mi siguiente ex? Querrás decir mi siguiente esposa.

—No, quiero decir lo que has escuchado. Tu siguiente ex porque ninguna aguantará los cuernos que le pongas.

—Eso no es así, ojalá algún día te pueda explicar bien.

—Deja, deja, que cuanto más se remueve la mierda, más huele.

La tomé en ese momento en brazos. La tensión sexual entre ambos no había hecho más que crecer desde que entró en mi casa, esa en la que tan a gusto parecía sentirse.

Sin pensarlo más, me la llevé hasta la cama y allí la tumbé. La miré como lo que era, la mujer más preciada y deseada por mí. Ella me devolvió la mirada, ya no la apartaba como antes, aunque no podía evitar que sus mejillas se siguieran tiñendo de un tono rosado de lo más sugerente.

La desvestí con lentitud y fui besando cada uno de los pliegues de su piel, tras hacerlo intensamente con sus labios. No se me iba por alto en ningún momento lo fuerte que le latía el corazón. En absoluto podría extrañarme cuando mi sangre se revolucionaba al máximo en el interior de mis venas.

Me agaché, y aguantando sus brazos en alto con los míos, saqué mi lengua para que bailase enroscada en su clítoris. Gimoteó y observé sus ojos. Brillaban de nuevo y eso me daba vida, me cargaba a tope las pilas.

Su cuerpo al completo se arqueó cuando seguí y seguí hasta que de su garganta emanó el sonido de un orgasmo que ya se había convertido en mi preferido incluso antes de escucharlo.

Estaba preparada para ser penetrada y se acomodó en la cama, provocativa. Antes, sin embargo, me pidió con la mano que me acercara y también lamió mi sexo. Y no porque lo necesitara, puesto que estaba muy lubricada, sino porque sentía la necesidad de que recordara lo que su boca podía hacer por él, endureciéndolo tanto que me estremecí al máximo.

Qué placer me provocó y cuántas ganas tenía de penetrarla como lo hice. Al entrar en Nala tuve que pararme incluso durante unos segundos en los que estoy seguro que adivinó qué era eso que erizaba mi piel y en lo que estaba pensando. Muy sencillo: llegó un momento en que me sentía morir al pensar en que jamás volvería a poseerla. Y de pronto la tenía allí, delante de mí, abierta y encendida.

Nunca hice el amor con tanta pasión como aquella noche, porque fue amor lo que derroché por ella sobre aquellas sábanas. El objetivo de mi vida era demostrarle que la amaba y en exclusividad. Nunca fui un hombre promiscuo cuando quise a una mujer y eso solo sucedió dos veces, con la innombrable y con ella.

Ya le había hecho bastante daño a Nala y eso no volvería a suceder. Lo único que planeaba era hacerla feliz, darle placer y hacer su vida todavía mejor de cómo sería sin tenerme en ella.

Estaba tan enamorado que hubiese dado la mía sin pensarlo entre aquellas sábanas en las que esa jovencita, sensual como ninguna, me demostraba que había caído rendido a sus pies como un día le vaticinó esa vidente en la que debí creer antes y en la que ya creía sin dudar en absoluto.

s

Su cuerpo al completo se arqueó cuando seguí y seguí hasta que de su garganta emanó el sonido de un orgasmo que ya se había convertido en mi preferido incluso antes de escucharlo.

Estaba preparada para ser penetrada y se acomodó en la cama, provocativa. Antes, sin embargo, me pidió con la mano que me acercara y también lamió mi sexo. Y no porque lo necesitara, puesto que estaba muy lubricada, sino porque sentía la necesidad de que recordara lo que su boca podía hacer por él, endureciéndolo tanto que me estremecí al máximo.

Qué placer me provocó y cuántas ganas tenía de penetrarla como lo hice. Al entrar en Nala tuve que pararme incluso durante unos segundos en los que estoy seguro que adivinó qué era eso que erizaba mi piel y en lo que estaba pensando. Muy sencillo: llegó un momento en que me sentía morir al pensar en que jamás volvería a poseerla. Y de pronto la tenía allí, delante de mí, abierta y encendida.

Nunca hice el amor con tanta pasión como aquella noche, porque fue amor lo que derroché por ella sobre aquellas sábanas. El objetivo de mi vida era demostrarle que la amaba y en exclusividad. Nunca fui un hombre promiscuo cuando quise a una mujer y eso solo sucedió dos veces, con la innombrable y con ella.

Ya le había hecho bastante daño a Nala y eso no volvería a suceder. Lo único que planeaba era hacerla feliz, darle placer y hacer su vida todavía mejor de cómo sería sin tenerme en ella.

Estaba tan enamorado que hubiese dado la mía sin pensarlo entre aquellas sábanas en las que esa jovencita, sensual como ninguna, me demostraba que había caído rendido a sus pies como un día le vaticinó esa vidente en la que debí creer antes y en la que ya creía sin dudar en absoluto.

Capítulo 40



William

Acabábamos de aterrizar en Praga el día de Nochebuena por la mañana. El destino lo había escogido Nala porque a mí me daba exactamente igual. Lo único que quería era poder disfrutar con ella de un viaje inolvidable y en unas fechas tan especiales.

Deseaba crear más y más lazos con la chica de la que me sentía totalmente enamorado. Por eso le pedí que escogiera y no dudó en elegir Praga, porque era uno de esos destinos que ansiaba visitar. Conmigo los visitaría todos, ya se podía ir preparando para tachar lugares en el mapa, porque no pararía hasta recorrerlos de su mano.

Escogí el hotel más lujoso y céntrico que encontré, reservando una suite impresionante que contaba con amplísimo dormitorio con vestidor, una estancia contigua que era como una especie de sala de estar y un cuarto de baño para perderse en él con jacuzzi incluido.

Cuando ella lo vio, su rostro fue de ilusión total.

—Aquí hay una sola cama —bromeó.

—Ya hemos tenido sexo en estos días —le recordé mientras pellizcaba su trasero.

—O sea, que me has traído aquí para montártelo conmigo nada más, ¿no?

—A ti es que te encanta tirarme de la lengua y como sabes que estoy enamorado de ti como un crío, quieres escucharlo una y otra vez.

—¿Yo? Si eso no me interesa para nada. Mira qué vistas —disimuló yendo hacia el hermoso balcón que ofrecía una panorámica impresionante de la ciudad, la cual lucía preciosa con sus mejores galas de Navidad.

Ella moría por salir a la calle y yo por tumbarla sobre la cama. Llegamos a un acuerdo: lo hicimos rápido y salimos después como las balas.

No negaba lo mucho que le seguía gustando el sexo conmigo, así como compartir momentos juntos. Era dura de

pelar, no me estaba poniendo las cosas fáciles, aunque su cercanía era más palpable por momentos.

Enseguida estábamos recorriendo mercadillos de Navidad. Nala disfrutaba muchísimo en ellos y yo disfrutaba viendo cómo observaba cada uno de los detalles. No podía evitar imaginándome que algún día podría estar decorando el ático mientras me provocaba con una de sus falditas al sujetarle la escalera para que colocara la estrella del árbol.

En todos los años que estuve sin pareja, pasé mucho de esas cosas. No solía decorar mi casa ni nada parecido y digamos que la Navidad no es que me llamara para nada la atención. Nala, sin embargo, era capaz de cambiarlo todo con su sola presencia y hasta me contagiaba esa ilusión.

Esa noche cenaríamos en el hotel. Y también colocaría para ella unos regalos con los que seguro daría algún qu otro bote al constatar que Santa Claus había llegado a nuestra suite. Ya me la imaginaba con esos ojos de niña y s sonrisa de oreja a oreja.

Estuvimos recorriendo el centro durante el día y no nos recogimos tarde. La cena era de lujo y ella llevaría un vestido de fiesta con el que estuve a punto del colapso cuando la vi.

Dorado, sin mangas y con cuello *halter*, dejaba su espalda al aire hasta el punto de que comenzaba a dibujar un curva de tela justo por encima de su trasero, pero muy al límite para que no se le viera nada. A mí se me salían los ojos porque estaba más sexy que nunca.

La cena fue estupenda, con un pianista de fondo que la amenizó. Degustamos todo tipo de exquisiteces y luego pasamos a un salón de baile donde había situado un carrusel de dulces navideños al que se acercó varias veces, porque era muy golosa. También una fuente de chocolate la entusiasmó y yo alucinaba mientras veía cómo trataba de echar más y más en los dulces, moviendo graciosamente su elegante mano de dedos finos y largos mientras el chocolate caía. Cualquier cosa que hacía me hipnotizaba.

Por la mañana su ilusión fue total al ver los regalos al pie de la cama.

—¿Para mí? —Se llevó las manos a la cara— Si no escuché entrar a Santa Claus.

—Es que como no te van los tríos, pues habrá tenido cuidado de que no lo descubrieras por si le tirabas un zapato a la cabeza —la piqué.

—Y a ti, ¿sí? Capaz eres de quererme compartir con alguien.

—Ni muerto, ¿me oyes? Ni muerto.

—Bueno, no te pongas tan dramático, que ya no me creo nada —rio.

—Venga, desenvuelve los regalos —le di una nalgada.

Lo hizo y los ojos se le llenaron de lágrimas en el momento en el que fue abriéndolos y descubrió uno a uno las piezas de aquel finísimo conjunto de oro blanco con diamantes compuesto por gargantilla, pendientes y anillo.

—Es… es una maravilla, no tenías que haberlo hecho.

—Es solo un detalle. Y mira, como no te quieres casar conmigo, es una manera de colarte un anillo también como quien no quiere la cosa.

—Muy gracioso. Claro que no me casaré contigo. Además, una directora de banco como yo, no necesita ningún marido —me sacó la lengua.

—O sea, que todo se ha vuelto en mi contra.

—Lo mismo sí —me vaciló.

Era ideal, absolutamente ideal. Entonces hizo algo que no esperaba.

—Toma, que también Santa Claus se ha acordado de ti. Y eso que no sé ti te lo has merecido este año —sacó algo de su maleta.

—¿Es para mí?

—Sí, cógelo antes de que el barbudo ese se arrepienta.

Se la notaba emocionada con sus regalos y contenta por hacerme uno.

Lo abrí y se trataba de una pluma de firma personalizada. La acerqué a mí y la abracé con todas mis fuerzas.

—Te quiero, Nala, tú no me crees, pero te quiero —le confesé.

—Mira, si te la he regalado es porque no quiero escucharlo, pero escribe los motivos que te llevaron a volver a acercarte a ella e igual, un día de estos, hasta me da por leerlos. Hazlo cuando te apetezca, ya tienes una pluma.

—Lo haré hoy mismo. Ese es el mejor regalo que podrías hacerme —le contesté con los ojos empapados por las lágrimas.

Lo hice ese mismo día de Navidad tras el almuerzo y se lo entregué en un sobre cerrado.

—Ya lo abriré cuando me parezca —me dijo mientras nos preparábamos tras un ratito de descanso para volver a

salir a la calle.

Praga nos ofrecía la más bonita de las estampas navideñas hecha ciudad y la estábamos disfrutando muchísimo: calles iluminadas, escaparates perfectamente decorados, esos mercadillos que tanto la entusiasmaban y hasta una pista de hielo en la que patinamos juntos.

Otra de las cosas de las que más disfrutábamos era de las puestas de sol juntos desde algunos de los miradores que la ciudad nos ofrecía. Esa tarde enmudeció por la belleza que se contemplaba desde la *Torre de Petrin*, que a algunos les recuerda a la *Torre Eiffel*.

Volveríamos a nuestra ciudad en Año Nuevo, por el Fin de Año quise celebrarlo por todo lo alto. Además, que, a pesar de que nuestra relación se convirtió en una especie de montaña rusa, pasaríamos la frontera entre un año y otro juntos.

El Fin de Año siempre me gustó. Era ambicioso y representaba para mí como la oportunidad de lograr nuevos retos. Y ese año más, pues traía uno entre manos que era el más importante para mí.

A Praga se la conoce como la Ciudad de Oro y oro puro era para mí la oportunidad de vivir esa Nochevieja con ella, en la que planeaba algo.

Sabía que a Nala le ilusionaba vivir el momento de las campanadas al aire libre y por supuesto que lo haríamos. *La Plaza Staromistské* es donde se suele congregar la gente de la ciudad para vivirla en directo gracias al reloj astronómico que allí hay.

Antes de contemplarlas allí, degustaríamos la cena más lujosa que pude encontrar, en un restaurante de lo más emblemático y con aire romántico, situado en pleno centro y con espectáculo musical incluido durante la cena.

Ella apareció ante mí para la ocasión con un vestido rojo, también ajustado al cuerpo, de un solo hombro, largo y que era una tentación absoluta para mis deslumbrados ojos.

Así lució durante una cena en la que, en un momento dado y durante los postres, le tomé las manos, la miré directa a los ojos y le hablé.

—Dentro de un rato estaremos escuchando las campanadas y será hora de pedir un deseo —le comenté.

—Yo no sé qué pedir… Ya lo tengo todo con mi ascenso. Bueno sí, me pienso construir un vestidor.

—Me parece una buena idea —reprimí la risa por su manera tan espontánea de soltarlo—, pero no hará falta que te encargues de eso, déjame que construya uno para ti en mi casa. Eso es lo que quiero pedir yo.

—¿Para una noche que vaya? Menudo desperdicio de dinero, bien se nota que te sobra.

—No, no sería para una noche. Sería para todas las noches —acaricié sus manos con las mías.

—Semejante amenaza, ¿a qué se debe exactamente?

—A que quiero que te vengas a vivir conmigo, a eso, amor mío.

—Y me lo sueltas así, sin anestesia y sin nada.

—Sé lo que estás pensando, pero dame la oportunidad de demostrarte que quiero hacerte feliz, inmensamente feliz. Si luego te arrepientes porque veas que no es así, vuelves sobre tus pasos.

—Ya, y te dejo con viento fresco diciéndote que te metas tu vestidor por el culo —me soltó sin pensarlo.

—Más o menos, sí —reí—. Pero sé que eso no ocurrirá. Cuando leas mi carta…

—Ya la he leído antes en el baño, listo.

—¿Y qué? —le pregunté expectante.

—Que puede y solo puede que me crea que esa bruja te causó mucho daño en su día y que te dejó con las patas colgando con su vuelta. No por eso estás perdonado, sino que estás a prueba, porque yo no tuve ninguna culpa de eso y salí escaldada.

—Tienes toda la razón. ¿Eso es un sí?

—Es un sí, pero con condiciones. A la primera que te resbales…

—Te prometo que no me pienso resbalar.

—Más te vale.

Me levanté y la besé con tal intensidad que todos nos miraron. Hasta los músicos comenzaron a tocar el tema de *"Love Story"*.

—Ay, por favor, si es mi pieza favorita, ¿cómo pueden haber acertado? No se lo habrás dicho tú, ¿no?

—Lo cierto es que no. Será una prueba más de que los astros se alinean para que lo nuestro salga.

Nos besamos largamente en una noche en la que recibimos juntos la Nochevieja entre las caras de felicidad de

la gente, en la famosa plaza.

—Ya no me queda ningún deseo que pedir, ahora también lo tengo todo —le confesé, tras la última campanada, pegándola mucho a mí.

—Ya lo veo, hasta una erección como la de un caballo —me contestó muerta de la risa.

La celebración la hicimos en privado, puesto que el baile que elegimos fue de esos que se hacen en horizontal y sobre el colchón. Se trató de la noche más fogosa que hubiésemos vivido hasta la fecha.

Haciéndola mía, contemplando su rostro de placer y con la certeza de que era la mujer de mi vida supe que había entrado en el Año Nuevo con el mejor de los pies.

En el desayuno, al día siguiente, estuvimos ultimando nuestro pacto. La idea era que se viniera a vivir conmigo lo antes posible. No podía esperar más para compartir mi vida con Nala.

Lo nuestro había sido breve, pero intenso, tan intenso que no aguantaba los nervios por disfrutarlo a tope, para demostrarle que no le fallaría y para tenerla conmigo cada noche cuando cerrara los ojos y cada mañana cuando los abriera.

Praga había marcado un antes y un después en nuestra relación, aunque lo que de verdad lo hizo fue el hecho de que nos queríamos. A esas alturas ya nos queríamos tanto que no podíamos renunciar el uno al otro. La guinda del pastel sería ganarme su confianza. Y en ello me dejaría la piel.

la gente, en la famosa plaza.

—Ya no me queda ningún deseo que pedir, ahora también lo tengo todo —le confesé, tras la última campanada, pegándola mucho a mí.

—Ya lo veo, hasta una erección como la de un caballo —me contestó muerta de la risa.

La celebración la hicimos en privado, puesto que el baile que elegimos fue de esos que se hacen en horizontal y sobre el colchón. Se trató de la noche más fogosa que hubiésemos vivido hasta la fecha.

Haciéndola mía, contemplando su rostro de placer y con la certeza de que era la mujer de mi vida supe que había entrado en el Año Nuevo con el mejor de los pies.

En el desayuno, al día siguiente, estuvimos ultimando nuestro pacto. La idea era que se viniera a vivir conmigo lo antes posible. No podía esperar más para compartir mi vida con Nala.

Lo nuestro había sido breve, pero intenso, tan intenso que no aguantaba los nervios por disfrutarlo a tope, para demostrarle que no le fallaría y para tenerla conmigo cada noche cuando cerrara los ojos y cada mañana cuando los abriera.

Praga había marcado un antes y un después en nuestra relación, aunque lo que de verdad lo hizo fue el hecho de que nos queríamos. A esas alturas ya nos queríamos tanto que no podíamos renunciar el uno al otro. La guinda del pastel sería ganarme su confianza. Y en ello me dejaría la piel.

Capítulo 41



William

Después de todo lo vivido en tan poco tiempo, por fin, mi sueño de vivir junto a Nala se iba a hacer realidad y juro que estaba como un niño pequeño el día que iba a recibir sus regalos.

Fui junto a Logan a ayudarla a meter todas sus cosas en el coche para traerlas para mi casa. La encontré con una preciosa sonrisa nerviosa y todo muy organizado en cajas de cartón.

—Todo ordenado por épocas, prendas y listo para colocar en mi nuevo hogar —dijo ella sonriente.

Ya tenía pactado con una compañera de su banco el alquiler de su apartamento que ocuparía de manera inminente.

Logan bromeo diciendo que le íbamos a tener que pagar una cena para él y Sophie por la mudanza que le estaba haciendo.

—Prometido que sí —contestó ella y después cerró los ojos a la vez que le sacaba la lengua.

—Me caes bien. Tengo que reconocer que me caes bien —le contestó este y ella levantó los dedos en V.

—Yo solo espero que este —me señaló a mí—, no me la juegue porque he alquilado mi apartamento por un año. En caso de que lo haga, no te voy a caer tan bien porque vas a tener que asistir al funeral de tu mejor amigo.

—¿Te has enterado? —me preguntó Logan por lo que ella había dicho.

—Alto y claro. Sin lugar a dudas —carraspeé terminando de sacar las últimas cajas y vi cómo los dos se miraban riéndose.

—¿Desde cuándo tenéis esa complicidad? —pregunté mirándolos de lado y obviamente bromeando.

—Desde que vino a amenazar al antiguo director para obligarme a ir a verte.

—Se me olvidaba —le hice un guiño a Nala y le abrí la puerta del coche para que se montase.

—No, no, yo voy de copiloto. El señor CEO atrás —dijo ella corriendo para montarse adelante.

—Hermano, ya se te ha subido a los hombros. Ya no tienes nada que hacer —contestó Logan antes de arrancar el coche.

Llegamos al ático en el que se encontró ese nuevo vestidor hecho para ella, así como un buen espacio en el baño al que añadí un mueble para sus cremas y productos personales que quisiera tener a mano bien ordenados.

Me sentía tan pleno en estos momentos que no me podía creer que por fin iba a comenzar una nueva vida junto a la mujer que amaba. Mi directora favorita.

Casi que me echó de la habitación para que la dejara en paz. Me hacía gracia con la fuerza que había entrado en mi casa.

La dejé tranquila colocando todo mientras yo me dispuse a preparar una Milanesa con pasta a la carbonara, a la vez que disfrutaba de una copa de vino, obviamente le había llevado otra a ella a la habitación para que la tomara mientras escuchaba música y ordenaba sus cosas.

—Muchas gracias, un bonito detalle de bienvenida a mi nueva casa —dijo cuando la cogió para dar un sorbo, y yo sonreí por escuchar esas palabas, “mi nueva casa”.

¿Feliz? Por supuesto y sin dudas. Ahora sí que lo tenía todo, porque ese todo solo lo conformaba una palabra; ella.

Preparé la mesa dejándola como si fuera para una cita, ¿acaso no había que conseguir hacer de cada ocasión algo especial? Pues eso era, me disponía hacer de cada momento algo que ella sintiera que era por y para ella. La amaba con todo mi corazón y aunque se iba dando cuenta, quería lograr que no le quedara ni la menor de las dudas.

Aparecí por la habitación y me apoyé en el quicio de la puerta mientras la veía cantar a todo pulmón mientras terminaba de colocar todo.

—Joder, me has asustado —se llevó las manos al pecho.

—Amada mía, la mesa la espera…

—¿Me vas a mimar siempre así, o solo será al principio para engañarme como una boba?

—Lo irás comprobando poco a poco —la pegué a mí, presionando por sus caderas y la besé.

—Y para inyectar dinero en la cuenta de mi banco.

—Rectifico, en mi cuenta que tengo en tu banco.

—Lo mismo que he dicho —me hizo una burla—. Por cierto, estoy loquita con el vestidor. Ha sido un amor a primera vista.

—Vaya, qué suerte tienen esos trozos de madera.

—Es mucho más que como lo defines. Es como una poesía para la vista.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Ve y le preguntas a la vidente —me hizo un guiño.

—Al final tendré que ir a hacerle una visita.

—Adelante, valiente, pero si no crees…

—¿Qué no? No creería antes, pero ahora tengo que reconocer que en algunas cosas acertó.

—Y me preocupa que acierte en las otras —apretó los dientes.

Nala no podía ser más bonita, eso sería imposible. Me quedaba con la baba caída mirando cada gesto que me regalaba.

Y la que me regaló a lo largo del tiempo…

Desde que nos fuimos a vivir juntos habíamos convertido nuestras vidas en lo más dinámica: mismos horarios de trabajo, deporte conjunto, comíamos juntos, salíamos a cenar una noche el fin de semana y no nos perdíamos un día sin ese postre que tanto nos gustaba. Nos habíamos vuelto dos personas inseparables que no estaban dispuestos a separarse nada más que para ir al trabajo.

Y no, no os asustéis, que ninguno nos habíamos privado de libertad en este nuevo comienzo de vida en común, todo lo contrario, pero es que nos daba mucha pereza separarnos. Estábamos en un momento muy fuerte e intenso de la relación.

La convivencia se nos estaba haciendo de lo más fácil, es más, los dos coincidíamos que era el mejor momento de nuestras vidas. Y ella lo decía mirándome a los ojos y sonrojándose. La amaba hasta el límite de ser incapaz de

describir con palabras tantos sentimientos.

Planeábamos ese viaje al que nos iríamos en verano y que sería de un mes recorriendo tres países de Sudamérica. Ella estaba loca por conocer Colombia y Argentina, en mi caso Perú, así que haríamos un tres en uno como yo le decía.

Y aunque Nala no quería escuchar la palabra boda, mi corazón sentía que eso llegaría un día, ese en el que ella ya se sintiera la mujer más segura del mundo junto a mí. Y me había jurado a mí mismo lograrlo.

La esperaba en la puerta del banco para irnos a comer. Logan me había dejado allí después de salir de mis oficinas y hoy había quedado con Nala en que comeríamos en la calle, ya que quería ir después a comprar unos zapatos tipo bailarinas, pero de vestir.

—Qué hombre más sexy me espera… —murmuró, acercándose a mí.

—Y que bombón más delicioso voy a besar —dije apretándola contra mí y llevando mis labios a los suyos—. Pero me temo que soy sexy porque me va a tocar pagar las bailarinas.

—¿Y desde cuándo te he pedido yo algo? — Puso los brazos en jarra sobre sus caderas.

—Tienes razón —la abracé y comenzamos a caminar hacia la avenida donde comeríamos y haríamos algunas compras.

Esto era vivir un amor de esos que te hacen sentir más joven, más vivo, lleno de ilusiones, y proyectos que quieres realizar junto a la persona que te hace sentir tantas cosas bonitas.

Y como decía Logan… Aquella otra innombrable mujer no era el amor de mi vida y un día me daría cuenta cuando mi corazón vibrara de una manera hasta ahora desconocida.

Nala no era un capricho ni un amor cualquiera, no, de eso ya me había dado cuenta, aunque había tardado en hacerlo. Ella lo era todo para mí…

describir con palabras tantos sentimientos.

Planeábamos ese viaje al que nos iríamos en verano y que sería de un mes recorriendo tres países de Sudamérica. Ella estaba loca por conocer Colombia y Argentina, en mi caso Perú, así que haríamos un tres en uno, como yo le decía.

Y aunque Nala no quería escuchar la palabra boda, mi corazón sentía que eso llegaría un día, ese en el que ella ya se sintiera la mujer más segura del mundo junto a mí. Y me había jurado a mí mismo lograrlo.

La esperaba en la puerta del banco para irnos a comer. Logan me había dejado allí después de salir de mis oficinas y hoy había quedado con Nala en que comeríamos en la calle, ya que quería ir después a comprar unos zapatos tipo bailarinas, pero de vestir.

—Qué hombre más sexy me espera… —murmuró, acercándose a mí.

—Y que bombón más delicioso voy a besar —dije apretándola contra mí y llevando mis labios a los suyos—. Pero me temo que soy sexy porque me va a tocar pagar las bailarinas.

—¿Y desde cuándo te he pedido yo algo? — Puso los brazos en jarra sobre sus caderas.

—Tienes razón —la abracé y comenzamos a caminar hacia la avenida donde comeríamos y haríamos algunas compras.

Esto era vivir un amor de esos que te hacen sentir más joven, más vivo, lleno de ilusiones, y proyectos que quieres realizar junto a la persona que te hace sentir tantas cosas bonitas.

Y como decía Logan… Aquella otra innombrable mujer no era el amor de mi vida y un día me daría cuenta cuando mi corazón vibrara de una manera hasta ahora desconocida.

Nala no era un capricho ni un amor cualquiera, no, de eso ya me había dado cuenta, aunque había tardado en hacerlo. Ella lo era todo para mí…

Epílogo



Nala

Seis años después…

Si había algo que ahora tenía mucho más claro, es que el Universo sí hacía bien las cosas.

Debía admitir que cuando Selene me dijo que William me haría una propuesta que no debería rechazar, me dio miedo, pero resultó ser esa en la que la noche de Fin de Año me pedía vivir con él.

Y sí, sí que fue la mejor decisión que tomé al aceptar porque vivir juntos era algo perfecto para ambos. Nos habíamos creado tantas rutinas y cosas buenas, que no había día que no disfrutara a su lado.

Unos meses después nos enteramos que estábamos embarazados, y menuda alegría supuso para sus padres y para los míos, quienes cuando conocieron a William me dijeron que lo veían envejeciendo conmigo y nos echamos a reír.

Sus padres también eran encantadores conmigo desde el primer momento, pues no había más que ver cómo su madre me llamaba hija y me daba esos achuchones que tanta falta me hacían de la mía.

La noticia de mi embarazo a Becca y Ruth les supuso una enorme alegría, y claro, estaban la mar de contentas de ser tías postizas. Becca era quien me había alquilado el apartamento durante aquel año, hasta que su rubio de ojos verdes le hizo aquella propuesta que Selene mencionó la noche que la conocieron.

Se casaba y se iba a vivir con él, así que puse de nuevo en alquiler el apartamento porque no quería deshacerme de él, que allí había vivido muy buenos momentos.

Mi hijo nació y era el bebé más bonito del mundo, lo llamaos Logan, como su padrino, a quien más ilusión no pudo hacerle y, de verdad de la buena, en mi vida había visto llorar a un hombre tan grande como él como si fuera un niño pequeño.

Eso sí, estaba con su ahijado que se le caía la baba y que más valía que nadie le soplara ni lo más mínimo, porque mordía como lobo hambriento, eran sus palabras, no las mías.

Él y Sophie también dieron el paso y se comprometieron, la suya fue una boda preciosa en la que lloré como nunca y esa en la que William se pasó todo el tiempo pinchándome para que me casara con él, pero no lo haría.

Después de ellos la siguiente boda fue la de Becca y, para hacer triplete, Ruth y Nolan también se casaron acompañados del pequeño Eric que quería a mi amiga con locura y la llamaba mami desde el principio.

La verdad era que el Universo sí movía los hilos para hacer lo que tenía planeado para cada persona, y de ahí que una noche en la que William me preparó una cena romántica cuando Logan tenía un año, y me volvió a pedir que me casara con él, esta vez mientras nuestro hijo sostenía la cajita con el anillo, le dije que sí.

Habíamos hecho aquel viaje que planeamos de recorrer tres países en verano y me pidió que escogiera un destino para nuestra luna de miel.

No lo dudé, y escogí Roma porque allí había conocido esa versión de él que me hizo volver aún más enamorada. Nos llevamos a nuestro pequeño Logan para que disfrutara con nosotros de aquellos rincones, ya tenía dos años y vivimos una luna de miel perfecta.

Un viaje al que fuimos tres, y regresamos cuatro, porque en aquellas noches de amor y pasión desenfrenada entre las sábanas cuando nuestro hijo se quedaba dormido, la cigüeña se dio por llamada y un par de meses después descubrimos que estaba nuevamente embarazada.

Una niña, una preciosa niña de cabello pelirrojo, ojos azules y pecas en las mejillas fue lo que tuve entre mis brazos tras horas de parto.

Emilie, ese fue el nombre que William escogió para nuestra pequeña, esa a la que él amaba con absoluta locura y pasión.

Verlo con nuestros hijos era la mejor de las imágenes que conservaría siempre, porque me encantaba ver cómo ellos lo admiraban con esos ojitos azules que compartían con él.

Yo seguía siendo la directora de la sucursal del banco, esa en la que Ruth y Becca ascendieron a gestoras cuando Liam solicitó el traslado tras casarse con la mujer que conoció y de la que se acabó enamorando hasta la médula, como dijo Becca.

En los puestos de caja estaban Neal y Brandon, un par de chicos de poco más de veinticinco años que eran de lo más salados y graciosos, nos amenizaban las mañanas tirándoles los tejos a Ruth y Becca que decían que, si los escucharan sus maridos, se iban a enterar.

Colin también encontró el amor, y lo hizo en esa nueva sucursal donde una de las cajeras, madre soltera de treinta años, lo cautivó por completo.

Aaron se alegró por su amigo, ese del que estaba enamorado, pero al que ante todo quería como tal. Y sí, una de las veces que vino a visitarme a la sucursal para hablarme de una nueva propiedad que quería comprar, le presenté a un cliente de alto nivel como era él, a sabiendas de que ese hombre era gay y que se llevarían bien.

No me equivoqué, como tampoco se había equivocado Selene en cada una de las cosas que me dijo que veía en mis cartas, y ellos congeniaron tan bien que acabaron casándose y adoptando un niño de seis años que se había quedado huérfano dos años antes.

La vida nos sonreía a todos, y en un día como el que era hoy, esperaba a mi marido en casa con los niños, pues se había alargado más de la cuenta su última reunión.

—Mami.

—Dime, cariño.

a

—Hambre.

—Yo también tengo hambre, mamá —me dijo Logan.

—Lo sé, pero papá no tardará en llegar, ya veréis.

—Pasta —pidió Emilie, que a sus dos años hablaba lo justo y cada día aprendía palabras nuevas.

—Sí cariño, tenemos pasta con tomate —sonreí.

—Tomate.

—Eso es, pasta con tomate.

—Emilie, di Logan —le pidió mi hijo.

—*Loan* —respondió.

—Todavía no le sale —sonrió mi niño, que adoraba a su hermanita.

)

—Ya le saldrá, hijo, ten paciencia que todo llega —le acaricié la mejilla.

—*Manito* —dijo Emilie, acariciándole a la mano a él.

—Cuando aprenda a hablar mejor, vas a echar de menos que te llame, *manito Loan* —reí.

—Sí —contestó con su risilla, y en ese momento escuchamos la puerta.

—Hogar, dulce hogar —dijo William.

—¡¡Papi!! —gritó Logan.

—¡¡Pasta!! —gritó Emilie, y estallamos los tres en carcajadas.

—Hija, ya veo cuáles son tus prioridades —le dijo, cogiéndola en brazos.

—Tenemos hambre, papi —contestó Logan.

—Siento el retraso, pero entre la reunión y el atasco, casi me come tu padrino por los pies del hambre que tenía también. Hola mi amor —me dio un beso en los labios.

—Hola cariño.

—Vamos, a cenar, que yo también tengo hambre.

Nos sentamos a la mesa y como cada noche, hablamos de cómo nos había ido el día.

Disfrutábamos con nuestros pequeños cada momento, reíamos con las cosas que se les ocurrían y cuando era hora de dormir, cada uno llevaba a la cama a uno de ellos cada noche para que supieran que los dos los queríamos a ambos por igual.

Y entonces llegaba nuestro momento, ese en el que nos amábamos con locura entre las sábanas, solo que esa noche nos interrumpió la llamada de Logan.

—Hermano, te quiero, pero… ¿Qué? Vale, vamos para allá.

—¿Qué pasa?

—Sophie, que se ha puesto de parto.

—Ay, pobre. Vamos.

Salimos de la cama y llamé a nuestra vecina, la señora Mildred, quien no dudó en venir a casa para quedarse con los niños.

Era una mujer encantadora, viuda y sin hijos, que ejercía de abuela como mi madre y mi suegra.

Sophie había pasado por un embarazado complicado, esperaban gemelas y era el tercer intento de ser padres para ambos. No podían de manera natural, así que recurrieron a tratamientos de fertilidad y, tal como le dijo Selene a ella, a la tercera había sido la vencida.

Y los dos estaban felices porque por fin tendrían a sus preciosas hijas llenando la casa de alegría y felicidad.

El Universo siempre andaba haciendo de las suyas, estaba claro, y no sabría si fue este o el destino quien puso a William en mi vida aquella primera vez que nos vimos. De lo que estaba segura era de que volvería a ir a ese mismo lugar, y pasaría por todo lo que habíamos tenido que pasar, para llegar hasta el momento en el que nos encontrábamos ahora, con nuestra familia.

Era una mujer encantadora, viuda y sin hijos, que ejercía de abuela como mi madre y mi suegra.

Sophie había pasado por un embarazado complicado, esperaban gemelas y era el tercer intento de ser padres para ambos. No podían de manera natural, así que recurrieron a tratamientos de fertilidad y, tal como le dijo Selene a ella, a la tercera había sido la vencida.

Y los dos estaban felices porque por fin tendrían a sus preciosas hijas llenando la casa de alegría y felicidad.

El Universo siempre andaba haciendo de las suyas, estaba claro, y no sabría si fue este o el destino quien puso a William en mi vida aquella primera vez que nos vimos. De lo que estaba segura era de que volvería a ir a ese mismo lugar, y pasaría por todo lo que habíamos tenido que pasar, para llegar hasta el momento en el que nos encontrábamos ahora, con nuestra familia.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu